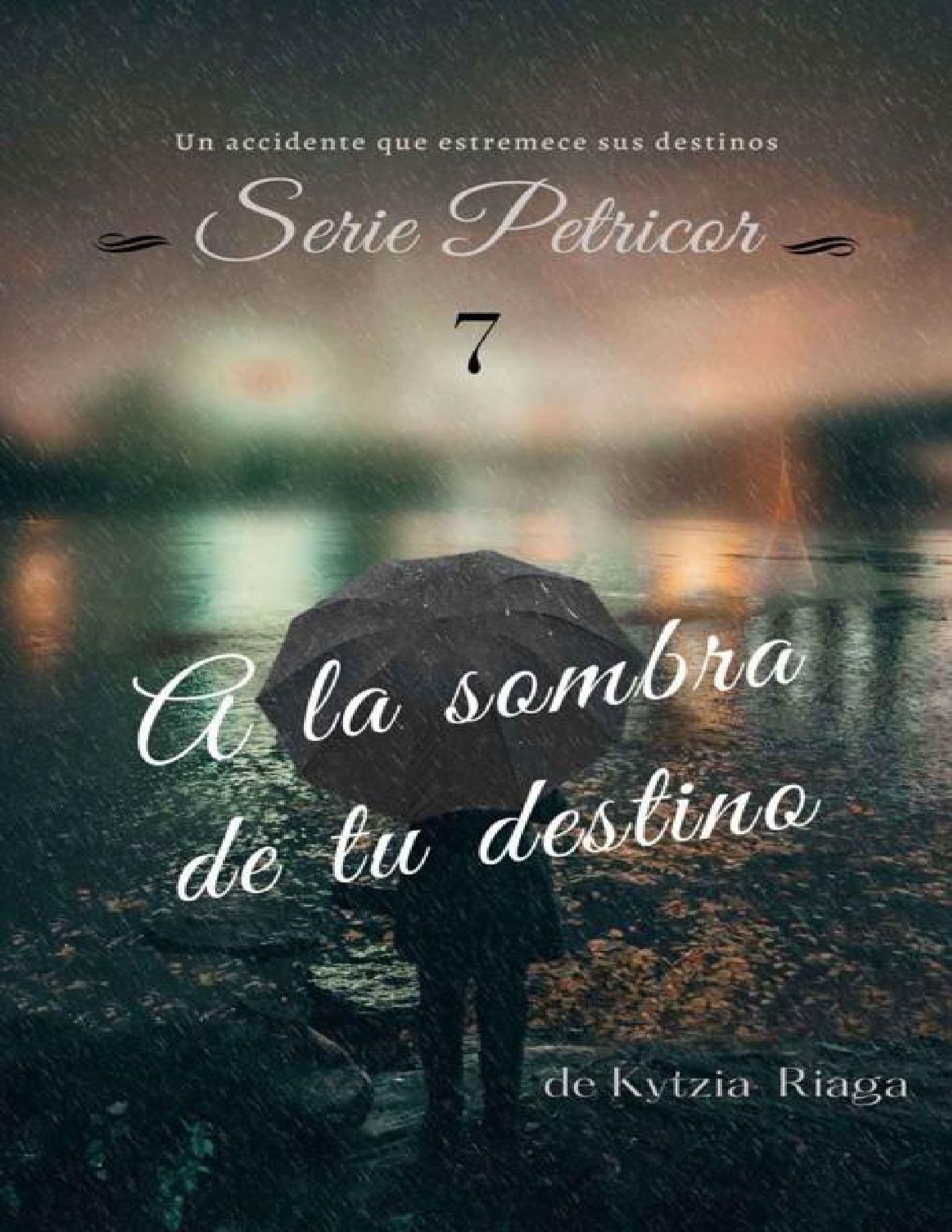

Un accidente que estremece sus destinos
Serie Petricor
7
A la sombra de tu destino
de Kytzia Riaga

A la sombra
de tu destino

Serie Petricor

7

A la sombra de tu destino

Kytzia Riaga

©2024 Kytzia Riaga
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798878545297
Publicado independientemente

Nota: Tienes en tus manos una obra de ficción, por lo tanto, los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación de la autora y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Agradecimientos

A Delia, por ser mi primer fan y número uno. Gracias por dejarme sentir una escritora.
A Ive que, sin su apoyo incondicional, sus palabras de aliento y su paciencia ilimitada, no hubiera podido llegar hasta aquí.
Infinitas gracias por estar del otro lado…

Dedicatoria

Todo comenzó como un simple juego teñido de sueños, nunca pensé que llegaría a este libro con lectores esperando por él.

Gracias a todas quienes dedicaron minutos de su vida a leer mis locuras y a dejarme tantos mensajes en mis redes.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Epílogo de la saga

Capítulo 1

Hasta la tormenta más feroz,
en algún momento deja de rugir.

Quizás pudiera descansar si tomara su almohada, unas mantas, bajara al living y las tendiera sobre el sofá. Es que la cama sin ella suele resultarle inmensa. Acaricia las sábanas pensando en su cumpleaños anterior, cuando comenzaron ese día especial haciendo el amor. Ha pasado un año y demasiada agua bajo el puente. Ese amor inocente que Anahí le prodigaba, comenzó a resquebrajarse y dedicárselo a otra mujer. Tiene pruebas que convirtieron las dudas en certezas. Y, cuando las encontró juntas, la enfrentó y se fue del hogar de ambas sin mirar hacia atrás.

Cada vez que la abandona, el alma se le vacía un poquito más. Dejando esa inmensa soledad que no puede llenar. Por eso, la va a buscar una y otra vez. Es que no puede vivir sin ella. Ni siquiera sabe estar sin sus hijos.

—¡Maldición! —Recuerda las idas y vueltas, las discusiones, el lastimarse mutuamente. Sin encontrar en su mente cómo comienzan, pero muy consciente de cómo terminan. Toma el celular que se prende en cuanto lo mueve, indicándole que apenas es la 2:14 de la madrugada. Le quedan casi siete horas para ir a la empresa y no logra conciliar el sueño. Vuelve a girar y abre una de las aplicaciones en su celular— ¿Estará durmiendo? —se pregunta con la imagen del rostro del perfil de Malaika—. Seguro que durante la mañana tiene cita en Tribunales y no suele concurrir cansada. Esto le daría ventajas a su adversario y podría perder la custodia de un niño.

Cada palabra es un balbuceo que se pierde en el lado vacío de su cama, como si estuviera escuchándola. La echa de menos, aunque más no sea el calor de su cuerpo cerca al propio. Espera que Anahí esté pasando la misma incomodad que ella, por no tenerla cerca.

«Quizás... si cuento ovejitas». Piensa con ironía. El sueño la vence en algún instante de la madrugada. Entre el recuerdo de los reclamos del sábado a su esposa, a las expectativas del festejo de su cumpleaños. Todo matizado por las sonrisas de sus hijos y el cariño incondicional de sus amigas.

El café sobre la mesa de la cocina se está enfriando sin ser bebido. Otra vez la tristeza la embarga y deja el celular, que hoy no ha recibido ni un solo mensaje con felicitaciones. Se dirige nuevamente a su habitación.

—No soy una niña, ya debo dejar de sentirme tan sola cuanto no tengo personas a mi alrededor. Además, hoy es lunes y seguro que haremos una reunión el próximo fin de semana para festejar mis treinta y nueve años. ¡¡Ya sé!! —exclama de repente con una sonrisa dibujada después de tantos pensamientos angustiantes— Invitaré a Malaika a almorzar, luego de la reunión con Casandra. Ella estará feliz y pasaremos unas horas conversando sobre la vida.

Al fin el celular suena, un mensaje se deja leer. No es el esperado, pero igual se siente querida.

«Malaika
Buenos, días y feliz
cumpleaños. ¿Nos vemos hoy?
07:59»

«Hola, muchas gracias.
Nos hablamos para almorzar
juntas. Besos
08:01»

Su amiga nunca olvidaría este día, así que se tomará unas horas por la tarde para pasarla también con ella. Irá a buscar a los niños y los cuatros recorrerán algunos shoppings. Ya no le importa que Anahí esté ausente.

La imagen de su esposa reaparece, considera que es hora de que se ponga firme con ella y... ¡Maldición, otra vez el celular!

—Hola.

—Hola, preciosa.

—Elizabeth. —Sonríe al escuchar a su mejor amiga— ¿Sabes que es muy temprano para llamar a una casa decente?

—Tienes razón. Sin embargo, te estoy llamando a ti.

—Muy graciosa.

Se sienta en la silla más cercana para terminar su café y la conversación.

—No lo soy. Es que sé que Anahí no está y la decencia se perdió con su partida. Por cierto, me gustaría saber por qué fue esta vez la discusión. —Se sorprende ante la pregunta y no sabe qué contestarle— ¿Emmy…?

—Odio que me llames así, mi nombre no es hermoso, pero me llamo Emma.

—Es largo y difícil de pronunciar —bromea—; además no es una tontería suavizar el sonido de los nombres. Me gusta más Emmy y sabes que, por más que te enojes, no pienso prestarte atención. Dime, ¿por qué te peleaste con tu mujer? —suspira— Y ni intentes cambiarme el tema, de nuevo.

—Es complicado de explicarlo.

—No, es fácil. Empieza por el principio y sigues con el relato hasta el final.

—Bien. —A veces le molesta el tono de superada de su amiga, como si ella tuviera todo resuelto en su vida—. El sábado salí con los niños y cuando regreso a casa, la encuentro de muchas bromas y risas con la idiota.

—La idiota, ¿es Lucía?

—Obvio. ¿Hay otra idiota de la que yo no me haya enterado?

—Te he dicho en muchas oportunidades que los celos no son buenos consejeros. Además, muestran debilidad de carácter.

—Y yo te he dicho, en igual cantidad de oportunidades que, cuando te enamores, no los podrás controlar.

—Una dama no siente celos. —La alcurnia de la mujer siempre está presente, se la han grabado a fuego—. Estuve conviviendo con una mujer durante meses y ni una sola escena.

—De tu parte. Porque de los de ella, ya perdí la cuenta.

—Es débil de carácter —sentencia.

—¡Elizabeth! —comprende las palabras dichas por su amiga— Me explicas cómo que estuviste conviviendo, ¿no estás más con ella?

—Debes reconocerme que eres celosa, peleadora y cascarrabias. Aunque rápida leyendo entre líneas.

—Ahora, ¿quién cambia de tema? —Se le dibuja una amplia sonrisa, acaba de atraparla en un desliz.

—Anoche decidí que lo mejor es que nos separemos y ella me rogó, imploró, lloró e intentó

seducirme. Con Adriana llegué al punto donde no le aguanto más una escena de celos.

—Amiga, sabes que te quiero y mucho

—El cariño es mutuo.

—El problema real es que tú la engañas con cuanta mujer predispuesta se te cruce.

—Eso no es cierto, algunas no me gustan.

—¡¡¡Elizabeth!!!

—Emmy. Adriana no me llega al alma, ni siquiera al cuerpo. —Permanece en silencio por un instante, como buscando las palabras justas—. Solo estaba con ella por costumbre o para no llegar a un departamento vacío. No lo sé con exactitud.

—No estás sola, siempre estás rodeada de personas que te queremos mucho —suaviza su voz—. Si no encuentras el amor es porque no quieres. Ya te dije que busques cerca de ti, de tu círculo íntimo. Puede ser que haya alguien que colme tus expectativas. —Siempre busca que sea feliz—. Alguien que, cuando te mire, sus ojos se iluminen y te adore tanto, como tú te lo mereces.

—Dime, ¿quién es esa mujer que, según tu visión extraordinaria, sería mi alma gemela?

—Imposible saberlo. Debes encontrarla tú sola, y no tengo la certeza de quién pueda ser —baja el tono de voz—. Mi único consejo es que busques más allá de la superficialidad del deseo.

—Eres malvada y te imaginas hadas donde solo hay brujas —ríe suavemente, nada en ella es brusco o fuera de lugar—. Mi querida amiga, nos estamos yendo del tema principal, ¿qué pasó con Anahí?

—Llegué a casa, vi la escena y no dije nada, solo saludé. —Trata de recordar los hechos de forma objetiva—. Me fui a mi cuarto y, cuando ella llegó, le planteé que si amaba a Lucía, se fuera a vivir con ella. Que dejara de engañarme, porque ya estaba cansada de quedar como una idiota ante todos.

—Interesante conversación. ¿Eso fue antes o después de que le pidieras explicaciones respecto a por qué estaban juntas?

—Antes —maldice en su mente. ¿Quizás habría alguna razón para que pasara la tarde con Lucía?—. Bueno, eso ya no importa, el tema es que se cambió y se fue con mis hijos. ¡Son mis hijos! —recalca— Y se los llevó a la casa de sus padres. Todavía ni volvió, ni llamó por teléfono. Esta vez no pienso ir a buscarla, ni llamarla, ni mandarle un mensaje. Mucho menos hoy.

—Me imagino.

—Lo digo en serio. En esta oportunidad no cederé.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos juntas y me terminas de contar, con lujo de detalle, tus decisiones? No olvides que hoy es un día especial.

—Me parece perfecto. ¿Vendrán Gabriela y Érica?

—No. Gabriela está como loca porque otra vez se quedó sin secretaria, supongo que trabajará hasta tarde para compensarlo.

—¿Otra vez?

—Préstale la tuya. —Toca su punto débil.

—Amiga, no presto a Vanesa por nada del mundo. Estando ella en mi despacho, podría desaparecer días enteros y nadie lo notaría.

—Cuidas más a tu secretaria que a tu esposa —bromea—. Además, ella pertenece a la empresa y si se la pasas a Gaby, nunca más nos molestará con sus quejas.

—Me encanta tu sentido del humor, no obstante, mi asistente no se mueve de donde está.

—Como eres la dueña de la empresa, tienes la última palabra. Por ahora. —Hace un

segundo de silencio— ¡Ah! Y Érica está de viaje con otra de sus obras. No entiendo cómo le puede gustar hacer de carpintera —cambia el tema de Vanesa.

—¡Ja! ¡Ja! Adora hacer eso y no solo de carpintera, también diseñar muebles y remodelar casas, oficinas, departamentos. Además, según ella, las mujeres caen en sus brazos cuando la ven vestida con todas esas herramientas colgando de su cintura.

—Otra idiota más en cuestiones amorosas. Menos mal que Gabriela y yo equilibramos la balanza.

—Las dos son unas cínicas en cuestiones del corazón. Una más infiel que la otra y se merecen mutuamente. —Mira la hora en su reloj pulsera—. Escucha, me tengo que ir a cambiar que ya llego tarde a la reunión que tengo con Casandra. En unas horas nos vemos en la empresa.

—Cuando puedas pasa por mi oficina, tengo unos diseños nuevos que quiero mostrarte.

—¡Dale! Nos vemos en un rato.

Corta la comunicación. Adora a su amiga, la que siempre tiene el comentario justo, en el momento menos oportuno. Elizabeth muestra ser una mujer tan diferente de la que realmente es. Tranquila, fría y con pocas demostraciones de afecto: es el personaje que fabrica todos los días de la semana. Los sábados se convierte en la fantástica tía que malcría a los mellizos, que adoptó como si fueran sus sobrinos. Juega con ellos, se revuelca en el pasto y ríe a carcajadas. O, en la gran dama que concurre a la ópera con una hermosa mujer del brazo, a la que seducirá toda la noche. Nunca le importó ser lesbiana, parecerlo y demostrarlo.

Está terminando de cambiarse cuando vuelve a sonar el celular. Esta vez es Gabriela y, poco segundos después de cortar con ella, la sigue Érica en las felicitaciones. En cuanto termina la comunicación con su amiga, se queda pensando que algo no cuadraba en la explicación que le dio. «¿Cómo demonios sabía de la propuesta de Gabriela?» La caída del celular la distrae y se olvida al instante de la incongruencia que encontrara entre las pláticas de sus amigas.

No puede evitar preocuparse por ellas. Quiere que formen una familia y que puedan ser felices, como ella suele serlo. A veces, tan solo de a ratos.

Al pasar nuevamente por el living observa una inmensa caja, ayer compró un televisor de última generación para toda la familia. Esa que lleva conformando con Anahí desde hace nueve años. Debe admitir que la manipuló para que hiciera un tratamiento de fertilización asistida, del cual nacieron los mellizos Iván y Milo. Tienen casi ocho años y, además de ser hermosos, son muy inteligentes. Ya deben estar en la escuela y ella no pudo acompañarlos, por la discusión del sábado. Tendría que haber ido igual. Mira nuevamente el reloj y es consciente que ya está retrasada en demasiadas cosas en su vida.

Cuando toma las llaves del mueble se topa con el portarretratos de su mujer. La foto que ya tiene cinco años, quizás sea hora de actualizarla. La acaricia, como si fuera su rostro el que la yema de su dedo delinea.

—Mi cielo —es el apodo con el cual la llama—, nuestra situación ha llegado a ese punto en el cual no tenemos retorno. Hoy es mi cumpleaños —una lágrima cae por sus mejillas, la primera del día—, ni siquiera me llamaste o mandaste un mensaje para desearme felicidades. Reconozco que el sábado te insulté demasiado, que te traté de maldita infiel que solo estás a mi lado por mi dinero. —Ahora las gotas se derrumban una detrás de la otra—. Te defendiste tanto, tanto, que eso me hizo dudar aún más de tu relación con Lucía. Malaika me suele decir que quizás debamos distanciarnos un tiempo, para volver a encontrarnos. Y tiene razón, más allá de que la odies tanto, ella es una amiga que siempre acompaña mi dolor. Le cuento cosas que ni a Elizabeth le digo. —Toma las llaves del auto, que están en el cuenco ubicado al lado del portarretrato—. Es mejor que me vaya a trabajar, no tiene sentido continuar llorando por ti.

Cierra la puerta de entrada de la hermosa casa que tienen en uno de los barrios exclusivos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Se sube a su auto y, mientras escucha una canción que azarosamente la radio trasmite, toma la decisión que hace meses ronda en su cabeza.

—Mi cielo, hoy te pediré que nos separemos por un tiempo —un suspiro se entremezcla entre los sollozos que cubren su alma—. Te dejaré la casa para que críes a los niños y te pasaré una pensión. Tú podrás vivir junto a Lucía, a quien amas tanto, y así estaré en paz.

El auto surca la avenida para tomar una de las calles laterales. El semáforo la detiene. Mira a una joven pareja que va de la mano, los recuerdos se agolpan en su memoria para mostrarle cómo fue esa primera vez en que la vio. Fue un día cualquiera que cruzó a la panadería ubicada a metros de McCorin, la cual que pertenece a la familia de Anahí. Quería comprar unas masitas para desayunar con Elizabeth y, al entrar, la notó al instante. Observó a una joven con cabello largo, espeso y tan negro como la misma noche. La saludó con una sonrisa y le preguntó que quería llevar. Demoró unos instantes en reaccionar y esos grandes ojos casi negros le sostuvieron la mirada.

Su rostro, de facciones suaves, delineadas por el mejor de los escultores, tenía el marco de esa tez oscura que caracteriza a las personas de esta tierra. Emma quedó cautivada en un santiamén y, también, mortalmente asustada por la juventud de Anahí. Tardó varios meses en animarse a invitarla a salir. La joven aceptó con una sonrisa que amenazaba con escaparse de su cara. Así conoció a la mujer de su vida, su único y eterno amor. Emma la adora con la misma intensidad del día en que la conoció y, aunque no hay reciprocidad, aprendió que todo no se puede dar y que hay que conformarse con aquello que toca en suerte. Hoy está cumpliendo treinta y nueve años, alguien debe tener madurez en una relación.

Siente que no puede frenar el torbellino de frases inconexas que cruzan su mente. El celular suena anunciando la llegada de tres mensajes. No presta atención. Está distraída buscando en su mente las palabras que le dirá a Anahí para proponerle la separación.

Le gustaría pensar que su esposa la ama solo a ella, pero le lleva diez años y la joven ha vivido poca de la vida, solo ha conocido el amor de la empresaria. Necesita salir al mundo y descubrir algo más que solamente sus besos y sus caricias.

«¡Cómo duele pensar que la persona que se ama no le corresponde de la misma manera!»

La libertad es la única opción que ve para que su amor pueda madurar y decidir, con más experiencia, con quien desea pasar el resto de su vida.

El semáforo cambia su color a amarillo, Emma se prepara y cuando el verde se asoma, arranca.

—Quizás con el correr del tiempo logre… —siente un fuerte golpe a su costado, su cabeza latiguea— Mi cielo… —la oscuridad va cubriendo el rostro de Anahí a la misma velocidad que la inconsciencia gana terreno.

* * * * *

A varias cuadras del accidente, ella está despachando medio kilo de pan a una de las clientas de años.

—¿Algo más, doña María? —sonríe Anahí

—No por hoy. —La mujer saca el dinero de su monedero, lleva el cambio justo.

—¿Cómo anda la nieta? —pregunta al mismo tiempo que coloca el pan en una bolsa.

—Muy bien, ya se mejoró de la gripe y está en la escuela —explica la mujer feliz de

que recordara que su nieta mayor no se encontraba bien— ¿Y esos hermosos mellizos?

—También los dejé temprano —mira su reloj—, hoy tengo que retirarlos antes, es el cumpleaños de mi pareja —le susurra cuando le entrega el pan. Hay personas que ya han asumido con naturalidad la homosexualidad y otras, como su madre, siguen luchando contra ello—. Están creciendo tan rápido —sonríe orgullosa de sus hijos—, que no sé cómo detener el tiempo para que sigan siendo mis pequeños.

—No se puede, por más que lo intentes de mil maneras diferentes —sonríe la mujer —. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana ¿Quién sigue? —pregunta, mirando hacia el local buscando a quién atender. Pasa unos minutos cuando ya no hay clientes, la segunda oleada tempranera pasó— ¡Mamá! —Va al fondo del local donde su madre está acomodando las facturas que recién salen del horno— ¿Me cubres unos minutos que tengo que hacer una llamada?

—¿Ya las estás llamando? Se vieron hace poco más de una hora y estás encima de ella como una garrapata.

El tono de desprecio de la mujer mayor hacia Emma es siempre el mismo. Desde que la conoció consideró que fue la perdición de su hija. Que la volvió lesbiana, que le prometió un palacio mientras que Anahí sigue trabajando como panadera, que es mucho mayor que ella, que la cela todo el tiempo haciéndola infeliz y, lo más importante… que la volvió lesbiana. Anahí le respondió, en varias oportunidades, que ella y Lucía son lesbianas desde su adolescencia. Que nunca salió con un hombre porque no le gustan y que, Emma, fue su elección de vida para formar una familia. Azucena nunca comprendió el amor de su hija por otra mujer. Ni siquiera cuando nacieron sus nietos, a quienes adora, calmó el desprecio hacia su esposa.

—Sí, mamá. Voy a llamarla. Hoy es su cumpleaños y quiero mimarla todo lo que pueda —Azucena se va refunfuñando al frente del local para atender. Anahí saca su celular del pantalón y llama a Emma. No obtiene respuesta— Que extraño —mira la hora—, ya debería estar en la oficina —vuelve a marcar y otra vez le indica que el celular se encuentra encendido. ¿Lo tendrá en silencio? Lo guarda nuevamente y sigue con la tarea de su madre. No quiso decirle de la pelea que tuvieron el sábado, la cual terminó en que ella y los mellizos fueran a pasar el fin de semana con Lucía y Rocío.

Otro tema que debe hablar con su esposa lo antes posible, en este punto sus amigas tienen toda la razón del mundo. Además, no quiere meter a sus hijos en el medio de sus peleas. Tampoco debe pedirles que mientan respecto a dónde estuvieron estos últimos días. Es consciente de que logró engañarlos con los preparativos de la fiesta sorpresa de cumpleaños que le están organizando ala madre. Su verdadera finalidad, era que no le dijeran a Emma dónde estaban y no preocuparla aún más.

Su amada esposa cumple el último de la treintena y, junto a sus amigas, decidieron agasajarla de esta manera. La encargada de llevarla al salón, por la noche, es Elizabeth. Gabriela y Érica se excusarían de no poder ir a saludarla.

Anahí espera, con toda la fuerza de su alma, que disfrute del día y, así, poder pasar la noche amándola con todo su ser. Llevan semanas manteniendo el secreto.

Rocío le dio un buen consejo durante el desayuno. Así que mañana le dirá que es mejor que juntas vayan a ver a un psicólogo de pareja.

Saca nuevamente el celular de su bolsillo y llama para saludarla. Será algo breve, casi sin sentido.

—Hola —responde una voz masculina.

—¿Quién habla? —Anahí se sorprende ante quien responde.

—Soy el oficial Pereyra —se presenta con ese tono de voz cortante y seguro que suele tener un policía— ¿Quién habla ahí?

—Anahí Pinedas —informa, aún sin comprender la situación—. ¿Puede pasarme con Emma? Por favor —¿Estará presa? Puede que ayer haya bebido en exceso, pero ella no manejaría ebria.

—Un segundo —se escucha que alguien le pregunta algo— ¿Qué es usted de Emma Kna…?

—Knatwen —termina el apellido—. Soy su esposa —aunque nunca se hayan casado formalmente, es un detalle que a nadie le interesa.

—Su… —tarda unos segundos en reaccionar—. Entonces debo avisarle que la señora Knatwen acaba de tener un accidente muy grave. La estamos trasladando a la clínica más cercana, ya le digo la dirección…

La oscuridad va cubriendo el imaginario rostro ensangrentado de Emma, a la misma velocidad que la inconsciencia gana terreno. Un fuerte golpe se escucha en la panadería. Anahí acaba de caer desmayada.

Capítulo 2

Unos ojos oscuros y penetrantes observan a la mujer que tienen frente a ella, no logra comprender del todo sus palabras. En eso mira a su alrededor y nota que está en una oficina muy parecida a la de su esposa, pero que ha sufrido varios cambios que la hacen casi irreconocible. Tanto como lo es su propia existencia.

—¿Anahí? —Vuelve su mirada hacia la voz que la llama— ¿Te sientes bien?

—Sí, por supuesto. Solo estoy… estoy… un poco aturdida.

—Entonces, ¿qué me dices? —la expectativa por la respuesta hace que ignore el malestar de la otra mujer.

—¿Respecto a qué? —Aún no es del todo consciente de cómo llegó hasta este lugar, ni la conversación que está manteniendo. Su mente está como en una nebulosa que no la deja ni pensar, ni ordenar sus ideas.

—Respecto a cómo tu amiguita está hiriendo a Érica —el fastidio en la voz de Gabriela es más que notorio—. ¡A Érica! Alguien que es incapaz de lastimar a otro ser —el tono de voz de la magnífica morocha se va acrecentando con cada palabra pronunciada—. Apenas si sabe cómo defenderse.

—Me parece que ya es hora para que comience a hacerlo. —Los pensamientos ahora empiezan a tener más sentido, el lapsus provocado por la noticia la dejó momentáneamente dispersa—. Ya cumplió treinta y nueve años y tendrá que aprender a defenderse alguna vez en la vida. Te recuerdo que Emmy no está para protegerla.

—¿Te pones del lado de Lucía? —hay incredulidad en su voz.

—Por supuesto. Ella en mi amiga. —Se acomoda en la silla, sentándose derecha mira fijamente a Gabriela, preparándose para la lucha—. Es mi mejor amiga —le aclara resaltando cada una de las palabras—, y también es incapaz de lastimar a otra persona. —Sonríe de lado, como dándole a entender que también sabe jugar esa carta.

—Estás equivocándote de cabo a rabo y te puedo asegurar que esta será la primera vez que no estoy de tu lado para defenderte.

—Me defiendes, como tú dices, porque soy la esposa de Emma y no porque sea Anahí. Yo no importo, solo soy la mujer de tu ausente amiga. Y, te lo diré una vez más: Lu es como mi hermana y pienso defenderla contra ti o cualquier otra persona que tenga la mínima intensión de herirla —la hermosa cara de la ingeniera se transforma a partir de los gestos de enojo que muestra—. Además, no creo que ellas tengan un romance ni, mucho menos, que Érica sea la víctima.

—¿Dudas de mis palabras?

—No. Únicamente pienso que exageras. —No hay respuesta de la otra mujer—. Gabriela, ¿qué quieres de mí? ¿Qué despida a Lucía de la empresa por un rumor que ni siquiera tiene que ver con su trabajo? ¿Qué la arroje de mi casa, cuando sin ella no hubiera sobrevivido todos estos meses? —Un instante de silencio— ¿Qué la eche de mi vida cuando somos amigas desde siempre? Dime, ¿qué pasa por tu mente al venir a acusarla de lastimar a tu amiga?

—Emma siempre tuvo razón —murmura mientras se pone de pie, luego se dirige hacia la puerta.

—¡¡No!! —grita Anahí por primera vez desde que se conocen— Ella nunca tuvo razón de

que Lu y yo fuéramos amantes, todo fue producto de su imaginación. —Gabriela había girado para mirarla—. Si es eso de lo que me acusas.

—¡La p·t* madre! —La ingeniera sale del despacho golpeando la puerta e insultando contra todos.

Anahí se pone de pie aun temblando por la discusión y con la yema de su dedo índice, acaricia el escritorio de Emma.

«¿Qué me pasó durante todo este tiempo? —se pregunta moviendo su cabeza— ¿Cómo pude convertirme en una persona tan extraña a mí misma que ni siquiera noto que sucede a mi alrededor? Ni mis amigos, ni mis hijos, ni mi vida tienen sentido si no estás a mi lado. Todo está en pausa. —Se acerca a la ventana para mirar la calle y en eso divisa la panadería de su madre—. ¿Hasta cuándo seguiré llorando tu ausencia? —Su mirada se pierde unos minutos en la calle hasta que vuelve a girar para dirigirse al perchero— ¡Ya es hora sin ti! —En el camino acaricia la silla del escritorio, la suavidad el cuero en la mano la hace pensar en Emma—. Siempre siento tu aroma, a pesar de las remodelaciones, a pesar del tiempo, esta oficina tiene impregnado tu perfume al igual que yo lo tengo tatuado en toda mi piel».

Comprende que a pesar del dolor que siente debe continuar. Prende su computadora y analiza las nuevas propuestas de innovación de Rocío para la empresa de Casandra, con quien mañana tiene una cita. Cuando termina el leer el primer proyecto, Lucía ingresa con otra taza de café. Levanta la mirada para observarla y nota, por primera vez, la tristeza en su semblante.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta con un tono de voz cansino. Hasta ese momento había estado inmersa en su propia desgracia, descuidando todo cuanto hay a su alrededor.

—Bien, ¿por qué? —«Tengo que pensar cómo decirle lo qué sé y preguntarle por qué me ocultó algo tan importante en su vida.»

—Noté que Gabriela se fue muy enojada de tu oficina y pensé que habían discutido.

—Lo hicimos —admite resignada a no poder lidiar con las amigas de Emma—. Esta noche te cuento los detalles.

—Genial —responde como al descuido—. Te dejo los documentos para que firmes y cualquier cosa que necesites, me avisas.

La observa irse y nota lo hermosa que está con el uniforme de la empresa. Es una de las pocas que lo utiliza con pollera, llevándolo hasta con orgullo. Siempre le admiró la fuerza de voluntad y la adaptabilidad a los cambios, encontrando lo positivo en cada momento.

«¿Cuándo te metí en esta locura sin fin? —medita luego del planteo de Gabriela— ¿Fue cuando te puse entre la espada y la pared para que me acompañaras a ser parte de McCorin y de todo el mundo Knatwen? —niega con su cabeza para descartar los pensamientos negativos, aunque teñidos de verdad—. No lo sé, pero por favor perdóname.»

* * * * *

Termina de almorzar y decide esperar al resto de las directoras en la Sala de Juntas. Convocó a una reunión de último momento y aunque está muy cansada para lidiar con las mujeres, necesita dejar todo encaminado antes de irse de viaje. Llegan puntual, la única con unos minutos de retraso es Gabriela y duda si lo hizo porque estaba ocupada o enojada por la discusión de esa mañana.

—Ya estamos todas, ¿qué necesitas de nosotras? —pregunta la ingeniera con impaciencia. No disimula su malestar de estar allí.

—Hace un tiempo —prefiere ignorarla y centrarse en el análisis de la propuesta que tiene en mente— comencé a caminar la empresa, como lo hacía ella —no necesita aclarar a quién se refiere, el asentimiento de las cuatro mujeres se lo confirma—. Y noté que estamos desaprovechando nuestro espacio en el edificio y que lo necesitamos para todos los nuevos sistemas de monitoreo que ofrecemos.

—Tenemos un local adaptado para eso, no creo que sea conveniente trasladarlo a otro sitio y sería muy costoso en estos momentos.

—Sí, pero tiene dos desventajas importantes —mira a Gabriela a los ojos para darle fuerza a sus palabras. Sabe que sus enojos son tan explosivos como breves y quiere su apoyo—, la primera es que está a más de veinte cuadras de aquí y, la segunda, el propietario me trajo la nueva propuesta de alquiler y la cifra es muy elevada.

Aprovecha para entregarles una copia con los nuevos importes de alquiler y que, debido a la situación económica del país, se actualizarán semestralmente.

—¿Tanto estamos pagando? —Elizabeth es la primera en analizar el informe y mira a Verónica sorprendida.

—Sí —responde la contadora que no necesita mirar las cifras porque las conoce de memoria. Incluso a ella también el dueño le entregó una copia vía email.

—No comprendo la decisión de Emma, si es caro y está lejos, ¿por qué contrató este lugar? —insiste la arquitecta.

—El propietario es amigo del Señor Knatwen y, antes de que me pregunten, el contrato de alquiler se vence el 31 de diciembre de este año.

—Comprendo —interviene Gabriela, dejando al descuido los papeles sobre la mesa—. A mí no me interesan las cuestiones contables de McCorin, sino su productividad. Soluciónalo con Verónica —se pone de pie para irse.

—Por favor, siéntate —el pedido suena más bien a una orden y surte el efecto deseado—. No solo los ingresos son importantes, también debemos bajar costos para ofrecer ofertas y descuentos. Además, no es práctico que tanto Gaby como Rho tengan que movilizarse hasta allá dos o tres veces por semana. Debemos ser más efectivos, para ofrecer un mejor servicio a menor desgate humano y económico. Por eso, se me ocurrió reestructurar McCorin —anunciada la idea a través de un discurso pulido, el rostro de pánico de las tres mujeres, porque Rocío solo afirma, la obliga a aclarar lo esperado—. Llevamos más de un año desde el accidente y la pandemia cambió las reglas del juego, o nos adaptamos sin ella o corremos el riesgo de quedarnos fuera de los primeros lugares en el mercado. Ustedes deciden.

—¿Cuál es tu idea? —Verónica es la primera en reponerse después de casi un minuto en silencio, que parecieron veinte.

—Escuchen toda la propuesta y después, si quieren hacer algún cambio, lo analizamos —se sienta mejor en la silla y toma valor, no será fácil—. Tenemos mucho espacio desperdiciado en el edificio, supongo que al abuelo de Emmy le gustaba ostentarlo. Pero hoy es casi inoperante, incluso hasta es costoso para mantenerlo.

—Se vienen fuertes aumentos de luz, gas e impuestos.

—Sí, es cierto —al menos la contadora la ayuda.

—¿Quieres que nos mudemos del edificio? —Gabriela no lo hace.

—¡No! Jamás haría una cosa así, por favor, sólo escuchen —vuelve a pedirles paciencia ante lo descabellado de la pregunta—. Dirección general tiene todo un piso para una persona y dos secretarias, es muchísimo. Al igual que los Departamentos de Operaciones y Diseño e Innovación —prefiere no dar nombres, para que comprendan que nada tiene que ver con las

personas—. Estos dos se fusionarán en el piso octavo, manteniendo la independencia de cada uno.

—¿Cómo sería eso? —Rocío habla por primera vez al notar la cara de pocos amigos de la ingeniera Dürror.

—Ambas suben y bajan varias veces al día —los ceños fruncidos de las mujeres dan cuenta de no comprender cómo lo sabe—. Les dije que he estado observando la empresa y sus movimientos. Gaby tiene más de la mitad de la oficina vacía y Rho me ha dicho que sobra personal en su departamento.

—¿Vamos a despedir empleados? —Verónica salta, como siempre, en defensa del personal.

—No —saca unos papeles que tiene guardado en la carpeta y continúa la explicación—. El año que viene tenemos tres personas que están en condiciones de jubilarse, las mantendremos en teletrabajo hasta ese momento.

—¿Y si no quieren jubilarse?

—No los obligaremos y buscaremos sitios para ellos después de que terminemos con el aislamiento, te lo prometo. Tengo la sensación de que muchos empleados optarán por trabajar desde sus casas si se los proponemos.

—Podemos rotarlos para que no estén todos presentes los mismos días —insiste la contadora ahora más aliviada.

—Aclarado este punto, mi idea es que esta Sala de Juntas sea trasladada al noveno piso y que diseño suba al octavo; así ganaremos tres pisos enteros —Elizabeth la mira en silencio, comienza a preocuparse porque necesita del apoyo de las cuatro para realizar el proyecto—. En el cuarto y el quinto pondremos los sistemas de monitoreo, aprovecharemos el traslado para actualizarlos de acuerdo a los requerimientos de los nuevos sistemas propuestos por nuestras ingenieras —les entrega una carpeta que ambas ingenieras le habían sugerido las últimas semanas, para darle fuerza a sus palabras.

—¿Y nosotras? ¿Quieres que unamos nuestros Departamento en un mismo piso?

—No, Verónica —observa a Elizabeth concentrada en los papeles—. Comercialización tiene su codirectora y tengo entendido que es muy buena.

—Es la mejor —sonríe la rubia en cuanto mencionan a Vanesa.

—Babas aparte, que estamos tratando temas serios.

—Solo acoto con la verdad —responde a su amiga, mirándola a los ojos—. Además, Vane está estudiando marketing y en marzo comenzará la Facultad para especializarse.

—Debo admitir que mejoramos muchísimo en todo lo referente a la publicidad —Verónica se suma a los elogios.

—Entonces, está decidido que ella merece su propia oficina —sentencia antes de mirar a Rocío—. Hace como un mes me comentaste que Roberto o Kevin querían quedarse en Comercialización.

—Kevin —responde la joven sin dudarlo—. Él es diseñador web, así que la creatividad le agrada más que los circuitos.

—Que pase a Comercialización como secretario y que Myriam regrese a Administración —le ordena a Verónica, que asiente—. Por cierto, necesitas una codirectora. Si quieres solicitaremos alguna contadora junior para seleccionar una, publicaremos un anuncio en sitios empresariales importantes y haremos juntas las entrevistas.

—¿Por qué?

—Porque no está Emma, quien te ayudaba con Recursos Humanos y la contabilidad general de la empresa. Ahora cargas con todo ello, más los cálculos presupuestarios de los monitoreos,

instalaciones y todas las innovaciones que requieren investigación del precio de los materiales, entre muchos otros trabajos que te pedimos día tras día. Y yo no entiendo nada de números.

—Candela nos ayuda muchísimo con la valuación de costos.

—Es la mejor secretaria de la empresa —murmura Gabriela sin levantar la vista de su carpeta.

—Babas aparte, que estamos tratando temas muy serios.

—Es la envidia, rubita teñida. Yo tengo a la mejor secretaria de McCorin y no puedes negármelo.

—Si vuelves a llamarme así, te parto la boca.

—¡Ya basta! —advierte Verónica. Anahí sabe del apodo que Casandra utiliza cuando se dirige a Elizabeth—. ¿Puedo elegir mi codirectora? —pregunta sin dirigirse a alguien en particular.

—¡Por supuesto! —Como directora general tiene el poder de nombrar a quien le pida y su contadora se lo merece.

—Entonces, elijo a Mariana.

—¡¡¡Estás loca!!! —salta Gabriela— Nos vamos a la quiebra en dos meses.

—Primero, ella sabe realizar toda la contabilidad del Departamento. Así que podría pedirle que se encargue de la liquidación de sueldos, cargas sociales y Recursos Humanos. Con mi asesoramiento directo, por supuesto, así no nos vamos a la quiebra —bromea con la morocha—. Segundo, ¿sabes cuántas veces faltó en diez años? —Gabriela niega con su cabeza— Dos veces, una porque la operaron de apendicitis y la otra por el fallecimiento de su abuelo. Tercero, es leal, trabajadora, no se queja y, cuarto, es mi decisión.

Cierra el discurso mirando fijamente a la ingeniera, que masculla algo para sí. Anahí debe actuar rápido antes de que comiencen a oponerse o a pelearse entre ellas.

—Después no digan que no se los advertí.

—¿Qué te parece si ascendemos a Candela también a codirectora? —no estaba en sus planes, pero la joven está realizando un trabajo excelente y sería injusto que fuera la única de las tres que quedara como secretaria. Además, siempre la apoyó con Lucía y ayudó a su amiga en todo momento— Podríamos trasladar a Virginia o a Marisol como secretaria a Operaciones y Javier sería tu codirector. —Ahora mira a Rocío, quien se apresura a hablar.

—Prefiero darle a otra empleada como secretaria. Es que las tres hacemos un excelente equipo.

—Que Candela elija a quién trasladas, los conoce a todos —otra vez concluye la idea con voz de mando—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —afirma Gabriela con cierto dejo de dudas en su voz—. ¿Podremos costear todos estos ascensos? —mira a Verónica para que la oriente en su decisión.

—Pienso que los tres se cubrirían perfectamente con el sueldo que nos ahorraríamos, si no contratamos a una contadora nueva que hace mucha falta porque Verónica no puede más sola. —Anahí había estudiado todas las posibilidades y trabas que pidieran ponerle para oponerse a su proyecto. Ante el silencio de las otras mujeres, que parece que están analizando la propuesta—. El trabajo que realiza Vanesa y la presencia ante los clientes cuando Eli no está, me hizo pensar que sería importante que haya una codirectora en cada uno de los Departamentos —mira a cada directora esperando la negativa o la objeción—. Por último, los cambios edilicios quiero que estén a cargo de Elizabeth y que Érica los ejecute lo más pronto posible. Me gustaría que el primero de enero se efectivizarán los ascensos y la nueva distribución del personal.

—¿Quieres que me ocupe de diagramar los pisos?

—Eres una brillante arquitecta, así que confío plenamente en tu excelente gusto. Acá te entrego un croquis de mi idea —le alcanza la última carpeta y reparte una copia al resto—. El décimo piso se dividirá en dos oficinas, una de las cuales ya tengo alquilada para la hermana de un cliente y amigo. Ella es Escribana y necesita un lugar seguro para realizar sus transacciones, en donde suelen manejar mucho dinero. La otra mitad se la daré a Malaika, ella necesita un espacio propio desde que su cliente aumentó por los casos de maltrato intrafamiliar. Será mi pago por el manejo de los alquileres y gastos administrativos del edificio. El noveno —continúa sin pausa ya que nadie se opone, aunque nota las miradas subrepticias cuando nombró a la "abogaducha"—, la mitad es para Dirección General y la otra quiero una Sala de Juntas moderna, con mucha luz y con todas las nuevas tecnologías necesarias para presentaciones, reuniones e, incluso, una caja de seguridad para manejo de sumas importantes de dinero.

—¿Estará disponible para todos los inquilinos?

—Sí, Eli. Incluso me gustaría que tú hicieras uso de ella, así yo podría estar en las presentaciones con los clientes más importantes.

—Como Cass, por ejemplo. Es la mejor empresaria de la ciudad, incluso del país, y no puedes atenderla en ese sucucho que tiene en tu oficina. Aunque pensándolo mejor, quizás sería mejor que la atendiera tu codirectora. Tengo entendido que se llevan bastante bien.

—¡Gaby! —le advierte Verónica.

—Lo siento, lo siento. Ya sé que nada de babas, que estamos conversando algo muy serio.

La morocha se sienta muy derecha en su silla, apoya los codos en los apoyabrazos y junta los dedos como concentrándose. Anahí sabe que se está vengando de Elizabeth por sus palabras y que solo es un juego entre ellas. Verónica la mira fijamente y la ingeniera sonríe satisfecha por su comentario.

—El octavo —continúa o discutirán otra vez—, se dividirá en dos partes que, si bien estarán intercomunicadas, serán totalmente independiente. Ambas tendrán sus oficinas, que son demasiado amplias, como todas en este edificio.

—Podríamos poner un sofá *king size* en cada uno y nos sobraría espacio. ¿Verdad, Vero? —la otra mujer no le responde a la morocha y opta por negar con la cabeza mirando la carpeta con los números que Anahí le había entregado—. Es una sugerencia, nada más.

—Pienso que podríamos dividirlas en dos, con una puerta de acceso independiente para cada una y, a su vez, intercomunicadas. Si consideran que les quito espacio, armamos un cubículo ubicado en forma de ele para sus codirectores. Al igual que en el sexto piso para que Mariana tenga su propio lugar.

—¿No quedará muy cerrado?

—Si tenemos que romper y colocar nuevas ventanas para dar luz, hazlo. El edificio es nuestro y podemos darnos esos lujos —le aclara antes de mirar a la morocha—. Gaby —unos ojos azules la miran atentamente, tiene la sospecha que no le interesa los cambios y se está divirtiendo—, ¿a ti te molesta compartir tu piso? Porque si es así, nos distribuimos diferente.

—Yo puedo ceder la mitad del mío para monitoreo —aclara Rocío, quien admira a la otra ingeniera y no debe querer imponer su presencia.

—Siempre me pareció que tengo demasiado espacio en el piso —se encoje de hombros—, y trabajo muy bien con Rho. Lo único es que no quiero mucho personal dando vueltas, prefiero el silencio y la tranquilidad.

—Solo serán los codirectores y tres secretarias, aunque Marisol quizás siga con teletrabajo.

—Desde que está en su casa puede cuidar mejor a su niño y trabaja el doble que antes —aclara Rocío con cierto orgullo—. Si podemos continuar así, por mi está genial —mira a

Verónica para confirmar su idea.

—Cuando se levante el aislamiento tendría que venir una o dos veces por semana y el resto desde su casa —aclara la contadora.

—Todo esto será muy costoso —se adelanta la arquitecta, considerando los posibles gastos.

—En menos de un año lo amortizaremos con el ahorro en la rescisión del alquiler de local y los nuevos ingresos. Verónica, ¿estás de acuerdo?

—En seis meses, como mucho. Por supuesto que depende de cuánto nos vayamos de un presupuesto lógico para una remodelación. Les recuerdo que hace poco hicimos una.

—Esa fue superficial y la aprovecharé. No te preocupes que intentaré no excederme en los costos —promete una Elizabeth cada vez más compenetrada en el tema.

—Yo tengo una pregunta, ¿por qué ellas no comparten el séptimo piso? —indudablemente la morocha se está divirtiendo a costa de sus amigas. Debe de estar muy aburrida, está aprendiendo a conocerla más allá de lo que Emma le contara respecto a su carácter.

—No es mala idea —responde Elizabeth, para sorpresa de las presentes—. Comercialización y Administración pueden estar juntas, así conseguiríamos dos cosas —lo está diciendo muy concentrada— la primera, cierta armonía y uniformidad en el conjunto del edificio. Estéticamente no quedaría que unos pisos fueran para un solo Departamento y otros para dos. Y, segunda, liberar el cuarto piso para también alquilarlo y que nos ingrese más dinero a la empresa.

—Yo no tengo problema y me parece una gran idea —comenta la contadora—. Así también solventaríamos los gastos mensuales casi en su totalidad.

—Quiero que recepción funcione como tal para todas las oficinas del edificio, así que debemos de tener dos empleadas permanentes. Me encanta cómo Catalina adoptó el buffet a las necesidades del COVID, asegúrate de ofrecerle apoyo económico si desea agrandar el lugar. Varios clientes se han percatado de los servicios de McCorin gracias a la publicidad que nos hace —se dirige a la contadora—. Por último, como vamos a reducir nuestros espacios, archivo tiene que mejorar para ser nuestro respaldo en todo momento ¿Cómo trabaja Sara?

—Es muy callada y tímida, según ella tiene el trabajo ideal. Quizás podamos mejorarle las condiciones del lugar y actualizarle el sistema digital.

—Mañana mismo me ocupo —le responde Rocío a la contadora—. Lo pondré en línea con nosotras, así será más rápido las solicitudes y las respuestas.

—Perfecto, todo solucionado. Eli, asegúrate que las paredes tengan muy buen aislamiento de ruidos, mucha luz, que se acondicionen los baños y debemos modernizar los ascensores. Estas dos últimas cosas, las iremos programando para la segunda mitad del próximo año. ¿Estamos de acuerdo? —Anahí sonríe por primera vez desde que comenzara la reunión, los nervios la tenía demasiado tensa—. Saben que el viernes me voy de vacaciones con los melli, así que quedan a cargo y si tienen otra idea o no están de acuerdo con el proyecto, el martes nos volvemos a reunir.

—¿Cuándo quieres que hable con Érica? —pregunta la arquitecta entusiasmada.

—Lo más pronto posible.

—Hoy me comunico con ella al celular y la invito a cenar este sábado, así le comento de la remodelación. Tendré un boceto para ese momento.

—Genial, porque me gustaría que el sistema de monitoreo esté funcionando en nuestro edificio antes de Navidad, así podemos rescindir el contrato de alquiler —se queda unos segundos en silencio pensando algunos contras—. Y si mi suegro tiene alguna queja —mira a Verónica—, le das el número de teléfono de Malaika, ella lo resolverá.

—O el mío —agrega Elizabeth convencida de su influencia.

—O el de Casandra —agrega la contadora—. Es que lo amenazó por teléfono cuando estuvo aquí pidiendo la Dirección general. Creo que le tiene pavor a la familia McLeughlin.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunta Gabriela— Yo nunca supe ese detalle, ¿y tú? —mira a Elizabeth en busca de comprender la situación.

—No, la verdad es que no me enteré. Ni tampoco me interesa lo que hace esa mujer.

—Me lo comentó en alguna de sus visitas. Creo que estaba preocupada por la posible usurpación del Señor Knatwen del puesto de director de McCorin —responde Verónica mirando fijamente a Gabriela.

—¡Wow! A mí la empresaria nunca me comenta esas cosas.

—Será porque tú no la atiendes, ya sabes...

—...¿por qué defiendo a mi amiga? —pregunta Gabriela con cierto tono de incredulidad— Siempre estaré de tu lado —refuerza su idea mirando a Elizabeth y extiende su mano para apretar la de ella—, y nunca la atenderemos.

—Es la mejor clienta que tenemos así que déjenla en paz, que demasiados problemas nos ha ocasionado. Verónica, me gustaría que te encargues de comunicar los ascensos y cambios operativos. Todo se efectivizará a partir de enero, como ya comenté —aclara Anahí, quien se ha puesto de pie—. Ahora me tengo que ir a preparar el viaje, si tienen alguna duda se comunican con Lucía o me esperan y el martes lo conversamos —Observa a cada una de las directoras y comprende que son excelentes en los puestos que ocupan—. Muchas gracias por estar a mi lado y estoy muy orgullosa de cada una de ustedes.

Se acerca para darles un beso y un fuerte abrazo, ellas también se habían puesto de pie para recibir la caricia y el mimo. Cuando se va, quedan conversando entre ellas ultimando detalles de su proyecto. Siente que hizo lo correcto, McCorin les pertenece a sus hijos y ella se debe por entero a que sus futuros sean lo mejor que puede ofrecerles la vida.

Capítulo 3

Intenta volver a concentrarse en el trabajo que debe dejar listo antes de viajar. Con el correr de los meses ha podido aprender parte del manejo empresarial, más allá de que es consciente de los miles de detalles que otras personas solucionan por ella. Está muy lejos de ser Emma, sin embargo, hoy se siente más cerca de ella desde el accidente, quizás sea el convencimiento que logrará importantes beneficios con los cambios.

Con todo listo observa que las horas pasaron sin ser notadas. Hasta que el ruido de la puerta abrirse la distrae del trabajo que está haciendo y levanta la vista.

—Permiso, señora Knatwen —Irina ingresa luego de golpear la puerta con suavidad.

—Pasa —cierra la última carpeta que tenía para revisar y firmar— ¿Qué puedo hacer por ti?

—Malai me indicó que la espera en la oficina, que ella tendrá toda la tarde libre y nos iremos después de las seis —Anahí levanta una de las cejas, señal de no comprender cuándo la abogada estuvo en el noveno piso—. Fue durante el almuerzo que me lo comentó.

—Muchas gracias. —Mira la hora en el celular—. Ya terminé con los contratos que Lu me dejó, así que en diez minutos estaré en su despacho.

—Se lo diré —afirma con una amplia sonrisa. Es increíble cómo el tono de voz de la joven cambia cuando el tema de conversación es Trilton. «¿Me sucederá lo mismo cuando hablo de Emma?»

—Antes de que te vayas necesito pedirte un favor —la secretaria afirma con su cabeza, anticipando que lo hará—, me gustaría que no me llames más señora Knatwen.

—¿Por qué? —se sorprende, considerando la formalidad que debe guardarse en una empresa.

—Porque me recuerda su ausencia —una respuesta tan sincera como angustiante—. La señora Knatwen solo puede ser ella.

—Intentaré no hacerlo —se compromete como dudando de lograrlo— ¿Cómo prefiere que le diga?

—Anahí y si no te parece muy formal, puede decirme señora Anahí, solo cuando hay clientes —agrega consciente de que ni siquiera está casada.

—Le puedo decir señora Pinedas

—¡¡No!! —niega con demasiada firmeza— Esa es mi madre y prefiero recordar a Emma —bromea, haciendo reír a la joven ante el histrionismo puesto en la respuesta.

—Lo tendré en cuenta, señora Anahí. Cualquier cosa que necesite, me avisa.

Gira para irse de la oficina y dejarla nuevamente sola. Anahí aprovecha para apagar la computadora, dejar ordenado el escritorio, tomar sus cosas y marcharse del lugar. Sabe que hasta el martes no regresará y no desea que algún inconveniente surja por su ineficiencia.

En cuanto sale de su oficina, se encuentra con el escritorio vacío de su amiga.

—¿Y Lucía? —mira a Irina.

—Supongo que con Rocío están ultimando detalles para la mudanza. Es que la ingeniera la llamó por teléfono y bajó a su oficina.

—Es muy probable —piensa si dejarle o no un mensaje. Prefiere hablar con ella en la casa y de frente, no es un tema ni siquiera para tratarlo a través del celular—. Nos vemos a mi regreso

del viaje y cualquier problema ustedes pueden resolverlo.

—Disfrute, que le hará muy bien unos días de descanso.

Ambas mujeres se dan un abrazo y la directora general de McCorin parte hacia el tercer piso, en donde aún le quedan varias cuestiones por solucionar.

La reunión con Malaika fue amena, algo impensado si se hubiera realizado un año atrás. Le encantó la idea de mudarse a una oficina en el décimo piso, pero no aceptó que fuera gratuita. Pagará un alquiler acorde al lugar y quedan en analizarlo en enero.

Ya con los papeles resueltos para su corto viaje a la Costa Atlántica es el momento de ir a verlo. Camino a su oficina se concentra en el tránsito, más congestionado de lo habitual en tiempo de pandemia, aunque alejados de un miércoles cualquiera en la Capital.

Estaciona a cuatro cuadras de la Inmobiliaria. En parte porque no hay muchos lugares para hacerlo y, también, porque disfruta de caminar luego de horas sentada en la oficina. En cuanto llega se anuncia e ingresa a los pocos segundos. Muy pocas veces ha logrado ser puntual en el último año, hoy lo ha conseguido.

—Mi querida Anahí —la abraza con fuerza, ignorando todos los protocolos sanitarios.

—Hola, Matías —se desprende de él para sentarse en la silla frente al joven martillero público—. Perdona que te moleste en tu trabajo, es que estoy nerviosa y no me gustaría tener problemas camino a la Costa.

—Nunca me molestas y lo sabes —retruca galante. Matías ha intentado conquistarla en los últimos meses, buscando excusas para verla fuera de la oficina o para invitarla a cenar a solas. Ha sido muy difícil mantener la negativa, especialmente porque Azucena, su madre, insiste en que se olvide de Emma y rehaga su vida con un hombre, por supuesto—. Aquí tengo los papeles para que presentes en el supuesto caso de que la Policía te detenga en el camino.

—Espero que crean que “somos pareja” —hace el gesto de las comillas, para dejar en claro que es una mentira.

—Sí —sonríe, quizás haya notado la reticencia en Anahí—. Lo importante es que instruyas a los mellizos para que digan que van a ver nuestro departamento a ponerlo en condiciones para la temporada veraniega, como el Decreto presidencial lo permite. Si ellos corroboran tus dichos sin dudarlo, la Policía no pondrá objeción.

—Les expliqué la semana pasada que tú nos pediste eso, lo único que no quiero es que mientan por mí. Aún son pequeños para enseñarles cómo hacerlo.

—No termino de comprenderte.

—Ellos dirán que vamos al departamento de un amigo, que es cierto —Matías la mira con seriedad por primera vez desde que llegó—. Las mentiras quedarán por mi cuenta.

—Entonces, tienes todo solucionado y no pienso preocuparte porque sé que saldrás airosa —acepta sin dudar de su palabra—. Lo último, la combi sale el viernes a las diez de la mañana e irán con dos familias más que también tienen departamentos en Pinamar.

—Y regresamos todos juntos el lunes al mediodía —completa la idea, para que no haya dudas.

—Te paso a buscar por tu casa y te llevo a la terminal.

—Matías —comienza un discurso que lleva días armando en su mente—, quiero agradecerte toda la ayuda que me has brindado estos meses, incluso el que confíes en McCorin contratando nuestros servicios de seguridad para las propiedades y edificios que administras.

—Tu empresa es excelente y tiene el mejor personal —la interrumpe restándole importancia al beneficio brindado—, así que el agradecido soy yo. Por cierto, el nuevo sistema de cámaras que me ofrece Rocío es muy bueno y a bajos costos. —Busca en sus papeles la propuesta y se la

alcanza a Anahí para que la revise—. Cuando regreses del viaje nos juntamos a cenar para discutir algunos detalles.

—Prefiero que sea en la empresa —siempre le ha costado negarse, principalmente cuando la otra persona es amable y cariñosa con ella. Pero hoy está decidida a dejar en claro su amistad, para ello lo mira a los ojos y continúa—. Quiero que comprendas que nosotros nunca, pero nunca, seremos pareja. Ese es el sueño de mi madre...

—...pero no el tuyo —afirma con resignación observando a la mujer negando con su cabeza.

—No —su voz es suave, en verdad desea su amistad—. La verdad es que amo a Emma, aunque ella no esté a mi lado.

—¿Merece tu fidelidad?

—El amor no se trata de merecimientos, tan solo se siente o no.

—Me encantaría ser esa persona a la que amas tanto —se le escapa un suspiro y una leve sonrisa se le dibuja en el rostro—. La última propuesta que se me ocurre es ser tu mejor amigo, después de Lucía, por supuesto. ¿Te parece?

—Es la mejor que he recibido en meses —se le escapa un suspiro contenido, siente alivio de no perderlo—. Y, hablando de Lu, llámala a la empresa que te dé una cita para el martes a primera hora.

—Agendado —se pone de pie y la joven lo imita—. Tienes mi número de celular para cualquier problema que te surja y no importa la hora, que confirmaré tu versión en caso de ser demorada.

—Gracias, Matías. —Ahora es ella quien lo abraza, segura de que ya no será mal interpretado su cariño hacia este gran hombre—. Y mi manera de agradecértelo es comentarte que hoy aceptaron mi proyecto, así que tu hermana tendrá una nueva oficina en nuestro edificio. El más seguro de CABA.

—Yo diría que del país —bromea mostrando una amplia sonrisa—. Es el mejor regalo que podías darme. Es que estamos muy preocupados por la inseguridad, ya sufrió dos robos en los últimos meses.

—Dile que entre enero y febrero podrá mudarse. Lo único que no sé es el valor del alquiler.

—No te preocupes, que hablaré con Malaika y llegaremos a un acuerdo. Ahora quiero que te olvides del trabajo y te centres en pasarlo genial y disfrutando de la playa, que es tranquila en esta época del año.

—Lo haré.

Le acaricia el rostro, le da otro beso y se despide de él. Al salir de la Inmobiliaria nota que ya es tarde para ir al shopping a comprar ropa a los mellizos, por lo cual decide regresar al hogar. En el camino va repasando mentalmente la lista de tareas que debe hacer entre hoy y mañana.

«Espero tener el tiempo para hacer todo».

En cuento estaciona en el garaje, el silencio reinante le resulta abrumador y al cual no puede acostumbrarse. Recuerda cómo Emma y los niños la esperaban si se retrasaba en la panadería o en el supermercado. La algarabía se esfumó de su alma en el instante exacto que el camión cruzó el semáforo en rojo. Ni sus hijos han logrado sosegar la soledad.

Al ingresar se dirige a dejar las llaves sobre el mueble que tienen cercano a la puerta de entrada. En cuanto las apoya, se topa con el portarretratos doble y la imagen de Emma la cautiva por unos instantes. La mira detenidamente, notando que la foto ya tiene seis años, al igual que la suya que está al lado. Las únicas que suelen cambiar es la de los mellizos, aunque lleve meses sin hacerlo.

—Debo seguir sin ti. No me canso de decirle, ni sé cómo convencerme —le murmura al

rostro feliz, que le responde con una amplia sonrisa y los ojos celestes más claros que ha visto en su vida. La acaricia como si fuera el rostro de su amada el que la yema de su dedo delinea—. Eres el amor de mi vida y siempre lo serás.

Gira para dirigirse a la cocina en donde encuentra un plato con comida sobre la mesa y la nota de Lucía que le dice que es su cena. Una sonrisa se le dibuja y se imagina a su amiga de la mano de Érica caminando por algún shopping de la ciudad. Debe admitir que en muchos aspectos son la una para la otra. Agenda en su mente que esta noche le tendrá que preguntar por el engaño, una cosa más a solucionar.

* * * * *

Una suave caricia sobre su rostro la despierta. La reconoce al instante y gira en su cama para darle los buenos días a su amada. Se sorprende al instante de descubrir que está sola en la inmensidad. Una sonrisa se le escapa cuando analiza que había sido, simplemente, la brisa entrando por la ventana. Se despereza sin prisa para comenzar un nuevo día sin ella.

Disfruta de la ducha como hace tiempo que no lo hace y, cuando sale de ella, un mensaje al celular le altera los planes. Confirma la recepción y opta por esperar que su amiga le resuelva el problema y van... miles. En cuanto ingresa a la cocina, la nota bromeando con los mellizos al momento que les sirve el desayuno.

—¿Nos quedamos dormida? —la saluda, alcanzándole un mate y mirándola fijamente. Sus ojos no brillan como siempre y su tono de voz es cansino.

—Me tardé un poquito más de lo habitual bajo la ducha —admite al tiempo que les da un beso a sus hijos y sí, también a ella, porque se merece este y muchos otros más—. La niñera me acaba de avisar que hoy no puede cuidar a los melli, ¿te molestaría hacerlo?

—Por supuesto que no —una media sonrisa le deja la certeza de que esta noche tendrán que sincerarse, después de mucho tiempo sin hablar de cosas importantes. No quiere que sufra por su culpa.

—¿Hoy no vas a la empresa? —pregunta Milo, quien adora McCorin tanto como su madre.

—No —le acaricia el cabello—. Tengo varias citas fuera de la oficina y me gustaría dejar firmado el nuevo contrato con Casandra. Está fascinada con las innovaciones que Rocío ha propuesto para MCL.

—Rho es una genia —agrega Iván.

—Es la mejor —confirma Anahí y gira para mirar a su amiga—. Por cierto, el uniforme te queda cada día más lindo —la halaga en busca de su sonrisa y la única respuesta que consigue es que los mellizos afirmen con la cabeza—. Debo irme, que ya es tarde —le devuelve el mate—. Ustedes se portan muy bien y tú, mi mejor asistente, tenemos que hablar esta noche. No te me escapes, por favor.

Intenta que la advertencia suene con tono de buen humor, por el rostro serio de Lucía duda de haberlo logrado.

—¿Adónde demonios crees que me voy a ir? —responde sin ánimo alguno de saber qué es lo que quiere decirle.

Anoche no la dejó hablar, yéndose a su habitación, dándole un portazo a la puerta y cerrando la misma. Es decir, le dejó muy en claro que no quería conversar con ella. Se detuvo en su puerta, golpeando con suavidad y rogándole que la deje pasar. Lástima que no consiguió respuesta y tuvo que dormir sola en busca de un poco de paz.

En este momento la hora la apremia y opta por dejar las cosas como están, ya tendrá tiempo

para aclararlas. Sale de la casa consciente de que la primera parada es Casandra, una cita de negocioso complicada desde el principio a final y que necesita de toda su atención para que la empresaria no saque ventajas, ni la deja pagando por no saber algún detalle importante respecto a la propuesta. Debería haberle pedido a Rocío que la acompañara. ¡Ya es tarde!

Y fue eso y mucho más. Casandra la tuvo una hora a preguntas, mejoras, cuestionamientos y regateos de precio. Sin embargo, le sorprendió cuando se estaba yendo que la abrazará con fuerza y susurrara en su oído: "si ella estuviera aquí, la vería tan orgullosa de ti que sería imposible aguantarla". Después le dio un beso y, simplemente, la despidió. Una mujer demasiada compleja a la que nunca entenderá, ni siquiera comprende el porqué es tan amiga de Emma. Misterios que ahora no puede resolver. Por suerte, la próxima visita es más agradable y amena que McLeughlin.

En cuanto sale de la empresa el calor del sol acariciando su rostro, dándole ánimos para seguir, lástima que no pueda disfrutarlo. Tiene que hacer varias cosas durante el día y la lista que escribió la noche anterior parece más extensa de lo deseado. De lo único que ya está libre es de ir a McCorin.

En cuanto sube a la camioneta, arranca con suavidad y se dirige a verla. Con ella sí desea conversar y pedirle algunos pequeños favores. El lugar le resulta demasiado familiar, tanto que parece que el vehículo va solo y tarda poco menos de treinta minutos en llegar. Estaciona a pocas cuadras, tranquila hace el recorrido caminando, aún faltan algunos minutos para la hora. Así que tan solo se sienta a esperarla.

—¡Lo siento, se me hizo tarde! —se justifica a modo de saludo— ¿Ya pediste para comer?

—Hola —le acaricia la mano—. Aún no, te estaba esperando. Además, no hace tanto que llegué.

—No te imaginas lo caótico que está la clínica —llama al camarero y ambas piden algo frugal para almorzar—. Creo que llevo días sin ir a casa —a la queja se le une un suspiro de extremo cansancio.

—Debe de ser muy difícil sostener esta locura —comenta dándole la razón, los números de contagios y muertes son el tema de cada día.

—Sí, encima el velatorio de Maradona no ayuda mucho —un presagio que resuena por todos partes.

—¿Cómo detener a tantas personas para que no vayan?

—Imposible. Por lo menos en este país tan futbolero —lo sabe porque sus hijos le contaron del fallecimiento del astro argentino y de los preparativos para velarlo en Casa Rosada—. ¿Cómo estás tú? —el tema del fútbol le interesa poco, casi nada, y hoy no será la excepción.

—Muy bien, por suerte. Cada día tenemos más protocolos de cuidados, pero vamos zafando.

—¿Cómo está ella? —susurrando, mirándola a los ojos con un dejo de tristeza.

—Igual —hay resignación en su respuesta, una que suena más hartada de lo habitual—. Hay días buenos y otros, no tanto. Cambiemos el tema, ¿te parece? —Anahí afirma con su cabeza, tampoco quiere entristecerse— ¿Tienes ya todo listo para las mini-vacaciones?

—¡Sí! Antes de venir logré solucionar varios detalles que tenía pendiente y me queda por hacer las compras. Así que estoy disfrutando de no ir a McCorin.

—¡Cuánto hace que no tengo un día libre! —exclama al tiempo que se acerca el camarero con las ensaladas y las bebidas—. Gracias.

—Da parte de enferma y te vienes con nosotros a Pinamar, los mellizos te quieren mucho y siempre serás bienvenida. —Unos ojos claros se posan en los suyos, como pensando la idea—.

Serán tan solo tres o cuatro días. Podrás recargar energía y afrontar lo que se viene, que los contagios se contarán por miles.

— Viendo las imágenes del velatorio en la televisión, es lo que pronostican. Así que no me tientes, ¡Satanás! —bromea haciendo la señal de la cruz con los cubiertos que tiene en su mano, como alejando al mal de ella.

—Tú ausencia dará que hablar, especialmente si te vienes conmigo.

—No le agradas ni un poquito —desde que se conocen han compartido todos los secretos de sus amores no correspondidos, ausentes o, simplemente, terminados—. Eres como mi Lucía —bromea, recordando que le había contado cuanto Emma odiaba a su amiga.

—Ni me hables de ella —hace un gesto con la mano, enojada aún porque le cerró la puerta en la cara y no quiso escucharla—. Resulta que está saliendo con Érica y ni siquiera me lo contó.

—Érica, ¿es la rubia alta? —Anahí afirma con la cabeza— ¡Wow! Es una de las mejores amigas de Emma, y esta es toda una noticia —analiza pensando la situación—. ¿Cómo te enteraste?

—Ayer me lo contó Gabriela.

—¿La morocha infernal? —Una sonrisa pícara se le escapa a la joven y Anahí la mira compartiendo el momento de broma— Sabes que me gustan morochas.

—Pero tú morocha, no otras.

—Una siempre puede mirar deleitándonos por unos segundos —se encoje de hombros, restándole importancia al hecho de que la mujer a quien ama no le corresponde—. ¿Qué te dijo Lucía?

—No quiso ni escucharme. Incluso me cerró la puerta en la cara, ignorando mi pedido de hablar.

—¿Cómo se lo preguntaste? Por ahí se ofendió de la manera en cómo lo planteaste.

—Ni siquiera pude decírselo —mueve la cabeza, aún no puede creer la negativa de su amiga a escucharla—. Ayer, cuando Gabriela me pidió conversar de un tema muy importante, pensé que se refería a mi desempeño como directora de McCorin. Así que me preparé a escuchar sus críticas.

—¿Nunca te imaginaste que podía ser un tema personal?

—No. Desde que Emma no está... los evitamos. Ellas siempre miran a Lu con recelo. Creo que han pensado durante todos estos meses que, como vivimos juntas, también compartimos la cama.

—Lo han hecho alguna que otra noche.

—Te encanta avivar el fuego —sabe que bromea y prefiere seguirle el juego para divertirse durante unos minutos—. Solo somos amigas compartiendo la cama como “eso”, nada más.

—Si tú lo dices —la observa por unos segundos y se pone seria—. Pero no sacaste a ninguna de ellas de su error.

—Deja de psicoanalizarme —la amistad con la mujer se fue dando de a poco, cuando compartieron tanto dolor, angustia y sinsabores de un año para el olvido—. Tu problema es que te juntas demasiado con psiquiatras.

—Es que las morochas y psiquiatras, son mi perdición —una franca sonrisa da cuenta de que la broma no le molesta—. Y qué te molestó más, enterarte de que Lucía tiene pareja o de que sea la amiga de Emma quien lo hiciera antes.

—Ni una cosa, ni la otra —razonó por unos segundos antes de responderle—. Y te recuerdo que eres mi amiga.

—Lastimarte es lo último que deseo. Sólo que cuando mezclas a Lu con las amigas de

Emma, la ecuación se te va de las manos. ¿Qué harás?

—Esta noche hablaré con ella, me gustaría saber con sus propias palabras porqué me ocultó que estaba saliendo con Érica.

—¿Has pensado en salir con otra mujer? —la pregunta se cuela de otra conversación, porque de esta no tiene nada que ver.

—No, Samy. Nunca lo hice y te juro que no lo deseo. Estoy segura que mientras todo continúe igual, siempre estaré atada a ella y a nuestro amor. Ahora, simplemente, estoy en medio camino a la nada.

—Es muy complicado amar a un imposible.

Dichas las palabras y casi al unísono a cada una de las mujeres se les escapa un suspiro. En común acuerdo la conversación se deriva hacia las vacaciones, los arreglos, los mellizos y la pandemia. Nada nuevo, nada espectacular para evitar la tristeza.

Capítulo 4

Milo, que es el más reacio a las payadas, está desfilando la ropa que les compró esa tarde y haciéndose el modelo. Las zapatillas son las estrellas del momento y la sonrisa de los niños contagian alegría. Lucía se había sentado a su lado, luego de levantar los platos de comida. Ahora alienta a los mellizos para que se prueben todos los regalos, haciendo palpable su amor por la ropa y opinando con cada prenda.

Cuando las dos mujeres quedan solas en el living, tomando unas cervezas y ultimando los detalles laborales, Anahí siente que es el momento de hablar. Busca en su mente las palabras exactas que no dejen dudas de cuál será su postura respecto al romance de su amiga del alma.

—¿De qué? —Lucía hace un gesto con su boca, sorprendida de que aún queden temas de conversación—. Ya me dejaste todo escrito lo que debo hacer en tu ausencia.

—No es de eso. Más bien de la conversación que no quisiste tener anoche, porque estabas muy cansada —No puede evitar el reproche en su voz. Sabe que no tiene derecho al reclamo, pero con Lucía se conocen desde niñas y siente que sí, que puede reclamárselo. El tema es más serio de lo que pensó el día anterior mientras escuchaba difusamente a Gabriela. Es que hoy, mientras compraba en soledad, se convenció que la consideró menos que su amiga. Seguro que Roció lo sabe todo y hasta con lujos de detalles.

—Anoche no daba más, estaba tan agotada que tardé unos pocos segundos en quedarme profundamente dormida. —Bebe un poco de cerveza totalmente despreocupada y hasta displicente en la respuesta.

Por alguna razón que desconoce, la actitud altanera de su amiga, así como el engaño del silencio, enfurecen a Anahí.

—He repasado en mi mente varias veces qué decirte, tanto ayer como hoy. Incluso, las he dicho en voz alta y no puedo encontrar muchas maneras para encarar el tema —las palabras brotan de sus labios con cierta furia reprimida.

—Nos conocemos desde siempre. Dime qué es lo necesitas y veré si puedo ayudarte —se apresura a responder, como queriendo terminar con el tema. Otra vez la displicencia, otra vez el apuro.

—Desde siempre. —Bebe de su cerveza, luego la apoya sobre la mesa ratona y la mira fijamente—. He dudado de todas las personas que me rodean, desde mi madre hasta Emma; sin embargo, nunca se me ocurrió pensar que tú me estuvieras engañando en algo tan serio como en esto —da vueltas porque la angustia no le deja recordar el discurso que ensayó esa tarde.

—¿De qué hablas? —Al fin consigue su interés en la conversación.

—Ayer me enteré, por boca de Gabriela, que mi mejor amiga está teniendo un romance con Érica y yo no supe qué responderle —sonó más a reproche de lo que esperaba, pero lo dicho, dicho queda—. Ella me contó todo, porque su amiga le había confesado que ustedes se ven a mis espaldas…

—…¿qué te duele más? —La interrumpe y acerca su cuerpo a ella, en forma de ataque. Jamás había reaccionado así a un planteo que le hiciera y algunos fueron más serios que este. Ahora no recuerda ninguna, pero sabe que debe existir al menos uno— ¿Qué no te lo conté o qué te hayas enterado por la amiga de Emma y quedaras como una boluda, sin poder responderle? —

la misma pregunta que escuchara horas antes y para la cual aún no tiene réplica. La maldita pegó en la cabeza a la primera oportunidad.

—No digas tonterías, ni des vuelta mis palabras —se defiende como puede. Es no quiere admitir que se siente totalmente derrotada, porque que acaba de encontrar la respuesta.

—Cuando no quieres escuchar algo, te apresuras a responder que digo tonterías —ridiculiza sus palabras. Una extraña mujer revierte sus palabras para ganar una discusión que ni siquiera estaba planteada—. Es lo más común en ti.

—¡Eres mi amiga! —Anahí grita desesperada y golpea su pecho con un dedo— Y no sabía que estás teniendo un romance con Érica. ¿Cómo quieres que me sienta?

—¡No lo sé! —Luego del grito que se le escapa del alma, se sienta nuevamente para recuperar su postura belicosa—. Desconozco cualquier sentimiento tuyo que no se refiera directa o indirectamente hacia tu amada Emma.

—Estás siendo injusta metiendo a Emma en una discusión que nada tiene que ver —Anahí susurra en busca de protegerse del ataque verbal de la persona que más quiere en este mundo.

—¿Injusta? ¡¿Estoy siendo injusta?! —al parecer utilizó la palabra menos adecuada para expresar la situación. En su defensa, la actitud de Lucía la desubicó hace ya varios minutos—. Te sientas en tu sofá, de tu hermosa casa y de tu perfecta familia, a hablarme de que estoy siendo injusta, porque no te dije que tenía un romance con una de las mejores amigas de tu esposa. No te lo dije… —Anahí siente que las palabras la hieren demasiado, porque en su mente ella tenía todo el derecho de reprocharle y ahora se encuentra buscando aire para respirar. Intenta hablar para explicarle que no es su intención lastimarla, que es feliz si ella lo es—. Me vas a escuchar atentamente, hoy lo harás sin interrumpirme ni una maldita vez. —Se sienta por tercera vez, los nervios controlan a Lucía—. No te lo dije porque no estoy teniendo nada con nadie, porque mi vida solamente tiene sentido cuando soy tu sirvienta, tu esclava o tu manto de llanto. Elije el quieras, que cualquiera sirve para ilustrar mis palabras.

—Lu —hay que interrumpir esta locura, la joven entendió mal todo su planteo.

—¿Alguna vez te preguntaste si yo estaba enamorada de alguien? —Sus miradas se encuentran, no sabe qué responder, aunque busca el nombre de alguna mujer que haya nombrado más que a otras— ¿Alguna vez pasó por tu mente que yo también tenía derecho a tener una vida fuera de tu círculo de atracción? ¿Alguna vez pensaste que podía querer formar mi propia familia totalmente lejos de ti, de tu felicidad o de tus problemas? ¿Alguna vez pensaste en mí?

—Por supuesto —logra articular Anahí. Le resulta hasta ofensiva la pregunta, porque siempre la tiene presente y era la razón principal de los celos de Emma.

—¡No! ¡No! ¡No! Solo puedes pensar en ti. ¡Mierda! ¡Soy una boluda! —Se pone de pie nuevamente, pasa su menos por su cabello y, luego de girar sobre el sofá la mira a los ojos fijamente. Hay lágrimas retenidas y comprende que ni en sus peores pesadillas podría pensar que estaba sufriendo tanto por su culpa. «¿Dónde estuve que no lo vi?»—. No le dije a mi amiga de toda la vida que estoy teniendo un romance con Érica por varias razones. Porque no me escuchas, ni te importa o, peor aún, ni siquiera notas que estoy a tu lado. Ya sea que esté triste o contenta. Además, porque haber tenido sexo un par de veces con ella no lo convierte en un maldito romance. La rubia perfecta, amiga de tu esposa, me odia con toda su alma, porque tú nunca tuviste el valor de explicarle a Emma que nosotras —la apunta con el dedo y luego lo hace hacia ella misma; al tiempo que Anahí sigue el movimiento con la mirada—, no somos y nunca fuimos amantes.

—¿Me culpas de eso? —su tono da cuenta de la incredulidad de las acusaciones que está recibiendo. Anahí se convirtió en un manojo de nervios que van desde querer abrazar a su amiga

para calmarle el dolor hasta pedirle que se vaya para siempre de su vida; sin punto intermedio entre una cosa y la otra.

—¡¡¡Sí!!! Eres la única responsable que no pueda tener a mi lado a la mujer que amo, porque me odia —El silencio es su aliado, puesto que está segura de que hay una gran parte de la historia que no conoce y que ha estado ausente para su mejor amiga. «He estado alejada de todo y de todos»—. Dos veces amé en mi vida. La primera, fue cuando era adolescente —otro secreto que no le conocía—. Por supuesto que no lo sabías, amaba a una hermosa mujer heterosexual, femenina, dulce, que me quería y dedicaba todo su tiempo a estar conmigo. Eras tú y te quise tanto, tanto que dolía como el mismo infierno —«Está mintiendo»—. Imagínate cuando me enteré de que estabas enamorada de otra mujer; para mí fue la traición más grande que sufrí y aún no la he podido comparar con otra —La deja hablar, teme romper la confesión de su vida y que el dolor que siente le parte el corazón—. Nunca te lo dije, simplemente porque no eras lesbiana. Lloré días y noches completas, antes de poder volver a verte —los ojos oscuros no se separan del rostro de Lucía ni por un instante. Se pierde en los recuerdos de las veces que la fue a buscar y salía Soledad contándole que no estaba, que saló con una chica o con su padre o que dormía. Ahora las piezas se ubican en un lugar oscuro y doloroso que no quiso recordarle—. Ahora que lo pienso detenidamente, Emma siempre tuvo razón para pensar que éramos amantes. Debía de verme como un cachorrito a tu lado, desesperada por tu atención y el poco cariño que me regalabas —reflexiona con tristeza, mientras Anahí permanece en un silencio profundo, muriendo en sus propios demonios—. Cuando eran novias, me ponía contenta si se peleaban, porque eso quería decir que yo tendría una oportunidad para demostrarte cuánto te amaba y estaríamos juntas por siempre. Soñaba con ese instante, lo hacía despierta o dormida. Eso no pasó. Te casaste con ella, tuvieron dos hermosos hijos y yo seguí siendo ese cachorrito que buscaba una limosna de tu cariño. Eso y la madrina que daba fe a toda tu felicidad.

—Lu…

—Déjame hablar porque si ahora me callo, jamás tendré nuevamente el valor de volver a hacerlo —Anahí se queda quieta esperando que rompa el silencio durante un interminable instante. Espera de las palabras que faltan. Su ida al infierno ya no tiene retorno, la ha lastimado más de lo que su pudo imaginar alguna vez—. El tiempo pasó y las heridas comenzaban a sanar. Un día una mujer fantástica, hermosa, dulce y lesbiana, me besó. Sentí, por primera vez en la vida, que estaba en los brazos correctos. Hasta parecía que esta vez sería yo quien consiguiera ese amor insuperable. No me esperaba que ella me odiara con todo su corazón, porque supuestamente era tu amante. Lo intenté todo, hasta decirle que no era cierto, que nosotras nunca estuvimos juntas, porque siempre adoraste a Emma. No me creyó ni una vez. La palabra de su gran y ausente amiga tuvo más peso y valor que todos mis argumentos —el dolor de su amiga libera sus propias lágrimas—. Sí, te culpo por mis dos únicos amores no correspondidos. Porque el día que Érica me dejó, fue el fin de semana que me obligaste, y resalto obligaste, a ir a ver Vanesa. Ella creyó que esa noche dormimos juntas y la excusa de ese viaje había sido perfecta para retomar nuestro sucio romance.

—Lo siento —susurra buscando su paz—. Nunca lo supe, ni siquiera me pude imaginar que me amabas o que Érica te odiara tanto.

—¡Deja de ser el ombligo de mi vida! Ahora estamos hablando de mí y de mis sentimientos. Nada de esto se trata de ti.

Agacha la cabeza, no puede mirar a la joven que la acompaña en todas sus locuras de vida con una sonrisa y hoy se encuentra desencajada por el dolor. Uno que ella misma provocó por no estar a su lado. Necesita admitirse que su relación con Emma ha sido más tóxica de lo

imaginado. Tiene que aprovechar para volver a encontrarse y sanar todas las heridas que produjo en Lucía, en sus hijos y hasta en su propio corazón.

—¿Qué sucede? —Milo se acerca a ella y la interrupción hace que levante la mirada para ver a Lucía, una vez más, buscando que comprenda que ella nunca la hubiera lastimado conscientemente— ¿Por qué están peleando?

—No peleamos, estamos discutiendo algunos problemas de la empresa.

—Mami está llorando —le responde el mellizo, refutando a su amiga.

—Ella siempre llora cuando no tiene argumentos para defenderse. —Se acerca a Milo y le da un beso en la frente—. Espero verte antes de que te vayas de viaje. Que duerman bien.

—¡Lu! —la llama Anahí. No puede, ni quiere que su amiga se aleje de ella sin darle su propia versión de todo cuanto ha sido acusada.

—Por favor, ahora déjame en paz, que yo ya no tengo más nada que agregar.

—Mami, ¿qué sucede? —Milo no está convencido de la explicación que recibió. Antes de poder responderle Iván se le tira en sus brazos, notando que está llorando al momento que observa como Lucía entraba en su habitación.

—Hay veces que lastimamos a quien más queremos, sin darnos cuenta —los abraza con fuerza, sintiendo el dolor de Lucía como propio y comprendiendo que eligió todas las palabras equivocadas para decirle que... ¿Qué? ¿Qué le da permiso de amar a Érica? ¿Qué no puede abandonarla ahora en busca de su felicidad? ¿Qué ella tenía derecho a ser la primera en saberlo, cuando ni siquiera le prestó atención en el último año?— Vamos a terminar de armar las mochilas, mañana nos vamos temprano.

Acompaña a sus hijos a la cama y los ayuda con los últimos detalles para el viaje. El cansancio se hace sentir y lo único que desea es acostarse al lado de su amiga, abrazarla muy fuerte y escucharla contar cómo se enamoró de Érica y porqué permitió que la alejara de su lado. Ella la hubiera defendido ante cualquiera que la lastimase.

Apaga las luces de la casa y enciende la alarma. Luego sube tranquilamente las escaleras y se detiene frente a la habitación, golpeando suavemente la puerta.

—Lu, tenemos que hablar unos minutos. Por favor.

El sonido del ruego se pierde en la estreches que forma su boca y la madera fría de una puerta que permanece cerrada. El silencio abre el camino que la separa de su amiga y la aleja hacia su propia habitación. Había elegido las peores palabras para reclamarle que ella ya no era parte de su vida.

* * * * *

«Besos». La última palabra cierra un monólogo de disculpas y de deseos de que su amiga del alma pueda volver a ser con ella como era antes.

La bocina la distrae de los pedidos de último momento de sus hijos. Seguro que ya viene a buscarlos y, como siempre, se puede confiar en ella y en su puntualidad. En cuanto abre la puerta nota la tristeza en su mirada «¿cómo nunca lo vi?»

—¡Buenos días! —intenta poner buena onda a su saludo, al cual acompaña con un beso—. ¿Los melli?

—Hola —le devuelve el saludo, la abraza por unos segundos y luego, al separarse un poco de su cuerpo, le acaricia la mejilla— Están terminando de armar sus mochilas. Nos vamos tan solo cuatro días y ellos llevan equipaje para un mes.

—Igual que lo haría Emma —comenta con nostalgia.

—Son tan parecidos a su madre que a veces pienso que no son míos —bromea en busca de una sonrisa que apenas consigue—. Hoy prefiero que no la menciones, así no se entristecen —agrega, convencida de que las palabras están de más, pero en busca de las adecuadas para preguntarle algo personal—. ¿Me acompañas a la cocina, mientras termino de organizar todo?

—Sí, por supuesto.

—Es que hay algo que quiero comentarte y no me gustaría que interpretaras mal mis palabras —Érica la mira sorprendida, aunque permanece en silencio.

—¡¡Kira!! —grita Iván al tiempo que se lanza a sus brazos— Hace más de una semana que no te vemos.

—Como un mes —agrega Milo, quien también se acerca a ella para recibir mimos.

—También los eché de menos, aunque ambos están exagerando —retruca la rubia, dándoles varios besos y dejándose mimar—. Terminen de acomodar sus bolsos que tengo unos regalos para que se lleven. ¿No pensaron que me olvidaría?

—¡Nunca! —la amplia sonrisa de Iván y la misma en respuesta de Érica, hace que cambie de opinión y pospongo la conversación. Siempre hay tiempo para entristecer a alguien.

—¿Qué les parece si cargan sus bolsos en la camioneta mientras ayudo a Anhi?

—Excelente idea —responde la aludida—. No quiero llegar tarde, ni que tengamos que correr para alcanzar el micro —desde el accidente toma más recaudos cuando lidia con el tránsito, especialmente si va acompañada de los niños—. Mis bolsos están al costado del sofá, si ustedes cargan todo, aprovecho para cerrar la casa y conectar la alarma.

—¿No está Lucía? —pregunta al descuido.

—Se fue tan temprano a la oficina que no pude despedirme de ella —se le escapa un suspiro de tristeza—. Hay demasiado trabajo pendiente.

—Se volvió una buena secretaria.

—En una asistente magnífica —la corrige con dulzura y dándole el mismo tono de orgullo a su voz que Érica pusiera en su comentario.

—¿Nos vamos? —Iván aparece con su mochila y un bolso pequeño— Ya estamos listos.

—Vayan acomodándose en la camioneta que tengo que hablar unos minutos con Anahí.

—Lo dejamos para después —murmura acariciándole el rostro—, ahora hay otras urgencias.

—Como tú quieras —la mira con suspicacia y opta por ayudar a los mellizos mientras ella comienza a cerrar la casa, encendiendo la alarma y avisando de su salida.

El viaje y acomodarse para partir a Pinamar les llevó alrededor de una hora y media. El colectivo está preparado para transportar diez pasajeros, todos con sus respectos pases en orden y respetando los decretos sanitarios. Con ellos tres, van dos matrimonios más con tres niños, entre ambos. Los mellizos entablan conversación con uno de los jóvenes y se entretienen jugando. Ella se centra en el paisaje de la ruta, soñando que Emma los acompaña una vez más.

Un suspiro la saca de sus propias cavilaciones y decide tomar el celular para resolver un gran problema que la aqueja. Desde la noche anterior las palabras de Lucía retumban en su mente una y otra vez, van desde el dolor al enojo, pasando por un gran matiz de emociones que le generaron los sentimientos confesados de su amiga.

—¡¿Qué sucedió?! —se nota la preocupación de la mujer en cuanto responde el celular— ¡Ya los voy a buscar!

—Tranquila, que no pasa nada —advierte Anahí al instante, se toma unos segundos más para encontrar las palabras adecuadas—. Necesito hablar contigo sin mis hijos presentes. Supongo que sabes el porqué.

—Sí —murmura—. Anoche estuve conversando con Gaby y me contó que habló contigo respecto a Lu. Estaba bastante enojada porque defendiste a tu amiga por encima de mí.

—No se trata de qué lado deba ponerme, principalmente si es el amor lo que está en juego. ¿Le amas de verdad? —se aventura a cuestionarla.

—Con todo mi corazón —confiesa varios segundos después y en los cuales Anahí esperó en silencio—. Sin embargo, ella no me quiere.

—Eso es algo que solo tú puedes descubrir y que yo no puedo ayudarte —una lágrima rueda sobre su mejilla, esa que contuvo la noche anterior ante el dolor de su amiga—. No me gusta dar consejos, así que lo único que puedo decirte es que, si tuviste un romance con Lu, eres la persona más afortunada del mundo —lejos está de delatar los sentimientos de la joven.

—No me siento así.

—Quizás porque no supiste como llegar a ella —murmura—. Mira, Lu es una amiga incondicional, una mujer que cualquiera quisiera tener siempre a su lado. No sólo porque te soluciona los problemas, sino porque te apoya en lo que necesitas, te aconseja, te cuida, te mima y todo sin pedirte nada a cambio.

—Así será contigo —la morocha advierte cierto tono de incredulidad o más bien celos, no logra descifrarlo.

—Puedes preguntarle a Rho o a Irina y ellas te dirán la clase de amiga qué es. Una que, por esas vueltas que tiene el destino, acabo de perder.

—¿La quieres mucho?

—Mucho. Somos inseparables desde Salita de cuatro, compartiendo todas nuestras penas y alegrías. La quiero muchísimo, como si fuéramos hermanas desde hace ya varias vidas.

—¿Por qué dices que la has perdido? —cuestiona, también en busca de respuestas. La conoce y Érica no es una mujer que tenga dobleces.

—Anoche tuvimos una discusión muy fuerte y creo que la perdí para siempre.

—¡Ah! Ahora comprendo porque no estaba esta mañana despidiéndose de ustedes.

—Habla con ella, dile que la amas e intenta que te escuche. Amárrala a una silla si es necesario, pero no la dejes ir sin saber tus sentimientos.

—Será muy complicado convencerla para atarla, ya conoces lo inquieta que es —bromea—. Hasta tengo la sensación de que es más fuerte que yo.

—Ten un gesto único para con ella y lo lograrás —Milo le está tocando el hombro con el dedo y mirándola muy serio—. Debo dejarte. Cuando regrese prometo ayudarte. Besos.

Apenas si se escucha el saludo del otro lado, seguro que la dejó pensando en cómo recuperar a Lucía. Por supuesto, su hijo le reclama que está con el celular y ella le jura y perjura que las llamadas son cuestiones personales. Aprovecha para darles unos sándwiches y gaseosas.

—¿Podemos convidar? —le murmura Iván al oído, quien es tan amiguero como su madre.

—Sí —le entrega otro para el niño con el que están jugando y vuelve a tomar su celular—. La última y lo luego lo apago —le comenta a Milo, quien asiente con su cabeza—. Hola, perdona que te moleste al trabajo.

—Estoy diagramando tu proyecto, así mañana le muestro el diseño a Érica.

—¿Te gusta la idea?

—Me convenció tu postura respecto a que debemos economizar en gastos, para ofrecer mejor servicio a menor precio.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Lo pensaste muy bien, con lujos de detalles y aprehendiendo los movimientos reales de McCorin, incluso los cambios que la pandemia nos trajo.

—¿Pero?

—Pero me hubiera gustado que Emma estuviera aquí para compartirlo con nosotras —Ambas quedan en silencioso, ese que da cuenta de la angustia de echarla de menos—. Me gusta y me entusiasma, no lo dudes —asegura.

—Gracias —mira a la ruta y sonríe, las palabras de aprobación de la mujer son para ella muy importante, mucho más que la de las otras directoras.

—¿Tienes alguna duda o necesitas algo?

—Lo segundo y no está relacionado con McCorin —se apresura antes de que los niños le reclamen que está hablando por celular—. ¿Sabes del romance de Érica? —el silencio confirma la sospecha— Quiero que me ayudes a juntarlas.

—¿Cómo te enteraste?

—Gabriela me recriminó que Lu está lastimando a Érica.

—Supongo que no fue muy sutil.

—Ni por un segundo. Y tú, ¿desde cuándo lo sabes?

—Desde hace algunos meses. Nuestras soledades nos unían los domingos por la tarde y ahí, uno cualquiera, uno que no recuerdo la fecha, me confesó su amor por Lucía. Lloramos, brindamos, reímos y volvimos a llorar —recuerda con dolor la época en la que ella estuvo sin Vanesa—. ¿Qué puedo hacer? Tu amiga difícilmente hable conmigo.

—Solo tienes que unirlas en el mismo lugar y hora —se acomoda en el asiento para contarle su tramoya—. Pídele que vaya a darle de comer a los gatos, tiene que ser alrededor de la hora que Kira llegue a la casa, pero no debe estar. Hay que coordinar con precisión.

—Lucía no la lastimará. Es que Érica realmente la ama desde hace un tiempo y no me gustaría verla sufrir más. Entre su romance fallido y el accidente de Emma, ha tenido un año muy complicado.

—No lo hará, te lo prometo —Elizabeth lo planteó distinto a Gabriela, por eso no se ofendió en esta ocasión.

—¿Y qué excusa le doy para vaya? —al parecer la arquitecta ha decidido confiar en ella.

—Piensa en alguna, eres muy inteligente, tienes imaginación y puedes usar cómplices en esta ocasión —bromea ante la situación y segura de que la ayudará—. Nos vemos a mi regreso y muchas gracias, por adelantado.

—Hablaré con Gaby. Mientras tanto tú disfruta y descansa, merecido lo tienes.

Ahora sí una amplia sonrisa se le dibuja. Apaga su celular y comienza a disfrutar de sus breves vacaciones con las personas más importante en su vida. No puede defraudarlos luego de un año de olvidos.

Llegan a Pinamar, se acomodan en el departamento de Matías y comienzan a recorrer el pueblo. Se detienen a almorzar en un McDonald´s y luego corren por la playa durante varias horas. Anahí los observa jugar, mientras ella está sentada en una reposera observando el mar. Por suerte las personas que caminan por el lugar no tienen ganas de conversar, así puede disfrutar de la paz. La tardecita llega y optan por ir a comprar al supermercado víveres para la merienda y la cena. Los mellizos están felices y conversar respecto al lugar que apenas si conocen. Habitualmente vacacionan en Uruguay, que es el lugar que Emma tanto adora.

Un té-cena, una partida de cartas entre los tres y la noche cae sin más novedades que el disfrute. Apenas si la recordó hasta que la cama le trae de un golpe todas las sensaciones de su ausencia. Un trueno a lo lejos la distrae, sacude con suavidad su cabeza, como queriendo espantar a los fantasmas de su memoria. Prende la televisión y deja que el sueño la venza, como en su casa cada noche. Mañana será otro día sin ella, uno más y ya perdió la cuenta.

El estruendo es ensordecedor, tanto que sacude todo su cuerpo y la pone en alerta. Necesita saber de dónde proviene ese ruido, pero la oscuridad le dificulta comprender la escena en el conjunto de sus sentidos. No puede analizarla, tan solo son sensaciones que recorren su interior. Se estremece. El malestar va en aumento, hay algo más a su alrededor; es nuevo.

Debe salir a investigar, es que el sonido que la perturba no la deja regresar a su placentero momento. Se suma una inquietante luz que ilumina el cielo en un flash. En un suspiro exhala el aire contenido, es la lluvia cayendo con fuerza que la perturba. Gira sobre sí, alejándose de la ventana y regresando al living cálido junto a sus hijos. La espera una película, que no recuerda el nombre, y que disfrutarán en la televisión nueva.

Otro relámpago cae cerca y trata de adaptarse a la oscuridad, su vista intenta enfocar el lugar que había oscurecido de repente. ¡No es su casa! Los niños peligran, debe investigar dónde está para así poder salvarlos. Aferra su piloto y el paraguas que tanto ama. Debe protegerse de la lluvia que ya cae torrencialmente sobre los cristales de las ventanas.

¿De dónde sacó el piloto y el paraguas? Ni siquiera le agrada los colores, odia los paraguas negros. Trata de encontrar el perchero y no lo ve en el lugar habitual. No importan los detalles, no debe perderse en ellos. Ahora hay cosas más importantes que hacer. Comienza a caminar con sus sentidos alerta. El silencio solo es perturbado por su propio taconeo, que retumba sobre… ¿la piedra? Mira hacia sus pies y nota que está caminando con sus botas sobre una enorme piedra. ¿A dónde está? Su casa no linda con un lugar así. Levanta la vista para encontrarse con un río delante de ella, esto la hace frenar en seco o se caerá al agua. Una pequeña ola se acerca y otra la sigue. ¿Será el mar? Se pregunta en busca de cierta coherencia, hasta que la claridad de las luces a lo lejos le dibujan un puente y al final de él, una bruma cubre el paisaje.

A su derecha un rayo de luz rojo juega a indicarle el camino, como si recorrerlo fuera seguro, aunque no logra quitarse la sensación de oscuridad y vacío que penetra hasta el último de sus poros. El pelo de su piel se eriza y su vista no se aleja del inmenso puente. Su atención se centra tanto en él, que los ojos le arden. La imagen se vuelve tan difusa, que desea regresar sobre sus pasos a la seguridad de su hogar.

Nuevamente el ruido y la luz la atraen… ¿Qué hacer? Nunca fue una mujer miedosa y, ya decidida, se aventura hacia el puente que debe cruzar. Hay una necesidad imperiosa de hacerla, presiente que al final encontrará la paz que busca.

El taconeo ahoga su ruido en los charcos que va pisando. El agua cae a cántaros sobre su paraguas negro. Ya es hora…

Capítulo 5

Ahora el sonido de la lluvia se confunde con un zumbido indescifrable, pero tan molesto que no puedo continuar en su sueño. Necesita saber de dónde proviene, debe despertar. Sus ojos cobran vida y la luz la ciega por unos segundos; parpadea rápidamente en busca de focalizar su entorno. No vislumbra dónde se encuentra y el intenso dolor de cabeza le dificulta pensar.

Cierra con fuerza los párpados en busca de paz. Quiere regresar al lugar de ensueño en el que se encontraba. Logró reconocer que ese fue el lugar en donde pasó su luna de miel. Que al puente lo cruzaron varias veces juntas, tomadas de la mano y robándose algún que otro beso en el camino. Necesita regresar y no perderla para siempre.

Unos pasos retumban y la vuelven a la realidad. Desconoce el tiempo que permaneció durmiendo, sin embargo, una fuerza extraña a ella la obliga a despertarse nuevamente. Al levantar sus párpados se encuentra con una persona vestida como si fuera un astronauta.

—¡Por Dios! —le escucha gritar al ser extraño— ¡¡Está despierta!! —Aprieta un botón que se encuentra al lado de la almohada de la paciente— Ya viene mi compañera, por favor manténgase tranquila e intente no hablar.

—¿Qué sucede? —otra mujer, lo deduce por el tono de sus voces, ingresa vestida igual que la anterior y esto la confunde aún más.

—La señora acaba de despertar —murmura, sin dejar de controlar los aparatos que están conectados a la confundida mujer.

—¡No puede ser! —Se acerca para verificar— ¿Me escucha?

Emma apenas si afirma con su cabeza, esto le genera muchísimo dolor optando por bajar y subir los párpados, como respuesta posible.

—Quédate con ella que voy a llamar a la doctora Marigno.

—Hola —murmura la joven que entró segunda—. Me llamo Eugenia y soy la enfermera nocturna de la UCI —intenta tranquilizarla y lo consigue, un poco. Es que no suelen vestirse como lo están ellas, por esto siente que la engañan—. Sé que debe de tener varias preguntas para hacerme, pero le pido por favor que esperemos a la doctora Marigno, que ella responderá a todas sus dudas. —Desea hablar, pero su boca y su garganta están secas, así que opta por extender su brazo derecho y acariciarle con su dedo la mascarilla de plástico que lleva la supuesta enfermera —. ¿Mi traje? —El rostro sorprendido de la paciente le responde— No se preocupe, que no tiene que ver con usted, ni su estado de salud. En estos momentos estamos atravesando una terrible pandemia mundial y debemos cuidarnos y cuidar a los pacientes de los posibles contagios. Mientras esperamos qué le parece si le controlo los signos vitales. ¿Le duele algo?

Emma se lleva la mano a su propia cabeza y la enfermera asiente, entendiendo a qué se refiere. El dolor del brazo la paraliza un instante, es como si llevara tiempo sin moverlo y de repente lo hace. Su cuerpo es extraño a ella. La otra mujer busca realizar pequeños movimientos, corroborando cuánto o dónde sufre al hacerlo. Y, de a poco, con mucha paciencia y dulzura, comienza a hablarle respecto a qué le está haciendo; cómo están sus signos vitales y que aún no puede medicarla para el dolor.

Los minutos pasan e intenta mantenerse despierta, atenta a las palabras que le dicen, incluso una tercera enfermera ingresa sorprendida ante el hecho de que la paciente se haya despertado. Sin consciencia del tiempo transcurrido, una cuarta enfermera ingresa corriendo a la habitación.

Viene vestida de igual manera que las otras.

—¡Hola! —Se acerca a ella y la enfermera le cede su lugar— Soy la doctora Samanta Marigno. ¿Cómo se siente?

—Me ha señalado que le duele la cabeza, no mucho más y sus signos vitales están bien. Incluso intentamos de que no hablara y no le di ningún calmante hasta que usted llegara.

—Hizo muy bien —la doctora le responde a Eugenia—. Ahora veremos si puede hablar. ¿Me escucha?

—Sí —un murmullo tan suave que apenas perceptible por la médica, que ahora está controlando sus ojos iluminándola.

—¿Cómo se llama?

—No.

—No importa si no lo recuerda, es normal en estas circunstancias —la voz suave y pausada intenta calmarla—. ¿Sabe dónde está o cómo llegó?

—Hospital —su mirada va hacia la enfermera que le informó ese dato—, y no más.

—Ha estado inconsciente por… un tiempo, así que es normal el aturdimiento que debe tenerla mareada y confusa. Haremos varios estudios de rutina —le explica a la enfermera—, por ahora sencillos, para ver si hay secuelas del accidente.

—¿Tuve un accidente?

—Sí. No quiero que se esfuerce por recordar, ya es un gran avance que comprenda lo que le decimos y pueda respondernos correctamente. Por favor, llama a la familia e infórmale que ha despertado.

—Nos avisaron que la doctora Trilton está de guardia durante todo el fin de semana —comenta mientras toma su celular, selecciona a un contacto y se retira de la habitación.

—Malaika —murmura la paciente.

—Sí, ¿la recuerda?

—Amiga —aclara que no es su familia, en el sentido estricto de la palabra—. Emma, es mi nombre.

—Muy bien —una leve sonrisa se dibuja en el rostro preocupado de la doctora—. ¿Y su apellido? —Niega nuevamente, el cansancio se apodera de ella—. Recuerda si tiene familia.

—No.

—Voy a darle un calmante —se pone de pie para ir a buscar algo, deteniéndose en el camino—. Sin embargo, necesito pedirle un gran favor —espera la afirmación de la paciente, que viene con un asentimiento de cabeza—. Deberá permanecer despierta durante dos horas. Tengo que realizarle varios estudios de rutina, no serán complicados y no le dolerá; se lo prometo.

* * * * *

Un sonido extraño perturba su sueño; trata de identificarlo hasta que lo logra. Prende la luz del velador y responde a la llamada de su celular.

—Diga.

—¿doctora Trilton?

—Sí —no reconoce la voz que pregunta—. ¿Quién habla?

—Soy Eugenia, la enfermera nocturna de la clínica…

—¡¿Qué le sucedió a Emma?! —No le deja terminar la frase y, como el tono de su voz es muy alto, despierta a la mujer a su lado.

—No se preocupe que no es nada grave —la enfermera intenta calmarla—, por el contrario,

tenemos una gran novedad. —Emite un fuerte suspiro, como tomando coraje—. La Señora Knatwen despertó del coma hace una hora, más o menos.

—¡Dios, mío! ¿Cómo está? —Malaika siente la mano de Irina a su lado y gira para mirarla — Emma acaba de despertar —le informa en susurros y aún con el celular en su mano.

—Está bien —escucha que la enfermera sigue hablando—, dentro del cuadro que presenta.

—¡Ya salgo para allá! —le responde sin dudarlo— Muchas gracias por avisarme.

—Tenga en cuenta los protocolos sanitarios y que, probablemente, no la dejen entrar a verla.

—Sí, obvio —se detiene un instante sentada en la cama.

—¿Usted puede tomar cualquier decisión legal?

—Por supuesto. Igual llevaré el poder conmigo, por cualquier inconveniente que nos surja. Es que la esposa está de viaje y me dejó encargada de que... ¡Dios! —se sienta nuevamente en la cama y suspira, al tiempo que unas manos acarician con suavidad sus hombros.

—La señora Knatwen sólo nos pidió que la llamáramos a usted, si sucedía algo con Emma, no importaba qué tan pequeño fuera el problema.

—Gracias, nuevamente.

—De nada y la esperamos. —La llamada se corta en medio de la madrugada.

—No puedo creerlo, es un milagro. —Se pasa la mano por el cabello y mira a su alrededor buscando el resto de la ropa para ponerse— ¡Despertó! —Encuentra la camisa y el jean, vuelve a sentarse en la cama para ponérsela— Escucha —gira su rostro observando a su amada—, debo irme ya —le besa los labios—. Ocúpate de los niños, por favor. —Ya de pie busca los zapatos, todo es un caos en su mente—. Tengo que avisar a sus amigas. —Termina de vestirse, todo lo hace de manera inconexa.

—No te preocupes y tranquilízate. —Irina también se levanta, le alcanza los lentes y el celular que tenía encima de la mesa de luz—. Yo me ocupo de llamar al resto, para que también vayan. Maneja tranquila que ya despertó y te necesita a su lado, lo más pronto posible.

—Lo haré. —Sale casi corriendo de la habitación dejando a Irina en medio de ella.

—Acaba de despertar el amor de su vida —suspira y cuando va a girar para tomar su celular, Malaika regresa a la habitación.

—Te amo. —La abraza y la besa— ¿Quieres venir? Podemos llamar a una niñera que los cuide.

—Ve tú, que yo me quedo. Hoy es sábado y les prometimos llevarlos al shopping; no quiero faltar a mi palabra.

—¿Podrás con los tres? —Irina afirma con la cabeza— Llama a Andrea, quizás pueda acompañarte —le acaricia el rostro con la yema de su dedo—. Eres la mejor esposa del mundo y te adoro. Nunca lo dudes.

—Yo también —ahora sonríe y decide llamar a Anahí. Suena y al instante salta el contestador anunciando que tiene el celular apagado. Es de esperarse porque prometió a sus hijos estar con ellos y libre de McCorin. Opta por dejarle un mensaje.

«Irina

Hola, señora Anahí, soy Irina. La molesto para avisarle que su esposa despertó del coma. Nos avisaron hace unos minutos y Malaika está yendo para allá. Al parecer está muy bien, así que no se preocupe y, cualquier cosa que necesite, estoy a su disposición. Besos

0:27 05:56»

Busca otro número entre los contactos, para comenzar con la cadena de avisos.

—¿Sí? —Una voz adormilada se sorprende y mira la pantalla de su celular identificando de quién se trata—. Hola, Irina

—Hola, Lu. Es que Emma acaba de despertar del coma —le informa Irina sin mucho preámbulo—. Ya le avisé a Anahí, pero como tenía el celular apagado por esto decidí dejarle un mensaje y llamarte.

—Hiciste bien. —Érica ya había prendido la luz y la miraba extrañada respecto a quién era.

—Malai ya fue para allá, yo debo ocuparme de los tres niños y no pude acompañarla —explica ante el silencio sepulcral de una impávida Lucía—. ¿Puedes llamar al resto de las directoras y avisarles?

—Por supuesto y gracias —una breve respuesta del otro lado y la comunicación finaliza—. No creerás o que me contó—le susurra a Érica, sin aún comprender del todo la noticia que recibió—. Emma acaba de despertar

—¿Estás segura?

—Sí —todavía no reacciona del todo—. Irina me informó que llamaron de la clínica a Malaika y que ella ya está yendo para allá.

—¡Maldición! —se levanta de la cama de un salto, como está desnuda, Lucía la mira atentamente y una sonrisa se le escapa— ¡Vamos! —grita la rubia terminando de vestirse— Quiero verla ya mismo.

—Ya me levanto —logra reaccionar y se apura. Es consciente que si no lo hace su pareja la deja en la casa cuidando los gatos.

En menos de cinco minutos salen de la casa, ponen la alarma y están sentadas en el auto.

—Tranquila —Lucía intenta calmarla acariciado el brazo de Érica, que aumenta la velocidad pasando el límite permitido—. No se irá a ninguna parte y quiero llegar sana a la clínica.

—Lo siento —la rubia aminora la marcha, haciéndole caso—. Es que necesito ver que sea cierto que despertó.

—Entiendo tu ansiedad, sin embargo no nos mentirían en algo tan serio —razona con ella —. Dame unos minutos que tengo que hacer unas llamadas —mientras habla, busca su celular en la cartera y comienza a llamar a un número—. ¡Hola!

—Hola. ¿Qué sucede? —se escucha la voz adormilada del otro lado.

—Soy Lucía, la secretaria de Anahí —no sabe por qué le explica quién es si ya debe tener identificada la llamada.

—Sí, puedo verlo —una suave risita se le escapa—. ¿Qué puedo hacer por ti tan temprano?

—La molestia vale la pena, te lo juro —se apresura a agregar—. Es que Emma acaba de despertar del coma y se encuentra muy bien. Estamos yendo con Érica para allá y Malaika también está en camino. Falta avisar a Vanesa y a Verónica, ¿puedes ocuparte?

—No lo puedo creer —una pregunta se escucha de su interlocutora—. Yo aviso, no te preocupes y gracias por llamarme. Amor —la rubia zarandea a una agotada morocha que comparte su cama— ¡Amor! —le grita.

—Estoy durmiendo —le susurra y la toma en sus brazos para besarla apasionadamente—. Te amo con toda mi alma, pero ahora tengo sueño y estoy muy cansada de una semana demasiado complicada, como para hacer el amor contigo.

—¡No seas boluda! —le reprocha, aunque igual se deja besar y mimar— No te desperté para eso.

—¡Qué lástima! —le acaricia la espalda presionándola contra ella— Aunque creo que ya estoy despierta y puede hacer una excepción.

—Amor —Candela le sonríe y le acaricia el rostro—. Emma despertó del coma —le susurra en los labios.

—¡Mierda! —grita y de un salto se levanta tirando a la rubia hacia el otro lado de la cama— ¿Por qué no me lo dijiste antes? —su esposa la mira sorprendida y sonríe— ¡Vamos! —ya está a medio vestir.

—Tranquila —trata de calmarla—, y escúchame —Gabriela la mira por unos segundos terminando de ponerse un suéter—. Yo no puedo ir contigo, tengo que quedarme con los niños, por lo menos, hasta que despierten.

—¡Mierda! Me olvidé —piensa unos segundos— Hacemos esto, yo me voy y cuando se levanten los llevas a casa de mis padres. Explícale a mamá qué pasó y me alcanzas en la clínica.

—Genial —Gabriela se acerca a la cama y la besa—. Por favor, maneja con cuidado y me avisas cualquier novedad.

—Lo haré —ya sale de la habitación.

—Te adoro —sonríe tirándole un beso con la mano. Se acomoda en la cama y con el celular en la mano realiza una llamada—. Buenos días, dormilona.

—Es muy temprano para bromas —responden del otro lado—. Ni siquiera es hora de levantarme en un día laborable —susurra— ¿Qué sucede que me llamas de madrugada? —Se sienta de golpe en la cama, muy preocupada de que Candela esté molestándola a esta hora.

—Emma despertó. Parece que está bien, pero no tengo mucha información.

—¡¿Qué?! —Vanesa grita y despierta a Elizabeth de un salto— Ya vamos para allá…

—...avísale, por favor, a Verónica. Es la única que falta.

—No te preocupes, yo la llamo y gracias por avisarme. Besos, Cande.

—¿Por qué acabas de gritar de esa manera? —una suave y sorprendida voz la cuestiona, Candela había terminado la conversación y Vanesa se centra en el amor de su vida.

—No me lo vas a creer —la besa, no puede contener la felicidad que la embarga—. Emma acaba de despertar y, al parecer, está bien. —Sin esperar respuesta de Elizabeth se levanta de la cama y se viste— ¡Vamos! —gira para mirar a la rubia y nota que está en la cama, mirando el techo— ¡Eli!

—¿Es una broma? —la mira sin poder creerlo—. Si lo es, es de muy mal gusto.

—No, amor. Fue Candela quien me avisó —se acerca a la cama, del lado de la rubia y le acaricia el rosto—. Despertó y nos necesita a su lado.

—¿Despertó? ¡Despertó! —grita y se levanta de la cama— ¡Vamos!

Vanesa va al baño y se prepara para irse, Elizabeth la sigue unos segundos después. Mientras la espera, toma su celular y realiza la última de las llamadas de la cadena de avisos.

—Hola, Vane —responde casi al instante— ¿Qué sucede para que me llames tan temprano?

—¿Estás levantada?

—Sí, ya estoy desayunando.

—Sólo tú puedes hacer eso un sábado —sonríe—. No quiero que te alarmes, pero nos acaban de avisar que Emma despertó.

—¡Gracias a Dios! —un amplio suspiro se le escapa— ¿Cómo está?

—Lo poco que sé es que está bien. Ya estamos yendo para allá con Eli.

—Me cambio y voy.

—¿Está Casandra contigo?

—No, está de viaje.

—Avísale, la hará muy feliz saberlo —escucha una voz de fondo—. Ya voy, amor… con Verónica. Te mando un beso y te esperamos en la clínica.

* * * * *

La mujer se despierta, los primeros rayos de luz atraviesan la ventana e iluminan su rostro. Mira la hora en su celular y se le escapa una sonrisa, hace meses que madruga convirtiéndose en un hábito en ella.

Se levanta, se ducha y sale en busca de sus hijos, a quienes les ha prometido pasar un fin de semana juntos sin que nada los interrumpa.

Los mellizos están despiertos organizando el día y qué lugares van a visitar. A ellos también la ausencia de Emma los hizo madurar de golpe, ojalá que puedan volver a ser esos niños felices que vivían despreocupados junto a sus madres.

—Hola, mami —el primero es saludarla es Iván— ¿Trajiste ropa cómoda?

—Hola, mis amores. Sí, aunque espero que no me obliguen a caminar mucho. —Una sonrisa pícara se dibuja en el niño y es la misma que Emma le dedicaba cuando tenía planeado hacer lo contrario a lo que Anahí deseaba.

El desayuno transcurre entre bromas y planes, hasta que Milo decide preguntarle a su madre.

—¿Puedo revisar cómo llegar? —señala su celular.

—Por supuesto, la que tiene prohibido usarlo soy yo, no ustedes —bromea con la promesa que les hizo de dedicarles todo el tiempo y en exclusividad.

—Mami —Milo la mira con seriedad y señala su celular—, Malaika me dejó un mensaje y me pide que por favor escuches el que te envió, es urgente.

—Prometí no hacerlo —se niega.

—Puede ser alguna novedad de mamá —el tono de voz de Milo se ha vuelto triste, especulando con la salud de Emma—. Serán unos minutos y luego lo apagas.

—Bien, pero porque me lo piden. —Saca su celular de la cartera, lo prende y observa el rostro ansioso de los mellizos.

«Trilton

Hola, Anahí. Perdón que te moleste, pero esta madrugada me llamaron desde la clínica para decirme que Emma despertó del coma. Seguro que Irina te avisó y me despreocupé. Además, tardé unas horas en mandarte el mensaje porque quería asegurarme de que no fuera un error y que estuviera bien. No te preocupes que le hicieron varios estudios y, al parecer, no hay lesiones graves. Regresa lo más pronto posible, ella los necesita. Besos para los mellizos.

0:59 09:35»

—¿Qué pasó? —la cuestiona Iván en cuanto Anahí termina de escuchar el audio que había pegado a su oído, por si era un mensaje distinto. Uno anunciando una muerte.

—Emma despertó y está bien —murmura más para ella que para sus hijos.

—Ya mismo armamos las mochilas y regresamos. Se suspenden las vacaciones porque mamá despertó, es el mejor regalo de cumpleaños que podríamos recibir.

—¡¡Esperen!! —les ordena que se sienten, es que su mente no puedo comprender del todo la noticia. El amor de su vida ha pasado más de un año en estado de coma y el terror, mezclado con ansiedad, se apodera de ella. Sus hijos ni siquiera la escucharon, ya salieron corriendo hacia sus habitaciones para regresar a…

El caprichoso destino, que nunca deja de sorprender, acaba de dar ese giro inesperado y, a la vez, ansiado. Uno que volverá a cambiarle la vida, apenas ordenada, de una mujer que no ha

dejado de soñar ni un instante con este momento.

Capítulo 6

Lleva más de media hora intentando convencer a la doctora Marigno de que la deje ingresar a la habitación, para poder ver a Emma. Ninguna de sus amigas lo ha conseguido a pesar de la presión que ejercieron.

—Por favor, Samanta, solo serán cinco minutos. —Anahí casi se le escapa una lágrima, incluso ha juntado sus manos en señal de ruego—. Lleva tres días despierta, debe de estar preocupada y triste porque ninguna de nosotras hemos ido a verla. —Señala a las mujeres que se encuentran en el bar frente a la clínica. El protocolo sanitario no ha sido levantado, ni mucho menos en las clínicas—. Compraré un traje como el que usan ustedes —insiste— y me bañaré en alcohol.

—No la tocará y mantendrá la distancia de un metro —asegura Malaika—. Si el contagio es su temor.

—Hablaré con el director de la clínica. —La doctora Marigno es consciente de que Emma ha estado preguntando por su familia y sus amigas, generándole mucha ansiedad la soledad de su habitación—. ¿Harás lo que se te ordena? —Anahí afirma con su cabeza— Denme unas horas, que veré qué puedo hacer.

—Gracias —Elizabeth interviene comprendiendo el esfuerzo de la médica por ayudarles—. Esperaremos el tiempo necesario.

Las mujeres se sientan en sus lugares, continúan especulando qué pueden hacer para ver a Emma lo más pronto posible. Malaika informa que legalmente no tienen oportunidad de ingresar, puesto que va contra los Decretos de necesidad y urgencia, así que lo único que les queda es insistir en la buena voluntad del personal de la clínica.

—O en coimas —agrega Gabriela, sin esperar respuesta a una idea descabellada.

Las horas pasan y la doctora Marigno regresa con la noticia de que Anahí podrá ver a Emma, tan solo unos minutos, y con el traje que lleva el personal de salud. Así que todas se ponen de acuerdo para adquirir lo necesario, aunque saben que no será fácil. Érica fue junto a Lucía a una casa de insumos médicos. Allá le entregaron uno a la medida de Anahí, además incluyeron otros insumos que necesitaban urgente en la clínica.

Vestida con ese traje especial, llena de alcohol en las manos, barbijo y una máscara de plástico transparente que le cubre el rostro, ingresa al piso donde Emma lleva meses internada. Se detiene frente a la puerta durante unos segundos, el temor la invade, no sabe con qué va a encontrarse luego de tantos meses sin poder verla.

Sus visitas a la clínica consistían en tomar un café en la doctora Marigno y escuchar que no tenía novedades. Una sola vez ingresó a verla, fueron solo cinco minutos y de esto hace una eternidad. En esa ocasión, donó diez trajes sanitarios para médicos y enfermeras.

No puede dilucidar si sus pasos son más lentos por toda la ropa que lleva o si lo es por el miedo que siente. Abre la puerta de la habitación y se encuentra con dos pacientes más en ella. Indudablemente hay necesidad de camas en estos momentos donde la pandemia ha recrudecido.

—¡¡Por Dios!! —exclama ante la imagen de una Emma boca a arriba, tapada tan solo por la sábana. La nota demasiado delgada, con el pelo rapado de pocos centímetros y su rostro desdibujado por muecas de dolor—. Debí insistir en verte todos los días, a pesar de la

prohibición y todos los obstáculos que me pusieron. Perdóname amor, por abandonarte.

Agrega las palabras en un murmullo tan bajo, como sentido. De nada vale llorar por lo ya no hecho, en eso el tiempo es implacable. Inspira y expira, un pie delante del otro y así que se acerca suavemente a ella.

* * * * *

Desde que despertó del coma no ha tenido visitas y siente la soledad del abandono tanto de su familia, como de sus supuestas amigas. Si bien ha pasado gran parte del tiempo en una suerte de inconsciencia, sueño o sopor que la mantienen poco alerta, recordaría si hubieran venido a verla. Porque ella fue recordando de a poco a quienes son parte de su vida.

Siente la suavidad de una caricia en su rostro, piensa que debe de ser alguna de las enfermeras que intentan despertarla para realizarle otro estudio o tomarle alguno de los signos vitales. Se obliga a abrir los ojos y aprovechar a pedirle un sorbo de agua, apenas si le dan té o jugo, pero no alimento sólidos.

—Agua, por favor —quiere formar una frase más extensa y no decir palabras sueltas, la sorpresa en la mirada oscura y profunda la lleva a comprender que no es una enfermera quien la acaricia—. Hola.

—Hola, mi amor —Anahí no ha dejado de acariciarle—. Dame un segundo que ya te doy —responde buscando con la mirada hasta encontrar un vaso que contiene agua. Se lo acerca con un sorbete—. Bebe despacio que no quiero que te atragantes.

—Gracias —anuncia unos segundos después, dando a entender de que no quiere más—. ¿Dónde estabas? —pregunta pausadamente y tratando de buscar las palabras justas. Está enojada con ella porque no ha ido a verla.

—Estaban todas haciendo guardia en el bar de enfrente —la doctora Marigno acaba de ingresar, siendo quien le responde—, y no podían entrar a verte —la cara de sorpresa de Emma le da a entender que no está convencida con la explicación recibida—. ¿Recuerdas que te hablé de la pandemia? —la paciente asiente con su cabeza— Bueno, es la razón por la cual nadie puede ingresar a la clínica, salvo que estén enfermos de gravedad.

—Emmy —susurra Anahí—, tuve que vestirme así para verte y solo puedo estar cinco minutos.

—Sin tristeza —bromea la médica—. Estuve hablando con la psiquiatra, que es amiga mía —le explica mirando a Anahí, quien conoce perfectamente a la mujer mencionada— y con el director de la clínica.

—¿Pasa algo grave?

—No, pero Emma necesitará de tiempo para recuperarse y lo mejor es hacerlo rodeada de la gente que la quiere. Así que mañana le daremos el alta, ¿qué te parece? —le pregunta a su paciente que no responde, puesto que no logra comprender del todo qué está pasando— Acá te traje una lista con lo que necesitas para instalarla en la casa —le entrega a Anahí un papel, quien comienza a leerlo con cierta avidez y mucha sorpresa—. Es importante que consigan una enfermera las veinticuatro horas, tengo el teléfono de algunas que ya están jubiladas y que te podrían ayudar.

Emma se pierde el significado e importancia de la mayoría de las palabras, sin embargo, le molesta la familiaridad con la que se dirige a Anahí.

—Tendremos todo listo para mañana —afirma sin dudarlo—. Solo dime a qué hora debo estar en la clínica para llevarla a casa.

—Te mando un mensajito esta noche y confirmo la hora. Si es que no estás en el bar —bromea conociendo de la imposibilidad de que duerma más de una hora—. Lo ideal es que la trasladen en una ambulancia, pero no tenemos ninguna disponible.

—Le pediré a Érica que me ayude y la acomodamos en su camioneta, que es la más amplia y ella tiene fuerza, si tenemos que levantar a Emma.

—Tendrán que tener mucho cuidado para no contagiarla de COVID, ella está baja de defensas.

—No te preocupes, somos obsesivas con los protocolos sanitarios y convivimos con las reglas a diario.

—Muy bien. Lo otro importante es comunicarnos todos los días a través de una video-conferencia y tendrá que concertar una cita con la psiquiatra, al menos dos veces por semana.

—Haremos todo lo que nos digas —insiste Anahí, temerosa que Samanta se eche para atrás en la decisión. Conoce lo meticulosa que es con el cuidado de sus pacientes.

—Si notan algún problema en el habla o reacciones extrañas o movimientos convulsivos, quiero que la enfermera se comunique urgente conmigo; sin importar la hora —Anahí afirma con su cabeza, observando a su esposa.

—Samy, ¿crees que llevarla a la casa es lo mejor para ella? —Ahora es a ella a quien le asaltan las dudas.

—Sí. Acá corre muchos riesgos de contagio y la soledad puedo ser contraproducente para su recuperación —aclara al momento que le acaricia el hombro dándole su apoyo—. Emma —la paciente la mira a los ojos, no ha perdido ningún gesto, ni palabras entre las mujeres—, es muy importante que escuches las indicaciones que te voy a dar.

—¿Cuánto dormí? —Desde hace horas que le intriga saber el tiempo que ha pasado en coma y porqué deben tener tantos cuidados.

—No fue tanto, aunque el golpe en la cabeza, ¿recuerda que hablamos de él?

—Sí.

—Fue muy fuerte y debemos controlar que no haya secuelas. Ahora, te dejo cinco minutos más y luego deberás irte —le advierte a Anahí, antes de dejarlas solas.

—Emma —la llama con suavidad para conseguir su atención—, mañana temprano vamos a estar en la puerta de la clínica para llevarte a casa. No tienes ni idea de los felices que somos porque despertaste y estás bien.

—No estoy tan bien.

—No te quejes que te tengo una sorpresa una última sorpresa. Es la mejor de todas.

Saca de uno de los bolsillos el celular, que se encuentra envuelto en plástico transparente. Observa como Anahí marca un número y enseguida se escucha la voz de un niño.

—¡Mamá! —Milo grita de alegría e Iván se suma enseguida a la video-llamada.

—Mis amores —una amplia sonrisa se dibuja en su rostro.

—Te extrañamos mucho —agrega Iván—, pero no nos dejan entrar a la clínica.

—Mañana —murmura, notando que se le escapa una lágrima.

—¿Nos dejarán entrar a verte? Eso es genial —murmura Milo, como si estuviera en la habitación de la clínica.

—No —Emma mira con ansiedad a Anahí para que les explique.

—La doctora Marigno nos informó que mañana la podemos llevar a casa, así que quiero que Érica se quede unos minutos más para organizar todo.

—No pienso moverme ni un milímetro del bar —se la escucha a la ingeniera, detrás de los mellizos.

—Genial. Ahora debemos dejarlos porque se me terminó el tiempo. Besos.

—Besos, mamá. Te queremos mucho, mucho, mucho —Iván interviene mandándole besos a Emma.

—Mañana te llenamos de mimos. ¡Prepárate! —le advierte Milo, quien también le envía un beso y corta la comunicación.

—La cara tapada —Emma mira a Anahí en busca de comprender qué está sucediendo.

—Todos debemos andar con barbijos, incluso los niños. La pandemia es mundial y los cuidados extremos. Ahora no te preocupes por eso, te iremos explicando de a poco todo lo que ha sucedido mientras dormías. —Se acerca a la cama y le acaricia el rostro, nuevamente—. Como verás no puedo darte un beso.

—Astronauta —murmura sonriendo. Está feliz de que sus hijos le hayan hablado y que Anahí la esté mimando.

—Sí, es lo que parezco. Quiero que descanses y mañana vendremos por ti. Si necesitas algo, no importa qué, yo estaré en el bar de enfrente toda la noche y te lo haré llegar.

—Duerme.

—Lo haré, cuando estés en casa. Te amo.

La habitación queda en silencio y la paciente siente el esfuerzo de haberse mantenido atenta a la conversación de Anahí y de la doctora. No obstante, sabe que se ha olvidado de varias de las explicaciones. Se acomoda en la cama y sonríe, es feliz de haber hablado con sus hijos. El sueño o la inconsciencia vuelven a ganar a la vigilia y se queda profundamente dormida.

Las horas pasan, las enfermeras entran a controlar de que se encuentre bien, que no tenga alguna recaída o, simplemente, a saludarla. Al parecer todas la conocen, aunque ella no recuerde a ninguna. Al mediodía la doctora pasa a darle el alta y la llena de recomendaciones, aunque lo más probable es que no recuerde ni una dentro de unos minutos.

—No quiero que sufras, así que todos los días me dirás cómo te sientes y, si es necesario, haremos una interconsulta con un especialista del dolor. ¿De acuerdo?

—Sí —Emma le toma de la mano—. ¿Cuánto dormí?

—Más de lo que me hubiera gustado. Lo importante es que ahora estás despierta y tendrás que tener mucha paciencia para recuperarte. —Un mensaje le llega al celular y se le escapa una risa—. La ambulancia te espera —la otra mujer la mira sorprendida—. Ayer, por la tarde, el director recibe una llamada de la Señora Knatwen solicitándola. Él le responde “que lo pensará”. A los dos minutos, suena nuevamente el celular y una tal Dürror exige una ambulancia y, en la misma llamada, interviene la doctora Trilton que, al parecer, conoce a muchos jueces importantes de la ciudad. Imagínate la cara del director, que me quería explicar por qué no había transporte adecuado para ti. Cuando termina de cortar, suena al instante y es Girado Iraola que, con la suavidad que la caracteriza, le informa quién es ella y quién es su familia. El pobre hombre le responde que analizará la situación, corta y exclama: “estas mujeres son insoportables, por suerte me las voy a sacar de encima”. —Emma ríe con la médica—. Pero la decisión final la tomó hoy temprano por la mañana, cuando una tal McLeu… no sé cuánto, le informó si quería que la empresa MCL dejara de proveerle alimentos y su apoyo, publicidad, y otro montón de ítems que ahora no recuerdo.

—Casandra McLeughlin —murmura Emma.

—Sí, ella. Así que…

—…ya estamos aquí, Emma, para llevarte a dar un paseo en ambulancia —un joven ingresa con una silla de ruedas y la acomodan en ella, interrumpiendo la conversación—. La están esperando en la entrada de urgencias, así que debemos apurarnos.

—Cuídate mucho y recuerda que apenas llevas consciente cuatro días, date tiempo para sanar. Y perdona, pero es más seguro que estés en tu casa que en la clínica, donde puedes contagiarte de COVID. —La doctora le acaricia el rostro—. Toma, ponte el barbijo y no te lo quites hasta llegar a tu habitación.

El trayecto desde la clínica a su casa fue rápido, aunque el personal que la acompañaba, la trató con mucha suavidad y dulzura. Ellos también conocían su nombre. En cuanto estacionan frente a su hogar, la puerta de entrada se abre, ingresan al parque y ella es acomodada en una silla de ruedas.

—Buenos días, Señora Knatwen —el médico saluda a Anahí y le entrega una serie de papeles. Ella le responde con un gesto de su cabeza—. Acá le dejo las instrucciones de la doctora Marigno y de la psiquiatra, que se hará cargo de la recuperación de Emma.

—Muchas gracias —Anahí saca un sobre y se lo entrega—. Esto es para ustedes, en agradecimiento de traerla a casa.

—No es necesario, señora. Es nuestro trabajo.

—Lo sé.

—Gracias. —Se acerca a la paciente—. Cuídate mucho, que no queremos que regreses a la clínica.

Emma acepta el gesto, sin embargo, está agotada porque le han estado haciendo estudios desde muy temprano por la mañana. La doctora quería asegurarse que su estado de salud fuera el óptimo.

En cuanto la ambulancia se va, comienzan a salir de la casa sus hijos y amigas. Anahí se apura a cambiarle el barbijo y tira el otro en una bolsa.

—Hola, preciosa —la primera en acercarse a ella es Érica—. Yo la llevo —toma la silla de ruedas y tira de ella con tanta suavidad, que parece que no avanzan.

—¡Mamá! —gritan los mellizos al unísono y se acercan a ella para darle un beso.

—Qué grandes… altos —se corrige inmediatamente al notar lo que sus hijos han crecido.

—Recuerden lo que anoche conversamos.

—Sí, mami —responde Iván, quien se centra en Emma—. Es que crecimos de un día para el otro.

—Mami tuvo que salir corriendo a comprarnos ropa —agrega Milo—. Lu nos ayudó mucho.

—Se mudó con nosotros después del accidente —Iván completa la idea.

—¿Lu?

—Lucía —Milo aclara, recordando que a su madre no le gusta que abrevien los nombres.

—¡Oigan! ¡No acaparen! —Gabriela los reprende en broma, sin explicarle a los niños que acaban de “meter la pata” en el comentario inocente que dijeron—. Todas queremos saludarla. ¡¡Ven acá preciosa!!

Gabriela la abraza con suavidad y mucho cariño.

—Estás muy linda —Emma acaricia el rostro, por encima de la línea del barbijo que dice McCorin.

—El amor la tiene así —una mujer rubia, con el rostro lleno de lágrimas, está apoyada en el lintel de entrada y es quien le responde. Cuando se acercan a ella, se arrodilla ante la silla y la abraza con demasiada fuerza. Emma siente el calor del otro cuerpo y se deja mimar durante unos minutos.

—Elizabeth —Emma le acaricia la cabeza, con las pocas fuerzas que tiene su brazo.

—Debemos llegar a la cama, que la enfermera ya tiene todo preparado. —Anahí le acaricia

el hombro a la arquitecta, quien se separa de inmediato y se pone de pie—. No debemos cansarla.

—Lo siento —la rubia se seca el rostro y Gabriela se acerca a ella para abrazarla.

—Emma, si pudiéramos te abrazaríamos durante horas y horas —Érica se suma a los deseos de sus amigas—. Vamos, así te acuestas.

—Hola —al ingresar, una tímida mujer se acerca a ellas—. No te imaginas cuánto te eché de menos. —La abogada se acerca y le acaricia el rostro—. Anahí, que me olvide, debemos guardar todas las facturas, los recibos y los sueldos de las enfermeras, para reclamarle al seguro.

—Okey —responde, luego la observa—. Mejor comunícate con Verónica, ella sabrá bien qué hacer.

—Bien pensado.

A Emma le sorprende que las dos mujeres se lleven tan bien, aunque prefiere guardar silencio. El recorrido a su habitación es acompañado por todos. Una enfermera, que se presenta como Julia, comienza a dar órdenes de cómo deben acomodar a la paciente. Érica la toma en sus brazos y un pequeño quejido se escapa de la enferma.

—Lo siento, no quise lastimarte.

—Duele poquito —trata de tranquilizarla.

—Es mejor que la dejen sola, debe descansar. En una hora le daremos un caldo —explica la enfermera—, aún no puede comer nada sólido. No entiendo por qué la mandaron a la casa tan pronto.

—Es por los peligros del COVID. —Anahí se acerca a la cama y le acaricia el rostro—. Trata de dormir y no te preocupes por nada, nosotras estaremos en la cocina. Te amo.

Por turno, la saludan y le dan un beso a través del barbijo. Los mellizos son quienes la abrazan por varios minutos, Emma comprende que necesitan el momento.

—Ya estás en casa y no nos separaremos de tu lado, ni un segundo —advierte Milo, antes de dejarla sola.

El silencio se apodera del lugar, tiene miedo de él, porque le recuerda a los últimos días que pasó en la clínica y la soledad que sintió. Observa detenidamente, llevándole varios minutos comprender dónde está. Es que la habitación está muy cambiada, más allá de la cama de hospital que hay, al igual que los diferentes aparatos que sirven para controlar sus signos vitales. Espera que no la vuelvan a conectar a ellos. No consigue pensar más y se queda profundamente dormida.

Capítulo 7

Una rutina comenzó a conformarse desde aquel martes. Las dos enfermeras contratadas intentan que la salud le mejore. Han conseguido curarle las pequeñas escaras que le quedan en el cuerpo, producto de estar tanto tiempo en la cama de la clínica y el cuidado disminuido en los últimos meses de pandemia.

La mejora es muy lenta, incluso hay días que los estados de consciencia disminuyen y esto retrocede algunos de los avances que consigue. La doctora Marigno se comunica a diario y va dándole algunas órdenes médicas. Emma aún no camina, ni sale de su habitación.

—Hola, mamá —Milo se acuesta al lado de ella y la abraza—. Hoy está muy lindo el día, así que te sentaremos en la silla de ruedas y tomaremos sol.

—No tengo ganas —busca las palabras adecuadas. En estas tres semanas que lleva en la casa está aprendiendo varias cosas, entre ellas conseguir decir lo correcto. Muchas veces se confunde y esto la frustra, sin embargo la familia trata de incentivarla a que hable, sin importar los errores.

—Mamá, no vine a preguntártelo —una sonrisa se le dibuja en el rostro. Como llevan días sin ir a la escuela, que ya terminó, tienen cuidados sanitarios cuando salen, pero no en la casa—. Falta poquito para la Navidad y queremos que compartas la mesa con nosotros. Además, tenemos visitas.

—Todos los días tenemos visitas —le responde acariciándole el rostro.

—Sí. Con Iván estamos pensando en pedirte un sueldo, por todas las personas que tenemos que atenderte. No nos queda ni un minuto libre para jugar.

La broma de su hijo surte el efecto deseado y, en cuanto la enfermera ingresa a la habitación, le pide que la ayude a cambiarse e ir al parque. Optan por una camisa sin mangas y una bermuda, toda ropa nueva ya que ha bajado muchísimo de peso durante su estado de coma.

Media hora después está observando la pileta de natación, en donde juegan los mellizos con Lucía. La gran visita es Érica, que trajo para hacer un asado en la parrilla y la idea es darles la tarde y noche libre a las enfermeras; por lo menos hasta el lunes. Aunque queden de guardia por si sucede una emergencia.

—Kira —Milo se acerca a la mujer—, ¿quieres que te ayude?

—Por supuesto. Necesito una cerveza y un jugo para mamá. Tengo que hablar seriamente con ella —responde con una aparente solemnidad.

—¿Kira? —Emma está sorprendida por el apodo que le dijo Milo.

—Sí, y prefiero que me llamen así. Suena más dulce. —Se sienta a su lado y le toma la mano—. ¿Estás bien?

—Cansada.

—Necesitas tiempo para mejorar, no te presiones.

Una caricia en la mano da muestra de cariño y de apoyo incondicional. Emma intenta responder que no está en su naturaleza no presionarse, busca las palabras en su mente.

—Acá tienen sus bebidas, hermosas damas —Milo bromea mostrando la felicidad que siente—. Traje coca cola para nosotros y otra cerveza para Lu. Mami termina de preparar las ensaladas y viene a tomar sol. Eso dijo.

—Gracias, hijo.

—¿Qué organizaron para las Fiestas? —la consulta con tono de tener una idea en mente.

—Acá, solos.

—Perfecto. Te propongo que organicemos una linda y tranquila cena. Podrían venir las chicas y…

—No, Érica. Quiero estar con Anahí y los mellizos, nadie más.

—¿Por qué? Ellos se aburrarán toda la noche y no es justo. Además, qué harás con Lu, ¿piensas echarla esa noche?

—¿Lu? No entiendo —Y mira a la joven que ahora suele pasar algunos días en la casa, mucho más que antes.

—Ella vive acá desde tu accidente, ¿recuerdas que te lo dijo Iván?

—No —se fastidia por haberse olvidado un dato tan importante, la amante de su mujer está en la misma casa desde hace más de un mes.

—¡Qué hermoso día! —Anahí interrumpe la conversación, sin darse cuenta de la leve tensión que se había generado— ¿Pusiste verduras en la parrilla?

—¿Viene Elizabeth? —Érica bromea.

—No, pero Emma aún no puedo comer carne.

—Por supuesto que puse. Puedes revisar si elegí bien y estaba bromeando, sé que Eli está muy ocupada.

—Está muy flaca —Emma mira a su pareja que lleva puesto un solero y, debajo de él, la malla.

—Te echó mucho de menos.

—Es hermosa y yo estoy fea —se pasa la mano por el cabello casi inexistente. Siempre ha sido una mujer elegante, preocupada por su apariencia y amante de la belleza. Se pasa la mano por su cuerpo y siente sus costillas.

—Estás viva, nunca lo olvides.

—¿De qué hablan? —pregunta Anahí, sentándose a la derecha de Emma y del otro lado de dónde se encuentra Érica.

—De que se aproxima Navidad y quiero pasarla con ustedes, como el año pasado. Y Emma me dijo que prefiere que estén los cuatro solos.

—Haremos lo que ella desee.

—No es justo para los mellizos.

—Ellos quieren estar con su madre, no les importa otra cosa.

—No peleen —Emma interviene notando como las dos mujeres se dirigen entre ellas. La rubia no suele ser tan abierta en sus opiniones, ni objetar. Mientras que Anahí espera que su pareja decida adónde pasarán las Fiestas. Hay muchos cambios a su alrededor que no comprende.

—Puedes pasarla con Lucía y el veinticinco vienes por los chicos, para llevarlos donde ellos quieran.

—Me gustaría tomar mis propias decisiones, si no les molesta —Lucía salió de la piscina y se acerca a las tres mujeres.

—¿Vives en mi casa? —Emma le pregunta de manera beligerante— ¿Por qué?

Las tres mujeres la miran sorprendida por el cuestionamiento. No le importa, incluso piensa usar su estado débil para que Anahí no se enoje con ella. La única imagen que tiene en su mente es que su esposa, junto a la idiota de Lucía, caminaban de la mano y muy enamoradas cuando ella iba en el auto. No recuerda ni el día, ni el momento preciso; pero la imagen la tiene marcada a fuego.

—Cuando sufriste el accidente yo estaba devastada —explica Anahí—. Le pedí a Lucía

ayuda y terminó viviendo con nosotros para cuidar a los mellizos; entre otras cosas.

—También Rho se mudó a la habitación donde estás ahora —Iván le explica a su madre.

—¿Quién es Rho? —«¡Demonios!» «¡Mierda!» Se dice a sí misma, enojada por no recordar a las personas y quedar en desventaja.

—Rocío —aclara Anahí—. La joven ingeniera que contrataste para McCorin, que es amiga de Lucía y mía.

—Sí, algo recuerdo —miente, puesto que no puede asociar el nombre con un rostro, ni una historia en particular.

—Voy a vigilar el asado —Érica se pone de pie—. Lu, acompáñame.

Emma se centra en su amiga y en cómo trata a Lucía. Ambas están discutiendo en voz baja, no obstante, no percibe agresión entre ellas.

—Emmy —Anahí la está llamando.

—¿Sí?

—Haremos lo que tú desees. —Le toma la mano y entrelaza sus dedos con los de ella.

—Gracias.

Sentados a la mesa, los mellizos llevan la conversación dirigiéndose, especialmente, a su madre.

—Belu, que es una genia —le explica Milo—, me está enseñando cómo sacar mejores fotos.

—Son muy buenas —confirma Érica—. ¿Te las ha mostrado?

—No, me gustaría verlas —Emma notó que el niño anda con una cámara de fotos y que ella ha sido su modelo en más de una oportunidad, lo que desconocía es la pasión por lo que hace. Busca en su mente, durante unos segundos, identificar quién es Belu; no lo consigue —. ¿Y tú? —le pregunta a Iván, que disfruta de comer como solía hacerlo ella.

—A mí me gusta jugar al fútbol, aunque Kira me regaló una cámara de fotos igual que la que tiene el fotógrafo —se burla de su hermano, en tono de broma.

—Tienes que practicar más, porque lo que vi es que te hacen cien goles por partido —responde Milo—. Pensaría mejor en estudiar fotografía.

—¡Sin pelearse! —interviene Anahí, que había permanecido callada o murmurando con Lucía, quien negaba con la cabeza como respuesta. Indudablemente tiene que ver con la conversación que llevaba con Érica.

—Él empezó —se defiende Milo.

—Y tú la terminas.

—Viste que soy el preferido de la casa, te lo vengo diciendo desde hace años y no me crees.

—Iván.

—¿Sí, mamá?

—No pelees.

—No lo hago —una amplia sonrisa picarona se le dibuja—. No puedo evitarlo, es que se enoja muy fácil.

—¿Qué les parece si, en lugar de pelearse y terminar en penitencia, traen la sorpresa que tienen preparada para Emma? —Lucía les advierte con firmeza.

—¿Tienen algo para mí? —Está feliz, porque a ella le encantan las sorpresas.

—Sí. Se le ocurrió a Milo y anoche hablamos con la doctora Marigno, para ver si podías —aclara Iván, que sale corriendo detrás de su hermano.

—Han crecido mucho —comenta a las mujeres que la acompañan.

—Tuvieron que hacerlo en tu ausencia. Creo que todos los que te amamos, de alguna u otra

forma, lo hicimos. Ahora, disfruta del regalo —Anahí le sonríe y le acaricia el rostro— que ellos se esforzaron mucho, consiguieron el teléfono de Samanta e, incluso, esperaron la respuesta de ella.

—Son buenos.

—Lo son, amiga —Érica le cuenta alguna de las travesuras que los mellizos hicieron en su ausencia, generando risas entre las tres mujeres.

—Acá estamos —Milo se acerca a ella con una copa de helado—, es el que te gusta. —Se la acerca y le entrega una cuchara pequeña.

—La doctora nos dijo que podías comer un poquito, que ya estás acostumbrando a tu panza a alimentos sólidos —Iván le explica, como si se hubiera aprendido el discurso de memoria.

—Es el mejor regalo —Emma les dice emocionada, tanto que se le escapa unas lágrimas—. Y es de chocolate, mi preferido.

—Sí, con pasas —aclara Iván, quien con una amplia sonrisa mira a Lucía y ella levanta el pulgar en señal de aprobación—. Ya servimos para todos, ustedes quédense acá —los mellizos le dan un beso a su madre y salen corriendo hacia la cocina.

—¡Cuánta energía! Yo estoy agotada.

—Termina el helado despacio, y te llevo a la cama. No queremos que tengas una recaída —interviene Érica.

Su descanso tuvo que esperar casi media hora y es su amiga quien la acomoda en la habitación.

—Érica —le toma el brazo para que no se vaya, es que tiene muchas dudas y su cerebro no deja de maquinar; es un caos de sensaciones que la atraviesan—. ¿Cuánto tiempo dormí?

—Eso no importa —murmura, acomodándole la almohada y sentándose a su lado—. Tienes que agradecer que estés despierta y concentrarte en mejorar. Después llenarás los huecos con información que te iremos dando.

—Un favor más. Es muy importante para mí.

—Lo que quieras.

—Saca a Lucía de la casa.

Érica, quien estaba inclinada hacia la cama, acariciando el brazo de su amiga, se pone derecha en la silla y la observa. Ya su rostro no está ni relajado, ni sonriente, más bien un gesto de… tristeza lo cubre. «Sí, porque no es enojo. La conozco demasiado para identificar sus gestos».

—No es lo que piensas —comienza a explicarle en segundos después—, ellas no son ni han sido amantes.

—No te cons…

—…consta

—Eso mismo. Ellas duermen juntas allá arriba —señala la habitación matrimonial—, y no puedo dejar de pensarlo desde que lo supe.

—Fue hace apenas unas horas que te enteraste —está fastidiada por la situación, como si Érica no supiera que Lucía y Anahí son amantes. Han recolectado pruebas durante años—. Tienes que dejar de martirizarte por una simple sospecha.

—No puedo —reconoce con resignación.

—Lo sé —susurra—. Las tres hemos estado vigilando cómo se compartan desde que no estás, no ha pasado nada entre ellas —explica con suavidad y firmeza, así lo siente en la voz que trasmiten palabras que algunas le cuesta entender—. Lucía duerme en la habitación de al lado, sola y los mellizos son buenos chaperones. Controlan todo, todo el tiempo. No porque ellos

sospechen una cosa así, sino porque han necesitado muchos mimos y cariño en tu ausencia.

—Por favor —insiste con lágrimas en los ojos.

—Está bien, hablaré con Lucía. Ahora intenta dormir, que seguro Elizabeth viene a visitarte esta tarde.

—Sí, ella viene todos los días.

El cansancio la puede y se queda dormida a los pocos segundos de que Érica la dejara sola en la habitación. Sin embargo, sus sueños no son tranquilos. Ella va manejando su auto y ve a Anahí de la mano de Lucía, riéndose y besándose.

—¡Emma! —Escucha su nombre y el contacto de una mano que la sacude con suavidad, intentando despertarla— ¡Emma!

La aludida abre sus ojos y nota el hermoso rostro de su amiga, que la mira con preocupación.

—Elizabeth —susurra. Ahora está segura que había tenido una pesadilla. Fue muy real, tanto que se convence de era un recuerdo.

—Me preocupaste. Te encontré dando de vueltas en la cama y hablando, como si tuvieras una pesadilla —el rostro pálido da cuenta que sus palabras son sinceras—. ¿Qué te parece si llamo a Érica para que me ayude a llevarte al patio?

—Estoy cansada para salir otra vez de la cama.

—Me lo puedo imaginar, sin embargo, no pienso permanecer encerrada contigo en un día tan hermoso. Y no se negocia.

—Ya estuve comiendo afuera, hoy.

—Me contaron y me puse muy celosa. Así que quiero que te levantes y compartas dos horas conmigo, nada más. Después debo irme, que me están esperando para cenar.

—¿Sigues con ella?

—¿Con ella? —Emma intenta recordar el nombre de la pareja de su amiga— Ya no estoy con Adriana, te lo comenté el día de tu cumpleaños —un gesto de sorpresa e intento de comprender se dibuja en su rostro—. Te prometo que te contaré, en otro momento, respecto a mi vida amorosa. Ahora, tú eres mi prioridad y quiero que hablemos respecto a tu recuperación. Ya regreso.

Érica llega unos minutos después, la ayuda a acomodarse en la silla de ruedas y la lleva al jardín de la casa. En cuánto sale, nota el calor en su rostro y que Anahí, junto a Lucía, están tomando sol en la orilla de la piscina. Su esposa lleva una malla color blanco que le queda fantástica. Una sonrisa se le dibuja, hasta que el recuerdo del sueño nubla su rostro.

—Emma —Elizabeth atrae su atención—, ayer estuvimos conversando con la doctora respecto a tu salud.

—¿Estuvimos?

—Sí, hicimos una video-llamada con Gabriela, quien te manda un beso enorme.

—¿Dónde está?

—Tuvo que viajar de urgencia y el miércoles está de regreso —Emma asiente con su cabeza, en señal de haber comprendido—. Como te contaba, hablamos con ella y acordamos que, desde el lunes, vendrá un fisioterapeuta para comenzar tu rehabilitación. Es importante tonificar los músculos y fortalecer los huesos, para que te animes a caminar.

—Me canso.

—Lo sabemos. Ella me preparará una serie de recetas con medicamentos y suplementos vitamínicos. El lunes Vanesa irá a por ellas, incluso le dará todas las instrucciones escritas para las enfermeras.

—No quiero.

—¿No quieres mejorar? —La respuesta la sorprende— Mira —le señala a los jugando a la pelota—, ellos deben ser la principal razón por la cual realices el esfuerzo. Aunque te canses o te duela la rehabilitación.

—¿Cuál es la otra razón?

—Yo, por supuesto —esto le roba una sonrisa a Emma—. Además, tengo novedades muy importantes para contarte.

—¿Adónde vas mañana? ¿Y por qué no me quieres contar?

—Tengo un almuerzo con unas mujeres que no conoces y es una historia muy larga, con muchos matices. Incluso hay una bruja horrible y maldita, como protagonista secundaria, por supuesto. Así que deseo que estés muy lúcida cuando me escuches.

—¿Una bruja? —Elizabeth no suela hablar de esta manera, insultando a una persona, muchos menos si es una mujer.

—Sí. Con papel secundario, porque el estelar es mío.

—Me gusta escucharte bromear —le toma la mano en busca del calor amigo—. Igual, no reconozco a nadie. Hoy me hablaban de una tal Rho, de otra que se llama Belu y no sé ni quiénes son.

—Eso no es cierto, tan solo no las recuerdas. Ya recuperarás tus facultades mentales y podrás unir las piezas que te faltan. Te lo prometo —Elizabeth le explica con mucha paciencia, se le nota el amor que le tiene—. Y, a estas mujeres en particular, no las conoces. Se llaman Pamela y Kara, tienen un bebé hermoso.

—Deberías tener uno propio.

—Aún soy muy joven para ello —bromea—. Ya regreso.

Érica es quien la ayuda nuevamente y la traslada en la silla de ruedas al jardín. En cuento llegan, ve a Anahí en una ajustada malla que le queda preciosa; lo malo es que está sentada al borde de la piscina junto a Lucía. Esto le trae el recuerdo de su sueño y el deseo de echarla de la casa se hace más fuerte.

La sensación no se va ni de su mente, ni de su alma durante las siguientes semanas. Pasan las Fiestas los cuatro tranquilos, aunque el 25 y el 1º, los mellizos se van a pasar el día con familiares de Anahí. Necesitará una muy buena excusa para que no la arrastren a esa casa.

Emma continúa en la habitación de servicio al cuidado de las enfermeras y el fisioterapeuta va tres veces por semana, dos horas cada día. Ha logrado un avance importante, más allá de que aún no pueda caminar.

El lunes posterior a la Noche de Reyes, está en sesión virtual con la psiquiatra.

—Has conseguido progresos importantes, al menos desde lo cognitivo. La mayoría de quienes han atravesado un cuadro de coma prologando, tardan más tiempo en presentar alguna mejora, por mínima que sea.

—No puedo caminar.

—Eso se debe a la falta de tonificación de los músculos, debes darte tiempo. ¿Recuerdas que lo hablamos? —la paciente afirma con su cabeza—Samanta que me comentó que, por suerte, no tienes lesiones físicas que te impidan hacerlo.

—Quiero hacerte una pregunta —Emma lo ha pensado desde la última sesión.

—Dime —el hermoso rostro de la psiquiatra sonríe expectante.

—Necesito una respuesta y que sea sincera —la mujer se pone seria y afirma con su cabeza—. ¿Cuánto tiempo estuve en coma? Sé que desperté unas semanas antes de las

Fiestas; también recuerdo que el día del accidente era importante, tengo esa sensación y no puedo borrármela. —Ahora son de asombro los gestos de su rostro— Se lo he preguntado a mi esposa, a mis amigas, incluso a los mellizos y ninguno me responde. Más bien evaden la pregunta con otra pregunta o respuestas sin sentido.

—¿Te has dado cuenta de lo extensa que fue la pregunta? Hasta la fundamentaste. Te felicito.

—¿Ves? Evaden la pregunta —es la respuesta triste que le da a sus felicitaciones.

—No lo hago y ellos tenían nuestros consejos de qué debían decirte y qué callar. Así que te lo diré, como premio a tus avances y al esfuerzo que pones en ellos.

—Gracias. —Se acomoda en la cama, observa la pantalla y, como acto reflejo, aprieta la sábana con ambas manos.

—El día de tu accidente era el 4 de noviembre, tu cumpleaños. Así que fueron casi trece meses en coma. Esta es la razón principal de cuánto te cuesta mejorar y los cambios que notas a tu alrededor.

—Comprendo —murmura al tiempo que siente que en su mente diminutas pieza de imágenes e ideas inconexas, van formando la figura de un rompecabezas imaginario.

—¿Qué? —para la psiquiatra es importante las respuestas que le dé.

—Lo alto que están mis hijos, lo delgada que me encuentro, no me quejo de esto —sonríe, intentando recuperarse del shock—. Los dolores de mi cuerpo cuanto intento moverlo. Los cambios en las personas que me rodean. Aunque ellas no me cuenten nada de sus vidas, como si todo fuera un gran secreto, me doy cuenta de sus actitudes —si bien pronuncia las ideas como lo desea, aún lo hace lentamente.

—Comienza a preguntarles pequeños detalles e insiste en ello. Es parte de tu personalidad inquisidora que ya conocen.

—Lo haré y gracias por decirme la verdad.

—Había que esperar para que afrontaras el hecho de estar en coma más de un año. Lo increíble es lo bien que te encuentras, no lo olvides —mira algo en su pantalla—. Se nos terminó el tiempo, hablamos el miércoles y no te olvides de tomar las pastillas que te recetamos con Samanta.

—Las enfermeras no me dejarían hacerlo —se queja—. Nos hablamos el miércoles.

Cierra la computadora, retira el mueble con ruedas, que le había hecho Érica para que pudiera acomodarse en la cama y tener las sesiones con las médicas.

—¿Todo bien, señora Knatwen?

—Sí, Julia.

—Le traje la medicación para que la tome. —Lo hace de manera mecánica, son varias al día y ya se está acostumbrando—. Está demasiado pensativa.

—Estuve más de un año en coma, me perdí todo ese tiempo de vida.

—Y si lo mira distinto —acomoda la almohada y comienza a controlarle la presión—. Por ejemplo, que ganó una vida para disfrutarla con toda la gente que la quiere. Tuvo un accidente grave y acá está, quejándose y discutiendo conmigo.

—No discuto.

El día termina con más dudas que certezas. Muchos fragmentos de conversaciones tienen ahora sentido. Por ahora.

* * * * *

El deseo se apodera de su cuerpo y la necesidad de ser satisfecho por unas manos en particular, limita con la locura. En cuanto siente que alcanza el clímax, más en estado de inconsciente. Cuando logra despertarse, está totalmente desconcertada y más excitada de lo esperado.

—¡Mierda! —exclama en una cama vacía y una habitación solitaria—. Es tan difícil dormir sin ella sabiendo que la tengo tan cerca. Se me está terminando la paciencia con esta maldita vida.

Mira la hora en el celular, apenas es la 6:27 y todavía podía dormir media hora más. Para desgracia está totalmente despierta, opta por bañarse. Ya desnuda bajo la ducha descubre que el deseo estuvo lejos de ser saciado. A las 7:00 en punto baja a la cocina, ya lista para salir a trabajar a McCorin. Se prepara unos mates, en el silencio de la cocina se sienta a mirar el jardín que ya está totalmente iluminado por el sol. Hoy será un hermoso día, tiene planeado disfrutarlo a pesar de su despertar agitado.

—Buenos días, Señora Knatwen.

—Hola, Elsa. ¿Cómo está?

—Yo muy bien y la paciente ha tenido una excelente noche —suele darle el reporte cada mañana, de manera escueta—. Gracias a Dios está mejorando rápidamente.

Elsa es una enfermera jubilada, devota de Dios, y que cuida a Emma de noche. Muy formal y hasta algo severa en lo que respecto a la salud de quien tiene a su cuidado.

—A él y a los cuidados de ustedes dos —una respuesta susurrada para sí misma—. Tengo la sensación de que llevo meses esperando a que se recupere, sin lograr un pequeño avance —su tono de voz sonó demasiado fastidiado—. Pienso que en mi mente —«y, especialmente, en mi piel»—, sumo el año que estuvo en coma.

—Debe de tener paciencia. Dios sabe por qué hace las cosas.

Mientras conversan, Anahí está preparando un café a la enfermera y el desayuno a su esposa.

—Esta mañana quiero llevárselo, si no le molesta.

La mujer mayor es muy seria y formal, así que la tratan de la misma manera. Incluso, bromean con Lucía de que le tienen tanto miedo que no se atreven ni siquiera a levantar la voz cuando está presente. Como si estuvieran en los pasillos de un hospital.

—Por supuesto, Señora Knatwen. Ella se pondrá muy feliz al ver cómo la mima.

Prepara la bandeja y la lleva a la habitación. La apoya sobre la mesa que le hizo Érica a Emma para apoyar la computadora. Aparta las cortinas así la luz del sol ingresa.

—Buenos días, mi amor.

Se acerca a ella, deja la bandeja sobre la mesita y decide besarla en la boca. Lo hace con suavidad, apoyando sus labios apenas abiertos. El gesto no es devuelto y esto la angustia un poco, suspira como gesto comprensivo de la situación.

La semana anterior estuvo hablando con Samanta durante algunas horas cuando la médica le explicó que su pareja sufrirá de cambios de humores bruscos. También estará fastidiosa por olvidar cosas y muy demandante ante sus ausencias. Paciencia, es la clave para acompañarla en la recuperación. «Debo comenzar hacer yoga, digo, para volverme una monje imperturbable.»

—¿Por qué me traes el desayuno? —el tono es beligerante.

—Porque tienes que desayunar. —Le acomoda la bandeja en la cama y abre las ventanas, ventilando el lugar—. Porque te amo y siempre lo hacías tú, así que ahora te vuelvo esos mimos. ¿Lo recuerdas?

—Sí —murmura—. Me cuesta más el día del accidente y el fin de semana anterior, los recuerdos más antiguos están casi intactos.

—Hay cosas que se te olvidaron y no regresarán, debes asumirlo lo más pronto posible. —Se sienta en la cama a su lado aprovechando para acariciarle la mejilla—. Intentaremos cubrir esos huecos de a poco, por favor, no te angusties.

—Son demasiados.

—Tampoco te quejes, que los melli te explicarán lo que quieras saber. Estuvieron a mi lado todo el tiempo y tienen anécdotas increíbles.

—Han crecido demasiado y me lo perdí.

—No tuvieron otra opción —le acomoda el retel del piyama—. Su mami fue una piltrafa humana con tu ausencia —le confiesa en un susurro cargado de angustia—. Debo irme a trabajar.

—Yo te voy muy bien —escucha cuando está saliendo de la habitación—. Hasta te vistes demasiado elegante para ir a trabajar.

—No me queda de otra, además la ropa son obsequios que tú me has dado —se mantiene de espalda a ella, le dolería ver críticas en sus ojos—. Por lo que no tienes derecho a reproches.

—Me gusta cómo te queda y es algo que no puedo negarte. Lástima que sea la que nunca querías usar —se le escapa un suspiro—. ¿A qué hora regresas?

—Alrededor de las seis.

—Aquí estaré. —Abre la puerta dando por terminada la charla que apenas ha sido amable— ¿Eres feliz desde que desperté?

Se detiene en el lugar, esta vez de golpe por no esperar esa pregunta. ¿Cómo responder a ella? ¿Qué es la felicidad a su lado? ¿Cuándo se lo preguntó antes? ¿Cuándo le importó si lo era?

—Todos los somos, no lo dudes.

Y se va de la habitación, cargada de sensaciones encontradas, angustias reprimidas y un futuro demasiado incierto para pensar en él.

Capítulo 8

Pizzas y cervezas sobre la mesa del departamento de Rocío enmarcan una noche de charla entre mujeres. Ya hace tiempo que han dejado las trivialidades, más bien conversan sobre los problemas actuales que atraviesa McCorin o las innovaciones futuras que propone la joven ingeniera o, simplemente, de la vida amorosa de las tres que sufren demasiados cambios y uno detrás del otro. Ahora es Anahí quien cuenta sobre las dudas de Emma y su ya conocida obsesión por Lucía.

—Tienes que hablar con ella, sincerarte y ponerle los puntos sobre las íes —comenta Lucía rozando el mal humor—. No puedes pasarte toda la vida defendiéndote de sus falsas acusaciones y, para que lo sepas, esto también me daña, indirectamente, la relación con Érica.

—Estás exagerando —interviene Rocío con buen humor, como intentando que no se peleen entre ellas—, la rubia no puede negarte nada, te dice a todo que sí, incluso a comprarte otra cartera. Como si no tuvieras.

Lucía la mira, sonríe tranquilamente, mostrando una nueva faceta en ella: la de la novia inmensamente feliz.

—Aún está muy enferma, apenas si logra pensar con coherencia y su memoria está terrible —Anahí defiende a su esposa y, en su tono de voz, intenta que la comprendan—. Esto último afecta su modo de ver la realidad.

—¿Y antes? —Interviene Rocío— Siempre su odio y bronca son contra Lu. ¿Por qué no te inventa otro romance?

—Pienso que ahora se agravó su imaginación porque Lu vive en casa. Recuerden que antes venía dos o tres veces al año: en el cumpleaños de los mellizos, en el mío o en un evento importante —busca explicar y darle sentido a la actitud de Emma.

—Justo de eso quiero hablarte. —Lucía apoya la lata de cerveza sobre la mesa, mira primero a Rocío, quien afirma con su cabeza de manera casi imperceptible, suspira y se centra en su amiga de la infancia—. La semana que viene pienso mudarme de tu casa. Estoy convencida de que es el momento justo para hacerlo, por esto te lo comento. Además, Emma lleva más de un mes despierta y ha mejorado mucho.

—¡No me hagas esto! —Es la reacción inmediata de Anahí, quien se aterra ante la idea de quedarse a solas con su esposa— No puedo estar sin ti. Mucho menos manejar la casa y a los mellizos si no estás ahí.

—Respuestas como estas son las que alimentan la imaginación de Emma —retruca Lucía con una amplia sonrisa—. Lo siento, pero tuve un sueño premonitorio al respecto —mira a Rocío, quien a su vez la observa y unos segundos después intenta aguantar la risa. Esto no pasa desapercibido por Anahí, intrigándole la actitud de ambas.

—¿Qué soñaste?

—Es irrelevante —imita el gesto de Rocío.

—Me importa mucho tu sueño y tu futuro. Además, ¿adónde vas a vivir si no tienes departamento?

—¡¡Le ofrecí el mío!! —salta Rocío indignada— El otro día Belu me dijo que teníamos una habitación libre y le encantaría que se mudara con nosotras. Es que mi novia disfruta estar

rodeada de amigos.

Esto confirma que estuvieron hablando entre ellas y dejaron a Anahí fuera de la cuestión.

—Tres son multitud —sentencia Lucía, sin siquiera mirarla—. Hablé con mamá y ella está feliz de que su hija predilecta —hace énfasis en la idea—, se mude nuevamente a su habitación. Luego iré viendo de conseguir un departamento cerca de McCorin. Si no me despiden antes.

—¡Esto es una locura! Tu madre vive a trasmano de la empresa; tendrías que tomar colectivo y subte —piensa unos segundos—. Tienes más de una hora de viaje, mínimo.

—¡Lo haré! —descarta el análisis de Anahí— No voy a morirme por tener que salir una hora y media antes. No va a ser la primera vez, ni la última.

Lucía tiene la certeza que cuando Emma se entere que es la asistente personal de presidencia, la pondrá patitas en la calle.

—Vas a estar como una zombi en el trabajo —el inocente comentario hace que sus dos amigas larguen la carcajada sin control—. No sean boludas y díganme que soñaste —empuja a Lucía para que reaccione.

—Okey, okey. Te cuento. —Se calma y la mira a los ojos—. El domingo a la noche estaba soñando que dormía en tu casa, cuando escucho unos gruñidos, se abre la puerta de la habitación e ingresa una mujer caminando como zombi. —Se pone de pie y grafica la escena, extendiendo los brazos, hace un gesto con la cara, intentando imitar a un zombi y comienza a caminar por la cocina—. Me cubro con la sábana.

—Como si eso la protegiera de que la muerdan —comenta Rocío, quien apenas si puede contener la risa.

—Es lo que hacen en las películas de terror —se defiende Lucía—. Entonces una mano retira la sábana, gruñe muy fuerte, me tira sobre la almohada e intenta morderme.

—¿Quién era la zombi? —Anahí está riendo más por la descripción que hace de la escena, que por el mismo sueño.

—Adivina.

—¿Emma?

—¿Quién más? —hace un gesto de obviedad y vuelve a su personificación— Intento quitármela de encima —empuja con sus manos al aire, dramatizando—, y escucho que dice I.V.E., I.V.E.

—¿Quién es Ive? —pregunta Anahí, con mucha curiosidad, mirando a ambas.

—Nadie que conozca. Pero esta boluda —señala a Rocío—, el viernes me explicaba sobre Inteligencia artificial, que no entendí una palabra, y como habla todo con siglas debo de haber unido algunas letras al azar.

—I.V.E. —Rocío imita el gruñido zombi— Inteligencia vacía, eliminar.

—¡Muy graciosa! Y sonó a robot no a zombi, además de que ellos no hablan. —Lucía se hace la ofendida, aunque enseguida comienza a reír nuevamente por la ocurrencia de su amiga.

—Tú dijiste que habló.

—Es que ese zombi era Emma, podemos esperar cualquier cosa de esa mujer. Pero no es lo peor —continúa—, cuando siento que me muerde, porque tiene más fuerza que yo, veo que Elsa está caminado por el pasillo, también convertida y yendo hacia tu habitación —inclina la cabeza como teniendo a la otra mujer mordiéndola y ella mirando hacia el pasillo.

El último comentario, más todas las payasadas que hace Lucía contando su sueño, hacen que las otras también rían con ganas. Esto eliminó la tensión que existía entre las tres. Sin que Anahí olvide que es hora de sincerarse con su esposa, sea o no zombi.

* * * * *

La noche está estrellada y el calor del día aún se siente en toda la casa. Decide vestirse elegante a pesar del dolor de cabeza y del constante malestar que siente. Sus amigas vienen a cenar y quiere recibirlas lo mejor que puede. En su mente está satisfecha con su nueva figura, aún falta que las cicatrices comiencen a borronearse sobre su piel. Aunque nunca desaparecerán del todo.

—Hoy no voy a deprimirme por el accidente, estoy viva.

Se auto convence, como le ha aconsejado la psiquiatra en más de una ocasión. Una última mirada al espejo y sale de la improvisada habitación ante el sonido insistente del timbre. La silla de ruedas le dificulta llegar al portero eléctrico, y al acercarse a él reconoce con cierta admiración la nueva tecnología que le aplicaron. Mira por el visor comprobando que una de sus amigas ha llegado.

Decide esperarla en la puerta, llegando al mismo tiempo que tocan con suavidad.

—Hola, Emmy —la saluda la rubia dándole un beso—. Traje todo para el asado, incluyendo verduras para la princesa.

—Hola, Érica —sonríe ante la broma y el rostro semi cubierto por el barbijo—. Aún no me acostumbro a este tema de la pandemia.

—Solo hay que tener cuidados para no contagiarse o contagiar. —Sin esperar respuesta se dirige hacia la parrilla con la caja llena de comida. Acomoda sobre la mesada cada paquete de carne y de verdura—. Voy a buscar los condimentos y una cerveza, ¿qué te traigo?

—Un vaso de vino —solicita con timidez, aún no se acostumbra a la nueva personalidad desenvuelta de Érica.

—¡Ja! ¡Ja! Ni en tus sueños.

—Puedo beber un poquito de alcohol, siempre y cuando no abuse. —La sigue hasta la cocina en busca de su copa. Érica se detiene, gira sobre ella y empuja la silla de ruedas—. Aún no me acostumbro.

—No lo hagas, ya que pronto andarás por tu propia cuenta. Y, con respecto al alcohol, guardarás ese permiso para brindar con nosotras —responde con cierta seguridad, como no esperando ser retrucada—. ¿Qué te parece si me ayudas a condimentar la carne?

—Si me dejas las cosas a mano, por favor. —Se siente extraña, no obstante, acata los pedidos y se sirve una lata de gaseosa de los mellizos. Ambas organizan, en silencio, la bandeja con la comida. La dueña de casa conoce que su amiga no es de mucha conversación, por lo que resuelve comenzar ella—. ¿Cómo va tu empresa?

—Muy bien, ¿por qué?

—Por este tema de la pandemia, pensé que tendrías problemas de conseguir trabajo —Érica la observa en silencio—. Los mellizos han intentado explicarme cómo se dio el aislamiento en todo el mundo. Algo comprendí —bromea.

—Eres brillante, seguro que lo comprendiste muy bien. —Se dirige a la parrilla y escucha que Emma la sigue—. Los primeros meses fueron difíciles, después conseguí tantos proyectos que no doy abasto. Fueron muchas horas mirando los muebles y las paredes, así que puedo suponer que el encierro llevó a las personas a remodelar sus casas.

Y mientras prende el fuego, Érica le cuenta de su trabajo en los últimos meses y los pendientes. No se tocan temas personales, como si ambas quisieran evitarlos. Minutos después, el timbre suena y se dirige a la puerta lidiando con la silla de ruedas. Al abrir se encuentra con

Elizabeth y Gabriela, quienes están conversando respecto a un nuevo sistema que McCorin ofrece a sus clientes. Emma siente, una vez más, que ese mundo ya no le pertenece. Lo triste es que ni siquiera le interesa qué hablan. Saluda chocando los codos, como sus hijos le enseñaron.

—Estamos con Érica en la parrilla.

—¿Ya llegó? —Se sorprende Elizabeth.

—Solo unos minutos antes para preparar el fuego.

—¡¡¡Kira!!! —grita Gabriela— Traje el postre y las achuras que me pediste.

—¿Por qué la llamaste así? —Emma no comprende a su amiga.

—Así le gusta más a Érica —le explica Elizabeth con dulzura y aprovecha para acariciarle la mejilla—. Te eché demasiado de menos y quisiera abrazarte con tanta fuerza, tanta que no te soltaría por meses.

—Puedes hacerlo. Es que también echo de menos los abrazos y las caricias, especialmente las tuyas.

—No es una opción en estos momentos. Si te contagio, corre mucho riesgo tu salud.

—¿Te parece?

—Sí. Aún estás muy débil y el COVID está arrasando por todo el país.

—¿Hay muertos?

—Demasiados y es en todo el mundo. —Busca en la cocina lo necesario para servirse una copa de vino, lo hace y de la heladera retira dos cervezas que le entrega a Emma—. Vamos con las chicas, que hoy no quiero platicar de tristezas.

—Te noto muy bien y… feliz —le aprieta la mano, deteniendo el andar de Elizabeth.

—El amor la tiene así —asegura Gabriela en tono entre obviedad y fastidio— ¿Trajeron nuestras bebidas?

—A ti tampoco te veo nada mal —Emma se percata del brillo intenso en los ojos de la morocha, uno que nunca le había visto.

—Es que conseguí secretaria permanente —responde con sencillez—. Nos vemos afuera.

—¡Gabriela! —Emma intenta saber más de McCorin antes de que la ingeniera desapareciera de su vista— Tengo muchas preguntas para hacerles.

—Vamos —Elizabeth le ayuda—. Tenemos tiempo para responder tus dudas y quiero que Kira no se olvide de asar mis verduras.

—Nunca se olvida, incluso las trae por si llegas de improviso —agrega con suavidad y se deja llevar.

La siguiente hora conversar respecto a la pandemia, intentando que Emma comprenda todas las disposiciones gubernamentales, los casos registrados en el mundo, los riesgos de la enfermedad, la cantidad de los muertos y las peripecias de McCorin en medio del caos.

—Por suerte, nosotras tenemos a nuestra contadora estrella —concluye Elizabeth—, quien optimiza los recursos mientras buscamos nuevos sistemas de seguridad, más eficientes y económicos, para nuestros clientes.

—Rho contribuye muchísimo —asegura Gabriela con orgullo—. Desde que el imbécil no está, me siento más tranquila y aliviada trabajando. Te aseguro que ella es más detallista que yo y cubre mis espaldas como ninguna otra.

—Es más obsesiva, sin lugar a dudas —confirma Elizabeth—. Y mucho decir.

—Lo de obsesiva está de más, princesita —Gabriela la amenaza.

—Siéntense a la mesa que tengo las achuras y los chorizos listos —Érica intenta que no discutan.

Las tres le hacen caso y ocupan sus lugares habituales en la mesa.

—Cuando no estabas con nosotras —Gabriela observa el gesto de sorpresa de Emma ante la firmeza que utilizó Érica para hablarles—, esta tomó tu lugar y media entre nosotras.

—Alguien tiene que hacerlo o se matarían todo el tiempo.

—Eso es una exageración —Elizabeth susurra dando por terminado la discusión, para observar a su alrededor en busca de algo—. ¿Dónde están los melli?

—Están en la casa de un amigo que cumple años; harán una acampada —suena triste—. Y Anahí, por si me lo preguntas, tenía una cena con esa. Espero que regrese antes de que se ustedes se vayan. No quiero estar a solas en la casa.

—¿Qué te sucede? —Elizabeth la cuestiona con dulzura y preocupación.

—Nada nuevo, más allá de mis heridas.

—Emmy, te conocemos mucho y tu cara refleja una tristeza que nada tiene que ver con la pandemia o tu recuperación —Elizabeth le habla con mucha dulzura y cierta firmeza.

—Sé que estuve un año ausente, quizás un poco más —necesita quitarse las dudas y el dolor que la carcome durante días— y que fue muy complicado para ustedes tres.

—Ni te imaginas cuán difícil fue no tenerte. —Es una de las primeras frases que pronuncia Érica, sin estar relacionada con la comida. Es que cuando sus amigas conversan respecto a McCorin, ella prefiere permanecer callada—. Supongo que la peor parte se la llevaron Anhi y los melli. Perdón, Anahí y los mellizos.

—Ya no importa cómo la llames —intenta acostumbrarse a que han abreviado sus nombres. Aunque no le guste, no piensa que imponerse sea la solución. Además, como le expresara Elizabeth, suavizar los nombres es una muestra de cariño. «¿Cuándo demonio me lo dijo?»

—¿Qué pasa? —Gabriela está interesada en la respuesta.

—Cada día me convenzo más —mira su plato en busca de palabras para explicar su sentir —, de que Anahí me es infiel.

—¡Eso es una tremenda boludez! —Gabriela le responde con la ensalada en la mano y a punto de servirse en su plato—. Esa mujer te adora, así que déjate de pensar esas cosas de ella.

—¡Gaby! —Érica la reprende.

—Okey —se acomoda en la silla y juntando las manos, le pregunta a Emma— ¡¿Por qué supones semejante estupidez?!

Emma sonríe mientras sus amigas niegan con la cabeza, incrédula ante el comentario poco sutil de la ingeniera.

—Cuando comenzamos a vivir juntas con Anahí, le compraba ropa elegante para que se sintiera a gusto a mi lado. Sin embargo, ella no dejaba los vaqueros y remeras por nada del mundo.

—A las reuniones iba elegante, si mal no recuerdo —acota Elizabeth.

—No entiendo qué tiene que ver la ropa con tu angustia —Gabriela se impaciente.

—¡Es que me hace quedar como idiota! —La angustia es cada vez más apremiante, más sofocante—. Ella sale cada mañana vestida elegantísima, con esa ropa que no quería usar, porque yo se la había regalado. —Se golpea con suavidad el pecho, para darle énfasis a sus palabras—. ¿Realmente piensa que me creo que va a la panadería a trabajar vestida de esa manera?

—¿De qué mierda hablas? —Gabriela la mira sorprendida.

—¡Gabriela! El vocabulario —Emma adora a su amiga, sin embargo, las malas palabras y los exabruptos no se lo permite.

—Emmy —Elizabeth intenta calmarla—, escúchame por un instante.

—Sí —deja el tenedor acomodado a un lado del plato, para mirar atentamente a la arquitecta.

—¿Qué te comentó Anahí respecto adónde va cada mañana?

—No hablamos de eso.

—¿Y de que conversan? —Gabriela vuelve a las preguntas.

—De mi salud, principalmente. Incluso me ayuda con ciertos ejercicios de rehabilitación cuando regresa de la panadería. De los mellizos, de la pandemia, de las enfermeras. De nada más. —Piensa a ver si se olvida de alguna cosa y niega con su cabeza—. Tampoco está mucho en la casa y, cuando lo hace, se ocupa de realizar varias tareas.

—Comprendo —Elizabeth mira primero a Gabriela y luego a una silenciosa Érica.

—El tema es así —Gabriela toma la palabra—. Anahí no va cada mañana a la panadería, sino a la empresa.

—¿A qué empresa? —cada vez está más desconcertada.

—A McCorin —completa Elizabeth la idea. Emma las observa sin poder comprender del todo qué está sucediendo—. Malaika nos explicó que debía hacerse cargo de la Dirección general en nombre y representación de los mellizos.

—Cuando apareció tu padre, exigiendo la Dirección y dinero, obviamente; Anahí tomó la decisión de arriesgarse y se sentó en el sillón de presidencia de McCorin.

—¿En serio? —Jamás se le hubiera ocurrido que Anahí se animaría a semejante locura.

—No teníamos opción —continúa Gabriela—. Y ante tu ausencia, que no podíamos cubrir de ninguna manera, tuvimos que hacer varios cambios operativos en toda la planta del personal.

—¿Cómo cuáles? —Vuelve a su plato de comida, ya que Érica se había puesto de pie para servir la carne a cada una.

—Perdiste a quien iba a ser tu segunda secretaria —Elizabeth pone tono de broma para que la cena vuelva a ser la agradable y quitarle la tensión generada por las dudas de Emma—, en manos de la directora del Departamento de Operaciones —agrega con solemnidad.

—¿A Candela Brunoi? —Emma mira a Gabriela— ¿A “lindas piernas”? Así la llamabas.

—Buenísimas piernas —Érica bromea en busca de volver a hacer sonreír a Emma—. La he visto en pijama y son hermosas.

—Te metes con mi mujer y te mato —le advierte Gabriela en tono beligerante y de pocos amigos, consiguiendo que Elizabeth y Emma comiencen a reír ante el supuesto miedo de Érica —. Y no pienso devolverla a Dirección General. Si ella se va de mi Departamento, renuncio.

—Rho te reemplazaría muy bien —Elizabeth la provoca, como tantas veces Gabriela hace con ella.

—¡Gabriela! —Emma quiere que la mire, para que no se peleen— ¿Cómo que es tu mujer?

—Me casé con ella —afirma en susurros, como avergonzada. Esto sorprende tanto a Emma, como la misma respuesta.

—Pero Candela no es lesbiana. —Gabriela sonríe feliz ante sus propios recuerdos.

—No lo era, pero ahora sí. Soy irresistible.

—Acá vamos de vuelta, el ego más grande del planeta —Elizabeth bebe un poco de vino y no deja de mirarla a los ojos—. Se tuvo que casar con ella para que no renunciara a ser su secretaria.

—¡Vete a la mierda, rubita teñida!

—Te voy a volver a romper la boca si me llamas así una vez más.

—¡Ya basta! —Emma mira a una y a otra— No entiendo ni una palabra de lo que están contando, salvo que Candela es la secretaria y esposa de Gabriela.

—Exacto —la morocha se acomoda en la silla y mira a Elizabeth, como un gato relamiéndose al notar que un ratón se le acerca desprevenido—. ¿Por qué no preguntarnos por un

temita un poquito más serio?

—¡Cállate! —Le advierte la arquitecta.

—Digamos, ¿qué habrá pasado con tu asistente personal, esa que tanto adoras y que ya no está en Presidencia?

—¡¿Qué le sucedió a Vanesa?! —Emma se preocupa por primera vez por los cambios en su empresa— Ella es sagrada y nadie puede tenerla —mira a sus amigas, Elizabeth está muy seria y Gabriela sonríe ampliamente.

—Sí, bueno —La rubia está tartamudeando, en un intento de sincerarse.

—¿También es tu secretaria y esposa?

—¡Por supuesto que no! —Se ofende ante la insinuación.

—Deberías pedirle matrimonio y hacer de ella una mujer decente —bromea Gabriela.

—No te metas en mi vida, que yo no lo hago en la tuya.

—Eso no es cierto —retruca Gabriela—. Opinas todo el tiempo y, encima, le chismeas a Emma que le robé la secretaria.

—¡Se la robaste! —la obviedad en el tono de su voz hace sonríe a Emma.

—Nunca había asumido el puesto.

—¡Elizabeth! —Su amiga la mira, dejando una ironía en la punta de la lengua para replicarle a la morocha— Cuéntame qué sucedió con Vanesa.

—A pocos días de tu accidente, decidimos cerrar Dirección General, hasta que despertaras. Supusimos que solo serían pocas semanas, así que Vane pasó a ser mi secretaria. Ella manejaba los dos Departamentos con la eficiencia que la caracteriza. —Hay un breve silencio, el cual Emma aprovecha para observar lo nerviosa que está su amiga—. Con el correr de los días y ante la tristeza de tu ausencia, ella comenzó a cuidarme. Como solías hacerlo tú.

—Vanesa siempre te cuida —aclara.

—Sí, hasta que me enfermé, ¿te acuerdas? —mira a Gabriela quien afirma con su cabeza— Ahí mis sentimientos cambiaron hacia ella.

—¿Y Adriana?

—Me había separado de ella unos días antes del accidente, ¿no lo recuerdas? —Emma niega con la cabeza— Te lo conté la mañana de tu cumpleaños, pero eso no es importante en este momento. Mi historia es que me enamoré con locura de Vane y luego de varias idas y venidas, terminamos juntas…

—…y ahora es la nueva codirectora del Departamento de Comercialización —Concluye Gabriela, quien mira a Elizabeth comprendiendo todo el dolor que pasó por Vanesa y su ausencia.

—Es decir, perdí mi asistente personal y secretaria en sus manos. Se supone que son mis amigas.

—Podría haber sido peor, no te quejes.

—Gabriela, perdí a Vanesa. ¿Qué puede ser peor que eso?

—No exactamente. Más bien ganaste una codirectora brillante.

—Es más —agrega Elizabeth—, piensa estudiar Marketing digital cuando se levante la pandemia. Incluso, ya estuvo analizando varios cursos por Internet, más allá de la Universidad.

—¡Genial! Vane es la mejor, eso nos ayudará muchísimo. Es que la pandemia ha virtualizado todo —le explica a Emma.

—Candela también es brillante y es la única que te aguanta. Aunque ahora hace sufrir a Kevin, quien estoicamente aceptó el puesto de secretario.

—¡Elizabeth! —le advierte— Hay dos cosas que no entiendo, la primera, ¿golpeaste a

Gabriela?

—Sí. Es una larga historia de la cual no estoy muy orgullosa.

—Todavía me duele —la morocha se acaricia el labio al tiempo de que hace un puchero, recordando el momento.

—No sobreactúes, no te queda —Gabriela le saca la lengua a Elizabeth, burlándose de ella.

—Luego me cuentas la historia, con detalles. No importa lo extensa que sea —bebe un poco de gaseosa, teme hacer la siguiente pregunta—. Lo segundo, ¿quién está en Dirección general? Si ustedes me robaron a mi asistente y secretaria, quiénes ocupan sus lugares.

—Me parece que tu tono sonó entre dramático y acusatorio, ¿verdad Eli?

—Sí, Gaby. Estoy de acuerdo con tu apreciación. —Gira su cabeza para mirarla a Emma—. Robar es una acusación muy fuerte, nosotras solo hicimos lo necesario para mantener en pie a McCorin.

—Sin Verónica se hubieran fundido en tres días —responde en tono de broma a su amiga —. Estoy muy feliz de verlas tan enamoradas, pero no tanto por haber perdido a Vanesa y a Candela, también. Tenía el plan de enseñarle para que se convirtiera en mi segunda asistente.

—Igual, pensamos con Eli, que lo nuestro no ha sido lo más grave de todos los cambios que sufrieron nuestras vidas —analiza por unos segundos—. Incluyendo a McCorin.

—Temo preguntar —Emma observa a sus amigas como si estuvieran jugando un partido de tenis—, ¿qué sucedió?

—La rubia, la que ahora tiene el pelo más largo —Gabriela señala a su amiga—, y que ha permanecido en silencio culposo todo este tiempo —Emma mira a Érica quien ha palidecido al instante y no despeja su mirada de la de Gabriela—, lo de ella fue mucho peor. Ya está dicho.

—¡Voy a matarte! Simplemente lo haré y enterraré tu cadáver en alguna de mis obras. Nunca te van a encontrar.

—Esto es por lo de “buenísimas piernas”, ¿desde hace cuánto que se las miras? Y no te tengo miedo.

—¡Gabriela! —Érica baja la mirada hacia sus manos. Emma la conoce muy bien y sabe que su timidez le impide expresarse con facilidad. También que su vida no ha sido fácil en lo emocional y siempre intenta protegerla— Por favor, cuéntame.

—Nada —le resta importancia.

—Fue solo una broma de Gaby —se apresura a afirmar Elizabeth en busca de que Érica no se sienta mal—. Cuando hicimos todos los cambios y Anahí propuso hacerse cargo de la Dirección General, ella puso una condición.

—¿Cuál? —Tiene la sensación de que todo es culpa de…

—Que Lucía fuera su asistente personal.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —grita con bronca y golpea la mesa con bronca— ¿Qué sabe de ser secretaria?

—Poco y nada. Pero aprendió muchos en estos últimos meses —la defiende Elizabeth.

—¡Es la amante de mi esposa!

—¡No lo es! —Érica levanta el tono su voz, defendiendo a Lucía— Deja ya esa historia, que lo único que consigues es hacerte daño y lastimar a todos los que te rodean, incluyéndonos.

Por primera vez, desde que se conocen las cuatro amigas, se quedan sin palabras y miran sus platos en busca de respuestas que no se dañen entre ellas.

—Si ella es la asistente, ¿quién quedó como secretaria? —Busca morigerar la tensión.

—La rusa —murmura Gabriela, restándole importancia al nombre.

—¿Irina Mólkova? —como siempre Emma conoce a cada uno de sus empleados— ¿Cómo

una recepcionista pasó directamente a Dirección General?

—Eso es culpa de Malaika —asegura Gabriela y las otras mujeres afirman—, pero no te contaremos la historia —ahora niegan con la cabeza—. Creo que le corresponde a la abogada darte los detalles de lo sucedido entre ellas.

—Okey. La llamaré en un rato para preguntarle. No, mejor mañana así me cuenta con detalles.

—Es una buena idea —Elizabeth le sonríe y mira a Érica.

—¿Qué fue lo que hizo Érica? —insiste Emma.

—Te remodeló las oficinas sin pedirte permiso —comenta Gabriela—. Un día apareció con planos en la mano diciendo que quería cambiar el aspecto de McCorin —sus amigas la miran con incredulidad—. Que estaba viejo y que necesitaba aires nuevos. Así que puso todo patas para arriba, especialmente tu oficina. Fue una locura que hizo por su cuenta y en medio de la pandemia. Después, como no le gustó, volvió a cambiar la fachada de los pisos. Aunque esta vez tuvo la complicidad de nuestra arquitecta estrella.

—¿Hizo muchos cambios? —Emma adora su oficina, es en el lugar en donde se siente importante.

—Sí —afirma Gabriela al tiempo que Elizabeth ha comenzado a reírse a carcajadas—. Te lo dije, ella nos ganó a Eli y a mí —el tono de resignación fue tan pronunciado que hasta Emma comienza a reír—. Hizo del edificio de la empresa un caos, pero la aguantamos porque no tenía trabajo. Ya sabes que es la hermanita pobre del grupo —las bromas surten el efecto deseado y Érica sonríe.

—¡Wow! Voy a tener que acostumbrarme a tantos cambios —Emma la mira y la rubia le guiña el ojo, hay un secreto que solo ellas comparten.

—Hicimos lo que pudimos y como nos salió —se justifica la ingeniera—. Es que no estabas a nuestro lado y nos sentimos totalmente abandonadas.

—No les fue tan mal, por lo visto. —Emma siente que su vida está nuevamente encausándose entre el amor y el cobijo de sus amigas—. Necesito pedirles un favor que les sonará extraño, sin embargo hace tiempo que lo estoy pensando.

—Lo que necesites —se apresura Elizabeth.

—Quisiera que en las próximas reuniones incluyéramos a Malaika.

Las otras tres mujeres se miran sin comprender del todo el pedido. Igual asienten al unísono y Elizabeth le comienza a relatar todo cuanto la aboga hizo para ayudarlas durante el tiempo en que Emma estuvo en estado de coma. En algún momento Gabriela propone también que Verónica se les una en estas cenas. Es aceptada la idea, no obstante la bromas surge debido a que ya no será un aquelarre de lesbianas.

La noche finaliza con anécdotas de Candela y Vanesa, todas ellas graciosas para no entristecer el ambiente. Emma observa el cariño y el interactuar de sus amigas, sin perderse el profundo silencio de Érica quien solo participa en las risas y si se le hace alguna pregunta directamente. La vida transcurrió en su ausencia y los cambios son más profundos de lo que puede vislumbrar.

Capítulo 9

Casi una hora ha trascurrido desde que se quedó sola y el silencio en la casa es insoportable. No debió haberles dicho a sus amigas que se fueran tranquilas sin que no haya regresado Anahí. Está atenta a casi ruido, intenta reconocerlos, sentirse a salvo. El miedo que siente desde que despertó del coma no le ha permitido sentirse tranquila en ningún momento. La puerta de entrada se abre y el murmullo de personas cortan el ambiente. «Al fin un sonido familiar, ahora sí podré dormir».

Lejos está de ello. Su audición se agudiza, son dos los pares de pasos que suben la escalera, se detienen frente a la primera puerta del piso superior. Otra vez dialogan. Se ríen. Silencio. La puerta se abre, y el taconeo más suave ingresa a ella, el otro ha permanecido quieto a la entrada de la habitación. La puerta se cierra y la mujer realiza unos pasos, no son muchos. Llega a su alcoba, en donde debería estar y no atada a esta pieza pequeña a la cual no pertenece. Se abre, se cierra suavemente detrás de sí y los pasos se acercan a la cama. El silencio regresa a la casa, el monólogo del sonido de las puertas ha terminado. El tiempo se diluye en su mente.

—Hola —el murmullo es imperceptible, como si tuviera temor de despertarla.

—¿Qué haces aquí? —el tono beligerante es más por todo lo que había imaginado que por la propia presencia de Anahí.

—Quería asegurarme que estás bien —se sienta en la cama a su lado. Observa que apenas si lleva un camisón que deja poco a la imaginación—. No estoy muy convencida que haya sido una buena idea dejar ir a Elsa.

—No necesito ayuda, por lo menos durante las noches —Anahí le acaricia la mejilla, un gesto característico en ella, pero que pocas veces ha hecho desde que despertó del coma—. Además, le ofrecieron un trabajo diurno y la necesitaban durante varios meses.

—Si tú dices que estás bien sola, entonces acepto la decisión —sonríe—. ¿Cómo estuvo tu noche?

—Fue una velada de muchas confesiones —piensa unos segundos—. Al parecer mis amigas se han enamorado profundamente, al menos dos de ellas.

—¿Dos? —pregunta por el número, como si en su mente tuviera otro—. ¿Cuáles dos?

—Elizabeth y Gabriela, por supuesto.

—¡Lo siento! —Una disculpa que poco convence a Emma— Estaba distraída y no pensé en ellas.

—Okey —suena aún sorprendida, aunque acepta la respuesta—. ¿Puedes creer que Gabriela se haya casado? —Aún está atónita por las noticias— Me explicaron que fue más bien un compromiso, que esperaban a que despertara para realizar la ceremonia oficial.

—Fue un momento muy hermoso, a pesar que legalmente no se casaron.

—Lo más increíble de toda la noche fue saber que tiene secretaria permanente —bromea, disfrutando de la felicidad de sus amigas—. Bueno, ahora tiene un secretario —remedia el error en busca de no olvidar los detalles de la historia—, entiendes la idea.

—¡Ja! ¡Ja! —«¡¿Cuánto hace que no la veo reír con ganas?! La he vuelto una persona taciturna» Piensa Emma disfrutando del momento que comparte con el amor de su vida— sí, comprendo. ¿Te sorprende más que lo de Vanesa?

—Eso era una cuestión de tiempo. Ella adora a Elizabeth desde hace años, solo hacía falta

que se animara a decírselo.

—No fue tan fácil, créeme.

—Elizabeth me prometió que me contaría toda la historia completa y que esta noche era para celebrar la vida, no las tristezas.

—Ambas sufrieron mucho —le asegura sin entrar en detalles—. Lo importante es que ahora están juntas y se las ve muy felices.

—Quiero invitarlas a cenar este fin de semana, ¿te parece?

—Es una excelente idea, así podrás verlas juntas.

—¿Cómo te fue a ti?

—Me divertí muchísimo, creo que me hacía falta.

—¿Adónde estuvieron? —Por lo que recuerda Lucía había devuelto el departamento que compartía con Rocío, así que ambas están sin casa.

—Conoces el departamento, así que no pienso detallarlo y, lo que hablamos, son cosas de nosotras tres. Así como yo no te pregunto por intimidades que ustedes cuatro comparten.

—Supongo que es justo —responde con la sensación que hablaron de ella y seguro que no muy bien—. Me llama la atención que lo asegures, sabes que yo no conozco el departamento de Rocío y de Lucía.

—Ellas lo devolvieron para instalarse en casa y ayudarme con los niños, ¿lo recuerdas?

—Sí —«Especialmente que tienes acomodada a tu amante a una puerta de distancia».

—Así que ahora Rocío vive con su pareja. Se mudó hace pocos meses —agrega como si fuera un dato irrelevante.

En los últimos días logró recordar quién es Rocío y la desagradable historia que comparten juntas. Admite que aún no puede comprender por qué Anahí no le reprocha como la utilizó para averiguar cuándo se veían clandestinamente con Lucía. En su mente giró tanto las dudas que parecía una calesita, cuya sortija fue una carta que su amada está guardando para reprochárselo en el momento oportuno.

—Sigo sin comprender por qué debo conocer el lugar en dónde vive —regresa su mente a la conversación, no considera que sea el momento oportuno para preguntar respecto a su pesquisa privada con la hermana de una asesina.

—Porque me has contado en varias ocasiones de que conoces el departamento de Belén.

—La única que conozco con ese nombre es la hija de Tobías Arhuel, el de la florería —La mira unos segundos y antes de que responda Anahí comprende de quién está hablando—. ¿Belu? —murmura el nombre que sus hijos, especialmente Milo, han mencionado en diversas ocasiones. Una simple afirmación con la cabeza es la respuesta que recibe y las dudas se agolpan en una maratón sin sentido. Necesita pensar y ordenar las ideas— ¿Cómo terminaron juntas? —balbucea.

—Se conocieron en la clínica cuando Rho te cuidaba.

—¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! —Se acomoda en la cama— ¿Ella estuvo cuidándome cuando estaba en coma?

—Todas nos turnábamos para que no estuvieras sola ni un minuto, en el caso de que despertaras. Así que Rocío se ofreció y lo hacía después de salir de McCorin, también fue para que yo pudiera descansar algunas horas —sus palabras suenan con tristeza, como una herida sin cerrarse—. Con el correr de los días me volví más obsesiva y pasaba muchas horas a tu lado, tantas que descuidé a los mellizos —confianza con lágrimas en los ojos—. Así que Rho y Lu se hicieron cargo de la casa y de nosotros tres —suspira al tiempo que con la yema de su dedo se seca los ojos—. Fue muy difícil no tenerte, pero acá estamos y lo único que nos queda es ser

felices.

—Por más que lo intento, no recuerdo nada de aquel día. Ni siquiera las conversaciones que tuve con mis amigas que, según me contaron esta noche, fraguaron todo para llevarme a una fiesta sorpresa que todas me había preparado. Una que esperaba para los cuarenta y no para los treinta y nueve.

—Por eso sería una gran sorpresa —Se acera a ella y le da un beso suave en los labios, como si temiera lastimarla—. Estoy cansada, hoy madrugué y llevo todo el día sin parar. Te amo.

Se pone de pie y cuando está cerca de la puerta, Emma siente nuevamente la soledad de la habitación.

—¿Hablaste con los mellizos?

—Sí —gira para la mirarla y una amplia sonrisa se le dibuja en el rostro—. Estaban muy felices.

—Les hace mucha falta salir de casa y dejar de estar con personas mayores.

Anahí la mira por unos segundos, como estudiando la situación, y regresa a la cama. Con mucha calma, como esperando que Emma la detenga en cualquier momento, se acuesta a su lado.

—Ellos están muy bien porque tú estás aquí. Hasta mañana, mi amor.

Otro beso en los labios para luego acomodarse como siempre, abrazándola por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro. Esta noche la ganó la batalla a esa, que duerme sola en la habitación del piso superior.

El fin de semana se diluye y la noche no se vuelve a repetir, quizás sea el momento de regresar a su propia habitación. Con esta idea rondándola durante varios días, opta por darle una solución.

—Buenos días, Emma —la suave voz le responde al instante de que llama—. ¿Te encuentras bien?

—Hola, y me encuentro muy bien. No te preocupes —desde que despertó es quien más está atenta a sus llamadas. No es que sus otras amigas no lo hagan, simplemente que responde al instante—. ¿Estás en la empresa?

—Sí. Tengo tres obras en marcha y estoy evaluando cinco proyectos pequeños para comenzar la semana que viene. Así que opté por quedarme en la oficina resolviendo detalles y organizándome para los próximos días —tiene la sensación de que está hablando entre líneas, sin embargo no consigue saber qué le oculta.

—Es increíble cuánto trabajas.

—Tú nunca te has quedado atrás. Y, para que lo sepas, ahora McCorin está convirtiéndose en la mejor empresa de seguridad de CABA.

—Sí, lo sé. Lástima que no sea gracias a mí.

—No me gusta cómo suena eso —le advierte Érica, manteniendo el tono de voz suave—. Tú eres el motor de la empresa y todos los empleados han trabajado a destajo por el cariño que te tienen. Nunca lo olvides.

—La vida continuó sin mí —admite con más dolor del que quisiera.

—No, no se detuvo por tu ausencia —responde unos segundos después—. No obstante, puedo asegurarte que sin ti esto fue un dolor constante.

—Gracias —murmura, poco convencida—. No quiero ni tristeza, ni desviarme del tema por el que te llamé —anuncia con más seguridad, después de secarse los ojos—. Necesito que me armes un ascensor provisorio.

—¿Un ascensor? Es imposible y demasiado costoso, aún para nosotras.

—Tú puedes ingeniártela, así que lo dejo en tus manos. Es que quiero dormir en mi cama y

no en la habitación de servicio.

—Dame unos días para pensar cómo solucionarlo.

—Y con respecto al otro pedido que te hice, ¿cómo vas?

—¿Cuál? —El tono de sorpresa la deja perpleja, Érica no suele olvidarse de nada.

—Que sacaras a Lucía de la casa —el silencio se prolonga por varios segundos, demasiados para una simple respuesta—. ¿Estás ahí?

—Sí —un profundo suspiro le sigue a una afirmación que no escucha tan convencida—. Estoy en el tema. Pronto te comentaré cómo voy. Ahora debo dejarte, pero esta noche te llamo por lo del ascensor. Te mando un beso.

La llamada se corta y las dudas de Emma, respecto a Lucía, se agravan. Hay algo que sus amigas le están ocultando y está convencida de que la joven sí tuvo un romance con Anahí. Lo bueno es que ya está haciendo todo lo posible para solucionarlo, ahora debe prepararse para la llegada del quinesiólogo. La rehabilitación le está llevando más tiempo del planeado por ella.

Érica no le dio una respuesta ese día, de hecho no se volvieron a comunicar durante el resto de la semana. Esto no le preocupó, porque sabía que se estaría ocupando de su ascensor.

De a poco la rutina del hogar volvió a conformarse como era antes del accidente. Así que los viernes eran sagrados para pasarlo en familia, un hábito entre ellas desde que viven juntas. Y los cuatro cenan juntos mientras los mellizos relatan las peripecias de la semana y Anahí le informa respecto a McCorin. Emma es feliz, aun sabiendo que le falta mucho para recuperarse.

Ya en la cama, en la cual gira sin poder conciliar el sueño, se arrepiente de no haberle propuesto a su esposa que durmiera con ella. El sábado anterior disfrutó de tenerla abrazada gran parte de la noche, permitiéndose acariciarla cuando estuvo dormida profundamente.

En algún momento de la noche logra conciliar el sueño, hasta que el sonido de la risa de los niños la despiertan bruscamente. De a poco va tomando consciencia de su entorno, de los ruidos, de la luz del sol y de la habitación que cada día odia un poquito más.

Se levanta despacio, se sube a la silla de ruedas y cuando se está dirigiendo hacia el baño, la enfermera se aproxima.

—Hola, Emma. ¿Cómo se siente esta mañana?

—Buenos días —se detiene esperándola—. Estoy muy bien, muchas gracias. —Están ingresando al baño—. ¿Cómo estuvo tu tarde?

—Excelente —La acomoda en el inodoro—. Luego le cuento todo —Se retira para darle privacidad, dejándola con la intriga de si consiguió o no el nuevo trabajo que le propusieron.

La rutina matutina les suele llevar media hora, cuando terminan se dirigen a la cocina para desayunar. Emma prefiere permanecer en la cama el menor tiempo posible.

—Julia, ¿a qué se debe tanto ruido esta mañana?

—Es que están de mudanza, ¿no lo sabía? —se sorprende ante la ignorancia de la dueña de la casa.

—¡No! —la negativa resulta ser más cortante de lo esperado, es que no quiere que la pasen por arriba en temas que conciernen a la familia. Directa o indirectamente— ¿Me llevas a desayunar?

La solicitud fue pronunciada con amabilidad, sintiéndose un poco culpable por el tono en la réplica. Si bien el trayecto fue de apenas unos segundos, va atenta a todo lo que sucede a su alrededor en busca de respuestas.

—Hola, mamá —Iván le da un beso y sigue su camino, llevando una caja hacia el living.

—¿Qué están haciendo?

—Dándole una mano a Lu con su mudanza —responde con obviedad— ¿No lo sabías?

—¡No!

—Además hay una gran noticia, que ni te la esperas.

—¡Vamos, que las cajas no se cargan solas en la camioneta! —Anahí lo reprende, cortando la importante noticia que el niño quería darle.

—Sí, mami —mira a Emma poniendo cara de circunstancia—. Me están esclavizando, mamá. Tienes que hacer algo para frenar estas torturas.

Sale de la cocina cantando, al momento que la morocha le da un beso en los labios a su esposa, notando que la mujer está sonriendo.

—Ya te preparo el desayuno.

—Gracias. —Se acomoda junto a la mesa— ¿Cuándo lo decidió?

—El sábado pasado me comentó que ya lo tenía resuelto, solo que yo no me imaginé que sería tan pronto —comenta más para ella que para Emma—. Así que hoy llegó temprano y comenzó a cargar sus cosas que, al parecer, ya tenía embaladas.

—¡¡Es una excelente noticia!! —Se le escapa el comentario, sin notar la presencia de la enfermera, quien levanta una de sus cejas en signo de asombro. Sin embargo, no pasa desapercibido para la otra mujer, quien la mira por unos segundos y termina de prepararle el café.

—Era lo que tú deseabas —le murmura al oído cuando le deja la taza en la mesa.

—No yo preferiría que desapareciera para siempre de nuestras vidas —el deseo es pronunciado con desdén, de manera que Anahí le sostienen la mirada por varios segundos.

—Eso, mi amor, será imposible —sentencia—. En esta y en las próximas vidas tendrá que soportarla por varias razones que, a su debido momento, te las contaré.

Acomoda el resto del desayuno y sale de la cocina fastidiada, dando claras muestra de querer decirle a su pareja miles de cosas, insultos incluidos.

«Supongo que mi convalecencia me salvó en esta oportunidad». Comienza a prepararse la tostada preguntándole a la enfermera respecto a la entrevista de trabajo que tenía el día anterior. Ella le informa que salió mejor de lo esperado y que debe comenzar el primer día de febrero. La conversación dura varios minutos, un desayuno tranquilo y... feliz. No obstante, observa el ir y venir de su familia, quien está enfrascada en la mudanza de Lucía. La paz dura hasta que una voz conocida la saca de la conversación intransigente que mantiene con Julia.

—¿Está Érica? —le pregunta a Milo que está abriendo la heladera y sacando la gaseosa para servir en dos vasos— ¿Van a tomar Coca cola tan temprano? —recrimina al niño.

—Sí, es que nos están esclavizando, ¿no te lo dijo Iván? —Gira para mirar a su madre— ¿Podemos? —le pregunta avergonzado por hacer algo que no le gusta a Emma.

—Que no se les haga un hábito —Prefiere que los niños no beben gaseosas fuera de las comidas.

—Los dejo un ratito —informa la enfermera—, que voy a revisar la medicación y dejarle todo preparado para mañana.

—Gracias, Julia —Milo ya está sirviendo ambos vasos y regresando la gaseosa a la heladera.

—Lo bueno es que pude negociar con Kira una cena en McDonald’s, con postre incluido y una tarde de competencias de Play, con Rho y ella.

—¿Y la tía Érica accedió a darles todo eso? —No se acostumbra a que los niños llamen de manera informal a las personas mayores.

—Es que soy un gran negociante —sonríe abiertamente y se acerca a la silla de ruedas para darle un beso—. Tengo que aprender a ser el mejor empresario del mundo, como mi mamá —

explica con orgullo—. ¿Le digo a la tía Érica que venga para la cocina?

—No, prefiero buscarla ahora mismo, que necesito preguntarle por un favor que le pedí el lunes. —Le acaricia el cabello y le devuelve el beso a su hijo— Serás mucho mejor que yo, no lo dudes.

Milo se para derecho y absorbe las palabras de su madre como si fueran el mejor elogio que ha recibido en su vida.

—Toma —le entrega los dos vasos—. Tú llévalos, que yo empujo la silla.

Una de las cosas que le ha sorprendido es lo mucho que sus hijos maduraron en el último año. Por suerte siguen siendo niños, gracias a tanto cariño que recibieron de quiénes los rodearon en su ausencia. Su mente se distrae por unos instantes, antes de regresar a las dudas que la asaltan. Hay muchas cosas que se le escapan y necesita respuestas urgentes. Milo la deja cerca del sofá grande y sale corriendo en busca de su hermano.

—Buenos días —saluda Lucía al verla—. Hoy sí que podríamos decir que es un excelente día para ti.

—Te ayudaría con las cajas, pero... —señala con ambas manos su silla de ruedas.

—Si quisieras podrías, aunque ambas sabemos que no te rebajarías a darme una mano.

—Nunca supiste mantenerte callada y en tu lugar —la mira a los ojos por primera vez en mucho tiempo, notando la burla en los mismos.

—Me he mantenido más callada de lo que te imaginas y, para tu información, siempre ha sido en tu maldito beneficio.

—Yo que tú no me envalentonaría tanto, considerando que aún eres la secretaria de la Dirección general de mi empresa.

—Tienes mi renuncia para cuando quieras. Eso sí —se acerca a ella, como si fuera a decirle un secreto—, tendrás que explicarle a tu esposa el por qué me voy y otras cositas más.

—No me asustas. —Pocas veces conversan entre ellas y, cuando se da la circunstancia, no suelen hacerlo en buenos términos. Es que la joven suele ser muy combatida debido a que Emma le quitó el amor de su vida—. ¿Y qué serían esas “cositas” que deberías contarle?

—Rocío y los Arhuel, por ejemplo. —El rostro de Emma palidece al instante y una sonrisa socarrona se dibuja en el rostro de Lucía al notarlo. «¿Cómo demonio se enteró?»— Me alegra saber que tu memoria está intacta.

—¿Me amenazas?

—¿Quién está amenazando a quién?

Son interrumpidas cuando parecía que ambas mujeres discutirían en términos más violentos.

—¡Hola, Érica! —Emma se acerca a la rubia, notando que está llevando varias cajas en un carrito para las mudanzas—. Me sorprende verte aquí y en estas circunstancias.

—Sí, bueno —observa a su alrededor en busca de un punto fijo, se le nota que está nerviosa, más de lo esperado—. Me pidieron que le diera una mano a Lucía con sus pertenencias y, como es sábado, dispongo de tiempo libre.

—¡Dios mío! —Lucía mira a Érica con incredulidad— ¿En serio acabas de responderle eso?

—¿Adónde te mudas?

—A lo de mis padres, aunque dudo mucho que esto te importe realmente —Lucía no ha dejado de observar a Érica. Cuando lo hace, gira y sale de la casa seguida por la otra mujer, quien pronuncia su nombre como queriendo detenerla.

—¿Qué sucede? —Anahí baja de las escaleras intentando comprender la escena.

—No tengo ni la más mínima idea —Abre sus brazos en un gesto de incomprensión total de

la situación.

—¿Seguro? —La morocha no le cree, principalmente porque es Lucía la involucrada.

—¡Mamá! —Iván regresa de cargar cajas en la camioneta— ¿Podemos ir con Lu esta noche?

—¡¡No!! —Desea que la joven se aleja de su familia lo más posible. Incluso piensa en que sería genial que volvieran a la relación anterior al accidente, es decir, a verse dos o tres veces al año y nada más.

—¿Por qué? —Milo la cuestiona como suele hacerlo. Es el más analítico y crítico de las situaciones, como de las palabras de su madre.

—Porque tenemos invitadas a cenar y me gustaría que compartieran con nosotras la velada.

—¿Quiénes vienen? —Anahí está tan sorprendida por la noticia como sus hijos.

—Elizabeth y Vanesa —la tarde anterior conversó con su amiga por celular y le solicitó que vinieran juntas a la casa—. Me lo confirmaron anoche y se me olvidó contarles. Con tanto ajetreo en la casa —da una pobre excusa.

—Sí, como no —su esposa gesticula con desagrado y la deja con los mellizos conversando de la relación entre las invitadas.

Han pasado más de diez minutos cuando Érica regresa al living y se encuentra con Emma buscando dónde conectar su laptop.

—Pensé que ya se habían ido.

—No —Se sienta en el sofá y frota sus manos, es señal de que se encuentra demasiado nerviosa—. Estaba conversando con Lucía respecto adónde se va a mudar.

—Okey —el tema no le interesa, para ella ya está terminado y con final feliz—. Ya que estás acá, ¿pudiste pensar en una solución para mi ascensor?

—Sí. El lunes vengo con mi gente y te instalo un montacargas personal, lo único que necesito saber es si prefieres que lo alquile o lo compre. Son caros.

—Lo dejo a tu criterio y llama a Verónica para que te gire el dinero o mejor que directamente lo abone ella.

—Bien —se mira las manos—. En realidad, no es de esto de lo que quiero hablarte —está tartamudeando.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —su amiga permanece en silencio y la está exasperando— ¡Érica!

—Ella es mi novia —murmura, para luego aspirar en busca de oxígeno—. Por eso estoy acá ayudándola a mudarse a mi casa.

—¡¿Es una broma?! —presiente de que no lo es y unos ojos grises, al borde de las lágrimas, se lo confirman— ¿Cómo mierda pudiste hacerme esto? —pronuncia cada palabra con los dientes apretados— Y con ella, que es la amante de mi esposa.

—¡No lo es! —Se seca los ojos con la yema del dedo— Y nunca lo fue —asegura.

—Ahora comprendo tu reacción de la semana pasada durante el asado —acusa el doble sentido de las palabras que sus amigas utilizaron aquella noche y que no fueron del todo sinceras —. ¿Elizabeth y Gabriela lo saben?

—Sí, por supuesto —ahora suena derrotada.

—¡Mamá!… —Milo mira a ambas mujeres— ¿Qué sucede Kira?

—¡Vete a la cocina! —le ordena Emma— Estamos conversando los mayores de cosas muy serias.

El niño no responde, reconoce cuando su madre se enoja y prefiere permanecer alejado de ella.

—No descargues tus frustraciones contra el niño. Él no es el responsable de mi accionar.

—¿Por qué no me lo dijeron? —se siente traicionada por sus tres amigas.

—¿Por qué crees? —se endereza en el sofá, en busca de fortaleza.

—Por favor, vete de mi casa —sentencia después de permanecer casi un minuto en silencio.

—¿Por qué crees? —repite la mujer vencida por el tono de desprecio de su amiga. Se pone de pie y se acerca a la silla de ruedas—. Te adoro, pero no puedo perder a la mujer que amo desde hace años —confiesa en busca de ser comprendida—. Ella no es quien tú piensas, así que tendrás que aceptarla si quieres seguir siendo parte de mi vida.

Emma se queda sola pensando que la vida siempre es una de cal y otra de arena. Tendrá que lidiar con Érica en otra oportunidad, la conoce lo suficiente para saber dos cosas: la primera es que la rubia no puede permanecer mucho tiempo enojada con ella y, la segunda, que tarde o temprano reconocerá su error y abandonará a Lucía. Las harpías no son mujeres adecuadas para su querida amiga.

* * * * *

Una figura parada en el primer peldaño de la escalera y recostada contra la pared, observa la última parte de la conversación. Es consciente, y lo ha sido en las últimas horas, de la felicidad que le provocaría la partida de Lucía. No obstante ello, no podía imaginarse que Érica le contaría la verdad, ni mucho menos la reacción de Emma cuando se enteró.

La aludida gira con su silla de ruedas, su rostro aún da muestra de fastidio. En cuanto lo hace levanta la vista y se encuentra con Anahí analizándola. Se aproxima a ella y, con mucha suavidad en la voz, sentencia.

—Solo espero la ocasión para que me expliques el por qué la odias tanto, y quizás en ese momento puedas reponerte de tanta obsesión.

El mediodía no tarda en llegar y Anahí está calentando la comida en el horno. Usualmente ella no cocina, entonces la joven que viene a limpiar también hace ese trabajo extra dejándole varias opciones de comida congelada.

—¡¡A comer!! —les grita a los mellizos que están con Emma en el living. Seguramente configurando la laptop, porque Rocío les enseña cómo actualizar los sistemas antes de jugar con ellos a la *Play*.

En cuanto se acomodan en la mesa, le entrega a cada uno su plato con la comida servida. Coloca las bebidas y se sienta en su lugar, permaneciendo en silencio mientras escucha el desarrollo de la charla. El enojo que le provocó el desprecio de su esposa hacia Érica, fue acrecentando minuto tras minuto y no disminuye. Antes del accidente hubiese permitido el desprecio hacia Lucía; ahora, que sabe mucho más del sufrimiento que genera o que es consciente de ello, no lo soporta. Mientras su mente les da vueltas a las ideas recubiertas de bronca, el rostro de la otra mujer permanece sereno y con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Voy comprendiendo qué debo hacer —asegura Emma a sus hijos.

—Llama a Elizabeth para decirle que las esperamos mañana a almorzar.

—Vienen hoy a cenar —confirma ignorando el pedido.

—Cuando termine de almorzar nos vamos a la casa de Érica para terminar con la mudanza. No sé a qué hora regresaremos —le explica en tono belicoso—. Así que la llamas y se lo pides o no estaremos para recibirlas.

—No pienso ir a ningún parte —mantiene firmeza en su negativa.

—No esperaba que lo hicieras. —Se sirve gaseosa y la observa por unos segundos,

intentando que los ojos celestes no la convenzan—. Estoy hablando de los mellizos, que me acompañaran y ayudaran a bajar todas las cajas que están acomodadas en mi camioneta —cada palabra es pronunciada despacio, para que los presentes la comprendan muy bien.

—Yo me quedo con mamá. Quiero que me enseñe cómo funcionan las alarmas de los camiones y los autos —Milo explica con inocencia.

—No te lo estoy preguntando —lo reprende Anahí—. Ambos dieron su palabra y la cumplirán.

—Pero mamá se va a quedar sola —insiste el niño.

—No es mi problema —deja su comida casi sin tocar y se pone de pie—. Cuando terminen acomoden todo en el lavavajillas. En media hora partimos y no quiero escuchar una sola queja más.

Se retira de la cocina dejando estupefacta a su familia. Anahí comprende que desde que conoció a Emma siempre estuvo relegada a los caprichos de su mujer. Que difícilmente la contradijo ni, mucho menos, se impuso en sus deseos. Pero ahora, hoy, en este momento, la bronca que siente la ciega al punto tal de querer abandonarla y no verla nunca más.

Camino a su habitación pasa por la que Lucía ocupó durante más de un año. Ahora es la tristeza la que calma su furia. Se tira sobre su cama y nota que la soledad la está embargando.

«Quizás esta sea la verdadera razón por la cual siempre busco su compañía, porque Emma no me ofrece su amistad o su cariño o su abrigo. Para ella soy ese objeto decorativo que sirvió como recipiente para llevar a sus hijos y, luego, pasé a un segundo plano. Dudo que me ame tanto como grita que lo hace».

La cabeza comienza a palpitarle y cierra los ojos para calmar el dolor. Se pierde en la somnolencia por unos minutos, hasta que siente que la mueven el hombro con suavidad.

—¡Mami! —Es Iván quien la despierta— ¿Vamos a lo de Kira?

—Me quedé dormida —se excusa ante la expectativa mostrada en el niño.

—Sí, pasó casi hora y me preocupé de que no bajaras. —Le da un beso—. Te ordenamos y limpiamos la cocina. Julia ya regresó y se puede quedar unas horas más haciéndole compañía a mamá.

—¡Vamos! —En su furia se había olvidado de la enfermera. Sale de la cama, se acomoda la ropa y bajan la escalera de la mano. En cuanto llegan al living, escucha que Milo le está explicando a su madre cómo funciona una de las nuevas actualizaciones del sistema de seguridad de la casa. Trabajo realizado por Rocío antes de que despertara del coma—. En cinco minutos partimos —le advierte a su hijo—. ¿Hablaste con Elizabeth? —Le pregunta a la otra mujer.

—No considero conveniente cambiarles el día. Por ahí, ellas tienen ya un compromiso estipulado para mañana.

—Entonces, quedará para la próxima semana. Los espero en la camioneta y no quiere venir a buscarlos.

—Mamá, si necesitas cualquier cosa o estás adolorida o te sientes que estás en peligro, nos mandas un mensaje que en pocos minutos estaremos aquí. Érica vive a pocas cuadras.

—Lo sé…

La conversación entre los tres se diluye para Anahí, quien ya está subiendo al vehículo. Esperó apenas un minuto para que los mellizos la imitaran, acomodándose en la parte de atrás. Ya listos se dirigen a la casa de Érica, la que ahora también es de Lucía.

—No me parece justo que mamá se haya quedado sola —opina Milo, cuando estaciona la camioneta.

—No te lo pregunté y está Julia. No dramatices —sabe que defiende a su madre, fuera cual

fuera la circunstancia—. Si llegara a necesitar tu ayuda, llamará por celular e iremos al instante para allá. Te lo prometo —le acaricia el cabello, comprendiendo que es el amor el que lo guía y que está siendo demasiado brusca con él.

Al instante que baja, observa que Lucía se acerca a ellos. Hay claros signos de que estuvo llorando y puede imaginarse la razón.

—No los esperábamos esta tarde. —Abraza a Iván, porque Milo está de mal humor y se mantiene alejado. No le gusta que lo reprenden y menos cuando cree tener la razón. Se parece demasiado a Emma.

—Las promesas se cumplen —se acerca a su amiga y la abraza con fuerza, incluyendo a su hijo—. Lo siento mucho, no esperaba esa reacción de ella.

—Son cosas de la vida —prefiere no hablar en presencia de los niños—. Espero que no hayan comido postre, porque tengo helado para ustedes dos. Eso sí, deberán ayudar con las cajas.

—Son muchas —bromea Iván—. Tienes que dejar de comprarte tanta ropa.

—No me di cuenta de la cantidad que tengo, hasta que comencé a embalarla. Prometo solemnemente dejar de hacerlo —Levanta la mano en señal de juramento.

—No te creo —Iván niega con la cabeza—. Pero si te dan arranques de compras, recuerda que a tu ahijado le encanta la ropa.

Las siguientes dos horas se dedicaron a bajar las cajas que contenían principalmente prendas de vestir. Las llevaron a la habitación donde suelen quedarse los mellizos a dormir. Analizando la situación, resolvieron que la mayoría quedarían en ese cuarto, mientras que la que usa cotidianamente estaría acomodada junto a la de Érica.

Cuando terminan, las dos amigas se sientan a la orilla de la pileta de natación. Anahí había logrado relajarse. Lucía le regalaba esa paz que perdía al lado de la mujer de su vida.

Capítulo 10

Un mate tras otro es pasado entre las mujeres que permanecen en silencio. Los mellizos y Érica se fueron hasta la empresa para traer maderas, Quieren armarle un suplemento para que Lucía acomode mejor en el placar la terrible cantidad de zapatos y carteras que trajo.

—No comprendí que tenían que ver los zombis con la mudanza —Anahí llevaba días pensando en el tema, pero no se le presentó la oportunidad de preguntárselo a su amiga.

—Hoy desee que hubiera sido un zombi. Cuando bajé y la miré con esa sonrisa de triunfo, quise tirarle la caja por la cabeza y desaparecerla de la faz de la Tierra. —Lucía hace un gesto como si estuviera matando zombis y comienza a reír, contagiándola al instante.

—Oye, que es mi esposa de quien estamos hablando —se queja entre suspiros provocados por la risa—. Tiene defectos y virtudes, como todos —intenta defenderla, aunque se suma al deseo de su amiga—. Cuéntame la relación que hicieron con Rho entre el sueño y la mudanza —insiste porque está muy intrigada.

—Fue una pesadilla, más que un sueño. Cuando me desperté de un sobresalto, me sorprendí por la intensidad que tuvo el mismo; tanto que me abracé a Kira.

—Pensé que había sido algo más bien gracioso.

—¡No! —Mueve su cabeza, dándole más fuerza a la negación—. Al día siguiente, tú estabas en una reunión con Matías y Rho me invitó a almorzar. Así que le conté a ella mi sueño y enseguida investigó en Internet su significado —Se detiene un segundo para organizar sus ideas —. En la mayoría de las páginas te explican que soñar con zombis tiene que ver con los problemas que te persiguen, que debemos afrontar o buscarles soluciones. Pero una de psicoanálisis explicaba que, si la persona convertida en muerto viviente era un pariente, amigo, conocido o algo así, entonces teníamos que interpretarlo como un posible distanciamiento. Lo más importante era continuar con nuestras vidas sin esa persona. Renovarnos y continuar, afrontando los cambios que se produjeran. Incluso, en otra página, estaba la palabra “mudanza”, como alejamiento definitivo del muerto viviente. Así que no fue muy difícil asociar el claro rostro de Emma zombi con mi partida de la casa. ¡Te juro que era espeluznante de verla!

—¡Ja! ¡Ja! —ríe más por los gestos de su amiga que por la explicación—. No te lo puedo creer, me estás mintiendo —recrimina escéptica Anahí. Lucía niega con su cabeza, dibujándosele una sonrisa pícara—. Entonces, estás exagerando.

—Ni una cosa, ni la otra. Fue tan claro el mensaje que Rho me miró y preguntó “¿Cuándo te ayudo con la mudanza?”

—Por cierto, ¿por qué no está acá? —Recién se percata de la ausencia de la ingeniera.

—Está de campamento —le resta importancia al asunto—. Se ofreció, pero es el que hacen una vez al año Belu y sus amigos.

—Y no quisiste arruinárselo —termina la idea. Conociendo a Lucía, siempre antepone las necesidades y los deseos de los demás a los suyos propios—. Me hubiera gustado que lo compartieras conmigo también —hay un dejo de tristeza detrás del comentario. Siente que sus dos amigas comparten secretos y que está fuera de ese círculo cada vez más cerrado.

—Al principio nos pareció una tontería; luego fue tomando color en mi mente. Además, tú estás con muchos problemas y cargarte con uno tan tonto, no estaba en mis planes. —Lucía le toma la mano con suavidad—. Y yo no estoy ayudando mucho.

—No te estoy dejando demasiadas opciones, especialmente hoy —admite por primera vez —. ¿Cómo está Érica? Le noté los ojos rojos y que está como... abatida.

—Lo de esta mañana fue todo por mi culpa. La lastimé sin querer y me siento fatal desde ese momento.

—Emma es la única responsable.

—No en esta ocasión. —Le suelta la mano y se acomoda en la reposera, muestra de nerviosismo—. Cuando bajé y me puse a pelear con tu esposa, especialmente porque estaba regocijándose con mi partida.

—Aún está sonriendo —admite con humor, en busca de que la otra mujer no se entristezca.

—No lo dudo —coincide con firmeza—. El problema fue que no me imaginé que Érica estaba cerca nuestro e intentaría mediar en la discusión.

—¿Qué pasó?

—Le dio una respuesta ambigua a Emma. Sin contarle, abiertamente, que somos pareja desde hace casi dos meses.

—Le cuesta decírselo.

—El problema es que me enojé mucho con ella. Discutimos en la camioneta durante varios minutos, mientras acomodábamos las últimas cajas. Y le dije que quería irme a vivir con mis padres. Incluso saqué el celular para llamar a mamá.

—¿Por qué le dijiste eso? —Lucía no suele ser belicosa con sus afectos.

—Estaba furiosa porque no se enfrentaba a Emma, a quien había que poner en su lugar.

—Como yo nunca lo hice —se miran y Anahí recuerda la discusión que tuvieron el jueves anterior a que Emma despertara del coma. Las palabras hirientes que su amiga le dijo y como quedó todo en el olvido, por los acontecimientos posteriores— Sigo siendo el centro —murmura, comprendiendo cada vez más desde qué lugar se lo recriminó.

—Hoy quería lastimar a Emma, te lo admito —está avergonzada por sus sentimientos y furiosa, al mismo tiempo.

—¿Por qué? ¿Sobre qué discutieron?

—Me amenazó que me iba a alejar de ti y de los niños, como siempre hace. Eso no es importante ahora, sino que le di un ultimátum a Kira “si me amas como dices, juégate por mí”. No calculé el daño que podía hacerle al ponerla entre la espada y la pared —suspira, conteniendo la angustia—. Y terminé lastimándola.

—Con esta locura de que Emma despertó, nunca te pregunté qué pasó aquella noche que te mandé a cuidar a los gatos. —Recuerda el momento—. Volví a hacer lo mismo de siempre, anteponerme a ti.

—No era para menos —le resta importancia al detalle—. Y fue una jugarreta que me debes, ya me la voy a cobrar —bromea para bajar la tristeza de los acontecimientos del día—. Especialmente por haber involucrado a Elizabeth.

—Era una de las pocas que no dudarías de su palabra —sonríe recordado la conversación que tuvo con la arquitecta—, y que es muy discreta.

—No dudé ni por un instante —confirma sonriendo—. Esa noche fue muy rara, pero cuando llegué Kira no estaba; apareció unos minutos después y la golpeé.

—¿Por qué?

—Pensé que era un ladrón. Fue muy gracioso, para mí, a ella le terminó doliendo la cabeza.

—Pegas muy fuerte.

—Sí, gajes de tener hermanos mayores y varones —reconoce que a veces se excede con la fuerza en los golpes.

—¿Y cómo te dijo que te amaba?

—Con esa voz tranquila y dulce que tiene y que no le conocía, me pidió que me sentara a su lado —sus ojos brillan de felicidad después de horas de angustia—. Me dijo que me amaba desde hacía años. Que cuando nos encontrábamos en reuniones, no perdía ni uno solo de mis movimientos. Le gustaba mi sonrisa, mi alegría y esa manera que tengo de tratarte o lo cariñosa que soy con los mellizos.

—¿Años? —Cree que su amiga exagera, porque Érica nunca demostró sentimiento alguno hacia Lucía.

—Me confesó que era su secreto mejor guardado y me pidió que le contara los míos hacia ti. Aquella noche fui totalmente honesta.

—¿La amas?

—Por supuesto que la amo —se ofende ante la pregunta.

—Muchas veces estamos con otra persona para no quedarnos solas y, por desgracia, no somos muchas las lesbianas. Así terminamos en brazos de quien queremos, pero no siempre amamos.

—Eso sonó demasiado desconsolador, hasta para ti.

—No me hagas caso y continúa con la historia.

—Dime, ¿qué pasó con Emma?

—¡¡No!! Ahora estamos con tu historia y te escucho atentamente.

—La amo, te lo juro. Fue de a poco que se fue metiendo bajo mi piel y, esa noche, comprendí que quería pasar el resto de mi vida a su lado —le confiesa por primera vez—. Incluso, entre besos y caricias, ideamos miles de maneras diferentes de ayudarte con los mellizos. Una más loca que la otra. Lo único que no previmos fue la llamada de esa madruga diciéndonos que Emma acababa de despertarse.

—Y volvió a cambiarnos las reglas del juego.

Un mensaje a su celular interrumpe la conversación: es Emma diciéndole que las chicas no pueden y lo dejan para la semana siguiente.

La llegada de Érica con los mellizos termina la conversación entre las amigas. Dejando más dudas que certezas en Anahí respecto a los sentimientos reales hacia Emma. Alguien que no aprendió, a pesar de lo vivido.

* * * * *

El sábado esperó que Anahí la comprendiera, solo obtuvo silencio y un gesto adusto permanente en su rostro. El domingo lo pasaron los cuatro juntos y, mientras los mellizos alegraban el ambiente, las mujeres no cruzaron palabra directamente. Un juego viejo y al que está acostumbrada cuando su pareja se enoja con ella y no tiene razón para defenderse. ¿A quién demonios se le puede ocurrir que ella estaría tranquila sabiendo que la amante de años duerme a pasos de su esposa? Ni la más segura de las mujeres aceptaría semejante aberración.

Por desgracia, el enojo le persiste hasta el desayuno del lunes. Cuando se levantó apenas si le dirigió la palabra, manteniendo la misma actitud del día anterior, y se fue a la oficina sin darle un beso. Emma no piensa amargarse por la situación, ha conseguido que Lucía salga de la casa. Ahora solo le falta la empresa y la hará desaparecer de la vida de su familia para siempre, incluyendo a Múnedez en la ecuación.

La mañana se desarrolla tranquila, entre los ejercicios de rehabilitación y las recomendaciones de la enfermera. Pasada las once una visita inesperada es anunciada por los

mellizos.

—Hola, Emma —la voz calma de la contadora es la antesala a un fuerte abrazo y un beso. La empresaria se asombra por la abierta demostración de cariño, debe acostumbrarse a esta nueva realidad de quienes la rodean.

—Hola —murmura observando a la espectacular mujer sonriendo, que se aleja suavemente de su lado. Tiene un nuevo estilo de vestirse o de llevar la ropa, no logra dilucidarlo—. ¿Qué haces aquí? —la sorpresa la lleva a realizar una pregunta trivial con más brusquedad de la deseada.

—Me escapé de McCorin por unas horas —aclara al tiempo que se sienta cerca de Emma —. Espero que la jefa no se entere, porque me despedirá sin dudarlo.

—Esperemos que no, me han contado que más estricta que la anterior —le sigue la broma comparándose con Anahí—. ¿Deseas tomar algo?

—Sí, me gustaría un poco de agua. —Analiza su entorno en busca de orientarse—. Voy a buscarla, no te preocupes que conozco el camino.

—¡Claro que no! —La retiene por el brazo, antes de que se levante del sofá— ¡Milo! ¡Iván! —los llama sabiendo que están jugando a la *Play*— Mientras les esperamos cuéntame por qué estás aquí y a esta hora —la intriga la puede.

—¿Es tan extraña mi presencia en tu casa? —responderle con otra pregunta tampoco es habitual en su contadora

—Hola, Vero. —Iván llega corriendo y se tira a sus brazos, para darle un beso. Sin lugar a dudas, es el más cariñoso de sus hijos o, por lo menos, el más abierto en sus emociones—. Los chicos**,** ¿cuándo van a venir a jugar a la pelota? Así también invitamos a Nahuel y a Aldana, que es la mejor delantera de todos nosotros. Por eso siempre la pongo en mi equipo, yo soy el mejor arquero y así nos volvemos imbatibles.

—Organizaré con ellos para traerlos un fin de semana, lo prometo —sonríe ante los comentarios del niño.

—¡Genial! Mejor le mando un mensaje a Mateo, así arreglamos que se queden a dormir —al niño le encanta que su casa esté llena de gente, en esto sale a Emma—. Mamá, ¿qué necesitas? —Recuerda que había sido llamado.

—¿Nos traes jugo para ambas? —le sonríe y le acaricia el cabello— Por favor.

—Ya los traigo y, de paso, preparo para nosotros que estamos en medio de un juego.

—¡Están tan grandes! —La madre lo observa detenidamente, sin poder aceptar el tiempo transcurrido— Aún no puedo creer cuánto han crecido en mi ausencia y todo cuánto me he perdido.

—Sin tristezas —advierte en tono de orden, al tiempo que le toma de la mano en busca de contenerla—. Mientras esperamos el jugo, te comento que mi visita es por cuestiones netamente económicas.

—Supuse que no me harías una visita sin sentido, en el horario de trabajo —por eso está preocupada—. No es tu estilo escaparte de la empresa a media mañana.

—No, no lo es —confirma las palabras de su jefa de tantos años—. Aunque te sorprenderías cuánto ha cambiado mi vida respecto a eso de la responsabilidad, sin importar el precio a pagar.

—¿Y eso? —Una de las características de Verónica es su inagotable energía para trabajar y la seriedad con la cual se lo toma.

—Una muy larga historia, que en algún momento te la contaré —un brillo extraño y una leve sonrisa, iluminan su rostro—. Al menos, cuando pueda ponerlo en palabras lógicas y con cierto sentido para ti.

—Santiago te volvió a enamorar. —Antes del accidente la situación con su esposo era muy mala. Infidelidad y un divorcio en puerta, era el panorama que recuerda que estaba travesando su directora.

—¡No! Estoy tan lejos de volver con él, que se convirtió en un imposible —resalta el "tan"—. Hace unos meses que Malaika me lleva los papeles de divorcio y no hay vuelta atrás. —Iván trae los jugos y recibe un beso de su madre—. Centrémonos en el trabajo, que mi vida amorosa no es parte del mismo.

—Soy la jefa y determino la agenda —ironiza ante la negativa—. Es una pena que te hayas separado de él, es un buen hombre.

—El amor, simplemente, se nos esfumó —se le escapa un suspiro—. Esto les sucede a muchas parejas que han vivido años juntas por sostener el qué dirán. Por eso decidimos buscarnos en otra parte y ser felices. Solo tenemos una vida asegurada como para desperdiciarla.

—¿Lo encontraste? —la cuestiona recordando las historias de amor que le han contado sus amigas y las parejas que se formaron en su ausencia, hasta Mariana tiene novio. Lástima que la única que se va diluyendo sea la propia.

—Sí. Pero ahora, ¿qué te parece si eso te lo cuento tomando el primer café en mi oficina? Así que mejora pronto, que te echamos demasiado de menos —Se acomoda en la silla, señal de que el tema de su romance la ha incomodado un poco. Saca unos papeles de su portafolio—. Hoy, muy temprano, me llamó Érica para pasarme presupuestos de una silla salvaescaleras que te permitiría subir a tu habitación. —Le entrega cada una de las propuestas en orden de valor de compra—. Luego de mandarme todos estos folletos a mi email, me pidió que los analizáramos juntas, al parecer ella no puede ocuparse directamente del tema. Así que los imprimí para tener un mejor panorama.

—No pensé que costaran tanto —se sorprende por las cifras que figuran en los presupuestos. Es muy consciente de la cotización actual de dólar y del aumento inflacionario que atraviesa Argentina.

—Por eso estoy aquí —Emma continúa concentrada en los costos—. Pienso que no es impagable. Y por suerte estamos atravesando un buen momento económico en la empresa; logramos que las ganancias se duplicaran en los últimos meses —explica para que evalúe las posibilidades reales que tiene de adquirir la silla.

—¿Las ganancias que se produjeron, fue por ausencia? —un dejo de tristeza que no puede evitar, empaña su pregunta.

—No —responde con tranquilidad—. Las razones son varias. Primero, el gobierno decidió liberar a presos que consideraban de poca peligrosidad y que corrían riesgo de contraer COVID. Los más elegidos fueron ladrones. Esto generó una psicosis en parte de la población que, a mi entender, estaba justificada.

—Es una locura —levanta la cabeza para observarla.

—Pero lo hicieron. Segundo, Rocío es una máquina de generar innovaciones, tanto que supera a Gaby y la exige para que genere nuevas estrategias de instalación. Tercero, como tú no estabas, cada empleado de McCorin se puso la empresa al hombro y dio más de lo esperado. Incluso cuando trabajaban en la virtualidad. Todos fueron vigilantes, ingenieros, vendedores, asesores o aquello que necesitábamos que realizaran.

—¿Pero? A pesar de las razones que me das, hay un "pero" en tu voz.

—Aún no logro juntar el dinero suficiente para recuperar las acciones que le vendiste a... Érica —el nombre suena a especulación, en medio de la certeza de la venta.

—¿Cómo te enteraste? —murmura, ya que no quiere ser escuchada por los mellizos.

Aunque su verdadero temor es que Anahí se entere que no es la tan brillante empresaria que aparentaba antes del accidente.

—Puedes estar tranquila que no lo comenté. ¡A nadie! —insiste en la discreción— No te olvides de que soy tu contadora y no podías ocultarme que teníamos problemas con los activos. Un día apareciste con dinero extra y que no tenías ahorrado. Recuerdo que venías de conversar con Malaika y sé que no le pedirías dinero ni a ella, ni a Elizabeth, ni a Gaby —enumera cada nombre tocándose un dedo diferente—. Ahí deduje que la única que dispondría de esa suma en efectivo era Érica.

—Aún le debo el dinero —admite derrotada.

—Me ayudaría saber cuál es la cifra exacta, así la juntamos sin que alguien lo sospeche.

—Gracias —nota la fidelidad y discreción de su contadora. Características que daba por sentado, pero que nunca se detuvo a valorar, ni agradecer—. En estos momentos no lo recuerdo, tendría que revisar los papeles que firmamos —cierra los ojos y niega con la cabeza— y, como te darás cuenta, está un poco complicado preguntárselo a ella.

—Es el último punto de mi visita y el que más me intriga, ¿por qué me mandó a mí todo esto? —señala los presupuestos— El viernes me comentó que sería ella quien se ocuparía de comprar la silla y supervisar la colocación.

—El sábado tuvimos una fuerte discusión.

—¿Por Lucía?

—Tú también lo sabes —hay incredulidad y recriminación en su aseveración.

—Me enteré la semana pasada y fue por una simple casualidad —Emma la mira esperando que le cuente con detalles. Cuando se trata de Lucía sus sospechas se potencian—. Resulta que noté a Érica yendo seguido a la empresa, presté atención y solía irse acompañada por Lucía. El miércoles le pregunté a Anahí y ella me lo confirmó, esperando mi discreción. No sabía que tú ignorabas su relación.

—Fue el sábado, cuando mi amiga ayudaba a la amante de mi esposa a mudarse a su casa. Así que sí, el tema de discusión fue ella.

—Deberías aprovechar esta oportunidad que te da la vida, haciendo borrón y cuenta nueva.

—¿A qué te refieres?

—A todo y a nada en particular. Supongo que Lucía es un buen tema para iniciar otra Emma —unos segundos en silencio dan cuenta de las dudas que tiene Verónica para hablarle con crudeza—. Estoy convencida que Anahí y ella no han sido amantes, sin embargo he preferido darte el beneficio de la duda. Ahora pienso que es el momento adecuado para que tú se los des. —La vibración de su celular interrumpe la conversación—. Disculpa —Emma asiente con su cabeza, observando a la otra mujer sacar su celular de la cartera y mirar el mensaje que le acababa de llegar. Se le escapa un suspiro—. Debo irme, es importante.

—¿Te esperan?

—A Almorzar —una sonrisa se dibuja en su rostro, la misma que apareciera cuando hablaron del amor—. Cuando tengas una respuesta me avisas y contrato la que consideres más adecuada a tus necesidades. Hay que pensar en la colocación sin Érica supervisando, aunque su empresa es la que lo haría.

—Son muy caras para la utilidad real que voy a darle —admite convencida de su apreciación—. Quizás me convenga analizar mejor la situación —mira los folletos en su mano —. Ya sabes, pros, contras y cuánto tiempo más estaré atada a esta silla de ruedas. Debo analizar si vale la pena.

—Entonces, mi querida Emma —se pone de pie y le besa la frente—; tendrás que apurar la

rehabilitación y subir esas malditas escaleras por tu cuenta.

—Lo intento cada día.

—Cuídate mucho, que sin ti hemos estado a la deriva.

Agarra el portafolio y se está retirando de la casa. A Emma la mente comienza a trabajar a mil por horas. Desea algunas respuestas antes de que la mujer salga del living.

—Verónica —se detiene y gira para mirarla—. Tengo dos preguntas cortitas, antes de que te vayas. La primera, por qué supusiste que a ninguna de mis tres amigas les pediría dinero y, segundo, ¿él te ama como te lo mereces? —se aventura

—Gabriela no dispone de tanto efectivo. Ella suele invertir el dinero que gana, incluso su padre la ayuda en ello. Por lo tanto, no dispondría de una suma alta para darte en la inmediatez. A Malaika y a Elizabeth, es más bien por una cuestión de orgullo de tu parte. No permitirías que ellas supieran que te equivocaste en la administración de recursos de McCorin. Más allá que la razón principal fue la situación económica del país cuando Macri perdió las elecciones. Al igual que odiarías que Anahí se enterara.

—Me conoces muy bien.

—Te admiro mucho y tu gran problema es que no puedes pedir ayuda —comenta con la sinceridad que la caracteriza—. Como si estuvieras sola en el mundo luchando contra todos. Con respecto a él —sonríe en busca de aliviar la tensión—, me ama más de lo que te imaginas. Te aseguro que soy inmensamente feliz a su lado, a pesar de que mi hija aún no acepta mi relación.

—Lucha por ese amor —aconseja pensando en el propio.

Verónica vuelve a abrazarla y darle un beso. Cuando se miran, una lágrima cae por las mejillas de su contadora y amiga.

Sentada en la silla de ruedas, cerca al sofá, observa la puerta cerrada de su oficina entendiendo de que es hora de intentar retomar algunos hábitos, como le recomendó la psiquiatra. Con dificultad se dirige hacia allá, esperando encontrar cambios significativos como en varias habitaciones de su casa. En cuanto ingresa, descubre que está igual a cómo la había dejado, ni un portarretrato fuera de lugar. Anahí siempre supo que este era su sitio, donde trabajaba, leía o les contaba cuentos a sus hijos pequeños. Se le dibuja una sonrisa, porque a pesar de su ausencia, estuvo presente en determinados sitios de la vida de su familia.

Recorre los muebles y acaricia los libros de su biblioteca. Al girar, nota el cuadro con el croquis del primer sistema de alarma para el hogar que su abuelo instaló. A él le encantaba experimentar con ellas. Cuando le llegaba una del extranjero, la desarmaba, analizaba, mejoraba y luego ya estaba lista para instalarse. Según su criterio. Emma y David, su hermano, lo ayudaban durante horas en el cuarto piso del edificio de McCorin. Eran de los pocos momentos felices que tenían, puesto que su padre solía beber demasiado por las frustraciones que le generaba ser un pésimo empresario. Esa era su excusa y cada quien carga con sus propios demonios.

Aún está la foto de sus abuelos y se acerca a acariciarla. Fue un gran hombre, cariñoso, trabajador y eternamente enamorado de su esposa, al igual que ella de él. Tanto que vivió poco tiempo después de la muerte de su marido. La comprende, es la misma intensidad de sentimientos que ella profesa hacia Anahí.

Quita la silla y se acomoda frente a su escritorio, enciende la computadora y, al solicitar le contraseña, escribe “micielo” sin dudarlo. A los segundos le da la bienvenida con el fondo de la pantalla de dos niños sonriendo. Mira a su costado e intenta abrir el cajón, corroborando que está con llave. Extiende la mano debajo de su escritorio y la encuentra oculta. Abre el primero, notando que encima de todos los papeles confidenciales está la foto de su hermano. La última

que se había tomado junto al caballo de polo que usaba para entrenar. Para su abuelo era el verdadero deporte de reyes y se lo había inculcado a ambos.

Debajo halla los pagarés que le firmara a Érica por la deuda contraída con ella y la cesión de un porcentaje de su empresa, en acciones, como parte de la garantía.

—¡Mamá! —escucha a Iván llamándola.

—Acá estoy, no es necesario que grites.

—¿Qué haces aquí? —la cuestiona y se acerca a ella.

—Este es como mi santuario, ¿lo recuerdas?

—Sí, por supuesto —Acerca la silla que la madre colocó a un costado y comienza a observar la pantalla de la computadora—. ¿Quieres que te ayudes a buscar algo en especial?

—¿Sabes mucho de computadoras?

—Obvio. Rho nos enseñó cómo funcionan, después de las clases de matemáticas.

—No entiendo lo último que me dices.

—Como estábamos encerrados todo el tiempo por la pandemia —Emma pone en tela de juicio la exageración de su hijo—, ella nos daba clases cuando regresaba de McCorin. Luego Lu verificaba y corregía el resto de las tareas que nos mandan de la escuela —explica, quitándole el teclado y buscando uno de los periódicos más vendidos del país y que a Emma le gusta leer—. ¿Quieres que pongamos una suscripción gratis por un mes y luego vemos si le damos de baja? Necesito tu número de tarjeta de crédito.

—No lo sé, es que me parece que no sirve.

—Verónica le dio de baja para que no te las usaran, ahora me acuerdo. Espérame un segundo que ya lo soluciono. ¡¡¡Milo!!!

—¿Qué pasó? —el otro mellizo se acerca con un vaso de jugo en la mano y se lo da a su mamá, luego se sienta en otra silla—. Es el que te gusta.

—Gracias, mi amor.

—Necesitamos la tarjeta de mami, así nos suscribimos al diario.

—Espera que le pido permiso, como me va a preguntar para qué, nos sacamos una selfi y demostramos donde estamos ¡Vamos! —Los tres se acomodan, sonríen y con su celular saca la foto que es enviada a Anahí segundos después del mensaje— Esa está vieja, necesitas una actual —comenta al mirar el fondo de pantalla.

—¡No lo es! Se las saqué hace poco —al comprender sus palabras se corrige automáticamente—. Creo que fue un mes antes del accidente.

—Es vieja —confirma Iván la idea de su hermano.

—Lo que sucede es que han crecido demasiado.

—Después te comparto varias para que elijas dónde estamos más guapos —ha notado ya la pasión de su hijo por la fotografía, como a Iván le encanta el fútbol. El sonido de los mensajes a su celular la distrae, son dos fotos de la tarjeta de crédito de Anahí.

—Ya tenemos la información —Iván continuaba con la suscripción—. Escribe los datos que te pide y podrás leerlo todos los días.

—Saben demasiado de compras online.

—Viviendo más de un año con Lu, aprendes o aprendes —Iván da cuenta del orgullo que siente por la joven que ella odia con todo su ser—. Nos consiguió ropa para el casamiento de la tía Gabriela y Candela en medio del cierre total de las tiendas. No se cómo lo hace. ¡Ya está! —Le anuncia a Iván que continuaba con el proceso para dejárselo listo.

No es que sus hijos fueran genios o que supieran de computadoras más que la mayoría de los niños de su edad, pero Rocío les había enseñada cómo navegar con cuidado y

responsabilidad. Se notaba en lo actitud despreocupada y segura que tenían tanto ahora en la computadora, como cuando le agregaban juegos o películas en su Tablet.

—Mami me pregunta para qué queremos la tarjeta de crédito.

—¡Ya está! Ya nos dio los números —sonríe con cierta picardía—. Dile que compramos ropa, zapatillas...

—...juegos para la computadora. Eso la hace enojar un montón —Milo completa la idea y Emma los mira sorprendida y a punto de reprenderlos—. Es una broma que le hacemos, porque esa mujer es más tacaña que tú.

—Y te quedas corto con lo de tacaña —afirma Iván con la cabeza—. Por suerte tenemos un montón de tías que nos compran lo que necesitamos.

—Lo que ustedes no tienen es vergüenza —ríe con ellos, siendo inmensamente feliz de compartir estos momentos que la vida le está regalando.

—¿Quién es? —pregunta de repente Milo que se encontraba inspeccionando el cajón de su madre. El que se olvidó de cerrar cuando Iván ingresó a la oficina—. Se parece mucho a nosotros.

—David, mi hermano.

—¿El que falleció en el accidente? —Iván deja de investigar en la computadora cómo agregarle unos juegos online y se centra en la fotografía que Milo le alcanza.

—Sí —Les acaricia el cabello y comprende que no solo han crecido físicamente, sino que ya será imposible controlarlos desde lo mental y emocional. Están en todas partes, son muy curiosos. Lo peor es no tienen vergüenza de meterse, preguntar y toquetear las cosas.

—¿También lo chocó un camión? —pregunta Milo— Es que no hablas de él, apenas si lo conocemos.

—Era tan preguntón como ustedes —bromea, recordándolo con cariño e intentando quitarse dolor al recuerdo de su propio accidente. Es hora de dejar algunos fantasmas del pasado—. Me llevaba dos años y unos pocos meses. Después de la escuela íbamos a la empresa con el abuelo y nos quedábamos horas allí. Si viviera, sería el director general y uno muy bueno.

—Es decir, que él hubiera heredado McCorin —insiste Milo, se pequeño empresario.

—No. Heredábamos por partes iguales, eso era una promesa que la abuela nos había hecho desde pequeños —señala hacia el portarretrato dónde están ellas juntas—. Cuando David falleció, por un movimiento imprudente de mi papá —prefiere ahorrarse los detalles escabrosos, aún son niños—, yo tenía quince años. Así que después de unos meses, el abuelo decidió que debía prepararme para hacerme cargo de la empresa.

—¿Te mandó a estudiar? —expresa Iván con terror.

—No exactamente. Resulta que eran mis amigos con el señor McLeughlin, así que le pidieron a su nieta Casandra que me enseñara cómo ser una gran empresaria. Ella tendría unos veinte años en ese momento y me tomó bajo su ala hasta... el día de hoy. Aún suelo pedirle consejos cuando tengo dudas respectos a inversiones o nuevas contrataciones o innovaciones para McCorin.

—¿Hubiera sido un buen tío? —sorprende la pregunta de Iván, que continuaba analizando la foto del parecido que tienen con él.

—El mejor. Los hubiera malcriado más que la tía Elizabeth.

—Eso es imposible —asegura Iván—. Incluso, sumó a Vanesa que también nos trae regalos o nos manda juegos por internet.

—Deben agradecer las tías que tienen.

—Mamá, ¿el abuelo te preguntó si querías ser la dueña de la empresa?

—No, Milo. Pero él sabía que yo adoraba McCorin. ¿Por qué?

—Es que a mí me gustaría trabajar allá, pero Iván ama el fútbol y quiere ser jugador profesional. No está bueno que lo obligues a ir adonde no es feliz.

—Vamos a hacer un trato —le toma una mano a cada uno y se las aprieta con suavidad, necesita de un segundo para no llorar por lo emocionada que está al notar cómo sus hijos se cuidan y quieren—. Cuando ustedes cumplan la mayoría de edad nos sentaremos aquí mismo, con un kilo de helado —los niños sonríen, porque adoran comerlo—, y me dirán qué quieren ser cuando sean adultos. Prometo, solemnemente, que respetaré si quieren ser futbolistas o fotógrafos o empresarios. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —gritan al unísono.

—Mamá, ¿qué quiere decir solemne...? Eso que dijiste.

La pregunta de Milo la trae a la realidad de que apenas son dos niños. Por eso les explica el significado de la palabra, utilizando algunos ejemplos en el proceso para que les resulte más fácil. Federica los interrumpe para avisarles que el almuerzo está listo y que lo servirá en pocos minutos. Los tres van al baño a lavarse las manos, aun manteniendo el tono de broma y camaradería.

Al terminar le manda un audio a Anahí explicando para qué utilizaron la tarjeta de crédito y encargarle unas compras para que realice antes de regresar. Quizás, si hace como si no hubiera pasado el sábado, de a poco se le vaya pasando el enojo y entre en razones, comprendiendo el porqué de su accionar.

El día se presta para una tarde de piscina, sol y disfrute que atenúe las emociones vividas. Por ahora, no tiene muchas otras cosas por hacer y el recuerdo de David no dolió tanto como siempre solía sucederle. Ella sobrevivió a pesar de los meses en estado de coma, su hermano murió en el acto. Debe aceptar el destino de cada uno, confiando en que habrá razones fuera de su alcance que determinaron esta injusta, azarosa y maldita realidad.

Capítulo 11

Miércoles de la siguiente semana, una más que contabilizó sin grandes avances en su recuperación. Lleva casi dos meses despierta y apenas si consigue bañarse sola, por eso le pide ayuda a la enfermera quien está transitando su última semana en el puesto.

—Voy a echarte mucho de menos —murmura esperando que la ayude a salir de la ducha.

—Podrás bañarte sola en muy poco tiempo —la seca con la toalla—. ¿Qué te dijo hoy el fisioterapeuta?

—Que voy muy bien y que debo esforzarme mucho más —Le resta importancia al comentario, porque casi todo el tiempo es el mismo—. Lo único positivo que veo es que podré dejar la silla de ruedas en poco tiempo.

—¡Eso es genial!

—Tendré que usar esos andadores de viejos —sonríe ante el comentario, porque a la enfermera no le gusta que sea despectiva cuando se refiere a determinadas situaciones que está atravesando.

—No alardees, que son difíciles de aprender a maniobrar y no estaré aquí para darte una mano.

—¿Ya firmaste el contrato con la clínica privada?

—Sí. Me ayudó mucho tu recomendación.

Una ola de dudas recorre su mente. Por una parte, necesita comenzar a ser independiente y, mientras esté la enfermera a su lado, no habrá posibilidad de lograrlo. Por otra parte, ella ha sido una gran persona y merece tener un trabajo fijo en una de las más prestigiosas clínicas de CABA. Con una sonrisa le agradece la ayuda y espera a que los mellizos se levanten. Están transitando los últimos días de vacaciones y los echará mucho de menos cuando comiencen la escuela.

Deciden almorzar en el parque, la temperatura es cálida y se presta para ello. Luego de una corta siesta, se acomodan alrededor de la piscina. El timbre los saca de la paz familiar.

—¡Yo voy! —grita Iván, quien suele ser el más activo e inquieto de los mellizos— ¡Mamá! —aparece unos minutos después con cara de sorprendido— Es una señora, que se llama Lucrecia y decir ser tu mamá. ¿Qué hago?

—Hazla pasar. —Emma tiene muchas dudas de recibirla, pero no puede cerrarle la puerta en la cara particularmente porque sus hijos están presentes—. Voy a atenderla en el living.

—Sí, mamá.

—¿Quieres que te acompañemos? —Milo la toma de la mano, en buscar de darle su apoyo y protegerla— Es que no la conocemos y no sé si es buena o mala.

—Estaré bien, no te preocupes —le da un beso calmándolo.

—Tu papá no lo es —insiste el niño, quien sabe de la intimación que le hizo en su ausencia.

—Ustedes se quedan tranquilos y no intervengan, ella no me hará daño.

El niño afirma con la cabeza, no muy convencido. Emma se pone de pie con dificultad, toma el andador, levanta la cabeza, inspira e ingresa a su casa.

—Hola, Emma.

Una mujer que aparenta más años de los que realmente tiene y que está casi irreconocible para su propia hija, intenta acercársele para saludarla.

—¡Qué sorpresa! Cuánto tiempo ha pasado sin vernos, ¿quince años o más? —Se sienta en el sofá y gesticula para que sea imitada. No quiere darle un beso o abrazarla. Demasiado dolor hay en su alma para dar este simple gesto.

—Gracias —el tono abatido ni se acerca al que tuviera en otros tiempos—. Han pasado diecisiete años, fue después de que asumieras la presidencia de McCorin.

—Supongo que tu esposo necesita más dinero y te mandó a ti. Su cobardía no le permitiría poner un pie en mi casa.

—No —niega con la cabeza, dándole más énfasis—. Me contó que le mandó una Carta documento a tu esposa reclamando el puesto de presidente de la empresa y parte de los activos —comenta en un tono de voz tan bajo que le cuesta escuchar—. Se enojó muchísimo cuando no consiguió su objetivo.

—Me enteré, al igual que Anahí se defendió.

—Girado Iraola lo amenazó y tu otra amiga terminó de destrozar cualquier intento de tu parte —sonríe, increíble, pero sonríe ante el fracaso de su esposo—. Lo llamó y le dijo: «Usted sabe quién soy, pero si toca a Anahí o a cualquier persona de McCorin, conocerá todo el peso de Casandra McLeughlin y no se olvidará jamás de mi». Luego le cortó la comunicación y tu padre optó por permanecer apartado de la empresa.

—Lo hubiera destrozado financieramente.

—Ella te protegió desde que eras muy pequeña —le reconoce—. Y creo que él lo intuyó, aunque tampoco lo sedujo la idea de tener en contra al clan Girado Iraola.

—Si no estás aquí para pedirme dinero, ¿cuál es la razón de tu visita? —insiste entre incrédula e impaciente.

—Supe de tu accidente por las noticias —comienza a explicarle pausadamente. Se le nota el cansancio de años de infelicidad—. Puede que no me creas, pero fui a verte a la clínica en varias oportunidades —Emma permanece especulando en silencio, observando uno ojos celestes del mismo color que los suyos—. Era muy difícil entrar a tu habitación, principalmente porque siempre tenías a una amiga o a tu esposa, cuidándote.

—No recuerdo nada de lo que pasó. Estuve en coma —aclara, sin necesidad de congraciarse con ella.

—Lo sé —la más joven la mira sorprendida—. Tengo una enfermera conocida en la clínica, ella me daba los partes médicos y me informaba cuándo estabas sola. Cuando me dijo que habías despertado, estaba tan feliz que fui a verte de noche, pero no me dejaron entrar. Los protocolos de la pandemia.

—Hola, señora —se acerca uno de los mellizos—. ¿Desean tomar algo? Puedo traerles jugo, vino o cerveza —mira a su madre, esperando que no se enoje por la interrupción.

—Hola. Tú eres Iván, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo supo?

—Porque tienes una peca, pequeñita en la punta de la nariz —le acaricia el lugar y sonríe, por primera vez desde que llegó—. Prefiero un vaso de jugo, estoy manejando y no me gusta beber cuando lo hago —ahora mira a su hija, quien había permanecido en silencio observando la escena. Sus hijos son muy cariñosos, porque son amados y mimados por sus madres y sus “tías”.

—Ya regreso.

—No pensarás en ser parte de mi familia después de tantos años —intenta que le quede claro que ella perdió todos esos privilegios—. Mis hijos no están acostumbrados a los rechazos o a las personas que desaparecen de sus vidas de un día para otro. Así que no te pongas muy cómoda y dime, ¿por qué viniste?

—Solo a verte —murmura—. Eres mi única hija y ya no tenía acceso a ti desde que te dieron el alta. Así que, me arriesgué y vine a verte.

—¿Aun sabiendo que te echaría a patadas de mi casa?

—Sí. Pero primero me darías algo de tomar, no sueles olvidarte los buenos modales con facilidad.

—Aquí están los jugos —anuncia Iván, acompañado por un Milo muy serio, que observa a la mujer mayor con cara de pocos amigos.

—Muchas gracias, Iván —extiende la mano para agarrar el vaso y les sonríe a ambos—. Hola, Milo.

—Hola, señora —responde cortante—. Estamos en la cocina, por si nos necesitas —le dice a su madre antes de irse.

—Te cuidan mucho —bebe un poco de su jugo y lo apoya en la mesita ratona.

—Más que tú —se le escapa el reproche, mientras más le hable, más tiempo se quedará en la casa.

—¡Yo voy! —Se le escucha gritar a Iván, quien pasa corriendo hacia la puerta de entrada.

—No escuché el timbre —comenta preocupada—, ni espero a alguien.

—Buenas tardes —una mujer se acerca a ellas para saludarla—. Señora Knatwen, hace mucho tiempo que no la veo.

—Mi querida Érica —la mujer se pone de pie para abrazarla y darle un beso—. No recordaba lo alta que eres, ¿cómo estás?

—Muy bien, muchas gracias —se sienta al lado de Emma— ¿Qué hace por aquí, después de tantos años?

—Es la pregunta del día —la mujer mayor mira sus manos, está buscando las palabras—. Vine a ver a mi hija. Y sé que te abandoné durante todos estos años, pero no pude reaccionar cuando tu hermano murió en el accidente. Me vida se hizo añicos —continúa respondiéndole a Emma— y tardé demasiado tiempo en reponerme. Imagínate la desesperación que me generó saber que tú estabas pasando por lo mismo, y no podía estar cerca de ti.

—Ese no fue un accidente, tu marido estaba ebrio cuando lo llevaba al partido de fútbol y chocó contra un poste de luz del lado del acompañante.

—Tu padre también ha sufrido todos estos años.

—Eso no te lo crees ni tú. Para él, lo único importante son sus deseos y sus necesidades; que suelen colmarse con dinero —Emma comienza a angustiarse ante el recuerdo de la muerte de su amado hermano—. El abuelo lo vio tal cual es, por eso le quitó el trabajo de su vida. Además, estaba convencido que, si lo dejaba a cargo de McCorin, abandonaba a la abuela en un geriátrico y se quedaba con todos sus bienes.

—Hija, no puedo cambiar el pasado. Solo quería verte, saber cómo estás y, si podía, conocer a mis nietos —se pone de pie, está decidida a irse—. Hace un mes me separé de tu padre y estoy viviendo con mi hermana. Estoy yendo a una psicóloga que me ayuda a sobrellevar la muerte de mi hijo y a reestructurar mi vida. Lo que queda de ella. —se acerca para darle un papel —. Es mi número de celular, ojalá quieras llamarme alguna vez para contarme que están todos bien.

—¿Cómo te dejó ir? —le pregunta Emma mirando el número escrito y más sorprendida de lo esperado en ella.

—Fácil, me fui con lo puesto y sin reclamarle ni un peso. Ya se me hizo tarde —da a entender que se refiere a la vida en general, más que a la hora—. ¿Cómo está tu familia? —le pregunta a Érica, quien no había pronunciado palabra alguna.

—Supongo que bien —responde la rubia—. Desde que les dije que soy lesbiana me cerraron la puerta en la cara.

—Ya se darán cuenta del error que cometieron. El tiempo cura heridas y nos enseña que los errores cometidos, no son tan terribles como para no pedir perdón. Nos vemos —está saliendo cuando regresa sobre sus pasos—. ¿Puedo darles un beso a los mellizos? —ruega en un sentido susurro.

—¡Milo! ¡Iván! —los llama Emma— Lucrecia se va.

Llegan corriendo y le dan un beso, dejándose abrazar por la abuela.

—Son muy altos —les acaricia el rostro—. Cuiden mucho a mamá. Ahora sí, me voy.

—¿Qué demonios haces aquí? —mira a Érica de manera belicosa— Te dije que no quería verte en mi casa, mientras sigas con ella.

—Me llamaron los mellizos —se pone de pie, sin entrar en la discusión. Una actitud muy común en la rubia—. Ellos estaban muy preocupados por ti, y desconocen que no soy bienvenida. Quizás debas decírselos y evitar estos inconvenientes, porque mientras ellos me lo pidan, estaré ayudándolos.

—Kira —Iván corre para abrazarla—. Gracias por venir tan rápido.

—Estaba en casa, así que cuando me llamaron me puse en marcha de inmediato. Ahora debo irme.

—Tenemos que darle la revancha a Rho y a Milo.

—Ya organizaré una noche en casa, lo prometo —le da un beso a cada uno—. Chau.

—Dale un beso a Lu de nuestra parte —le pide Milo.

—Lo haré.

Cuando se quedan los tres en el living, los mellizos se sienten a cada lado de Emma.

—Nos cuentas quién es Lucrecia —pide Milo, tomándole la mano a su madre, quien intenta disimular su nerviosismo.

La visita la conmocionó tanto que debe pensar cómo explicarles a los niños que su abuela quedó devastada por la muerte de su hijo. Tanto que se olvidó que tenía una hija adolescente que la necesitaba, especialmente cuando el padre comenzó a atacarla por ser la responsable de que perdiera la empresa.

Esa noche, la cena en familia fue más tranquila de lo esperado. Supone que ella se enteró de la visita de Lucrecia, pero no hizo comentario alguno. Luego del postre jugó con los mellizos a las cartas, invitando a Anahí para hacer un “truco” de a cuatro. Terminaron empatados dos partidos a dos, y la hora de ir a dormir se acercó con rapidez.

Ya en la cama espera conciliar el sueño. Un día con demasiadas emociones a flor de piel. Lucrecia le dejó su número de celular, el cual observa en el papel prolijamente escrito y doblado. Lo traía en el bolsillo ya preparado, intuyendo de que ella no la recibiría muy bien. «¿Hasta dónde podemos cambiar nuestra esencia? ¿Hasta dónde la podemos ocultar?» El perdón es difícil después de tantos años de dolor, así que guarda el papel en la mesa de luz. Mañana el sol iluminará con una luz diferente, es mejor esperar a internalizar los sentimientos que jugaron en un nuevo papel en su alma.

«—Me estoy volviendo vieja y sentimental. Aunque no tanto como para olvidar que ella sale con mi peor enemiga».

Se tapa tan solo con la sábana, hace calor y no quiere prender el aire acondicionado. Quizás la temperatura agradable le genere ese abrigo que esta noche necesita.

—Permiso —el susurro llega de la persona que desearía estuviera a su lado.

Cierra la puerta y se acuesta en la cama. Viene con el camisón puesto, uno demasiado corto

para pasar desapercibido. La morocha está más hermosa que nunca, incluso que el día que la conoció. Se ve que su ausencia la hizo madurar y el cuerpo también dio ese salto.

—¿Quién te lo contó? —pregunta sin dilaciones, no tiene sentido hacerse la tonta.

—Los melli. Estaban muy preocupados por ti, aunque también me dijeron que llamaron a Érica para que te protegiera.

—Una gran ironía —sonríe de lado.

—Pero estuvo a tu lado, sin dudarlo —aún no comprende porqué sigue enojada con ella.

—Lo hizo por mis hijos, no por mí.

—Ella los adora y a ti también, lo único que no dejará a quien es el amor de su vida.

—Es lo que hay —se encoje de hombros, como está en la oscuridad, Anahí no se percata del gesto.

—Siempre se puede mejorar si ponemos algo de nosotros.

—Hay relaciones muertas que no deben revivirse —a filosofía barata, no hay mejor respuesta que una ironía.

—No quiero discutir más —comenta vencida—. Me gustaría que me contaras qué pasó, parece que hoy será difícil.

Gira el cuerpo para ubicarse al borde la cama e irse, cuando Emma le toma la mano y la regresa a su lado.

—Lo siento, no quise ser tan brusca —una disculpa sincera o espera haber sonado así—. Lucrecia me hizo una visita de madre —ironiza—, me contó que había ido a verme varias veces a la clínica.

—Nunca lo supe —aprieta con suavidad su mano—. Ahora que lo pienso, si me la hubiera cruzado en un pasillo, no la reconocería.

—Ha envejecido muchísimo —admite con dolor—. Al lado de esa basura cualquier persona sufriría tanto como para morirse en vida.

—Es tu padre.

—No es como el tuyo, te lo aseguro —el padre de Anahí es un gran hombre, que adora a sus hijos y los cuida tanto como puede.

—No, más bien sería como la bruja de mi madre —Emma la mira a la cara y nota la sonrisa conspirativa de su esposa.

—En eso tienes razón —entrecruza los dedos con la cálida mano—. Lo increíble es que se separó de él y ahora vive con mi tía.

—¿Con Mafalda?

—Sí, supongo que con ella —Anahí la conoce desde hace años, si bien no se ven con regularidad—. La otra está fuera de la ciudad —agrega más para sí y su propia confirmación del paradero de su madre—. Quería conocer a los mellizos.

—¿Cómo se portaron?

—Excelente, como siempre —confirma orgullosa de ellos—. Milo me cuidó e Iván hizo del perfecto anfitrión.

—Se parecen demasiado a ti —se deja acariciar la mano y para Emma es el mejor de los obsequios que Anahí podría darle—. ¿Qué pasó con Érica?

—Puedes quedarte esta noche a mi lado —murmura el ruego después de unos segundos en silencio.

Ahora no desea hablar de la discusión con su amiga. La traición duele demasiado como para dejárselo pasar. Ya tendrá tiempo para reestructurar su alma y dejarla ir, si insiste en continuar con esa mujer. La respuesta es un amplio suspiro, se pone de costado, se quita el desabillé y se

acomoda debajo de las sábanas.

Emma apaga la luz y disfruta de la paz entre ellas.

* * * * *

Espera sentada en la camioneta pensando en los cambios que se produjeron en los últimos meses. Es feliz de que Emma esté nuevamente en su vida, lástima las dificultades que trae su presencia a la rutina que la familia había construido. Y esto incluía a Lucía y a Rocío, dejándole a ella bastante libre de realizar la mayoría de los quehaceres domésticos.

Analizando el tema, otro problema se le avisa y es que el próximo sábado es el cumpleaños de Lucía. No le queda otra opción que invitar a Emma, para ir la familia completa. Para su mala suerte, esto le implicará otra pelea más que afrontar y ya ha perdido la cuenta de cuántas van. Es que la última que fue la mudanza, quedó olvidado en el tiempo y siguieron como si nada hubiera ocurrido.

—¡Mami! —Iván la sorprende, sacándola de sus propias angustias. Baja el vidrio para prestarle su atención, es que se acercó corriendo y emocionado— Mamá quiere venir con nosotros.

La alegría que refleja el niño no le permite ni siquiera pensar en negarse. Así que sale para ayudarla a acomodarse en la camioneta, que más alta de lo conveniente para la invalidez transitorio de su esposa. Nota que viene caminando despacio con el andador y no puede evitar sonreír. Cada día hace un gran esfuerzo por mejorar y el abandonar la silla de ruedas fue una batalla ganada.

—¿Estás segura de hacer semejante esfuerzo? —le murmura tomándola del brazo para acercarla a la camioneta.

—Nunca me he perdido un inicio de clases de mis hijos, salvo el año pasado por obvias razones. —Hace un gran esfuerzo por subir y acomodarse. Anahí puede apreciar que está haciendo pesas para que sus brazos puedan contener su cuerpo, el que sus piernas no sostienen —. Ya estoy lista.

Anahí es la conductora, así que pide los cinturones de seguridad y toma las medidas para salir seguras de la casa.

—Mamá, tenemos un nuevo compañero que tiene dos papás —le cuenta Iván emocionado.

—¿Desde cuándo?

El cariño con el que le habla a sus hijos le recuerda a Anahí cuando no discutían. El primer año que estuvieron juntas, el embarazo prematuro y el nacimiento de los mellizos fueron, sin dudas, los momentos más felices entre ellas. «¿Cuándo nos desviamos tanto?»

—Y Rho con la tía Érica nos compraron las computadoras y escritorios para que pudiéramos tener las clases virtuales —La familia siguió hablando mientras ella maneja con mucho cuidado y piensa en el pasado perdido para siempre—. Cuando puedas subir las escaleras, te las mostramos —Milo termina su relato emocionado que su madre haya vuelto a caminar.

—Lo que no comprendo muy bien —Emma había girado parte de su cuerpo para mirarlos —, es por qué hay días que van y otros que no.

—Porque no podemos estar sentados unos al lado del otro —le responde Milo.

—Los bancos deben estar como a un metro y medio uno del otro —agrega Iván—. Así que vamos la mitad cada día.

—Y qué pasa cuando no van a la escuela.

—Trabajamos en la virtualidad —termina Iván.

—Estamos llegando —interviene Anahí—. ¿Quieres bajar? —le pregunta a Emma que la está observando. Desde el día que la conoció que el celeste de sus ojos la enamoran.

—Por supuesto —Se acomoda el barbijo y espera ser ayudada para salir de la camioneta.

Acompañan a los mellizos hasta la puerta de la escuela. En el acto de inicio de clases no pueden estar presentes los padres, por obvias razones. No obstante esto, varias personas reconocen a Emma y se aproximan para saludarla, preguntarle cómo está e incluso, invitarlas a cenar alguna que otra noche. La empresaria es una mujer muy sociable, que ama las relaciones públicas y el trabajo. Sabe cuándo decir la palabra justa, con una amplia sonrisa que deja contenta a las personas.

Anahí espera paciente para regresarla a la casa e irse a McCorin. También saluda a algunas madres de los compañeros de sus hijos y, a otros que conoce menos, les hace un gesto con la cabeza.

—¿Te llevo a casa? —la acompaña caminando despacio. Es un increíble verla manejar el andador con tanta soltura y sin perder los aires de mujer de alta sociedad. Erguida, sonriente y dando pasos seguros.

—¡No! —niega con firmeza— Primero, vamos a desayunar. Es un ritual que no quiero perderme.

—Lo que desees —Cada año, desde que los mellizos comenzaran a ir a preescolar, los dejaban e iban a desayunar al mismo lugar.

—No te veo muy entusiasmada —comenta cuando ya han partido hacia la cafetería.

—No quiero llegar tarde a McCorin.

—Eres la presidente de la empresa y la esposa de la dueña, nadie te lo reclamará.

—Por esas razones es que evito cometer errores o faltar o, simplemente, abusar de mi doble condición.

—Lo estás haciendo muy bien —le acaricia la mano que tiene apoyada sobre la palanca de cambio.

El desayuno fue todo, menos lo que ella se esperaba. Emma estaba muy feliz, hacía bromas, preguntaba respecto a cuestiones específicas de la pandemia o de la empresa y cómo afrontó algunos decretos que en principio los perjudicaba.

Anahí respondió con paciencia y mucho amor, durante más de una hora. Cuando terminaron la llevó a la casa y se despidió para irse a McCorin. Por alguna extraña razón, también se sentía feliz del momento que compartió con su esposa.

—¡Vaya! ¡Vaya! —escucha a Lucía que le habla a Irina— Hay personas que llegan a cualquier hora a trabajar.

—Para que lo sepas, estaba en una reunión empresarial —opta por continuar con la broma.

—¿Con quién? No te tengo agendada ninguna —responde mirando la agenda, para confirmar sus propias palabras.

—Con la dueña de McCorin —responde con autosuficiencia de haberle ganada una pelea.

—¿Fue en la cama? —Lucía la sigue a la oficina— Porque ya es bastante tarde.

—No, y si lo fuera, no te lo contaría —es falsa su afirmación, se lo diría al segundo—. Hoy llevamos a la escuela a los mellizos.

—Y luego fueron a desayunar —completa la idea, recordando el ritual que tienen desde hace años.

—Me sorprendió su invitación, aunque en ese momento me sonó a una orden —se sentó en su lugar y Lucía la imita—. Y estuvo tan agradable y feliz, como hace años que no la veo.

—Ella adora a su familia.

Anahí se toma otro pequeño permiso antes de trabajar y le cuenta a su amiga como estuvo el desayuno. Se la escucha feliz y hasta emocionada por pensar que hay futuro con Emma, que solo debe luchar por ella desde un lugar diferente al que suele hacerlo.

Capítulo 12

La tarde en la empresa es más complicada de lo esperado. Incluso la sala de Juntas, que ahora comparte piso con dirección, se encuentra demasiado concurrida. Lo bueno es que de a poco las ganancias de los cambios se están notando. Lo malo, espera de corazón que todo esto no le implique una discusión con Emma. Si bien Samanta le comentó que tendrá días buenos y otros muy malos, hay momentos que desearía matarla. Se estira en la silla y decide que por hoy trabajó demasiado.

—Lu, ¿puedes venir un minuto? —la llama por el intercomunicador y su asistente no se hace esperar.

—¿Qué necesitas? —pregunta sonriendo y sentándose en su lugar habitual.

—Contarte que me voy a ir un ratito antes, hoy hemos tenido un día de locos —apaga su computadora y la observa—. Los mellizos tuvieron escuela virtual, así que les preparo la cena y luego los llevo a tomar un helado.

—¿Cómo están las cosas en casa? —hace lo de siempre, anteponer sus problemas a los suyos.

—Bien. La mejora es lenta, aunque va a pasos seguros. Hay que tener mucha paciencia —se repite para sí.

—¿Crees que volverá pronto a trabajar?

—Lo dudo, pero cuando llego a casa me pregunta respecto a la empresa, a los nuevos sistemas de seguridad y otros detalles.

—¿Sabe de las innovaciones de Rho?

—Sí, por las nuevas tecnologías que encontró en casa —sonríe recordando verla analizar el portero eléctrico—. Ahora que está varias horas solas, se aburre con facilidad. De todas maneras, su regreso a McCorin aún tardará varios meses.

—¿Qué harás cuándo regrese?

—Tomarme unas largas vacaciones, en mi casa y sin hacer nada —visualiza la escena y ya desea estar disfrutándolas—. Tú no te preocupes, tu puesto está seguro.

—No es algo que me quite el sueño. Kira me ofreció trabajar como su asistente o, si quiero, ponerme una boutique y que me dedique a vender ropa.

—Eso es una excelente idea.

—Me gusta trabajar acá. Horario y días fijos, disfrutando de mis charlas con Irina, el resto del personal me trata muy bien. Ya sabes.

—Sí. No te he preguntado cómo van tus cosas con Kira —la mira sorprendida—. No volveré a caer en el error de ignorar tu dolor o tu felicidad. Realmente, quiero saberlo.

—Nunca te pedí perdón por todo cuanto te acusé aquella noche —baja la mirada hacia sus manos, está angustiada por la situación—. Es que despertó y todo volvió a convertirse en un caos.

—Olvídate de ello, que yo ya lo hice —recuerda cada palabra tanto como el dolor que le ocasionó a su mejor amiga—. ¿Y?

—Nunca había vivido en pareja y estar con Kira es fantástico —el tono de enamorada no pasa desapercibido—. Es un poco obsesiva con el orden y está muy acostumbrada a vivir sola,

pero lo compensa con la dulzura y los gatitos.

—¿Qué dijo tu mamá cuándo se enteró?

—"Al fin formaste una familia, tenía miedo de que te quedaras para vestir santos" —imita la voz de Soledad y esto tienta de risa a ambas—. Papá la adora —sentencia—. Hasta creo que lo va a ver al taller todas las semanas.

—Supongo que hablarán de fútbol, a Kira y a tu familia les encanta.

—Formaron un grupo de WhatsApp con él y mis hermanos para hablar de River Plate, antes y después de los partidos —su voz es de incredulidad—. A mí me excluyeron, por supuesto. Según ellos no sé si la pelota es redonda o cuadrada —se queja en broma, a Lucía no le gustan los deportes, en general—. Mi hermano mayor la ama, al igual que mis cuñadas.

—Es una gran persona y Emma también la adora, solo está un poco enojada por la situación.

—Lo sé. Érica sufre mucho por eso y yo intento compensarla, no te preocupes.

—Sabes que difícilmente irá a tu cumpleaños.

No es necesario explicar que Emma se opone a pisar la casa de Érica mientras continúe su relación con su supuesta enemiga.

—A mí no me importa su ausencia, tu mujer ya está bastante crecidita y tendrá que lidiar con sus propios demonios. Kira es consciente, aunque igual invitó a sus mejores amigas y sus familias —aclara restándole importancia a la ausencia de Emma—. Vendrá la mía completa, así que seremos un montón —se mantiene unos segundos en silencio—. ¿Tú estarás?

—Obvio. Los melli ya tienen todo arreglado con los hijos de Malaika y los sobrinos de Candela.

—Los espero —se pone de pie y se acerca para darle un beso—. Incluyéndola —susurra—. Ahora, señora directora General, puede irse a su casa a disfrutar de su familia.

—Gracias.

Acepta la broma y la reverencia que le hace. Se retira poco más de una hora antes de McCorin y llega a su casa a tiempo para merendar con la familia. Se cambia por una ropa bien cómoda, de esas que usaba cuando trabajaba en la panadería, y baja a preparar la leche.

—Me sorprende que esté aquí —Emma se había acercado a ella a la cocina.

—¿Todo esto es para nosotros? —Iván se sienta en la mesa, mirando los sándwiches, la leche y la fruta.

—Sí —le sirve el café a Emma—. Quiero que coman todo, porque después saldremos los cuatro a caminar y a tomar un helado.

—No puedo caminar demasiado —se queja Emma ante la propuesta y acomodando la silla de ruedas.

—La heladería está a solo cinco cuadras de aquí. No son los mejores helados, pero se dejan comer —le acaricia el cabello corto, por suerte le crece sano, es que ella odiaba estar pelada.

—¿Y si me canso o no me siento bien?

—Nos tomamos un taxi —responde Milo con una amplia sonrisa. Él es feliz desde que su madre despertó y hace todo lo posible para complacerla.

—Ya que hemos solucionado nuestros supuestos problemas —se sirve el primero de los mates y le sonríe a su amada esposa— ¿Cómo les fue en el colegio?

—Muy bien, mamá nos ayudó en matemáticas. Es tan buena como Rho.

El atardecer trae un clima agradable y se preparan para la caminata. Los niños le van contando a su madre detalles de la pandemia y las diferentes prohibiciones que sufrieron. En eso, sale la anécdota de la noche que la Policía los detuvo.

—¿En serio? —detiene el andador y se ríe a carcajadas.

—Cuando Malaika le dice que lo estoy filmando, el poli me mira pálido. Terror tenía a los amigos de la tía —Iván es quien lleva la conversación.

—¿Qué les parece si van a hacer la fila para comprar los helados? Ya estamos en la misma vereda —Anahí les pide y ellos obedecen sin discutir.

—Por suerte, no ha sido tan traumático para ellos mi accidente —susurra Emma, quien detiene su caminar para mirarla.

—Lo fue —le besa los labios, aunque ambas están con sus tapabocas—. Todas intentamos que ellos fueran felices durante algunas horas del día. Si los escuchas con atención, notarás cuánto han madurado para ser unos simples niños.

—Hicieron un gran trabajo.

Por extraño que resultara la frase, es la primera vez que Emma la felicita por alguna tarea realizada. Parte de las discusiones del pasado, eran porque nunca estaba conforme con Anahí ni su trabajo, ni el cuidado de sus hijos o, simplemente, siendo su pareja.

* * * * *

La tregua duró menos de un día, exactamente hasta el momento en que le informa que el sábado es el cumpleaños de Lucía y ella se niega a ir.

—No entiendes la gravedad de lo que me hizo —Anahí está cerrada a la explicación que lleva minutos dándole.

—No te hizo nada a ti —pronuncia las palabras con los dientes apretados, en señal de querer insultarla con el reportorio que le conoce por haber discutido entre ellas miles de veces—. Ella tan solo se enamoró de Lucía y no pudo evitarlo, lleva años amándola. ¿Por qué es tan difícil que lo comprendas? —baja el tono de su voz para convencerla—. Incluso, si lo razonas con frialdad, te sacó a tu supuesta enemiga del camino. Como tú la llamas cada vez que me acusas de tener sexo con ella.

—No voy a responder a semejante boludez. Además, me duele demasiado la pierna, así que me voy a tomar una pastilla y luego me acuesto. —Está harta de luchar por lo mismo una y otra vez; lleva más de diez años intentando que la comprenda. Una década de dolor, angustia y noches en soledad por lo que para ella es una realidad.

—¡¡No me dejes hablando sola!! —La mujer la mira a los ojos, el negro de los suyos es más profundo de lo habitual.

—Haz lo que quieras, solo que no me incluyas en tus planes —sentencia en un tono que difícilmente deja a la duda qué dará marcha atrás en su postura.

Ese viernes la discusión no fue zanjada, así que Anahí se fue a la empresa sin compartir con ella el desayuno. Llevó a los mellizos al colegio, la combi no pasaba a buscarlos por una dificultad personal. Luego los traería la mamá de uno de los compañeros, que estaban mutuamente autorizadas, así no corrían riesgo de quién podía retirarlos. Ellos están acostumbrados, ya que es el mismo procedimiento de antes del accidente. La gran diferencia es que ahora se quedan en la casa y no en McCorin o la panadería. Y Emma es muy feliz de compartir tiempo con quienes más ama.

Las cuatro de la tarde y el dolor de la pierna es muy intenso, por ello prefiere sentarse en una reposera cerca de la piscina. Mira su cuerpo, mucho más delgado que antes del accidente, está bronceado y las cicatrices son más visibles.

—Serán para toda la vida —murmura rendida ante la realidad.

—¿Qué será para toda la vida? Me parece mucho tiempo para tanta determinación —la voz de su amiga la sorprende y la alegra.

—¡Casandra! —Se acomoda y extiende los brazos para darle la bienvenida. La empresaria responde de inmediato al gesto y se queda durante unos segundos abrigándola.

—Me alegro ser tan bienvenida en un lugar —se acomoda en la reposera que está cercana a Emma—. No me suele suceder con tanta frecuencia

—¿Qué deseas beber? —Hace meses que no la ve en persona y desea conversar con ella, se ha olvidado de conversación que tuvieran antes de las Fiestas.

—No te preocupes que ya se lo pedí a la chica del aseo —le da una palmadita suave en la mano, se saca la camisa y queda con una remera básica— ¡Cuánto hace que no tomo sol!

—Deberías venir a visitarme más seguido —un poco broma, otro poco reproche—. Adoro tus visitas y lo sabes.

—Mi mundo se ha convertido en una verdadera locura —pronuncia con evidente cansancio —. El gobierno impone medidas económicas a las empresas casi a diario, haciendo imposible mantener cierta estabilidad, incluso de precios. Y, para mi maldita suerte, mi padre ha tomado este hecho como una invitación a regresar a la Dirección de MCL. Quiere ser él quien negocie con los gobernantes, porque tiene experiencia en ello.

—¿Y lo dejas?

—No tengo muchas opciones ante la crisis que atraviesa el país —un suspiro se le escapa. Es difícil verla tan abatida y cansada, cuando ella adora la empresa familiar y puede dedicarle días enteros sin dormir.

—Necesitas unas vacaciones, urgente —las bebidas son servidas en silencio, para no interrumpirlas. La morocha es temida hasta por el personal de la casa de su amiga.

—Muchas gracias —Casandra le sonríe a la joven, quien se retira de inmediato.

—¿Desde cuándo agradeces a quién te sirve? —los ojos celestes la observan detenidamente — Discúlpame, ¿desde cuándo agradeces, en general? ¿Han raptado a mi amiga y pusieron un clon en su lugar?

—Muy graciosa —no le responde, pero Emma descubre una sonrisa pícara dibujada en su rostro. Algunos recuerdos la han puesto feliz.

—Te lo voy a dejar pasar, por ahora. Por cierto, me sorprende verte en mi casa un día de semana y en horario laborable —insiste para que le cuente cuál es la verdadera razón de su visita.

—Estoy bastante harta de MCL, tanto que desearía renunciar mañana mismo —le confiesa mirando la piscina y disfrutando de su vino—. Lástima que adoro tanto ser empresaria, que no sabría en qué trabajar. El desgraciado hoy sobrepasó cualquier límite razonable.

—Supongo que te refieres a tu padre —la morocha afirma con la cabeza—. ¿No has pensado, realmente, en dedicarte a otra cosa? Te sobra capacidad intelectual y operativa. Además de la experiencia que tienes y el dinero para vivir sin obtener ganancias varios años.

—No —se queda pensativa—. Aunque te parezca mentira, mi vida es MCL.

—Así nos educaron nuestros abuelos. Hasta nos convencieron de que las empresas son parte esencial de nuestras existencias.

—Sí —entiende el punto que Emma quiere dejar en claro: nunca tuvieron opción de elegir qué deseaban ser—. Estoy aprendiendo a vivir fuera de la esfera de atracción y ahora me permito de algunas escapadas, principalmente al mediodía.

—Eso suena sórdido, aun para ti.

—No lo es —afirma con simplicidad—. Y sigo cumpliendo con mi trabajo, dejando mi vida sentimental en segundo plano.

—Te comprendo perfectamente. Lo loco es que para darme cuenta tuve que sufrir un accidente y que sea mi esposa quien va a trabajar. —Se le escapa una sonrisa. Bebe de su agua saborizada y comparte el silencio con su amiga—. Ya que hablamos del tema, necesito pedirte un gran favor. Eres la única que se me ocurre puede ayudarme.

—Cuenta con él —le da su palabra antes de saber cuál será el pedido. Ha sido así desde que son amigas.

—Quiero realizar una visita sorpresa a McCorin. Echo de menos ese mundo y, por estos lares, no quieren que me estrese —afirma con cierta resignación—. Por eso no me llevan.

La morocha la observa detenidamente, está analizando los pro y contras de cumplir con lo solicitado. Su mente siempre calcula y recalcula en categorías de costo y beneficio.

—Cuando dejes de arrastrarte detrás de ese andador —lo señala para que no haya dudas a qué se refiere—, me llamas y vengo a buscarte. Con un día de antelación me sobra, salvo que esté de viaje. Pero no te preocupes por ese detalle, regreso de inmediato. Esté donde esté.

—Aún tengo para varias semanas más —la queja suena aniñada—. No creo poder esperar tanto.

—Entonces, apresúrate a caminar como es debido. No me importa si lo haces con bastón o con muletas, no voy a correr el riesgo de rayar mi Mercedes con ese aparato infernal que llevas como sostén de tu cuerpo. Fin del debate.

—¡Eres una maldita! Lo sabes y lo disfrutas.

—Eso dicen de mí en los pasillos de MCL —responde ufana.

—También en los de McCorin —intenta tener la última palabra, pocas veces le sucede con Casandra. Es que se conocen desde niñas y si bien se llevan algunos años, para Emma ella sigue siendo su modelo a seguir. Una mujer decidida, enérgica, que no se deja amedrentar y con convicciones morales, tanto en la empresa como en su vida privada.

—Supongo que una rubita teñida se quejó de mi avasallante personalidad —vuelve a sonreír, está vez lo hace ampliamente, consciente de las maldades que le hizo a Elizabeth.

—Cada vez que puede —la conoce lo suficiente para saber que su accionar suele tener un fin último. No emprende una batalla si no piensa ganar la guerra—. ¿Me cuentas qué paso?

—Qué extraño que no te hayan venido con el chisme.

—Me gustaría escuchar tu versión.

—¿Recuerdas hace unos dos años, cuando estábamos en tu oficina y nos dimos cuenta que Vanesa estaba enamorada de Elizabeth?

—Fue al poco tiempo de que comenzara a salir con Adriana.

Es extraña cómo se comporta la mente, recuerda cosas que pasaron hace años y apenas si tiene flashes de memoria del día del accidente.

—Ese día nos prometimos que haríamos lo imposible para que tu asistente fuera feliz y en cuanto tuve la oportunidad, tracé un plan y lo ejecuté a la perfección.

—¿Qué hiciste?

—Noté cómo interactuaban cuando estaban juntas, puesto que Vanesa pasó a ser su asistente y compartían el día laborable. Y la rubita teñida, esa que se hace la fría, la que no tiene sentimientos, es decir... toda una dama de sociedad.

—Desde aquel incidente con la universitaria, dejaste de quererla.

—Eso y muchas otras cosas más que fui descubriendo mientras me encontraba a mí misma —suspira—. No estamos yendo de la historia. Como te decía, resulta que la dama se ponía tremendamente celosa cada vez que le hablaba con dulzura a Vanesa.

—Siempre lo hacías.

—Detalle que ella desconocía. Así que comencé con halagos, besos, palabras provocativas y alguna que otra flor regalada en el momento oportuno —Emma la escucha atentamente y disfruta del histrionismo de Casandra—. Jamás vi a tu amiga tan desencajada, el odio hacia mi persona era tan intenso que le pidió a Verónica que me echara de la empresa.

—¡Eso no es cierto! —Elizabeth no se atrevería a tomar esa decisión, ni mucho menos por celos.

—Lo es, créeme —una sonrisa se le escapa y da color al recuerdo—. Tuve que negociar con Anahí y la contadora un almuerzo de disculpas, así es como regresé al servicio de McCorin. Esa mujer sí sabe disculparse.

—¿Anahí? —la morocha niega con la cabeza.

—Con el correr de los días me volví cada vez más molesta con la rubita hasta que ellas se pelearon y Vanesa decidió renunciar a la empresa.

—¡Nunca haría eso! —El silencio de Casandra da cuenta que no miente.

—Sufrió mucho, supongo que fue la actitud distante que la rubita suele tener con sus mujeres —suspira—. Aproveché la oportunidad y me la llevé a MCL a trabajar. La saqué de la ciudad y la puse en una misión que resultó ser un tremendo error.

—¿Por qué? Vanesa no es mala empleada.

—Ella es excelente, pero le pegaron dos tiros en el proceso del desenmascaramiento de un fraude con tráfico de drogas como escenario.

—Por eso renguea. No lo hace siempre, ni de manera ostentosa, pero camina con cierta dificultad —analiza las veces que vio a su asistente—. ¿Cómo puede ser que la pusieras en peligro?

—No fue mi intención —hay tristeza en su voz—. Ahí comprendí que Vane es de McCorin y su gente la adora. Me puse más odiosa de lo habitual con la rubita y su gente. Así fue como planee un día de furia rubia —sonríe, nuevamente—, apareciéndome en la empresa y demostrándole que ella era mía. La acaricié todo lo que las circunstancias me lo permitían, busqué el odio de Elizabeth y casi me agarro a trompadas con ella. Luego nos fuimos a almorzar y, cuando me enteré que fue a MCL a buscarla, la retuve horas conmigo para que los celos la volvieran loca. Mis empleadas me llamaban por teléfono y me decían: señora, la arquitecta Girado Iraola lleva horas caminando de un lado para otro preguntando por la Señora Mattslun. Parece una tigresa enjaulada.

—Y tú lo disfrutabas —murmura al tiempo que se imagina a su amiga, celosa y posesiva, exigiendo saber en dónde estaba su Vanesa.

—Con toda el alma. Así que la mañana siguiente me llega un mensaje de Vane contándome que le había pedido matrimonio. Una hermosa historia de amor, lástima que la rubita teñida me debe varios favores y no creo que quiera pagármelos.

—Ahora entiendo su enojo —confirma cuando se calma su risa—, y las bromas que Gabriela le hace cuando hablamos de ti o de Vanesa.

—Soy totalmente inocente.

—Sí, claro —sus acciones suelen estar bien planificadas—. Ahora te pido otro pequeño favor —la mira a los ojos y descubre la calidez de la verdadera amistad—, déjala en paz. Ha sufrido demasiado.

—Ni lo sueñes. Ella piensa que estoy enamorada de su codirectora...

—¡Buenas tardes, Emma! —una voz suave la saluda, ignorando a Casandra de manera deliberada.

—Hablando de la reina de Saba —la mira con el desprecio acostumbrado—, quien se asoma

siendo maleducada, como siempre.

—Y tú, una maldita ordinaria —la otra mujer le responde sin pensarlo—. Si hubiera sabido de la visita tan vulgar que tienes, me quedaría en mi casa.

—Indudablemente, hoy no es mi día de suerte. Y, ruita teñida, no deberías tratar así a la… —se detiene por un segundo, antes de continuar con la idea.

—…¿a la qué? —Elizabeth pregunta con soberbia y furiosa.

—A la amiga de tu mujer. A la que cena con ella al menos dos veces al mes.

—¡Vanesa! —grita de repente, mirando hacia el interior de la casa, esperando que su novia aparezca como por obra de magia.

—¿Qué sucede? —La joven llegó casi corriendo y se frena al ver quiénes están en el parque de la casa.

—Hola, preciosa —Casandra, quien se había puesto de pie en cuanto Elizabeth llegó, abraza a la joven y le da un beso en los labios a través de los barbijos—. Es para enfadarla —le susurra, muy cerca de Emma.

—¿Sabes lo que me acaba de decir? —la rubia está tan enojada que no se percata del gesto de la empresaria.

—Me metí en un aprieto y no supe qué decirle, te lo juro —continúa murmurándole y luego se pone delante del cuerpo de Vanesa, para interponerla en el camino de la rubia hacia ella. Protegiéndola de cualquier actitud belicosa de la arquitecta.

—¡Aléjate de ella! —le advierte, ya sin paciencia—. Me dijo que cenaban juntas dos veces al mes —le recrimina—. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Pensé que le dirías otra cosa —Vanesa susurra al oído de Casandra, que tiene a centímetros de ella.

—Casi se me escapa.

—Vane, te estoy hablando —si hay algo que no soporta es ser ignorada por su novia.

—Es mejor que me vaya —la morocha se acerca a Emma, quien observa la escena con una sonrisa—. Cuando hagas lo que te pedí, te llevo —le da un beso en la mejilla y luego, ignorando a la rubia, abraza a Vanesa—. Lo siento, fue sin querer —insiste en su inocencia.

—Lo sé —la mira detenidamente—. Te ves genial, al parecer la pelirroja te mantiene muy feliz.

—Tanto como la rubita teñida te tiene a ti —Mira a las mujeres y nota el enojo en los ojos celestes—. Nos vemos. ¡Anahí!

La morocha desaparece en el interior de la casa.

—¿Me lo puedes explicar? —insiste Elizabeth.

—Tú sales con tus amigas y yo con las mías. Hola, Emma —la mujer se paró para abrazarla.

—¿Cómo anda mi asistente preferida?

—Mejor de lo que parece, te lo aseguro —pasa al lado de Elizabeth y le da un beso—. Te amo. Me voy a ayudar a Anahí, que me vine corriendo pensando que sucedía algo grave.

—Después de la balacera que sufrió por culpa de esa, ahora resulta que la defiende y cena con ella. ¿Lo puedes creer? —insiste la arquitecta, que no quiere dar su brazo a torcer cuando el tema es Casandra y Vanesa.

—¿Quién es la pelirroja? —le pregunta una sorprendida Emma.

—No tengo ni la más mínima idea y si hay algo que no me interesa en esta vida, son los romances de esa ordinaria.

—Ven, que los celos te pueden —recuerda la conversación que muchas veces sostuvieron

—. Es raro verte un viernes por mi casa.

—Vine a pedirte que mañanas vayas a almorzar a la casa de Érica —le ruega—. Estaremos todas y nos dolería tu ausencia. Ya has faltado a demasiadas reuniones.

—¡¡No lo haré!! —Se ofende por un instante— Y, si esa es la única razón de tu visita, puedes irte —No hay nada, ni nadie, que la convenza de lo contario.

—Aceptaré tu decisión, si bien me duele tu actitud. —La otra mujer permanece en silencio. Elizabeth entiende que no hablará de Érica y su relación—. Retomando la anterior conversación y para no confirma tus palabras, a mí los celos no me pueden… —por lo que cambia el tema hacia Vanesa—.

Por su parte, Emma la escucha atentamente, aunque le ronda la idea del romance de Casandra con una mujer, generándole una inmensa felicidad y una espantosa intriga.

«La única pelirroja que conozco es…—niega con su cabeza—…es una locura»

—De todas maneras, alguien me dijo una vez que los celos son sentimientos de personas inseguras —regresa a la conversación su amiga que, al parecer, está furiosa—. Por casualidad, ¿recuerdas quién fue?

El silencio en Elizabeth se produce al instante, clavándole la mirada de sus ojos claros como puñales incandescentes.

—Te odio.

Así comienza una alegre cena con su amiga, Vanesa y el resto de la familia. Los pequeños placeres que no quiere perderse y que le dan un poco de sentido el haber sobrevivido al accidente.

Capítulo 13

Vestida muy elegante y atractiva se acerca Anahí a donde ella se encuentra sentada, con las piernas sobre la reposera y haciéndose pequeños masajes. Unos minutos antes Milo quiso ayudarla a cambiarse para ir a la fiesta de cumpleaños de esa y no le quedó otra que decirla que se sentía mal. Su hijo le respondió que él se quedaría a cuidarla y esto le partió el corazón. Igual, no está en sus planes dar el brazo a torcer y seguirá con la charada.

Observa a su esposa al tiempo que recuerda cuándo le regaló el solero que lleva puesto. También cuándo lo estrenó y cómo terminó tirado sobre la silla de la habitación que ambas compartían. Una Navidad gloriosa de un tiempo que difícilmente regresará. Una sonrisa se le dibuja al tiempo esperando volver a estar en sus brazos. Antes del accidente discutían con demasiada frecuencia y no lograban congeniar ni siquiera en la cama. Quizás esto pueda cambiar y así tener un punto de partida en común que les permita rearmar su vida en pareja.

—Por lo que puede notar, el estar a punto de morir no ha cambiado para nada tu manera de ver la realidad que sólo tú ves.

Bueno, no será hoy. Al parecer la estrategia es atacarla primero, como si esto la dejará indefensa o en desventaja. Está demasiado acostumbrada a estas disputas sin fin.

—¿De qué hablas? —Levanta la vista de su Tablet y los ojos celestes la observan sorprendidos, haciéndose la tonta como estrategia.

—Una vez más piensas en tus deseos y no en los de tu familia. Como si nuestra felicidad no significara nada para ti.

—Supongo que uno de los mellizos fue a contarte que no tengo intensiones de ir a una farsa.

—Sí —¿Qué fue lo que tanto le atrajo de ella desde un principio? Desde que se conocen que no han parado de pelear, apenas si tienen algún punto en común más allá de los hijos—. Fue Milo y no por lo que piensas —agrega en busca de que el niño no sea responsabilizado.

—¿Y qué se supone que pienso? Porque tú sabes mejor que yo que siento, pienso o imagino —la prepotencia se nota hasta en el tono de voz que utiliza.

—Que fue a quejarse para delatarte y salirse con la suya, por capricho o por está confabulado conmigo —responde sin dudarlo y con la certeza de que ha dado en el clavo—. Él te adora y eres capaz de poner en tela de juicio las intenciones de un niño —Siente un poco de vergüenza, porque Anahí tiene razón. Igual mantiene su rostro levantado y sin expresar emoción —. ¿Alguna vez te preguntaste qué hace cada noche antes de dormirse? Por lo menos desde aquel diciembre que tuvimos que disponer si desconectarte o no —Emma recuerda que le contaron, en más de una ocasión, cómo tuvieron que lidiar con el director de la clínica hasta salir triunfantes—. Deberías averiguar, quizás te sorprendas lo que cada uno de nosotros pasamos en tu ausencia. Y cuánto te amamos en cada decisión que tuvimos que tomar.

—¿Es un reproche? —Se cruza de brazos, como cada vez que se siente desvalida y necesita demostrar el poder que tiene— Lo que recuerdo, antes del famoso accidente, es que nuestra relación estaba acabada —en ningún momento levanta el tono de voz, suena más bien frío y sin alma—. ¿Pensaste que una fiesta sorpresa de cumpleaños iba a zanjar el hecho de que me habías abandonado por esa, que hoy cumpleaños? O, por ahí, creíste que olvidaría que compartieron la misma casa durante más de un año y que intentaron ocultarlo en una relación inventada con una

de mis mejores amigas —el dolor en los ojos oscuros se refleja en el brillo de lágrimas sin derramar—. Si no te gusta mi manera de ser, la que siempre tuve desde que nos conocemos, puedes irte de la casa. Lo único es que mis hijos se quedan. Esta vez no los alejarás de mi lado ni por un segundo.

¿Cuándo el amor que se tuvieron se convirtió en un profundo desprecio? ¿En qué momento Anahí dejó de ser esa mujer feliz, para odiarla tanto?

—Conozco mis derechos y ahora sé cómo defenderme —no se amedrenta ante la postura belicosa, debe admitir que ha madurado en su ausencia. Hoy no será el día.

—¿Me estás amenazando? —la sonrisa socarrona la saca de sus casillas— Te recuerdo que tengo más dinero y poder que tú.

—¡Vete al carajo! —el grito le sale del alma y gira inmediatamente para ver si los mellizos la escucharon. Al comprobar que no se acercan al parque, fija su mirada en la otra mujer— Tienes dos opciones o vienes o te quedas. Pero si tu odio no te permite acompañarnos, sales de esta habitación y convences a Milo de ir a la fiesta. Porque, aunque no me creas, él quiere quedarse a cuidarte.

Gira sin esperar una respuesta y cuando está abriendo la puerta.

—No pienso ir a la fiesta. Pon la excusa que quieras. De todas maneras, lo nuestro ya está terminado, ¿verdad?

—¿Qué mierda tiene que ver eso con lo que estamos hablando? No tengo ni la más put* idea de qué pasará con nosotras —admite aun dándole la espalda y apretando los puños con demasiada fuerza, es una típica señal de que está muy enojada—. Después de que Lu se fue de casa estuve muy enojada contigo, ahora siento un profundo dolor porque no eres capaz de ver como una de tus mejores amigas es feliz.

Las palabras se lo sonaron iguales a las de aquel sábado. «—Me voy con los mellizos a la casa de mi madre, haz lo quieras —le había gritado aquel sábado antes del cumpleaños sorpresa, preparando las mochilas con algo de ropa y mucha bronca acumulada por las discusiones constantes.

—Esta siempre es tu solución, irte de nuestra casa cuando te digo lo que no quieres escuchar.

Obvio que eso se refería a su romance con Lucía. Era tan evidente que en los últimos tiempos ni siquiera lo ocultaban.

—No tengo otra manera de defenderme ante tus acusaciones. Me alejas de todo y todas aquellas personas que quiero, para tenerme atada solo a ti —las lágrimas corrían por su rostro.

—¡Vaya! No sabía que eres fabuladora.

—Me alejas de mi madre, porque la odias —comienza a enumerar.

—Ella me odia a mi desde que me la presentaste, según su versión te volví lesbiana —en eso tenía razón, Azucena nunca la había soportado y se lo hacía notar en todas las oportunidades que se encontraban.

—Me alejas de mis hermanos y ellos no te odian. Al igual que no lo hace mi padre. No obstante este detalle, jamás los invitamos a una reunión o a un cumpleaños o a una simple cena. Las pocas veces que los has visto fueron porque te lo rogué y a reuniones en sus casas —Ante el silencio de Emma, muy extraño a su comportamiento, Anahí tiró la última bomba—. Y, por supuesto, perdí la cuenta de las veces que no pude invitar a Lucía o compartir con ella un momento porque tus celos enfermizos no me dejan en paz. Lo único válido son tus amigas.

—No son celos —retruca—. Me baso en hechos cuando afirmo que son amantes».

—¡Milo! ¡Iván! Nos vamos —el grito la trae al presente.

—¿Y mamá? —se acerca a ellos para saludarlos.

—No se siente del todo bien y decidió quedarse —le acaricia el rostro preocupado—. Me prometió que te llamaría si se nos necesita.

—Yo me quedo, vayan ustedes y me traen torta —le entrega su regalo a Iván.

—Te vienes conmigo y no quiero discutir.

—Ya soy grande y puedo decidir ir o no.

—Apenas tienes nueve años y seguimos siendo tus madres quiénes decimos —le responde con suavidad—. Los espero a los dos en la camioneta y sin discutir.

—¡¡No es justo!! —le grita Milo— Mamá se siente muy mal y nosotros vamos a divertirnos. Yo quiero quedarme.

—Tú te vienes conmigo y estarás castigo lo que resta del año —pronuncia cada palabra pausadamente, dándole a entender su enojo.

El niño la mira con verdadera furia y preocupación. Anahí no suele enojarse con ellos y, cuando lo hace, los deja sin *Play* o sin la computadora por una semana, mínimo.

—¡Tengo una idea! —Interviene Iván— Vamos al cumple de Lu, comemos y nos volvemos temprano. Mientras estamos allá ponemos a mamá en video-llamada y si vemos que se pone muy mal, le pedimos a Kira que nos traiga. ¿Qué les parece? Estamos a cinco minutos —insiste en su plan.

—Una excelente idea —se la escucha murmurar a Emma—. Me gustaría que ambos vayan y se diviertan. Demasiado me han cuidado durante todo el verano, perdiéndose sus vacaciones y de divertirse con sus amigos.

—Me prometes que me llamas si te siente mal.

—Te doy mi palabra de honor —extiende de su mano y cruzan los meñiques sellando la palabra.

No se va muy convencido e, incluso, le pone mala cara a su madre. Ese niño se parece demasiado a ella. Unos minutos después tiene la sensación que debería de haber ido a la maldita fiesta, por lo menos no estaría sola en su enorme casa. Camino de la cocina hacia el parque, observa el vacío y recuerda, en flashes cortos, la angustia que se apoderé de ella el día de su cumpleaños.

«Haga lo que haga, terminarás yéndote de mi lado. Tenía la certeza en aquel momento y hoy lo confirmo ante tus propias quejas por estar a mi lado. No puedo cambiar lo que ya tenía fin».

El andador es más complicado de manejar que la silla de ruedas, pero lo prefiere mil veces. Camina despacio cuando el timbre interrumpe el andar.

—¡Maldición! —no espera a ninguna persona y no quiere que interrumpan sus propias reflexiones sobre el futuro. Observa en la pequeña pantalla quién es y la sorprende el rostro feliz de su amiga—. Pasa —anuncia mientras abre el portón.

Se dirige a la entrada para recibirla. Observa cómo abre la puerta de su auto y luego la de atrás para sacar a una pequeña niña y una bolsa.

—Hola, mi querida Emma —Malaika le da un beso e ingresa a la casa.

—¿Qué haces aquí?

—Qué manera tan fría de darme la bienvenida —se queja sonriendo.

—Lo siento —murmura avergonzada, pero feliz de no estar sola.

—Voy a la cocina a prepararte el almuerzo, así que quiero que te sientes y me cuides a Morena.

No discute y hace lo que su gran amiga le pide. Cuando la niña está sentada en su regazo,

juega con ella notando lo hermosa y alegre que es.

Unos minutos después, regresa con la comida acomodada en un plato y dos bols diferentes con ensaladas.

—¿Qué es todo esto? —Hay carne asada, chinchulines, mollejas y ensaladas que le encantan.

—Érica los preparó y Milo me pidió si no podía traerte comida calentita —explica con infinita paciencia y cariño—. Tienes unos hijos que te adoran y no dejan de pensar en ti, al igual que tus amigas.

Se sienta a su lado y le quita a Morena para dejarla jugando en el pasto. La piscina está resguardada con una cerca protectora para niño, así que no hay peligro alguno.

—¡Mamá! —la llama la beba.

—Toma, esto es para ti —le entrega uno de sus juguetes.

—¿Te dice mamá? —Está sorprendida, aunque la felicidad de su amiga es contagiosa.

—Solo ella. Nahuel y Aldana me preguntaron si podían hacerlo, les dije que se dieran tiempo y si lo desean con sinceridad, lo aceptaré. Como me llamen no cambia el amor que nos tenemos.

—Adoptarlos fue la decisión más sabia que has tomado —la comida está exquisita, debe aceptar que Érica es la mejor asadora que conoce—. ¿Estabas en el cumpleaños de Lucía? —la sorpresa es tanto por dónde estaba, como por el hecho de saberla en una fiesta con mucha gente a su alrededor.

—Estoy aprendiendo a hacer varias concesiones —confiesa sin temor alguno, ni formalidades que antes guardaban—. Irina es muy amiga de Lu y los niños la quieren mucho, incluso han venido a cenar a casa con Érica en varias ocasiones.

—Me estás traicionando —exclama con fingida congoja—. ¡Esto está riquísimo!

—Nunca he comido asados tan buenos como los que ella prepara. Está horas frente al fuego haciéndolo con tanta paciencia y amor, que creo que no puede salirle mal.

—Eso es verdad —mira la comida y, sin levantar la vista susurra—. ¿Habrá comprado todo esto para mí?

—Te esperaba. Lo noté cuando giró para ver llegar a Anahí y te buscó con la mirada. Al no encontrarte se le dibujó una sonrisa de dolor.

—Érica es muy sensible y la han lastimado demasiado —acaba de confirmar que ella sumó una gotita a ese dolor—. No puedo perdonar lo que me hizo —le confiesa, cansada de ser incomprendida.

—¿Qué te hizo? —la pregunta no tiene sentido. Malaika sabe a la perfección de la traición de su amiga.

—Le conocí varias parejas y, te puedo asegurar, que puede tener muchas mujeres a su lado. Y más hermosa, culta y con dinero de lo que “esa” posee. ¿Por qué tuvo que elegir a mi enemiga? —Le habla con suavidad y pausadamente, prefiere elegir muy bien las palabras que usa ante la perspicaz abogada.

—Una tarde, cuando Irina ya me había denunciado por acoso sexual —la mirada perdida da cuenta del recuerdo—, me imaginé que estaríamos las dos sentadas en mi balcón, mirando la calle y bebiendo un buen vino.

—Extraño mucho esos momentos compartidos —cuando peleaba con Anahí ese era su refugio.

—Yo también —le acaricia la mano y le sonríe—. Te amé durante años y nunca me animé a decírtelo —le confiesa por primera vez desde que se conocen—. Creí que eras esa heroína que

me salvabas de todos los males del mundo. Aunque nunca me prestaste atención como mujer y los dragones muchas veces eran imaginados.

—Era consciente de tus sentimientos. A pesar de ellos, estaba convencida de que era más bien agradecimiento o una amistad muy profunda.

—Mi mente se imaginaba que eras el gran amor de mi vida —contradice con suavidad—. Y, un día, sin saber cómo o por qué, me enamoré de otra manera. De una manera tan intensa que me consumía cuando la tenía en mis brazos y muchos más, si no estaba a mi lado. Desee tanto que estuvieras para cuidarme, escucharme, protegerme. No sé qué palabra utilizar —unos segundos de silencio que no son interrumpidos. Malaika los necesita para organizar las ideas, cuando el tema de conversación son sus sentimientos—. Ahí, en ese balcón brindando soñadoramente contigo, comprendí que el verdadero amor es único y que cuando lo encontramos, es como acariciar el cielo con la punta de los dedos.

—Estás siendo muy cursi —bromea con ella.

—Tendrás que acostumbrarte a mi nueva faceta de mujer enamorada. Además, Irina es mucho más de lo que soñé para mi felicidad.

—Elegiste a la más linda del mundo. No eres nada tonta.

—Te imagino en la entrevista que le hiciste, calculando cuán eficiente es o qué linda quedaría como recepcionista.

—Lo segundo fue un plus, nada más. Nunca tomaría una empleada por su belleza en perjuicio de McCorin.

—Lo extraño es que ella odia que le diga que es linda o que tiene un cuerpo fantástico. Es más, cuando lo hago me llama superficial y la tengo que convencer que la amo por lo gran persona que es.

—Pero te hizo una denuncia terrible para sacarte dinero, llena de mentiras y traiciones.

—Sí. Aún me cuesta comprender el por qué no me pidió el dinero —se acerca a Morena para darle un poco de jugo a la niña que recorre feliz el parque—. Le amo y estoy convencida de que me corresponde —confirma al sentarse nuevamente—. Al igual que Érica adora a Lucía con la misma intensidad y la misma certeza de ser correspondida. Tienes que aceptar ese hecho, para no sufrir más.

—No es lo mismo —su amiga la mira con cara de no comprenderla—. Irina no es mi enemiga, aunque si hubiera estado cuando te hizo la denuncia, hoy cumpliría una condena en la cárcel.

—¡Ja! ¡Ja! —le causa gracias el histrionismo que puso en las palabras—. Mejor no la traigo a tu casa, no quiero que la ataques en cuanto la veas.

—No prometo nada —sigue la broma—. Tienes unos niños muy hermosos, ¿cómo llegaste a ellos? —prefiere cambiar el tema. No tiene la intención de justificar su accionar hacia Lucía.

Recuerda algunos detalles, aunque la historia completa no la tiene presente. Quizás la olvidó, como tantos otros datos en estos últimos meses o, simplemente, Malaika nunca se la contó.

La mujer se queda más de dos horas a su lado, no sin antes llamar a su pareja para preguntarle si le parece bien. Es extraño cuánto ha cambiado y le feliz que se la ve. La sonrisa de Érica se cruza por su mente, prefiere ignorarla centrándose en el asesinato de Jessica y los peligros que ella misma pasó.

* * * * *

Unas horas antes había observado cómo Milo se acercaba a Malaika con varios contenedores con comida. La abogada afirmó con la cabeza, tomó a Morena y se fue de la reunión. No cabía dudas de su destino.

—¿En qué piensa esa cabecita? —Soledad se acerca a ella y le toma la mano.

—Hay muchas cosas que no puedo cambiar.

—Quizás no pusiste tanto esfuerzo en hacerlo —Anahí siempre tuvo la impresión que la mujer no la quería—. Emma odia a mi hija y debes remediarlo, principalmente ahora.

—¿Por qué ahora? —la pregunta es obvia, es que necesita tiempo para escaparse de la terrible inquisidora— ¿Qué cambió?

—No te sale hacerte la tonta conmigo —sonríe—. Te conozco desde que usabas pañales.

—Kira la hace muy feliz...

—...y tu esposa hace muy infeliz a Kira y, por ende, a Lu.

—Cada día busco una solución y me encuentro con discusiones que nos dejan heridas profundas. No sé cómo terminar con tanto dolor —le confiesa en un rapto de tristeza al observar cómo están todas las familias unidas, menos la suya.

—Muchas veces la única opción que nos queda es ir con la verdad. Dolerá, pero será de una vez y por todas.

—¡Acá te encuentro! —Lucía interrumpe la conversación— Kira te está buscando para cortar la torta.

—Pensé que esperábamos a la esposa de Irina.

—Malaika ya llegó —le informa dándole un beso—. Y deja de malcriar a las gatas dándole comida a escondidas.

—A mí, esos bichos asquerosos, no me gustan.

Se va sonriendo en una fingida postura de asco. Lucía le toma la mano a Anahí y se sienta a su lado.

—¿La señora decidió no venir? —Pregunta la cumpleañera sabiendo la respuesta de antemano.

—Feliz cumpleaños, mi querida amiga —Anahí apoya su rostro sobre el hombro acogedor.

—Gracias —la respuesta es acariciarle el cabello. Debe comprender que la ausencia le costó una discusión.

—Lo estamos pasando genial, a pesar de su ausencia mis hijos no paran de jugar ni de divertirse —analiza a los presentes—. Me sorprende que Verónica esté aquí —intenta cambiar el tema.

—Es muy amiga de Gabriela y Érica la quiere mucho. Así que me pregunto si podía invitarla junto con su familia. Le respondí que por un par de besitos podía venir hasta Emma.

—Hiciste trampa, porque sabías de antemano que mi esposa no vendría —continúa el tono de broma que Lucía.

—Pues los besos fueron muuuuchos y en todo el cuerpo —responde sensualmente y Anahí comienza a reírse— Y Kira compró chinchulines y molleja para ella, que tanto le gusta. Incluso, cuando entraste, la buscó con la mirada, que bajó al no encontrarla. Su dolor es lo que más me angustia.

—Hay que darle tiempo para que se recupere —la excusa una vez más.

—¿Y qué harás cuándo ese tiempo haya pasado?

—Amarla, como siempre —la pregunta pega en clave, es que Lucía que cada día se parece un poco más a su sabia madre. Observa que Soledad y Malaika están ayudando a Érica con la torta, no puede olvidarse que Irina es una gran amiga. Se acercan Candela con los sobrinos y

Gabriela, y Vanesa con Elizabeth. Es una gran reunión y el día acompaña con un excelente clima —. Pensé que tu madre odiaba a los gatos —quiere verla sonreír nuevamente.

—Esa mujer es una bruja. Ahora, cuando viene de visita, les trae sobrecitos y a la primera que saluda es a Nala. Antes que a su hija predilecta. ¿Puedes creerlo? Y a mí ni siquiera me dejaba tener uno cuando era niña.

Se le escapa una suave carcajada, imaginándose a la seria Soledad, agachándose para mimar a la gata.

—Perdón que las interrumpa —Érica se había acercado a ellas con dos cervezas en la mano y le entrega una a cada una—. ¿Qué te parece si cortamos la torta? Soledad me contó que es la que más te gusta.

—Hay voy por los platos y las velas —Lucía se pone de pie y la besa en los labios—. Te adoro.

—Y yo a ti —susurra—. ¿Cómo está ella?

—Mucho mejor. Hasta me pelea todos los días por algo diferente, incluyendo mi trabajo en McCorin.

—Es porque está aburrida, no está acostumbrada a pasarse todo el día encerrada en la casa.

—Dale tiempo —repite la expresión, apenas si puede pensar en otra diferente que le permita justificarla. Le da un beso en la mejilla—. Danos tiempo para solucionar los problemas y ella te perdonará.

—Vamos por la torta. Hoy deseo que mi novia sea inmensamente feliz.

Las velas encendidas, la cara de concentración de Lucía pidiendo los deseos, el feliz cumpleaños de fondo y un fuerte soplido para apagarlas, generan un aplauso, silbidos y vítores. Es increíble como Lucia se ha adaptado a compartir con Elizabeth y con Gabriela, quienes junto a sus familias le entregan los regalos y ríen cuando los abre. Ellos optaron por un A iPad y no las típicas prendas de vestir.

—¡Esto es demasiado! —grita en cuanto lo saca de su caja, para dejarlo suavemente sobre la mesa y darles un beso fuertísimo a los mellizos.

—Te lo mereces —Anahí aprecia el gesto.

—Es para que mires las películas de terror que tanto te gusta —comenta Milo.

—Y las revistas de modas que te vuelven loca —bromea Iván, haciendo que la mayoría lo imite.

—Después te enseñamos a configurarlo —anuncia Rocío que, de la mano de Belén, hace entrega de su propio obsequio.

El día se diluye y ellos deben de volver a su hogar. Desde que despertó del coma, sus vidas están centradas nuevamente en su presencia. Pero esta vez no se dejará amedrentar y saldrá adonde desee, con o sin ella.

En cuanto llegan a la casa, nota que en BMW se estaciona frente a ella. Vanesa baja del lado del conductor y espera que Elizabeth también lo haga. Era predecible que la rubia no volvería a su departamento sin pasar a saludar a Emma.

Estaciona en el garaje y los mellizos salen corriendo para recibir a las visitas.

—Hola, tía Eli —escucha a Iván—. Cuánto tiempo sin vernos.

—Como cinco minutos —agrega Milo, quien se había tirado a los brazos de la rubia para ser mimado.

—Ese comentario merece una sesión de cosquillas sin piedad.

Y comienza a correrlos por el living, siendo vitoreados por Emma y Vanesa, quien defiende a Elizabeth. La alegría de la casa es contagiosa, así que Anahí va a la cocina para servir más

torta, café y bebidas frías.

—¿Te ayudo? —una voz a su espalda murmura.

—Gracias, Vane. —Entre las dos preparan las bandejas— No sabía que manejabas el BMW de Eli.

—Ella odia hacerlo y yo la complazco en los pequeños detalles. Ya sabes cómo es —admite con tranquilidad.

—¿Una princesita malcriada? —bromea con ella— Es que así suele llamarla Gabriela.

—A veces pienso que es mucho para mí —confiesa en susurros.

—Me pasaba algo similar con Emma —admite luego de unos segundos—. Ahora estoy luchando por su cariño desde otro lado y Eli te adora, nunca lo olvides.

—Falta mucho para la torta —la rubia la interrumpe con una amplia sonrisa y el cabello totalmente despeinado. Señal de haber luchado con los mellizos.

—Llevo los platos, para Emma la porción más grande —Vanesa se acerca a su novia y la besa—. Te amo.

—Y yo a ti —le devuelve la caricia para luego mirar a Anahí—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, ¿por qué?

—Es que cuando llamé a Emma al celular, me contó que discutieron. Está arrepentida de lo que te dijo.

—Pero no de habernos dejados ir solos a la fiesta de cumpleaños.

—Carga con demasiadas angustias en su alma. No debe de ser nada fácil estar en coma durante más de un año y darte cuenta que el mundo giró sin ti.

—Ella es igual a antes del accidente.

—Y tú has madurado. Enséñale a amar a la nueva Anahí.

Hoy es uno de esos días que las personas que te rodean deciden aconsejarte. Ella sabe que su esposa requiere de mucho tiempo para recuperarse, de lo único que no está segura es si logrará que su alma sea la que cambie.

Capítulo 14

Espera pacientemente a que los niños se cambien, se pongan sus piyamas y vayan a darle las buenas noches a Emma. Hace tan sola media hora que se han quedado nuevamente solos. Ahora la casa está más concurrida de lo habitual, cuando no es Elizabeth, es Gabriela o Casandra o alguna otra amiga que viene a visitarla. Así ha sido todo el mes de marzo.

—Mami —Iván se acerca a ella y la abraza— ¿Podemos dormir con mamá? Hoy pasan una serie que nos gusta y ella no la vio.

—Por supuesto —le acaricia el rostro. La serie seguro que está en alguna plataforma y la pueden ver cuando quiera, sin embargo necesitan dormir con ella como solían hacerlo—. Ve con mamá, que en unos minutos les llevo unos refrescos para que disfruten.

—Te ayudo, así elijo el que más me gusta.

—¿Y a Milo también le gusta?

—No se queja, si él no se mueve a buscarlo.

—Tienes un buen punto en ese argumento. Vamos.

En cuanto bajan, va a la habitación provisoria de Emma para preguntarle si desea beber algo en especial. Sin entrar escucha que está conversando con Milo, quien le explica unos adelantos que Rocío había implementado en su departamento.

—¿Te gustan los sistemas de seguridad?

—Sí. Cuidamos a la gente —Milo es un fascinado por todo lo relacionado a McCorin—, y voy a ser un gran empresario. Así ni tienes que trabajar cuando te sientas mal.

—Aun eres un niño y me gustaría que hicieras lo que más te agrade en la vida. Como ser fotógrafo o aquello que quieras, recuerda que tenemos un acuerdo firmado con solemnidad.

—Sí, pero puedo ser ambas cosas.

—Permiso —le ha dado un poco de pudor escuchar la conversación entre ellos y prefiere interrumpirlos antes que llegue Iván y la pille detrás de la puerta—. Me invitaron a ver una serie espectacular en la televisión.

—¡¡Sí!! —la alegría de Milo es contagiosa— El problema es que no entramos los cuatro en la cama.

—Tengo una solución, me acomodo en la silla al lado de ustedes, esa que usaba Elsa para pasar la noche. E muy suave y confortable, créanme que la ya probé.

—Mamá, ¿no puedes subir las escaleras? —pregunta Iván ingresando con las gaseosas.

—Si ustedes me dan una mano, quizás lo logre hacer.

—¡Vamos! —Milo se levanta de un salto de la cama.

Entre los tres ayudaron a que subiera peldaño tras peldaño. Por suerte la escalera es amplia y Emma puede maniobrar con su andador. Tarden casi veinte minutos en conseguirlo, y la alegría de los mellizos valió la pena el dolor sufrido.

En cuanto llega a la habitación, la mujer comienza a acariciar sus muebles con la yema de los dedos. Como si tuviera que tocarlos para volver a sentirlos suyos. Los tres permanecen en silencio y expectantes, buscando la reacción de quien se había acercado a la ventana para respirar el aire que ingresa a través de ella.

—Por favor, vayan a buscar las bebidas, luego cierren las puertas y las ventanas —Anahí

rompe el silencio, antes de que llore sin control—. No se olviden de verificar todas.

—¿Ponemos la alarma? —pregunta Iván.

—Sí, por supuesto —les acaricia el cabello y, en cuanto se van, Emma gira para mirarla. Las lágrimas caen sobre su rostro—. ¿Qué sucede?

—Estaba convencida de que habías cambiado nuestra habitación. Que cuando la viera, no podría reconocerla o no estuvieran mis muebles, mi ropa. No sé cuántas dudas me surgieron durante estos meses en que regresé.

—Jamás haría semejante barbaridad sin consultarte y, espero de corazón, que tú tampoco si tuvieras la oportunidad. —La abraza con fuerza, olvidándose de todas las broncas que tiene hacia esa mujer que sigue siendo el amor de su vida—. Vamos a la cama, así te hago unos masajes para calmar el dolor de las piernas. Que tus gestos te delatan.

Mientras Emma se acuesta, ella va por una crema especial que le recetó el kinesiólogo. La tiene guardada en su baño para estas ocasiones. En cuanto regresa, la mujer está estirada, con una amplia sonrisa, disfrutando de su propia cama. Sin perder tiempo, masajea las zonas más tensionadas de las piernas de su esposa. Nota que ha estado tomando bastante sol, disfrutando del tiempo libre al lado de su amada piscina.

—No recordaba que hicieras tan buenos masajes —suspira de placer al sentir las manos que se mueven expertas por sus piernas.

—No los hacía —sonríe—. Después que terminaron tu rehabilitación por las fracturas que tenías en la pierna y brazo del lado izquierdo, le pedí al fisioterapeuta que me enseñara como calmarte el dolor y tonificarte los músculos. Así, cada noche antes de dormirme, te hacía masajes durante una hora.

—Y esto duró hasta el aislamiento —comenta.

—Hasta el veinte de marzo, más o menos, dormía cada noche a tu lado. Luego estuvimos más de ocho meses aislados y apenas si me dejaron entrar una sola a vez a verte.

—¿Y por qué ustedes podían salir de la casa?

—Porque éramos una actividad esencial —Emma frunce el ceño sin comprender el concepto—. El gobierno decretó que ciertas profesiones, comercios, la Policía, los médicos, etcétera, tuviéramos permisos especiales para circular. Y, desde el primer decreto, las empresas de seguridad estuvieron en esa lista. Así que Verónica nos incluyó y pudimos continuar con pocos cambios en lo laboral. El mayor inconveniente fue la escuela que permanecía cerrada, pero entre todas lo solucionamos y ellos pusieron mucho de su parte.

—Ya está todo listo —anuncia Milo, acercándose a la cama—. ¿Te sientes mal?

—No, mami solo me están fortaleciendo los músculos.

—Trajimos también chocolate —anuncia Iván, tirándose al lado de su mamá—. La función está por comenzar así que, bellas damas, cada una en su lugar.

—¿Conectaron la alarma? —Anahí se separa de su esposa, se saca el desabillé y se acuesta a su lado. Dejando a cada uno de los mellizos en los laterales de la cama.

—Sí, mamá —sonríe Milo—. Tú nos enseñaste a hacerlo desde que somos pequeños.

Sonríe ante el esfuerzo de Emma por no reírse, tomándole la mano y apretándola con suavidad. Sus cuerpos están pegados ante la presencia de los niños que ya ocupan demasiado espacio. Como es frecuente, permanece en silencio mientras Iván o Milo le preguntan a su mamá cuestiones que no comprenden de la serie. Ellos tres se compenetran y Anahí se esfuma hacia su propio mundo.

En algún momento del primer capítulo de la serie, se quedó profundamente dormida. Como si el cansancio de meses de luchar sin ella, la hubieran agotado al punto tal de desmayarse en la

cama. Ahora, un rayo de luz pega en su rostro y siente una mano que le acaricia el costado de su cuerpo.

—Buenos días, mi amor —Emma la besa en los labios con suavidad.

—Hola —se deja mimar por las manos que tanto ama y que desea demasiado—. ¿Los melli? —Necesita distraer su mente para no hacerle el amor, sería un grave error por varias razones que ahora no puede hilvanar.

—No te preocupes por ellos, que los mandé a la cama luego de ver tres capítulos completos —le da un beso en la nariz, gesto típico que solía hacer antes de levantarse—. La serie estaba muy buena, hasta nos comimos todo el chocolate por el suspenso.

—¿Se lavaron los dientes?

—Sí, recuerdo como ser su madre —estaba sentada en la cama—. Cuando salieron del baño corroboré en sus alientos que lo hubieran hecho. Confío en ellos, pero no está de más una pequeña vigilancia.

—Lo siento, es que llevo meses siendo la única mamá en esto y me costó un gran esfuerzo centrarme en sus necesidades básicas —le confiesa la verdad y le acaricia la espalda, como reforzando la disculpa—. ¿Te ayudo?

—Tengo todas mis cosas abajo, así que tendremos que bajar despacio las escaleras. No queda de otra.

Encuentran que la mejor manera de hacerlo es invirtiendo la forma de bajar, así puede mantener el equilibrio con el andador. Mientras que Emma está en el baño, ella la imita en otro pequeño que hay en la planta baja. Donde tiene otro cepillo de dientes, para no tener que subir corriendo todas las mañanas que sale con los minutos contados.

Está preparando el desayuno en la cocina, cuando el sonido del portero eléctrico la sorprende. Es demasiado temprano para la visita de alguna de las amigas de Emma, aunque con estas mujeres uno pude esperar que traigan comida para pasar el día junto a la piscina.

—¡Hola! —La saluda por la cámara del portero una mujer, quien se había quitado el tapabocas para que la reconociera.

—¡¡Samy!! —se le escapa un grito de alegría al verla, lleva semanas sin hablar con ella y la echa mucho de menos— Entra, por favor.

—¿Quién es? —Emma pregunta sorprendida.

—Tu neuróloga —pasa a su lado y le da un beso en los labios. Está feliz de ver a la doctora, así que apresura el paso para abrirle la puerta y dejarla pasar guiándola hacia la cocina—. ¿Qué haces aquí y en domingo? —la cuestiona, dándole la espalda y sin dejar de observar el rostro serio de Emma.

—Estaba por el barrio visitando a mis padres y se me ocurrió pasar a controlar a mi paciente estrella.

* * * * *

El problema es que “la paciente estrella” está recostada contra el marco de la puerta de la cocina, sostenida por su andador y mirando la escena más bizarra que le pudiera suceder. Su mujer, en un desabillé que deja poco a la imaginación, se abraza con su doctora de cabecera sin importarle los cuidados sanitarios, ni su presencia.

—Ven a la cocina que estoy preparando el desayuno y te sirvo un café con leche.

—Hay voy, Anhi —le responde con demasiada familiaridad. Cuando se acerca a Emma, saca un frasco con alcohol en gel de su mochila y se coloca en sus manos, para luego acariciarle

el cabello— Hola. Es increíble cuánto te ha crecido.

—Estuve mucho tiempo rapada y no me gusta —le responde con cara de pocos amigos—. ¿Qué hace usted en mi casa, doctora Marigno?

—Visita a domicilio —bromea con ella—. Es que después de compartir tantos cafés con tu pareja, los Knatwen tienen ciertos privilegios —Emma la observa sin comprender del todo las palabras—. Durante el aislamiento nos veíamos, al menos tres veces por semana, en el bar frente a la clínica. Allí le daba el parte médico y conversábamos de la vida. Ella es mi primera amiga lesbiana —recalca en el tono de su voz la palabra "amiga"—. Ven, vamos a desayunar que me gustaría conversar contigo.

La sigue caminando lo más erguida posible, no le gusta estar en desventaja y mucho menos en su propia casa. Las tres mujeres se sientan alrededor de la mesa y cuando la médica se saca el barbijo, nota que es una mujer hermosa, con una amplia sonrisa y que se la dedica a Anahí.

—¿Sucede algo con Emma? —hay preocupación en su voz.

—¡No, tranquila! Quiero hacerle unas pruebas neurológicas de rutina —la mira a los ojos —. La doctora Riskley me tiene al tanto de los avances cognitivos. Está muy contenta y orgullosa de ti.

—Gracias —responde con cierta timidez, es la familiaridad con que la trate la ha desorientado—. En cada sesión me da ejercicios más difíciles para que haga y no me deja pasar ni un error.

—Eres una mujer muy inteligente, se hace necesario estimularte para que trabajes más que un paciente promedio.

—Mi esposa es brillante, por eso me casé con ella —Anahí está feliz e incluso le guiña un ojo, en complicidad.

—Creo que ya me lo has contado como unas mil veces, más o menos —exagera la médica —. Emma —le toma la mano con suavidad—, Anhi estuvo días enteros sin moverse de tu lado, hasta teníamos que convencerla que viniera a bañarse y a dormir unas horas a la casa. Al final, le pusimos una cama a tu lado y se aseguraba que tuvieras compañía las veinticuatro horas.

—Pero cuando desperté estuve días a solas —el reproche sonó más angustiante de lo que hubiera deseado—. Recuerdo que me lo explicó en varias ocasiones, es que en ese momento no podía entenderlo y sentía que me habían abandonado.

Levanta la mirada y se encuentra con Anahí mirándola con lágrimas en los ojos.

—La pandemia cambió nuestros hábitos de vida de una manera impensada. Así que, cuando me dices que no lo entendías, es lo más normal. Créeme. —le murmura, también con cierta congoja en el tono de su voz—. Nunca te pregunté cómo llegaste tan rápido de Pinamar.

—Alquilé un taxi —responde luego de unos segundos—. Sí, me salió una fortuna, pero ni los melli, ni yo íbamos a esperar allá para ver cómo estaba Emma —toma un mate, en busca de recuperarse. La conoce hace tanto que cada uno de sus gestos lo tiene gravado a fuego—. Horas después nos dejó en la puerta de la clínica.

—Supongo que te parecerían eternas —la morocha afirma con su cabeza y vuelve su mirada a los ojos celestes—. ¿Cómo puedes pensar que ellos te abandonarían? O, peor aún, que lo harían Girado Iraola o la empresaria, que nunca me acuerdo el apellido —sonríe—. Las dos volvieron loco al director de la clínica durante los casi trece meses que estuviste en coma. Cuando partió la ambulancia que te trajo, se acercó y me susurro "al fin se fue, porque ya no soportaba más a todas esas mujeres".

Y la manera que lo relata, hace que las tres mujeres rían por unos segundos, distendiendo el encuentro.

—Me puedo imaginar que mis amigas no ayudaron mucho —estas palabras liberan su alma de esa angustia que llevaba varios meses carcomiéndola.

—Y le tienes que sumar a Anahí, a la morocha, a la rubia alta —cuenta con los dedos a medida que las menciona—, a la abogada, a tu asistente, a tu contadora y a tu madre. Si supiera dibujar, hubiera hecho un retrato del rostro de cada una, de tantas veces que la vi en la clínica —se nota que la situación la divierte—. Lo volvieron loco y él a mí.

—¿La morocha?

—Gabriela —le aclara Anahí sonriendo— y la empresaria es Casandra, si no recuerdas su apellido.

—Cuando teníamos que tomar alguna decisión difícil respecto a tu salud, apostábamos con las enfermeras cuál de las dos llamaría primero para amenazar al pobre director —en ningún momento ha perdido el buen humor al relatar los pormenores de su salud durante el coma—. Girado Iraola solía ganar, yo apostaba por Casandra porque cuando llamaba, el personal de la clínica temblada —confiesa y esto le roba una sonrisa a la paciente—. Y, ahora que lo sabes todo, incluso que ninguna de ellas se movió del bar de enfrente hasta que te trasladamos a tu casa, no quiero que vuelvas a pensar, ni una sola vez, que estuviste sola. Cada segundo que pasaste en la clínica te acompañaron las personas que te quieren. Aunque no pudieron estar allá, porque terminarían presas. —Le vuelve a acariciar la mano con suavidad, luego se acomoda en la silla y se dirige a la otra mujer—. Mientras me preparas otro café, te explico que el jueves pasado la anoté en una lista para que reciba la vacuna contra el COVID. No quiero preocuparme porque se enferme y tengamos secuelas serias. Quiero que las personas que la visitan asiduamente también lo hagan.

—Tienes que dejar de tomar este veneno en exceso —Anahí comenta mientras le sirve otra taza de café.

—Por favor, llévamelo al living que ahí estaremos más cómodas.

En cuanto se sientan en el sofá, la neuróloga saca un cuaderno, una grabadora y unos test pre impresos. Similar a las sesiones con su psiquiatra. En medio de la consulta, los mellizos bajaron a desayunar y, en cuanto vieron a la visita, se tiraron en sus brazos para saludarla.

Su familia se ha comportado demasiado extraña con la doctora Marigno, esto no le agrada del todo, principalmente porque siente que ignora demasiado de la relación entre ellos.

El domingo se diluyó en familia. Jugaron varias horas en la piscina, aprovechando para que Emma hiciera parte de los ejercicios de rehabilitación. Tomaron sol y disfrutaron de estar los cuatro tranquilos. Ya agotada, se acuesta temprano he intenta leer un libro, que apenas si logra pasar la página ciento quince.

—¿Qué estás haciendo, mamá?

—Intentando leer, hijo —le muestra el libro, que había cerrado al entrar el niño a la habitación.

—¿Podemos mirar una película contigo?

—Por supuesto —se acomoda más al medio de la cama.

—¡¡Trae el helado a la habitación de mamá!! —le grita a su hermano, antes de tirarse en la cama y encender la televisión.

—Te quería hacer una pregunta —el niño la mira y afirma con su cabeza—. ¿Ustedes quieren mucho a la doctora Marigno?

—Sí. Ella te defendió con todas sus fuerzas cuando el director de la clínica te quería desconectar. Para los Knatwen Pinedas, ella es nuestra mujer maravilla —sonríe, esperando que su madre lo imite—. Además, es muy buena persona —vuelve a acomodarse—, cuando íbamos a

la consulta para que nos explicara cómo seguías, siempre nos tenía un chocolate. ¡Es una genia!

—Hijo, quiero hacerte otra pregunta y no te molesto más. —Desde que Anahí se lo comentó, no paró de pensar en la respuesta.

—Sí, mamá —El niño deja de mirar la televisión y el rostro serio da cuenta de la atención que presta.

—¿Qué haces cada noche, desde que decidieron desconectarme aquel Año Nuevo?

—Los doctores querían desconectarte —aclara con sencillez—, menos Samanta. Ella es una genia.

—¿Y mami?

—Peleó junto a las tías y a Malaika para que no lo hicieran. Luego de varios días de luchar, amenazaron a la clínica con hacerles un juicio… de no me acuerdo qué.

—No respondiste a mi pregunta —Entonces no quisieron desconectarla para que muriera. ¿Por qué tiene la sensación que la abandonaron a su suerte?

—Me da un poco de vergüenza.

—Nunca pienses que me avergonzaría de ti. Eres la luz de mis ojos, junto a Iván.

—Es que tú no crees en eso —se encoje de hombros y mira sus manos. Emma permanece en silencio esperando la respuesta de su hijo—. Primera, un día regresábamos de la clínica y Lu me dijo que lo único que yo podía hacer, era rezar para que mejoraras. Así lo hice —la confesión se enmarca en las lágrimas que caen sobre las mejillas del pequeño rostro—. No tuvimos mucha suerte, porque no despertabas. Y la tarde que llamaron a mami para que tomara la decisión, nos pidió que fuéramos para estar contigo un ratito —el pequeño rostro comienza a humedecerse por las lágrimas—. Rho nos acompañó y, cuando salimos de la clínica, le pedí que me llevara a una Iglesia para rezarle a Dios que no te llevara aún. Porque te necesitábamos —le seca el rostro con un pañuelo de papel y Milo se deja mimar—. Ese día le prometí que rezaría todas las noches si te salvaba.

—¿Y lo hiciste? —la angustia del niño ha inundado su propia alma. Anahí tenía razón cuando le dijo cuánto la amaban.

—Sin faltar una noche y por el resto de mi vida.

Lo abraza fuerte y ambos lloran en silencio. Iván los interrumpe con una mesa para desayunar, en donde colocó tres porciones de postre y una flor en un pequeño florero. Luego trae las latas de gaseosas. Observa la escena en silencio, se tira en la cama con ellos y recibe mimos de su madre. Ahora que regresó, no quiere abandonarla ni por en segundo.

El lunes despierta con pocos ánimos para levantarse, está más cansada de lo habitual. Así que decide quedarse en la cama y leer el libro que tiene empezado desde hace una semana. A media mañana se prepara y el sonido de la video-llamada es puntual, como siempre.

—Buenos días, Emma —la psiquiatra la saluda con una amplia sonrisa—. ¿Qué haces en la cama?

—Hola, doctora —acomoda mejor la almohada y se concentra en la respuesta—. Hoy no tenía ganas de levantarme.

—¿Por qué? Habíamos quedado en que intentarías desayunar en la cocina o en el hermoso parque que tiene —continúa ante el silencio de la paciente—. ¿No me darás al menos una razón?

—No me siento con ánimos —se encoge de hombros. A veces, prefiere quedar como caprichosa y salirse con la suya. El coma le permite darse el lujo de estos pequeños arrebatos.

—¿Cada cuánto tienes sesión con la psicóloga?

—Los martes y los jueves —observa a la psiquiatra, una mujer tranquila y relajada que difícilmente se olvida un detalle de sus pacientes.

—Le pediré que te atienda un día más a la semana, por lo menos mientras atraviesas por este estado de ánimo.

—No es necesario —suspira consciente que la mujer es buena en su trabajo.

—Lo dejaré a tu discreción, lo importante es que sepas que la opción la tienes. Es amiga mía y te dará otro turno, sin dudarlo. —Busca algo en la computadora, se nota por el movimiento de sus ojos—. Voy a mandarte unos archivos, quiero que los leas, los analices y memorices lo más relevante. El miércoles hablaremos de ellos.

—Ayer nos visitó la doctora Marigno —el tono de voz le sale con el desprecio deseado— y me hizo algunas pruebas cognitivas básicas, es lo menos es lo que sentí —agrega intentando quitarle el dramatismo que le había impreso a las palabras—. Es que tú y yo hacemos otras mucho más complejas —ante el silencio, prosigue—. No sé los resultados, porque no me los dio, ni tampoco una fecha en las que estuvieran listos.

—¿Samanta estuvo en tu casa? —Emma afirma con su cabeza, el rostro de la doctora Riskley se vuelve serio y muy pensativo— ¿En domingo? —otra vez afirma— Es poco habitual que realice consultas a domicilio y, mucho menos, en su día de descanso —tiene la sensación que es reflexión más para sí misma que una explicación para ella—. Esta mañana estuvimos conversando en la clínica y no me lo comentó.

—Su excusa fue que sus padres viven por aquí cerca y que aprovechaba para hacerme un control neurológico —ni ella se lo creyó y, por lo visto, tampoco la psiquiatra.

—Sus padres viven por la zona —comenta unos segundos después de acomodar unos papeles sobre su escritorio—. Esta tarde la veo y le pediré tus resultados. Es importante tener un diagnóstico en común y evaluar tus progresos de manera segura.

—Por lo que pude dilucidar, luego de una conversación con Milo, Samy es algo así como la Mujer maravilla para la familia Knatwen Pinedas.

—¿Samy? —se sorprende por el diminutivo. Debe de pertenecer a su club y odiar que abrevien los nombres, es muy fastidioso ese hábito.

—Así la llamó Anahí —se encoje de hombros—, mientras la saludaba con un fuerte abrazo y vestida casi sin ropa.

—¿Sin ropa? —la cuestiona como si no le creyera.

—Bueno, traía un camisón cortito y un desabillé que dejaba poco a la imaginación —intenta ser objetiva, para que la otra mujer no piense que exagera, algo poco habitual en ella—. Lo que más me molestó fue la familiaridad con la que se trataron —insiste.

—¿Cómo te trató la doctora Marigno a ti? —murmura unos segundos después— O, mejor dicho, ¿cómo sentiste que te trató? —se corrige dando a entender que su interés es solo profesional.

—Muy bien —admite un minuto después—. Me explicó, con mucha paciencia, que ellas son amigas porque compartieron muchas horas juntas esperando a que despertara del coma.

—¿No le creíste? Te pregunto por tu tono de voz cuando lo dices.

—Por momentos sí y, en otras ocasiones, pienso que me mienten. Hizo hincapié en que nunca estuve sola, porque mi familia y mis amigas me acompañaron en todo momento —agrega sintiendo que no este punto no es parte de la conversación. O quiere dejarla bien parada a la o doctora margino—. De todas maneras, no tengo derecho a pedirle celibato después de un año y medio sin hacer el amor con ella.

—¿No has pensando en volver a dormir a su lado?

—Lo hemos hecho un par de veces, pero fue más bien una situación platónica —suspira—. Mi cuerpo ya no es el mismo.

—¿Qué no te agrada de él? Me comentaste, en más de una ocasión, que estás mucho más delgada y que los ejercicios te han sacado músculos.

—Las cicatrices son demasiadas. —Con la yema de su dedo índice, acaricia una marcada en su brazo izquierdo.

—Difícilmente desaparecerán todas, ni siquiera con el paso del tiempo. Así que tendrás que acostumbrarte a convivir con ellas —vuelve la sonrisa sincera—. Te propongo lo siguiente, no como tu psiquiatra, es decir que piénsalo y haz lo que desees. Incluso, puedes consultarlo con la psicóloga —insiste temerosa de cómo tomara la sugerencia, Emma opta por el silencio—. Comienza a hacer aquellos pequeños quehaceres domésticos que siempre te gustaron.

—¿Cómo cocinar, por ejemplo? —Adora prepararles la comida a sus hijos. Ellos devoran todo con apetito y mucho entusiasmo.

—Sí. Puedes pedirles ayuda a Milo y a Iván e incluso a tu esposa.

—Me gusta la idea —sonríe, por primera vez desde que iniciaran la consulta.

—Y, lo más importante —la doctora baja la cabeza y mira el teclado, suspira y regresa a observarla—; tienes que comenzar a dormir con Anahí. De esta manera, volverás a sentirte amada y deseada. Fortalecer la autoestima ayuda mucho a la recuperación de pacientes que han atravesado por traumas tan severos como los tuyos.

—Es que mi cama es muy pequeña y no puedo subir las escaleras —se queja por las pocas opciones que tiene—. El fin de semana pasado dormí en mi habitación del primer piso, me costó muchísimo subir y me aterrorizó bajar. No malinterprete la situación, me ayudaron mis hijos y Anahí.

—Busca una solución que te satisfaga y ponla en marcha. Sé que podrás —mira el reloj—. Debo dejarte, otros pacientes me requieren.

—Nos vemos el miércoles.

—Emma, es normal sentir miedo, date el lujo de permitírtelo. Que pases un hermoso día y, cualquier duda que tengas, me mandas un mensaje. Te responderé en cuanto me desocupe.

Después de cortar la video-llamada, se levanta de la cama, se viste y sale al parque. La idea de seducir a Anahí le genera una gran expectativa. Necesita saber que aún no la perdió, a pesar de que recuerda ese sentimiento que tenía antes del accidente, ese de querer separarse de ella para siempre.

Mira su celular y comprueba que han pasado veinte minutos de las diez de la mañana. Así que busca en sus contactos y espera que le respondan.

Capítulo 15

Tres, cuatro, cinco veces y el celular no responde. Corta la llamada comprendiendo que la otra mujer debe de estar muy ocupada, porque le hubiera respondida a la primera. Inspira, expira y recuerda que su psicóloga le recomienda tener paciencia, que las personas no están al cien por ciento a su disposición. No puede obtener lo que desea al instante.

Es verdad que la idea de cambiar la cama es excelente, pero puede esperar un día más. Se pone de pie y camina con su andador hasta la cocina. Allí se sirve una bebida fría y evalúa qué posibilidades tiene de cocinar por sí sola. Quizás si va paso a paso, en pocas semanas estará haciendo la cena. En eso escucha se celular y lo saca del bolsillo para atender.

—Hola, jefa. No pensé que me estarías vigilando y decidí tomarme unas vacaciones en el Caribe.

—Muy graciosa —sonríe por las ocurrencias de su amiga—. No necesito controlarte, porque estoy segura que trabajas más que yo.

—¡Ni lo dudes! Perdón que no te atendí, no le estaba prestando atención al celular —se disculpa con sinceridad—. Es que estaba dictándole unos acuerdos a Candela para mandar mañana a Comercialización.

—Pensé que Kevin era tu secretario.

—Aceptó ser del Departamento, siempre y cuando trate personalmente con Candela. Sabes que me adoran por estos lados.

—No has perdido las mañas.

—Solo algunas —se la escucha reír con suavidad—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero cambiar la cama de mi improvisada habitación —Gabriela prefiere ser pragmática y no andar con rodeos, por eso se lo dice de una—. La que tengo es pequeña e incómoda para subir y bajar de ella sin ayuda.

—Lo de pequeña es porque no puedes dormir acurrucadita con tu esposa —reflexiona, acertando a la primera.

—¡Gabriela! No todo pasa por el sexo —en su mente se hizo la idea que Candela le mostró otra faceta de la relación de pareja. Una que su amiga difícilmente conocía.

—Estoy hablando de hacer el amor, mal pensada —se hace la ofendida—. Mis amigas son todas unas pervertidas.

—¡Ja! ¡Ja! —No le queda de otra que reírse— ¿Vas a ayudarme o no?

—Sí, por supuesto —se apresura a contestar—. Dime para cuándo, así miro la agenda y llegamos a un acuerdo del día.

—Pues, quería que fuera ahora —cuando pronuncia el deseo, se da cuenta que es una locura —. Bueno, si es que sabes armar una cama.

—No soy la habilidosa carpintera del grupo, pero me las arreglo —sigue su tono de broma —. Te recuerdo que soy ingeniera y adivina quién armó las camas de los niños.

—¿Candela con tu padre? —¡Cuánto echa de menos bromear con sus amigas! Tiene que pensar en serio volver a trabajar.

—Muy graciosa.

—No bromeo, lo sé de primera mano.

—La rubita chismosa, seguro —se refiere a Elizabeth—. Es que estaba de viaje y cuando regresé ya habían armado las camas y el resto de los muebles. No tuvieron la delicadeza de esperarme.

—Excusas. Válidas, pero son simples excusas.

—Te recuerdo que me estás pidiendo un favor —se escucha la voz de Candela que la llama —. Dame un segundo, no me cortes. —Murmura durante unos minutos, sin lograr entender ni una de las palabras que pronuncian—. Emmy, voy a la hora del almuerzo y llevo la comida. Ahora te dejo, que llegó un cliente poco agradable.

—¿Quién?

—El marido de Paola, me tiene cansada con sus suspicacias.

—Por suerte ya terminaste con esa vida licenciosa.

—Mi Candy me corta en pedacitos si llego a tocar a otra mujer.

—Y bien que hace —al parecer la joven tiene el suficiente carácter para imponérsele a su amiga, aunque parezca una dulce, cariñosa y pobre joven que no mata ni a una mosca—. Te espero. Y, aunque no me creas, fuiste mi primera opción.

—Tienes que solucionar ese problema, lo más pronto posible —refiriéndose a Érica, por lo que opta no opinar—. Te quiero.

Gabriela llegó a las 13:05 horas. Vino vestida con unos vaqueros viejos, zapatillas y comida mexicana, esa que les gusta a ambas. Almuerzan las dos, bromeando y contando anécdotas de las peripecias de los empleados de McCorin durante la pandemia.

Como la cama hospitalaria tiene ruedas, la guardan en el quincho y arman la que estaba en la habitación. Es de una plaza y media, pero resulta más cómoda y amplia que la otra. La cual resuelven donar a la Iglesia, por intermedio de Maggie.

Pasan la tarde conversando de Candela, de su familia, de Elizabeth y su relación con Vanesa.

—Quedó excelente, muchas gracias —Emma está observando la cama recién tendida.

—Me temo que debo abandonarte —le anuncia alrededor de las 18 horas—. Tengo que pasa a buscar a mis sobrinos por la casa de los abuelos.

—Pensé que los padres de Candela vivían en un pueblo a unos kilómetros de aquí.

—Me los traje antes del aislamiento y se mudaron con mis padres. Ahora no queremos que vuelvan a vivir solos, especialmente después del suicidio de la hija —comenta con tristeza—. Así que cuando compramos la casa, ellos se mudaron al departamento que mamá tiene arriba de la cochera. Un acuerdo beneficioso para todos. En cuanto vendan la casa del pueblo, los ayudaremos para que se compren una cerca de la nuestra.

—¿Son buenas personas?

—Tanto como la hija —una amplia sonrisa se dibuja en un rostro enamorado—. Te pido que no comentes el suicidio, a los niños les dijimos que se murió de un paro cardíaco.

—Se le rompió el corazón —Gabriela asiente—. Guardaré el secreto, no te preocupes que no los lastimaré.

—Gracias. —La abraza fuerte y se quedan así por unos minutos. Ambas necesitaban del abrigo de la otra—. No vuelvas a abandonarme, casi me muero al enterarme del accidente. Y ni te cuento cuando los días comenzaron a sucederse y no despertabas —las lágrimas cubren el rostro y se las seca con suavidad.

—No lo haré, es una promesa —que es difícil de cumplir, pero necesaria de jurar en momentos como estos—. Y gracias a ti, por ayudarme ahora y durante este año y medio.

—Me escapé de McCorin toda la tarde, fue la mejor decisión que tomé desde que le pedí

matrimonio a Candy.

Los mellizos estaban en la casa de un compañero, por lo que Anahí los fue a buscar después de salir del trabajo. Cenaron juntos, bromearon y ella les mostró orgullosa que habían cambiado la cama. Esa noche durmió sola, pero tranquila y feliz.

Seguirá con los consejos de la psiquiatra. El martes despierta más temprano de lo habitual, dirigiéndose a la cocina, para preparar el desayuno a su familia. Pone el agua en el fuego y despacio saca la leche, la manteca, el dulce de la heladera.

—Buenos días, mi amor—siente el calor del cuerpo de Anahí, quien le acaba de susurrar al oído y abrazarla por la cintura—. ¿Qué haces?

—Retomar algunos hábitos que teníamos antes del accidente. —Gira con cuidado y la besa en los labios. Por primera vez desde que despertara, profundiza el beso y saborea su boca durante varios segundos—. Siéntate, que ya te sirvo para que te cebes unos mates.

—¿Te ayudo? —murmura con sus labios pegados a los de su esposa y respirando agitada.

—No, puedo sola —un último beso y vuelve a girar para continuar con la tarea programada —. Tan solo lo haré más lento.

—Como tú quieras. —La obedece y comienza a preparar las tostadas para ella y los niños.

—También me gustaría comenzar a cocinar, así que hoy iremos al supermercado cuando regreses de la oficina.

—Hola, mamá —Iván le da un beso—. ¡Al fin vamos a desayunar como Dios manda!

—De ahora en más, te preparas tú el desayuno —le responde Anahí, pegándole suavemente con el repasador y haciéndose la ofendida.

—Mami, tú odias cocinar. —Milo da fuerza al comentario de su hermano, después de saludar a Emma—. Y comemos lo que nos preparas porque te amamos, nada más.

—Los niños tienen razón —la mujer les sirve la leche y se sienta con su café, observándolos con una amplia sonrisa.

—¡Genial! Los tres contra mí —rezonga con humor.

—Eres la mejor mami del mundo —Iván le da un beso— y te adoramos.

—Sí, ahora quieren arreglarla —se ceba otro mate y Emma les prepara la segunda ronda de tostadas—. Mamá me pidió que hoy vayamos al supermercado, así que estén listos para cuando regrese. Terminen que ya llega la combi.

La bocina se escucha y los mellizos terminan la leche, para ir corriendo a buscar las mochilas. Regresan a la cocina y le dan un beso a la mamá.

—Gracias por el desayuno y hoy te voy a preparar la mejor pizza que te comiste en tu vida.

—Eres un fanfarrón —comenta su hermano, imitando el saludo—. Cocina pasable, pero se cree el mejor *pizzero* del mundo.

—Habló Milo, el humilde.

Salen peleando entre ellos, como dos niños de nueve años que se adoran. Emma se levanta despacio y comienza a llevar las tazas al fregadero. Anahí acompañó a los mellizos hasta la combi.

—Deja, yo lo hago —un beso sigue a las palabras.

—¿Realmente prepara pizzas?

—Les salen riquísimas —la abraza con fuerza—. Incluso le enseñaron en la panadería a amasar pre pizzas. En eso se parece a ti, le encanta cocinar.

—Era hora que tuviera un ayudante —bromea—. Ve a cambiarte o llegarás tarde a la empresa.

—Tengo tiempo de sobra —le acaricia el rostro—. Estoy pensando que hoy podría llegar

más tarde y pasar una mañana tranquila contigo.

—Hoy toca limpieza general, así que cambia de planes.

—¡Noooo! —niega en la exageración— Pon el agua mientras me cambio, así me tomo otros mates.

—Sí —murmura haciendo lo solicitado y acomodando las tazas usadas en el desayuno en el lavavajillas. Unos minutos después, aparece su esposa con un pantalón color cremita y una camisa blanca sin mangas con vivos haciendo juego—. No recuerdo esa ropa.

—¿Esta? —se mira analizándola— La compré el mes pasado con otros dos conjuntos. Es que ya había utilizado toda la ropa que me regalaste y no quería repetirla en la empresa.

—Te queda preciosa.

—Me asesoró Lucía —las miradas se cruzan y opta por el silencio—. Ahora que estás a mi lado, me ayudarás con esto de la ropa.

—No creo ser la idónea para ello —observa como Anahí se sienta y se ceba otro mate—. Tú no solías usar la ropa que te regalaba.

—¿Para ir a trabajar a la panadería? —la cuestiona con incredulidad— Todo lo que elegías para mí era hermoso, pero no quería que creyeras que estaba contigo por los regalos.

—Nunca lo pensé. Recuerdo que te ponías incómoda cuando lo hacía —se sienta con un vaso de agua, no puede abusar de tomar café y debe hidratarse—. Anahí, ¿por qué no me dijiste que asumiste la Dirección de la empresa? Es que pensé que me engañabas y que cada mañana ibas a verte con otra persona, por eso salías elegante de casa —la pregunta que le ronda desde hace semanas, por fin se escapa de su mente—. Hasta que mis amigas me explicaron qué hacías, me fabulé miles de opciones diferentes.

—Lo siento tanto, mi amor —le acaricia el rostro durante unos segundos, los ojos oscuros están llenos de tristeza y buscan la comprensión—. Cuando despertaste mi mundo se volvió nuevamente un caos —murmura sin detener la caricia— e intenté partirme en varios pedacitos para cubrir la casa, la empresa, los niños, a ti. Así que los días fueron pasando y no se me ocurrió contártelo, como tampoco te dije que Lucía vivía en casa. Tan solo pensé que lo sabías —se acomoda en la silla y se encoje de hombros—. Quizás el miedo tuvo que ver en las decisiones equivocadas que tomé.

—Fuiste muy valiente para tomar mi lugar —se sorprende por la sinceridad con la cual le respondió— y, por algunos comentarios de Elizabeth, sé que estás haciendo un gran trabajo.

—La idea de perder tu empresa y la de mis hijos era más potente que cualquier terror que sintiera. Tu padre no tuvo piedad en el reclamo y me puso entre la espada la pared.

—No es una crítica, fue lo único que podías hacer.

—Malaika y Vanesa me asesoraron en todo momento.

—¿Te gusta estar en la empresa? —Le devuelve la caricia, sintiendo que es hora de comenzar a hablar de lo que les pasa a ellas.

—Mucho más que en la panadería —sonríe ante su propia broma—. Al principio todo era nuevo y caminaba como en puntillas, para no equivocarme. Si bien Rho me había estado explicando cómo funcionaban los sistemas de seguridad, era muy complicado ser tú —Rocío estuvo metida en demasiadas cosas de la vida de su familia, ¿hasta dónde habló? ¿Hasta dónde calló? Esto la intriga desde que comprendió quién era—. Así que, mi hermosa esposa, mejórate rápido que quiero unas vacaciones.

—Faltan meses para eso y, cuando llegue el momento, veremos cómo nos acomodamos. Me gustaría que siguieras en McCorin.

—Zanjaremos ese problema cuando lo tengamos —se separa de ella, toma su último mate y

se pone de pie, arreglándose la ropa—. Debo irme o se me hará tarde.

—Supongo que Azucena no está muy feliz con todo lo sucedido.

—Te odia cada día un poquito más —pronuncia despacio—. Regreso a las cinco, así no se hace tarde para cenar, que mañana es día de escuela.

La besa en los labios y se va de la cocina, dejando el aroma de un perfume que recuerda haberle regalado para un aniversario.

Su día pasó rápido. Federica la ayudó a limpiar su habitación, tuvo sesiones con el fisioterapeuta y la psicóloga. Los niños regresaron de la escuela y almorzaron juntos. Después los tres tomaron una siesta reparadora y se bañaron temprano, para esperar la llegada de Anahí.

—¡Mami! —Iván sale corriendo a recibirla y le da un beso—. Ya estamos listos.

—¡Qué guapa que está mi familia! —se acerca Emma y le da un beso— Me cambio de ropa y en cinco minutos partimos.

—¿Te molesta que vaya en la silla de ruedas?

—No —estaba vestida con un vaquero viejo, una remera y unas zapatillas. Se la notaba cómoda, más no tan hermosa como lo estaba en la mañana—. Lo único que tendrás que ayudarme, porque no tenga la fuerza suficiente para subirte a la camioneta.

—Nosotros te ayudamos —aparece Milo con bolsas para el supermercado y una amplia sonrisa. Los niños adoran salir de compras con Emma. Desde que tienen tres años se convirtió en un paseo de ellos tres, dejando a Anahí fuera de la experiencia.

«Tengo que cambiar demasiadas cosas. Pero, como dice mi psicóloga, debo hacerlo de a una». Las compras, guardarlas y decidirse qué cenarán, les lleva poco más de dos horas. Así que ahora están en la cocina, con su hermoso hijo amasando pizza.

—Mami, ¿me puedes preparar la salsa? Es que siempre la cocinaba Lu.

—¡Yo lo hago! —Emma se pone de pie y va hacia la heladera para sacar los ingredientes. Escuchar cómo sus hijos mencionan tan seguido a su enemiga y con tanto cariño, es como un puñal que se le clava en el corazón. Suspira y mira a su esposa, que se había puesto de pie para ayudar—. Me puedes picar la cebolla y el ajo, que me cuesta porque necesito de ambas manos al mismo tiempo.

—¡Foto familiar! —grita Milo que tenía su celular en la mano y dispara varias selfis—. Ya las mandé al grupo de los Knatwen —anuncia unos segundos después.

—No llores mami —Iván le acaricia la nariz, llenándosela de harina—, no toma tan malas fotos.

—Lo que es la envidia —responde Milo, bromeando porque su Anahí estaba picando cebolla.

Así continúa una velada que recuerda a momentos felices de tiempos que no regresarán, ha pasado demasiada agua bajo el puente. Deja la cocina arreglada para el desayuno, mientras Anahí lleva a los niños a la cama y se dirige a cerrar las ventas, poner la alarma y la rutina de cada noche.

—Toma —escucha que le murmura y nota que le entrega una copa con vino blanco—. Deberías beber una buena cerveza.

—Eso gustos se los dejo a mis amigas y a ti. Yo, más bien, prefiero el buen vino.

—Al igual que Eli —le recuerda—. Hoy te comportaste extraña desde que amanecimos. ¿Me puedes contar qué te sucede?

—Tengo que superar el accidente y recuperar mi vida —los ojos oscuros dan cuenta de no estar muy convencida por el cambio repentino—. Ayer la doctora Riskley me recomendó que debía comenzar con pequeños hábitos cotidianos que amara hacer, como cocinar. Es que después

de la visita de... Samanta, me quedé pensando de todo cuanto me estoy perdiendo por estar encerrada en mi habitación y de mal humor.

—¿Le contaste que Samy estuvo acá?

—En un momento de la sesión y no me creía. Tuve con contarle con lujos de detalles su visita a domicilio —el sarcasmo se lo deja notar y observa la sonrisa de Anahí, sin perderse ni un movimiento—. ¿Quieres dormir esta noche en mi cama?

—Me cambio, me lavo los dientes y en cinco minutos estoy a tu lado.

Desde que la conoce le causa gracia que mida todo en cinco minutos, a veces tarda muchos más. Termina su tarea, se dirige a la habitación para ponerse el piyama y prepararse. Luego la espera en la cama, con una amplia sonrisa iluminada por una tenue luz que ingresa del parque.

* * * * *

Sale apresurada de la habitación, lo último que desea es que su mujer se arrepienta. Es que no está muy segura qué le sucede a Emma, pero tiene planes de disfrutarlo mientras dure. En eso recuerda que estuvo hablando con Aylin y que a la mujer no le gustó ni medio que Samanta las visitara. «Mañana se lo cuento, a ver qué le dijo, quizás pueda tener alguna idea para comprender el cambio repentino. Además, esto beneficiará indirectamente a Samy».

Su veta romántica hace que desee que las personas a las que conoce y quiere, sean felices. Como es el caso de Lucía que, si bien su noviazgo con Érica le ha traído muchos problemas con Emma, la ayudaría mil veces más para que estén siempre juntas. Hacen una pareja hermosa y son tal para cual en muchos aspectos.

Sacude su cabeza con suavidad para despejar las interrupciones de su mente y mirarse al espejo una última vez. Ahora debe concentrarse en su propia felicidad y en cómo podrá recuperarla. Este es un paso importante, ya que el sexo siempre fue genial entre ellas y, en más de una ocasión era lo único que las unía, hasta que sus almas se volvían a encontrar.

El camisón le queda muy bien y espera que Emma lo note. Cierra la puerta de su habitación con suavidad, para que los mellizos no sepan de su ausencia y baja las escaleras. Lo primero en darse cuenta es que la alarma está conectada, las ventanas cerradas y la casa en silencio. Se acuesta despacio al lado de su mujer y una amplia sonrisa, una que había perdido hace demasiados años, la abraza para comenzar a besarla.

—Si no desea hacer el amor, no hay problema. Sólo quiero estar contigo y nos podemos amar de diferentes maneras —las palabras de Emma parecen estudiadas.

—No pienso moverme de tu lado —manifiesta con la voz grave, producto del deseo intenso que le generó el beso—. Has lo que quieras conmigo.

—Anahí, por favor —le toma el rostro en su mano—, no tienes que sentirte obligada.

—Te deseo y, mi amor, esta noche hablas demasiado.

Emma la atrae hacia ella y vuelve a retomar el beso apasionada que quedó inconcluso. Anahí responde con toda esa intensidad reprimida desde hace tanto tiempo, que ya se olvidó cuando fue la última vez que se amaron sin esa neblina de celos que las envolvió. Ahora prefiere separar los labios y ofrecerle la boca para su más íntima exploración, apretando su cuerpo más al amado. La mujer mayor la besa y acaricia con esa voracidad del deseo que recuerda desde siempre haber sentido por ella. El propio apuro la lleva a meter la mano debajo de su camisón y acariciarle los senos, que ya esperaban ansiosos. En cuanto la yema del dedo toca uno de ellos, la morocha se derrite contra sus manos y su cuerpo se moldea a cada caricia que recibe. Conoce del placer que le esperaba, pero no recordaba tanta pasión.

A ambas les cuesta respirar, sus bocas no se habían separado un milímetro desde que comenzaran a besarse. Emma se aleja en busca de aire, sin dejar de acariciarle el pezón. La mira con intensidad, en busca de focalizar el cuerpo que solo está bañado por la tenue luz que ingresa a la habitación.

—Eres hermosa, desde que te conocí que no me canso de decírtelo.

—Emmy, mi amor —le acaricia el rostro—. Llevo meses sin ti, te necesito más allá de lo inimaginable. Si quieres me desnudo y aprecias mi cuerpo toda la noche, pero ahora, por favor, solo hazme el amor.

Con una amplia sonrisa de felicidad, porque esta vez no tenía ni una pizca de ironía, se acerca a su cuerpo, quita la mano que la acaricia, apoya los labios y le besa en el surco que se forma entre sus pequeños senos. La lengua toma su lugar y la desgraciada baja por su cuerpo, sin separarse de la piel. Deja un camino de fuego hasta que llega al interior de su entrepierna, allí se desata el mismísimo infierno que amenaza con consumirla antes de satisfacerla.

—Eres exquisita.

—Emmy —ya no controla su mente, sus palabras escapan y la boca atrapa su clítoris hasta hacerla gritar de placer.

No fueron muchos los segundos que necesitó para alcanzar el orgasmo en los labios amados. Tampoco importó el tiempo o el lugar en dónde estaba. El deseo fue tan profundo, como el grito de liberación que escapó de su garganta. El rostro se acerca al suyo, vuelve a besarle los labios, ahora con su propio sabor en ellos.

—Aquí es el único lugar donde te hago feliz —murmura al tiempo que se inclinaba hacia ella.

Le lame los labios, los besa y luego los mordisquea con suavidad. Es tan excitante como los dedos que están ingresando en ella. Al principio lo hace con suavidad y la boca mordisquea con cierta presión, luego el ritmo de sus dedos está acelerándose, llevando a Anahí, una vez más, más allá del deseo y de la locura. Su corazón late tan deprisa por la excitación que pierde el control de su propio cuerpo y ella misma es quien muerde los labios de Emma, ahogando el grito desaforado de un orgasmo sublime.

Necesitó unos minutos para recuperar el control. Su mujer no ha dejado de mirarla, ni de acariciarle el costado del cuerpo y la panza.

—Ahora es mi turno —la mejilla es tan suave que sus dedos no quieren romperla cuando la rozan.

—¿De qué hablas? —la voz está cargada de deseo.

—No pensarás que saldré de esta cama sin haberte amado tantas veces como me lo pidas.

Ante la sorpresa de la respuesta osada y poco frecuente en la más joven, la empuja y la deja con la espalda sobre la cama. Anahí se tira sobre ella, quitándole el piyama que le obstaculiza disfrutar de la piel que tanto anhela.

—¿Qué haces?

—Adivina —la besa por un segundo, luego baja, retirándole los pantalones y la bombacha con un solo movimiento. Emma se estremece al quedar desnuda y expuesta.

—Tengo demasiadas cicatrices en todo mi cuerpo —susurra avergonzada—, como para ser una mujer deseable.

Esta frase, unida a la anterior que apenas si su mente analizó, enciende una alarma en Anahí. Las inseguridades de la otra mujer no la están dejando ser feliz. Es que, antes del accidente era el sobrepeso, ahora esto y mañana, ¿qué otra excusa pondrá para no dejarse amar?

—Cada una de ellas —las acaricia tomándose todo el tiempo que no posee, porque la desea

demasiado—, son el testimonio de que sobreviviste a pesar de tener todos los pronósticos en tu contra. Son signos de que luchaste por estar, ahora, en mi cama.

La boca tomó el lugar de los dedos besando, con mucha ternura y paciencia, cada cicatriz de su amada. No necesita de la luz, porque las conoce de memoria. Cuando llega al tobillo de su pierna izquierda escucha, como a lo lejos, un leve suspiro escapársele de la garganta. Siente la entrega de la mujer que está amando, así que se apresura y sube por la parte interna de la pierna. Fue una acción calcada de la que pocos minutos atrás disfrutara ella. El deseo era tan fuerte que Emma grita de placer, como pocas veces la ha escuchado y el leve sudor de su cuerpo era muestra de la intensidad del deseo. A ella la excitó tanto que buscó los dedos amados y, sin dejar de mirarla en la oscuridad, los introdujo en su propia entrepierna. Comenzando a moverse pausadamente. Al liberar su propia mano, también ingresa en Emma y sienta la humedad cálida que la vuelve loca. El ritmo aumenta con rapidez. Los ojos oscuros están fijos y pendientes de los celestes, que ya no están tan claros. A un segundo de conseguir la liberación, Anahí tapa la boca con un profundo beso y ambas sienten el cuerpo de la otra estremecer ante el placer mutuo.

Busca aliento, cuando lo encuentra se separa y se tira sobre la sábana fría de su propio lado de la cama. Necesita un poco de calma para volver a amarla, al menos, una vez más. Es que no se cansa de ella, desde el primer día que ha sido así.

—¡Wow! No recordaba que fueras capaz de hacer estas maravillas.

Le acaricia la mano y Anahí no puede dilucidar si las palabras son auténticas o sarcásticas. Como si estuviera pensando que estuvo practicando con otras mujeres. Se queda con la primera opción, hoy prefiere ser feliz y no obsesiva como ella.

—Si me dejaras hacerte todo lo que mi imaginación quiere, no tendrías ni un minuto para salir de esta cama. Ahora, mi perversa esposa, te doy dos opciones o levanta ese fantástico cuerpo desnudo y lo pegas al mío o abres esas hermosas piernas y esperas mi boca. Decide que te doy diez segundos, luego seré yo quien tome la iniciativa.

Escucha una suave carcajada y siente el cuerpo desnudo de ella pegado al suyo. Fueron apenas cinco los segundos que utilizó para pensarlo.

—Tienes mucha ropa —le acaricia el borde del camión.

—Y, ¿quién tiene la culpa de semejante barbaridad?

El resto de la noche se vuelve confuso, en esa neblina del deseo que no te deja pensar con claridad. Anahí está feliz de poder ser ella misma, de poder dejarle sentir todo el deseo que le provoca y de satisfacerla para, al final, satisfacerse a sí misma.

Cuando se está durmiendo, agotada y sin más fuerzas para amarla una vez más, cree escuchar un “te amo” de los labios de Emma. Lástima que, al despertar unas horas después, no puede confirmar si esas palabras fueron ciertas o simplemente su imaginación le jugó una mala pasada. Es que vivir a su lado es un terrible sube y baja emocional, sin tener jamás la certeza de ser amada, más allá del deseo.

Capítulo 16

Borrar la sonrisa de su rostro será difícil. Es que pasó una noche de ensueño en sus brazos, ya se había olvidado lo maravilloso que es amarla y dejarse amar. Termina de arreglarse en su habitación, los mellizos ya están en la combi y ella debe llegar temprano a McCorin.

—Me voy —le susurra en los labios a Emma, quien aún permanece en la cocina terminando de desayunar. La besa y su boca sabe a café—. ¿Necesitas que te traiga algo?

—Compra un kilo de fideos caseros en la casa de pastas que tanto me gusta. Voy a preparar unos con pesto, que a los mellizos les encanta.

—Cuenta con ellos y si necesitas algún ingrediente para el pesto, me mandas un mensaje. Nos vemos a la noche y, por favor, cuídate mucho.

—Aquí te espero —susurra entre broma y un dejo de deseo.

Llega con los minutos contados y se encuentra que el cliente ya la está esperando. Lo hace pasar a su oficina y ambos se sientan.

—Disculpe la demora, es que mi pareja aún requiere de ciertos cuidados y no siempre consigo hacerlos a tiempo.

—No se preocupe que apenas han sido unos minutos —responde el hombre galante— ¿Cómo está Emma?

—Mucho mejor. A pesar que camina con el andador y que le cuestan algunos movimientos —prende la computadora, por si necesita algún dato importante—. Por suerte, el aspecto cognitivo ha mejorado muchísimo y su memoria está bastante intacta. Salvo por los sucesos en el momento del accidente.

—Dicen que es lo normal es estos casos. Por favor, dele saludos de mi parte, es que su... pareja es una gran mujer y una brillante empresaria —si bien se traba en cómo catalogarla, muestra respeto y cariño hacia Emma—. Se la echa mucho de menos, sin ofenderla.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Díaz, ella es irremplazable —su respuesta es sincera y espera que pronto regrese al trabajo—. Aquí tengo la carpeta con el presupuesto de las nuevas alarmas para su empresa —notó la dificultad que el hombre tuvo en poner en palabras que ella es lesbiana, seguro que esto tiene que ver con Gabriela—. ¿Cuáles son sus dudas respecto a los nuevos sistemas? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Usted sabe que mi relación con Dürror no es la mejor del mundo, especialmente después de mi separación con mi esposa.

—Lo siento, no tenía ni idea —menos mal que Candela tiene tan enamorada a Gabriela que no piensa en amantes, porque si no esto se le hubiera ido de las manos—. Mire, si a usted le molesta tratar con la ingeniera Dürror, le puedo concertar una cita con la ingeniera Múnedez —en cada una de las oportunidades resalta los títulos universitarios de las directoras—. Ella lo atenderá con gusto, si se lo pido. Es una joven un poco más parca en las palabras, pero es excelente explicando cómo funcionan los sistemas de seguridad.

—Lo preferiría. Es que estoy muy interesado en las innovaciones que me proponen y en el monitoreo para mis vehículos —se lo nota abatido y cansado—. Solo vine personalmente para cerrar el nuevo contrato con usted y evitar malos entendido —le devuelve la carpeta, entregándole unos papeles que Anahí lee por arriba, corroborando las marcas y comentarios que

el hombre realizó en ellos—. Ya se me hizo tarde y debo irme, que me están esperando.

—Le prometo, señor Díaz, que en la semana me acerco a sus oficinas para firmar el contrato con los cambios que me solicita, no se preocupe por ello. —Le estrecha la mano y, al quedar sola, toma el teléfono—. Gaby, recién atendí al exmarido de Paola y quedamos que, desde ahora en más, tratará con Rho. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto —se la escucha reír—. Sabes cuál es el problema del señor Díaz —pronuncia su apellido con tono despectivo—, que no sabe satisfacer a su mujer y le echa la culpa a los demás.

—Especialmente a ti —Lucía ingresa a la oficina y se sienta en su lugar, así que le hace señas que la espere un minuto.

—Soy totalmente inocente —hace silencio—. Debo dejarte, porque unos ojos celestes, enmarcados en una bellísima cabellera rubia, me están tirando puñales. No creo poder esquivarlos a todos.

Sonríe ante la descripción de una Candela enojadísima, al parecer el tema Paola sigue siendo tabú entre ellas.

—¿Qué sucede? —Lucía observa su sonrisa, está expectante de la llegada tarde y comentario a Gabriela.

—Cosas de trabajo, nada más —murmura, colgando el teléfono y restándole importancia—. Como no tenemos más citas para esta mañana, quiero que pidas unas facturas y me prepares unos mates, que tengo algo jugoso para contarte.

Veinte minutos después su amiga está sentada frente a ella, con un segundo desayuno preparado. Ella aprovechó el tiempo para mandar los cambios a Comercialización y a Administración.

—Cuéntame qué pasó, estoy intrigadísima —Lucía acomoda el termo, el mate y las facturas para luego sentarse, ansiosa del chisme.

—Anoche hice el amor con Emma, varias veces —señala el número con los dedos, para darle fuerza a su afirmación.

—¡No te puedo creer! —Se queda con el mate a medio camino de su boca, ante la sorpresa — Con razón esta mañana apareciste con esa cara de feliz cumpleaños.

—La misma que traes tu desde hace cuatro meses.

—¡Mírame! ¿Tengo cara de haber hecho el amor toda la noche?

—No hoy, porque Kira está de viaje.

—La echo mucho de menos —termina su mate con un semblante triste, no se acostumbra a las ausencias de Érica—. Imagínate cuánto, que le pedí a mamá que se quedara unas noches conmigo. Le puse, como excusa, que la casa es grande y todavía tengo miedo de estar sola.

—¿Y dejó solo a tu padre para acompañarte? —No recuerda ni una vez que Soledad no durmiera en la cama con su marido.

—Sí, es increíble. Lástima que no lo hizo por su amada hija, sino por los gatos —reconoce con tono de desolación—. Esa mujer extraña, que antes era mi madre, los adora. Entre ella y las actitudes de tu esposa, creo que atravesamos el portal de la Dimensión desconocida.

—¡Ja! ¡Ja! —Generalmente no entiende ni una de las referencias que su amiga hace a las películas o series de terror. Ahora tan solo se ríe del dramatismo que le pone a la situación—. No sé tu madre, pero mi Emma estuvo hablando con su psiquiatra y le aconsejó que retomara hábitos que ama hacer. Así que ahora nos prepara las comidas y...

—...te hace el amor. Esto último te encanta —levanta las cejas, como en complicidad—. Y lo otro también, ya que odias cocinar.

—No tienes cura —ríe con ganas por las ocurrencias de Lucía—. Lo del sexo no fue casual —admite feliz—. Tengo la certeza, porque el lunes le pidió a Gaby que la ayudara cambiando la cama por una más grande.

—Es decir que la pervertida de tu esposa tenía la idea fija —sonríe recordando las bromas que siempre le hacía respecto al deseo de Emma por Anahí—. Debes admitir que en el sexo nunca tuvieron problema—comenta Lucía feliz ante la alegría de Anahí, quien niega con su cabeza, confirmando lo dicho por su amiga—. Por el contrario, a veces era en el único lugar en que se entendían. ¿Cómo te sentiste, después de tanto tiempo? —El tono de voz se volvió serio y preocupado.

—Que estaba partida en dos —analiza la noche pasada—. Una parte la deseaba con todo mi cuerpo y mi ser; esa disfrutó cada segundo en sus brazos. La otra, acariciaba las cicatrices que tiene e intentaba comprender cómo el accidente no cambió la forma en la que me trata fuera de la cama.

—No debe de ser fácil despertar de un coma tan prolongado y encontrarse que tú has cambiado, has madurado sin ella. Que, con solo veintinueve años te hiciste cargo de una pareja en coma, una empresa asediada por un loco, dos niños de ocho años, una casa. Puedo enumerar varias cosas más, pero tienes la idea, lo que te falta es darte un respiro y una palmadita en la espalda, felicitándote por lo conseguido.

—No lo hubiera logrado sin ustedes dos —admite orgullosa de la ayuda que recibió tanto de Lucía como de Rocío.

—Esos comentarios alimentan la imaginación de tu obsesiva esposa —sentencia con cierto tono de cansancio, como que la situación ya la ha superado y optó por bajar los brazos.

—No me gusta que la llames así —aunque esté de acuerdo con ella, su amiga no es una mujer odiosa para hablar malí de otra persona. Tan solo la vio enojada cuando pasó lo de Vanesa.

—Dejaré de hacerlo cuando se disculpe con Kira, quien sufre por la amistad y el cariño de Emma. Lo importante es que liberaste tensiones en una noche de pasión descontrolada —busca que sonría—. Realmente te hacía mucha falta, estabas inaguantable con eso de la abstinencia. Con Rho estuvimos pensando en regalarte un consolador o pagar...

—No lo digas, porque te despido —la sola idea le genera malestar. Esto de haber sido criada en la religión católica, con dogmas demasiados severos, no le permite liberarse de la culpa por lo que ellos creen pecado.

—Hablando de todo un poco, tu madre me pidió que te dijera que te pasaras por la panadería. Que es urgente. ¡Ah! Y me advirtió que ni se te ocurra mandarle un mensajito, que quiere verte la cara.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Mira la hora en su celular— Voy a ir ahora, así me la saco de encima. Si no regreso en media hora, me llamas al celular y te inventas cualquier urgencia que me requiera acá.

—¿Puedo decir que se está quemando el edificio?

—Ella puede ver que es una mentira.

—Por eso. Es que tu madre no me cae nada bien.

—Puedes hacerlo.

Sin perder más tiempo, sale de la empresa y se dirige a la panadería. Al entrar la encuentra igual que siempre, aunque ahora la sensación que lleva es la de no pertenecer a este lugar. Como si el trabajar allí hubiera sucedido en su vida pasada.

—Hola, Anahí.

—Hola, María ¿cómo está usted? ¿La familia?

—Todos muy bien, muchas gracias. Debo irme, nos vemos mañana.

—Vaya, al fin de dignas a venir a verme.

—Hola, mamá. —En su mente cuenta hasta diez, como le enseñó la psicóloga, para no mandarla al carajo—. Lu me dijo que me necesitabas y que era urgente, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Cuándo piensas regresar? —la sigue al interior del local y se detiene a saludar a los empleados del lugar. A quienes conoce desde hace años y quiere—. Hay mucho trabajo y tengo que evaluar si contratar o no a una nueva empleada. —Anahí permanece en silencio, no pudiendo creer que ese era el urgente de su madre—. Pensé que ahora que esa se despertó, volverías a tu puesto.

—No, mamá. —No tendrá una mejor oportunidad y lo sabe—. Mi lugar es en McCorin el tiempo que haga falta allá, luego veré cuál será mi camino cuando Emma esté recuperada. Lo que voy a pedirte, por última vez, es que dejes de llamarla "esa" con ese tono de asco y despectivo —está levantando la voz y delante de los empleados—. Me tienes harta, asqueada y no te aguanto un insulto más hacia mi esposa y nuestros hijos. Si quieres ser parte de nuestras vidas, tendrás que cambiar como lo hizo papá y mis hermanos. Si no, pues vete a la mismísima mierda tú y tus malditos dogmas religiosos. Chicos —mira a los empleados, quienes giran para estar atentos a ella—, que tengan un gran día y les deseo lo mejor del mundo. Seguro que pronto vendré a comprar facturas, masa o pre pizzas, porque son las mejores que he probado.

Sale sin dirigirle una palabra más. Cuando está cruzando la calle, pega un pequeño salto de felicidad. Acaba de quitarse una de las mochilas más pesadas que llevaba en su vida.

* * * * *

La ropa que seleccionó es nueva, la ocasión lo amerita. Ha estado esforzándose en la rehabilitación física y mental, sin dar cuenta de ello a la familia o a las amigas. Quiere que sea una sorpresa. La única enterada de los avances es Casandra, que hoy vendrá a buscarla para cumplir con su palabra. Lleva casi cuatro meses despierta y no logra, según ella, avances significativos. Aún le duele el cuerpo, pero lo peor es el aspecto cognitivo y emocional. La psiquiatra le explica que va mejor que el promedio de los pacientes que ha tenido. Y que su mente ha estado más de un año en coma, luego de un accidente gravísimo. Es importante que sea feliz con los adelantos logrados y que se dé tiempo para el resto.

Lo emocional es un debate habitual con su psicóloga. Lleva más de un año y cinco meses tramando una vida que no solía hacerla feliz. Ahora quiere solucionar todo en pocas semanas.

—Emma —la joven que limpia la casa la interrumpe—, la Señora McLeughlin la está esperándo en el living.

—Ya voy.

Toma la cartera, una última mirada al espejo y sale a enfrentar uno de sus miedos: poder regresar a su amada McCorin.

—¡Wow! —la empresaria le admira el cuerpo y luego la abraza— Estás preciosa, incluso estrenas ropa.

—Gracias —Da una vueltita, como modelando para ella—. El martes fui a comprarla, porque la que tengo me queda demasiado grande —una amplia sonrisa de satisfacción se le dibuja—. Estoy haciendo mucho ejercicio y desde que desperté mi apetito es mínimo. Así que adelgacé mientras estuve en coma y los pocos kilos recuperados son de la tonificación muscular.

—Estás hermosa y ella lo notará, créeme. Tengo un regalo para ti —anuncia, entregándole

una caja para luego sentarse cómodamente en el sofá, esperando a que Emma la abra.

De la misma saca un bastón, con el mango anacarado negro veteado con plateado. Entre él y el tubo negro hay un círculo de cinco filas de imitación de diamante, espera que lo sea. Termina en una elegante goma, que cumple su función sin quedar exagerada.

—Es muy liviano —está tan sorprendida que no sabe qué decir.

—Lo compré al otro día que me prometiste caminar —se pone de pie—. ¿Te parece que vayamos? —la empresaria se comporta con Emma como una hermana mayor. Con dulzura y paciencia infinita, es alguien irreconocible para el resto de las personas.

—¡Es hermoso! —Deja el otro sobre el sofá. Se seca las lágrimas, ella no había dudado que lo lograría— Vamos —la conoce para saber que no es muy afecta a las demostraciones de cariño.

Sale bien erguida de su casa, caminando tan solo con el bastón y del brazo de una morocha parlanchina.

—Primero vamos a desayunar, luego te llevo a McCorin y, si quieres, te espero.

—No será necesario que me esperes, salvo que quieras visitar a cierta pelirroja —bromea con ella, esperando que pise el palito. Lleva un mes pensando en el comentario inocente de Vanesa y todavía no ha logrado sacarle ni una palabra.

—¿Tienes pelirrojas trabajando en tu empresa? —la inocencia en la pregunta la desconcierta. Entonces deberá pensar en MCL S.A., en donde Vanesa trabajó por varios meses.

—Solo una —sonríe—, y tú la conoces muy bien.

El auto comienza a surcar las calles de una frenética CABA. El aislamiento ya terminó y sus habitantes han regresado al trabajo, en busca de recuperarse económicamente de tanto tiempo inactivos.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en tu empresa? —pregunta, cambiando el tema de la pelirroja, adrede o porque no le interesa; Emma no logra dilucidarlo.

—El viernes anterior a mi cumpleaños o al accidente, como prefieras recordarlo.

—Quiero tu palabra de que cuando no necesites más ese bastón lo tendrás a la vista para recordar que el destino te ha dado una segunda oportunidad —la mira a los ojos. La oscuridad de los suyos da cuenta de la intensidad emocional que ha puesto en el pedido—. La cual no estás aprovechando.

—No entiendo a lo que te refieres.

—¿En serio le mientes a tu hermana mayor? —bromea, cuando ingresan a uno de los shoppings más importante de la ciudad— Desayunaremos aquí, tengo tiempo sin venir.

No tardaron en llegar, Casandra maneja rápido y excelente. Emma aún tiene miedo de subirse a un auto y trata de sobrellevarlo en cada ocasión que se le presenta.

—Es más difícil de lo que parece —caminan despacio hasta encontrar un lugar en el ventanal, el día está hermoso y quiere disfrutarlo al máximo. Piden a la camarera, tomándose de las manos cuando quedan solas.

—Estoy muy feliz que te recuperaras por completo. En más de una ocasión pensé que no saldrías y luego recordaba que desde niña te había enseñado a luchar, sin importar lo duras que pueden ser la batallas.

—Han pasado muchas cosas entre las personas que quiero y no logro acostumbrarme a ellas —confiesa, por primera vez, que se siente desolada—. Mírate, te divorciaste y ahora eres inmensamente feliz al lado de una mujer.

—Sí, lo soy. El problema es que para nosotros pasaron más de un año de miles de situaciones que nos llevaron a este lugar…

—…y para mí fue un pestañeo —comprende el punto de Casandra, quien hace un gesto con la mano dándole la razón.

—Cuando Anahí te vea en ese pantalón ajustado y esa camisa sin mangas, esa que deja expuesta tu nueva musculatura, caerá rendida a tus pies.

—Eso espero. Aunque te juro que me vestí para mí, para sentirme bien con mi cuerpo y sus cicatrices.

—Mueres por ella —bromea y así continúa el resto del desayuno. Intenta distraerla y darle fuerza para afrontar su visita a McCorin—. Deberías proponerle matrimonio —anuncia de repente, refiriéndose a la conversación que están teniendo respecto a la eficiencia de Anahí en el trabajo.

—Al igual que tú —la mira sorprendida—. Me refiero a tu pelirroja.

—¿De dónde sacaste que salgo con una pelirroja? —Se acomoda en la silla, como cuando está en una Junta importante en su empresa e intenta intimidar a los presentes.

—No te tengo miedo —el gesto le causa gracia—. Y lo sé, porque fue el adjetivo que resaltó Vanesa cuando te preguntó por ella.

—¿Vanesa? —intenta recordar el momento.

—Cuando estabas peleando con Elizabeth aquella tarde en mi casa, murmuraban entre ustedes. No lo hacían tan despacio y escuché casi toda la conversación.

—Yo jamás discuto con la rubita teñida —relaja su postura—, es ella que se ofusca en cuanto me ve —hace una señal a la camarera—. Debe de ser mi avasallante personalidad —Emma comienza a reírse a carcajadas, más por el histrionismo de Casandra que por los dichos—. Ahora que estás relajada y feliz, es el momento para afrontar McCorin. Vamos.

Paga la cuenta y la lleva a la empresa, contándole anécdotas graciosas. Cuando llegan, estaciona frente a la puerta de entrada. Baja del auto y la acompaña. Esta vez lleva en la mano una rosa roja envuelta en celofán. La tenía colocada en la siento de atrás de su auto.

—Muchas gracias por traerme y por el maravilloso momento que me hiciste pasar —la abraza fuerte.

—Te quiero mucho —Casandra le acaricia el rostro y le retira el cabello—. Este fin de semana tengo que viajar a Mendoza, pero te prometo que, a mi regreso, cenaremos las cuatro juntas.

—¿Conoceré al amor de tu vida?

—Toma —le entrega la flor—. No es para ti, es para ella. Dile que la amo y que me perdone, es que estoy muy feliz e inmensamente orgullosa de ser su mujer.

Un beso de despedida y un gesto con la mano, es lo último que ve de su querida amiga.

—Señora Knatwen —Ricardo le abre la puerta en cuanta la ve—. ¡Qué alegría verla! —la emoción del guardia se trasluce en la exclamación emitida.

—Hola —le toma la mano con fuerza—. Era hora de venir a compartir de nuevo mi vida con ustedes.

—La echamos mucho de menos —se le suman las dos recepcionistas, quienes le toman la mano libre, intentando mantener algunos cuidados sanitarios.

—Yo también. ¿Cómo están ustedes y sus familias?

—Muy bien —los ojos brillosos son una pequeña muestra de la felicidad de reencontrase.

—Hay varios cambios en la recepción —mira su entorno, como no reconociendo el lugar.

—En todo el edificio —murmura una de las recepcionistas—. Si mira la cartelera verá la nueva distribución de las oficinas en los pisos —señala hacia el lugar y nota de inmediata las diferencias que hay respecto a cómo ella lo mantenía. A esto se referían sus amigas cuando

hablaban de los cambios, aunque nunca los especificaron. Supone que es para no preocuparla en demasía.

—Le sacaré una foto para recordarla —con su celular toma una y luego lo guarda en el bolsillo—. Es una visita sorpresa, así que les pido su discreción y no avisen mi llegada

—Antes de irse debe cambiar su tapabocas —le solicita con dulzura la joven—. Le daremos uno de la empresa —saca uno del cajón, tiene el logo de McCorin y está muy bien diseñado. Le rocía las manos con alcohol, algo que todos hacen siempre que se acercan a ella y le da un beso en la mejilla—. Bienvenida y cualquier necesidad que le surja, nos llama; estaremos allí inmediatamente. Y no se preocupe, no diremos ni una palabra de su visita.

Le dan su palabra y caminando despacio, se dirige al ascensor. Al elegir el piso tenía una idea de por dónde comenzar la visita, no obstante en el último instante optó por algo más agradable. Seguirá su plan, más allá que suba y baje varias veces al mismo piso. Las puertas se abren en el décimo y lo primero que nota es la tranquilidad que hay.

—Buenos días —una distraída y joven secretaria la saluda—. No lo puedo creer —en cuanto la reconoce y se acerca a abrazarla. Es tan cariñosa como su madre, pero espera que no tan protectora de su jefa.

—Hola, Andrea —murmura—. ¿Cómo está tu bebé?

—Creciendo demasiado rápido.

—Disfrútalo, porque cuando quieras darte cuenta, se estará yendo de la casa. ¿Está? —mira hacia el despacho.

—Sí, claro. Vamos que te ayudo.

—No es necesario, aunque te agradezco muchísimo.

Realizan el corto camino en silencio, Andrea golpea la puerta en ingresan.

—Tenemos una visita muy especial —anuncia, colocando su cuerpo de costado para que la mujer mire hacia ese lugar.

—¡Por Dios! —grita, al tiempo que se levanta y se acerca para abrazarla muy fuerte— No puede creer que estés caminando sin ayuda del andador.

—Aún uso el bastón —se lo muestra.

—Es precioso —lo toma en sus manos analizando los detalles, luego se lo devuelve.

—Un obsequio de una gran amiga —responde con orgullo.

—Ven, siéntate —se dirige a su escritorio.

—No, gracias —le toma la mano deteniéndola—. Recién comienzo mi recorrido y tan solo vine a invitarte a almorzar.

—Cuenta conmigo.

—Te advierto que estaremos todas —el rostro muestra desconcierto—. De ahora en más compartirás con mis amigas, así que tendrás que aguantar a Gabriela, Elizabeth, Verónica y, por supuesto, a Anahí. Igual a esta última la verás en determinadas ocasiones —bromea.

—Me iré acostumbrado —sonríe con resignación—. Estoy aprendiendo a compartir mi vida con muchas más personas, ni Irina ni los niños me dejan otra opción.

—Se te ve muy feliz de hacerlo —le acaricia la mano, un gesto que solía tener con ella— ¡Qué hermosa que está tu oficina! —se acerca a la ventana— No recordaba que el décimo piso tuviera esta vista.

—La remodelación la diseñó Elizabeth —se acerca a ella con suavidad y la paso su brazo debajo del de su amiga—. No sabía que tuviera un gusto tan exquisito, ni que fuera tan buena arquitecta.

—Es brillante —mira el lugar que antes era su Sala de Juntas—. A veces pienso que he sido

muy egoísta y que la obligué a trabajar en McCorin, coartando su carrera.

—No lo creo —murmura—. Es muy feliz aquí y, si lo hubiera deseado, tiene el carácter suficiente para imponerse, ¿no te parece?

—Quizás —observa unos segundos más y piensa que debe continuar con su recorrido—. Te felicito por tu nueva oficina.

—Gracias —se desprende de ella y le hace una reverencia en broma—. El proyecto es de Anahí y llegamos a un buen acuerdo económico —Emma la mira intrigada, llevan años siendo enemigas—. En la oficina de junto funciona una Escribanía con la que trabajamos mandándonos clientes. Esto la beneficia y es una publicidad para McCorin y, otros con problemas judiciales, vienen aquí.

—¿Tu oficina se alquila?

—Sí, y el cuarto piso también.

—¿Qué pasó con el quinto y el sexto? —había estado analizando y memorizando el croquis del edificio.

—Pusieron las oficinas de monitoreo que, debido a la inseguridad de la ciudad durante la pandemia, han crecido exponencialmente. Si quieres saber más —sonríe—, pregúntale a Anahí o a tu contadora.

—Lo haré —mira la rosa que lleva en la mano y sonríe—. Te mandaré un mensaje cuando estemos saliendo. Te quiero mucho —le da un beso a través del barbijo, aun le cuesta acostumbrarse a él.

—Y yo a ti —la escucha murmurar antes de partir.

Camino al ascensor se encuentra con Amelia, a quien saluda y conversan un minuto sobre su salud. La mujer mayor está más agradable con ella, debe de ser que su jefa ya encontró el amor y dejó de sufrir por su culpa. Ahora sí está lista para comenzar con la parte más desagradable de su visita a McCorin. Inspira y aprieta el número... ¿ocho? Hay cosas peores.

Pensar que antes subía y bajaba las escaleras de su empresa varias veces al día. Ahora camina más despacio que un caracol y apoyando parte de su cuerpo en un bastón.

—Buenos días, señora Knatwen —en cuanto sale del ascensor, los pocos empleados que ve se acercan a saludarla, chocando con ella los codos o los puños. Lo hacen con mucha suavidad y cariño—. ¿Cómo se encuentra? —Virginia fue la primera en reconocerla y la que lleva la voz cantante.

—Estoy muy bien, considerando por todo lo que pasé. ¿Cómo están ustedes y sus familias?

Varios le cuentan, en frases breves, que todo está bien y que gracias a las directoras de McCorin, no han sufrido problemas económicos. Hace unas semanas notó que gran parte de la población argentina se encontró sin trabajo o reducido su sueldo a la mitad. Por suerte, ellos tienen a Verónica.

Unos minutos después, producto del pequeño alboroto que se armó, la puerta de la Dirección se abre y una joven se apoya en el marco de la puerta. Está esperando su destino.

—¡Hola! —la saluda en cuanto pasa a su lado, más por educación que por placer, y entra a la oficina. Es la dueña, no necesita pedir permiso.

—Así que tú eres la famosa Rho —pronuncia beligerante.

—Pensé que ya sabrías quien soy.

—Milo, que toma fotos a todo lo que se le cruza en el camino —comenta con cariño—, me mostró dos o tres tuyas. Debo admitir que me llevó un tiempo asociar la imagen con nuestra historia.

—Me alegro mucho verla en la empresa —no responde al comentario.

—Aún me cuesta dominar partes de mi cuerpo —le muestra el bastón—. Por suerte, las funciones cognitivas han mejorado muchísimo, especialmente la memoria —se aproxima al escritorio y espera a que Rocío se acomode—. Ya hemos cumplido con las formalidades, ahora quiero saber cómo pasaste de estar casi despedida a directora de Departamento de Diseño e Innovación.

—No era mi intención, se lo aseguro —admite en un murmullo cargado de nerviosísimo que no puede disimular—. Sin embargo, Fernández complicó su situación después de la visita de su padre.

—¿Y viste la oportunidad de trepar en mi empresa?

—No. La decisión la tomó la Junta directiva, y acepté por dos razones...

—...en McCorin no hay Junta directiva —retruca con desdén, convencida de que la joven le está mintiendo.

—La conformaron dos o tres meses después del accidente y en espera de que usted despertaba. Fue por consejo de la doctora Malaika y apremiadas por la intimación del Señor Knatwen.

—¿Quiénes la conforman? —tiene esa molesta sensación de que ha perdido el control sobre su empresa y la frustración la descarga contra la joven frente a ella.

—Los otros tres Departamentos. Esa fue una de las discusiones de Fernández con Anhi —escuchar el nombre de su esposa en diminutivo, le cae peor que lo anterior—, porque no lo quería en la Junta. Y mucho menos como director General; como él exigía.

—Prefiero hablar los pormenores con ellas.

—Sí, es lo mejor que puede hacer.

—Esta situación no borra cuál es tú papel en nuestras vidas: un simple topo —sentencia, al tiempo que apoya su mano derecha en el escritorio para pararse. Un gesto de dolor se le dibuja en el rostro y se toma un segundo para calmarlo.

—Me está dando demasiada importancia.

—La semana que viene tomaré una decisión —da por terminada la conversación y se dirige hacia la puerta.

—Ella no lo sabe —Rocío imita el movimiento y Emma gira sobre su cuerpo para mirarla a la cara; su rostro está más serio y preocupado que cuando entraron. Aunque sus ojos muestran cierto brillo de hostilidad.

—¿Es una amenaza?

El tono de su voz indica el desprecio que le tiene, a pesar de todo cuanto había ayudado a su familia, no logra quitarse de su mente el daño que puede producirle si habla con Anahí.

Capítulo 17

Recuerda la última conversación que mantuvieron antes del accidente. Una joven tímida y demasiado asustada para ir a la cárcel, aceptaba sin discutir ni regatear todo cuanto le exigía.

—¡No! —niega también con un gesto de su cabeza. Suspira. Toma una carpeta que tiene sobre el escritorio—. Muchas gracias por la oportunidad que me dio, a pesar que no quería hacerlo —se le entrega—. Aquí tiene mi trabajo realizado durante este año a cargo del Departamento de Diseño e Innovación —siente orgullo al decirlo.

Emma agarra la carpeta con la mano libre y la mira, sin siquiera abrirla. Como lleva la rosa, la pone debajo del brazo izquierdo.

—La analizaré.

—Gracias, nuevamente. —Un segundo de silencio en donde ambas se sostienen la mirada —. ¿Sabe una cosa? Hace un tiempo, Belu me dijo que usted nos había unido en aquella habitación de la clínica.

—¿Por qué haría semejante estupidez? —Una sonrisa socarrona se le dibuja debajo del barbijo, odiando que la joven no pudiera notarlo— Sería contraproducente para mis intereses.

—"Para que las tres sanáramos tanta tristeza". Al menos es lo que ella piensa. En ese momento no comprendí, los meses le dieron la razón. —Le sorprende tanto la respuesta que no puede pronunciar ni una palabra—. Yo lo logré, hasta le conté toda la verdad a Lu, quien me aconsejó que quedara entre nosotras.

—¿Te perdonó? —recuerda la amenaza de "esa" cuando se estaba mudando de su casa.

—Me costó una cartera carísima, con un buen juego de zapatos —bromea—. Así son las amigas de verdad —le señala la carpeta—. Al final está la renuncia a mi puesto, sin condición alguna, —Emma la mira intentando comprender el alcance de lo confesado por Rocío—. Y no se preocupe, diré que Belén me propuso una vida tranquila en el campo y que trabajaré como FreeLancer. Ya lo hablé con ella.

—Veo que no te arrepientes de todo el mal que hiciste.

—Que hicimos —la corrige—. Y sí, me arrepiento de muchos de mis errores, principalmente de todo cuanto dañé a las personas que quiero. Pero aprendí que ellos me llevaron a donde estoy —señala con su mano el lugar—. Le debo más de lo que usted cree.

Ahora es Rocío quien gira sobre sus talones y se sienta en su lugar. Activa la computadora centrándose en su trabajo e ignorando a una consternada Emma, quien decide irse en silencio.

Sube nuevamente al ascensor intentando calmar sus emociones negativas. No comprende muy bien qué pasó entre Múnedez y Arhuel, lo único que le interesa es tener la certeza absoluta de que Anahí no se enteró del chantaje al que la sometió. Esto le traería demasiadas discusiones y su relación aun pende de un hilo por culpa de Lucía.

—Mi próximo destino será… —mira el tablero y luego la rosa—… una pelirroja enamorada.

En cuanto se abre la puerta y comienza a caminar, la primera en notarla en Myriam, quien se sorprende y corre hacia ella con lágrimas en los ojos.

—Mi querida Emma —la abraza muy fuerte—. No tienes ni idea de cuánto te echamos de menos.

—Y yo a ustedes. —Se deja mimar por la mujer a quién conoce desde niña, ya que trabajaba para su abuelo en la empresa.

—¡Jefa! —la joven sale corriendo de su oficina e imita el gesto de la secretaria, solo que lo hace con más fuerza como que no se hubiera percatado del bastón— No lo puedo creer —se aleja para mirarla en detenimiento— ¡Estás fantástica!

—Mi querida Mariana —le da un beso—. No grites, que me gustaría pasar desapercibida. Por lo menos, unos pisos más.

—Lo siento, es que no sabes lo feliz que estoy de verte. Y no te preocupes que aún somos pocos los que trabajamos en la presencialidad.

—Lo noto —ingresa en la oficina—. ¿Está Verónica?

—Obvio, ella nunca falta. —La joven la acompaña y pasa por la puerta de donde había salido.

—Mariana Suárez —lee—. ¿Codirectora?

—En la reestructuración que Anahí propuso, Vero consideró que yo era la adecuada para el puesto.

—¿Pero? —la conoce muy bien y algo le molesta.

—Es demasiado para mí. Siempre fui una simple secretaria y ahora tengo un puesto que no merezco del todo.

—Confío en que Verónica tomó la mejor decisión; nunca dudes de su sapiencia. —Le acaricia el rostro, la joven es muy dulce y una gran empleada que merece el ascenso—. Me enteré de que tienes novio.

—Sí, uno fantástico que prometo presentarte pronto —se detiene ante la puerta cerrada y le hace un gesto de que permanezca en silencio. Desde que la conoce que admira el buen humor y la energía inagotable de la joven secretaria—. Aunque pienso vengarme de Candela, por chismosa —golpea con suavidad e ingresa—. Disculpe, jefita. Tenemos una cliente bastante enojada porque no la atendemos como se merece y quiere nuestras cabezas.

—¿Casandra? —la pregunta la hace sonreír, sabe de todo lo que su amiga las hizo pasar en su ausencia.

—¡¡No!! Una más importante.

—No le hagas esperar, por favor. Veré cómo solucionar el problema —agrega resignada.

—Adelante —Mariana le hace una reverencia y le da otro beso en la mejilla, barbijo contra barbijo.

—No fue Candela, sino Gabriela.

—Mejor lo dejo pasar, al menos en esta oportunidad —murmura y se va cantando una melodía desconocida para ella.

—Buenos días —saluda a una sorprendida mujer que se pone de pie en cuanto la ve entrar.

—¡Por Dios! No puedo creerlo —repite los gestos de Mariana. Tantos años juntas que se mimetizaron.

—Esto es para ti —le entrega la rosa—. Vine por una jugosa historia de amor, una que me prometiste la mañana que estuviste en casa. ¿Lo recuerdas? —Se sienta en el lugar que solía ocupar.

—Sí, y te la mereces. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, es una visita corta. Todavía me queda recorrer los otros pisos.

—¿Desde cuándo caminas con el bastón?

—Hace una semana que logré hacerlo bien y me prometieron traerme cuando eso sucediera.

—¿Quién? —huele la flor y Emma la mira sonriendo— Adivinaste que amo las rosas rojas,

uno de mis nuevos placeres.

—El obsequio no es mío, más bien una mujer fantástica me la dio para ti y me advirtió que no me olvidara decirte que te ama.

—La voy matar —murmura luego de que su rostro pasará por diversos tonos de rojo, se sentara y buscara aire en varias inspiraciones y expiraciones—. En McCorin tan solo lo saben Vanesa y Gabriela.

—Ella está muy orgullosa de ti —intenta calmarla, quitándole dramatismo a la situación—. Me contó que te propuso matrimonio y te negaste.

—No fue así. Bueno, sí me negué después, pero porque ella no entiende que tengo hijos pequeños y Antonella aún no acepta mi lesbianismo y…

—…me gustaría que cenáramos las cuatro y nos contaran cómo se enamoraron. ¿Te parece? Así no omites detalles y puedo escucharte sin interrupciones, realmente quiero saber cómo enamoraste a amiga.

—Fue al revés —asegura sin ocultar el amor que siente por Casandra—. Ella me sedujo y el problema que tengo es que cuando estoy a su lado, me resulta más fácil contar cómo me enamoré perdidamente de una mujer tan compleja.

—Pero fantástica, nunca lo dudes. —Se pone de pie, despacio y apoyando el peso del cuerpo contra su bastón nuevo.

—No me aburro ni un segundo a su lado —admite sonriendo y más relajada.

—Solo tú puedes controlar su carácter y amarla tanto —la contadora sonríe—. Antes de irme necesito que me des tu opinión respecto a la ingeniera Múnedez —prefiere ser precavida antes de tomar una decisión.

—¿De Rho? —se sorprende ante la pregunta— Es muy trabajadora, idea proyectos impresionantes, incluso Gabriela suele elogiarla con frecuencia. Si tuviera que evaluarla, no dudaría en ponerle un diez.

—¿Para tanto? —Verónica suele ser discreta en sus apreciaciones.

—Desde que Fernández se fue, el Departamento de Diseño e Innovación ha mejorado su producción en un cien por ciento. Incluso con menos personal a cargo —confirma—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tenía mis dudas cuando la contraté y sigo pensando que no es la persona adecuada para el alto puesto que ejerce.

—Lo es, créeme.

—Tu palabra vale muchísimo para mí. Debo irme y me encanta cómo quedó tu oficina —aprecia, quitándole importancia a la investigación que hiciera de Múnedez. Salen juntas hacia el ascensor—. Y ahora que las tengo juntas, quisiera agradecerles inmensamente todo el trabajo que hicieron en mi ausencia. Sin ustedes dos, McCorin estaría en quiebra.

—Somos un gran equipo —admite Mariana orgullosa de ser halagada.

—Ahora que te observo, tienes la misma ropa que las recepcionistas —recién nota el detalle.

—Llevamos uniformes desde hace algunos meses —modela alegre—. Fue una excelente idea de Lucía, que hizo feliz a varios empleados y nos facilitó el traslado durante el aislamiento.

—Me encanta —admite Emma, a pesar de que esa fue quien tuvo la idea—. Pero como codirectora, ¿por qué lo llevas?

—Nos pusimos de acuerdo entre nosotros y decidimos que era más práctico vestirnos así —se encoje de hombros, restándole importancia y sin entender que Emma no comprende quiénes más son codirectores. Salvo Vanesa, por supuesto.

—Los mellizos ayudaron en el diseño y el resto de los empleados votaron cuál les gustaba más —comenta Verónica, quien está llamando al ascensor.

—Así no gastamos nuestra ropa y no nos paran en los controles policial —aclara la joven que se acerca para darle un beso—. Nos vemos pronto.

—Hiciste una buena elección.

—Trabaja el doble que antes y estoy muy orgullosa de ella —Verónica la observa entrar a su oficina—. Elizabeth y Vanesa salieron a ver un edificio para analizar dónde poner las cámaras de manera discreta —comenta mirando hacia la oficina contigua— Regresan en media hora, más o menos.

—Me avisas cuando lo hagan, por favor —mira su reloj—. Ahora regreso al octavo, no quiero que mi ingeniera estrella se ofenda si no paso a saludarla —bromea—. Tengo pensado almorzar con las chicas y me gustaría que no faltaras. Te mando un mensaje para que te prepares. Y perdóname que haya sido una visita tan corta, que no pudimos tomar ese café y escuchar tu historia.

—Cuenta con ello. Y olvídate de lo segundo, ya tendremos meses enteros para ponernos al día.

Emma ingresa al cubículo del ascensor y detiene el cierra de las puertas.

—Por cierto, ¿Elizabeth sabe de tu romance? —la palidez inmediata en el rostro de su contadora es la respuesta esperada.

Lo último que se escucha en el séptimo piso, es la suave risa de Emma. El recorrido dura segundos, así que cuando se abre la puerta observa la tranquilidad del lugar y lo hermoso que ha quedado la remodelación. Esta vez Elizabeth y Érica se han lucido.

Lo primero que nota es una cabeza rubia analizando una carpeta y escribiendo en ella, junto al secretario. Desde que el Departamento de Operaciones funciona, jamás tuvo una secretaria que satisficiera a la ingeniera en jefe. «¿Qué habrá sucedido antes: la secretaria o la esposa?»

—Buenos días, perdón que interrumpa.

—¡Jefa! —la emoción de verla la hace gritar, al igual que lo hiciera Mariana. Deja a Kevin en el escritorio para correr a abrazarla, sin importarle mucho los cuidados sanitarios.

—Tu única jefa soy yo —se le escucha decir a la morocha que acababa de salir de su oficina —. Bueno, y un poquito ella —agrega al descubrir que Candela tiene abrazada a Emma.

—Te recuerdo que es mi empleada.

—Soñar no cuesta nada —se acerca a su amiga y le acaricia el rostro con suavidad—. Por cierto, ya era hora de que trabajaras un poco, no doy abasto manejando yo sola toda la empresa.

—¡No dramatices! —Candela le contesta, como dando a entender que es común que lo haga —. Les preparo un café.

—No, muchas gracias. Es que mi visita es breve.

—Ven, que quiero hablar contigo —la toma del brazo y la lleva hasta su oficina, en donde se sienta cómodamente—. Es impresionante verte caminando. En serio, ¿cuándo vuelves a la empresa?

—Aún no puedo hacerlo.

—¿Por qué? —la energía de Gabriela es contagiosa y a ella le encanta trabajar; es por eso que considera que a todos les sucede lo mismo.

—¿Eres feliz en McCorin? —una pregunta sacada de la galera, sin sentido y sin habérselo propuesto.

—Mucho.

—Recuerdo cuando nos conocimos en la Universidad; eras todo energía y con esas ganas de

vivir que siempre te envidié.

—Candy me diría que afloje un poco, que los simples mortales se agotan con solo verme trabajar.

—Supongo que la vuelves loca —afirma con la cabeza.

—Acá y en casa. Pero tengo un punto a mi favor, intento que cada día sea un poquito más feliz.

—No lo dudo.

—Sigues sin responder mi pregunta.

—Pronto estaré bien para regresar —recuerda las palabras de la psiquiatra—. Puedo caminar mejor cada día, el problema es neurológico.

—¿Estás mal? —de repente el tono de su voz se vuelve preocupado e intenta pararse para consolarla. Emma la detiene con un gesto de su mano— ¿Por qué no nos contaste a Eli y a mí?

—Son las secuelas de estar tanto tiempo en coma, nada más. La verdad es que me olvido de detalles significativos o de personas, y eso puede incluir a clientes. Sin embargo, lo más serio son mis constantes cambios de humor que no puedo controlar.

—Comprendo —su mirada baja a su Tablet, en busca de las palabras correctas. La conoce lo suficiente para reconocerle los gestos—. Haremos lo siguiente, primero te voy a dar un mes y luego pasaré a buscarte tres veces por semana para traerte a la empresa.

—¿No me escuchaste?

—Sí —se encoje de hombros, la escuchó y será totalmente ignorada—. Como Anhi es la directora general y una muy buena...

—...¿por qué la llamas Anhi? Varias personas lo hacen y me molesta un poco.

—No empieces a joder con eso de abreviar los nombres. Así la llama Lucía y, por lo tanto, Érica. Te aguantas, que tenemos problemas más serios para resolver —su hermoso carácter e infinita paciencia acaban de aflorar. Tiene suerte de que la quiere mucho y que sea excelente en su trabajo—. Solo será medio día, luego almorzamos y te regreso a tu casa.

—Y cuando estés de viaje, ¿quién me traerá?

—Anhi, Eli, Candy, Vero —se lo hace a propósito—, ¿un taxi? Si esa es tu objeción, es muy débil.

—Si te digo que no, ¿qué harás? —no quiere irse sin dejar aclarado que no está en condiciones de trabajar.

—Ignorarte —el gesto y tono de obviedad le roban una breve carcajada.

—Iré analizando mi progreso con la psiquiatra y con la psicóloga. —Se pone de pie o terminará viniendo al día siguiente a trabajar. No recuerda haberle ganado alguna discusión—. Voy a seguir mi recorrido.

—¿Para dónde? —imita el gesto y la acompaña.

—Al octavo piso y luego a Presidencia. Quiero que almuerces conmigo, así que no te escapes.

—No lo haré —la abraza con suavidad y le da un beso—. Te quiero mucho y te doy un mes.

Están saliendo de la oficina cuando Candela se acerca a ellas.

—No sé cómo logras aguantarla —intenta vengarse de Gabriela—, pero mereces el Paraíso por haberlo conseguido.

—Tiene sus beneficios —responde la codirectora con sencillez y mucho amor.

—Soy irresistible —bromea Gabriela, quien le guiña el ojo a su esposa—. Por cierto, si vas al piso de abajo, te recomiendo que mandes un mensajito antes —Emma la mira sin comprender las palabras—. Aquello es un antro de perdición y solo Dios sabe con lo que te puedes encontrar

con esas dos juntas en una oficina.

—¡Gaby! —Candela la codea, comprendiendo el doble sentido.

—Digo la verdad —se defiende, como si se tratara de una confesión judicial.

—Me imagino que tú nunca harías algo impropio en mi empresa —Emma está sonriendo como hace tiempo no lo hace.

—¿Yo? —Se lleva la mano la pecho y niega con la cabeza—. Sería incapaz de profanar este sagrado recinto.

—Te conozco hace muchos años y sé muy bien de lo que eres capaz —mira a la codirectora, quien se acaba de poner colorada ante la insinuación—. Ella, por otra parte, es mucho más recatada que ti. Por eso me quedo tranquila. —El ascensor continúa en el piso, hay pocas personas caminando por los pasillos de McCorin. Cuando las puertas están por cerrarse, las detiene—. Aunque eres capaz de pervertir hasta una monja.

—¡Disculpa! —se hace la ofendida— Soy muy religiosa...

—...no tanto —bromea subiendo al ascensor—. Todavía recuerdo a la hermana superiora.

Lo último que observa es a Candela empujarle y pedirle explicaciones respecto a la monja. Una historia que difícilmente Gabriela le contaría.

Como aún no hay mensaje de Verónica, decide ir directamente a Dirección general. El número nueve se enciende, se mira al espejo acomodándose la ropa. La paz que traía acaba de esfumarse.

—Te lo digo en serio —le recalca la secretaria a la asistente de presidencia.

—Espero que estén hablando de trabajo —las interrumpe Emma. Cuando ambas se ponen de pie, puede observar dos cosas: la primera, lo hermosa que es la novia de su amiga y, segundo, el uniforme es de diseñador de modas. Ya no tiene dudas que la mano de Lucía tuvo que ver, aunque nunca se lo admitirá.

—Buenos días, Señora Knatwen —responde más fuerte de lo deseado, la joven secretaria está muy nerviosa—. No la esperábamos —mira a Lucía para confirmarlo, quien niega con un leve movimiento de cabeza.

—¿Me llamaron? —la puerta de Dirección se abre y sale una magnífica mujer. En cuanto la ve, los latidos se le aceleran, consiente del amor que siente por ella. Hasta que detrás aparece un joven, quien apoya con suavidad su mano sobre el hombro de Anahí— No lo puedo creer —se lleva las manos a su boca, en gesto de sorpresa.

—Buenos días, soy Matías Vurguez —le extiende la mano a Emma, mientras se le acerca.

—No lo recuerdo como cliente —duda por unos segundos antes de corresponder al saludo

—Soy amigo de Anhi desde la infancia y contraté McCorin seguridad para mi empresa —agrega estudiando a la mujer—. Estoy muy satisfecho con el servicio que prestan y la profesionalidad con que lo hacen.

Gira su rostro para guiñarle el rostro a Anahí, quien apenas si le presta atención, está concentrada en otra cosa que no puede dilucidar.

—Soy Emma Knatwen, dueña de la empresa y esposa de Anahí —espera haber dejado aclarado el punto—. Tú debes de ser quien Azucena recomendó.

—Veo que mi fama me precede —dice como al descuido. Se acerca a la morocha y le da un beso en la mejilla—. Te llamo mañana para que me pases los presupuesto. Señora Knatwen, es un placer finalmente conocerla —Inclina su cabeza, saludándola y se acerca a las secretarias a quienes les habla, mientras les da un beso en la mano—. Nos vemos Lu y, hermosa Irina, a tu más entera disposición.

El joven sale arrogante hacia el ascensor, que aún permanecía en el piso. Sus especulaciones

románticas de Anahí siempre giraron en torno a “esa”, jamás pensó en un hombre.

* * * * *

Verla de pie, apoyada elegantemente sobre el bastón, la emociona de manera tal que queda sin aliento. Apenas fue consciente del saludo de Matías o del intercambio que tuvieron con Emma. De lo único que se percata es que está caminando, de que tiene la fuerza de voluntad para estar en McCorin y de lo hermosa que le queda la ropa que está estrenando.

No puede controlar sus pasos, acercándose a ella como hipnotizada. La abraza muy fuerte y apoya la cabeza sobre el hombro amado, las palabras están de más. Siente la mano libre que le acaricia la espalda, como señal de comprender y compartir este sentimiento, este momento con ella.

—Bienvenida, mi amor —le susurra, manteniendo la posición de abrazo—. Vamos, que tengo tanto para mostrarte. —Hay alegría en su voz, matizada con cierto temor por cómo resolvió los problemas de McCorin en su ausencia. Se separa, le toma la mano y la lleva a su despacho.

—Dame un segundo, por favor. —Se detiene frente a Irina, quien había permanecido de pie e inmutable—. Tú y yo tenemos pendiente una conversación sobre una denuncia injusta que le interpusiste a mi mejor amiga. Recuerdo cuando te contraté y te expuse los valores que esperaba de mis empleados. Me parece que estás de más en mi empresa.

El tono que Emma utiliza con la joven es gélido, como si hubiera estudiado las palabras para que no quedara dudas respecto a su futuro en McCorin. Tendrá que contarle cómo la ayudó todos estos meses, para que su ignorancia empresarial no fuera tan evidente.

—Sí, señora —su cuerpo da muestra de nerviosismo. Se ha parado más derecha aun y ahora se mira las manos—. No tengo disculpas para mis acciones y mi renuncia está a su disposición —sus ojos permanecen con la mirada gacha, avergonzada por la que le hizo a Malaika.

—¡Ven! —Anahí la toma del brazo que no lleva el bastón y la saca de la discusión—. Y ya deja de amenazar a mi secretaria, que no la vamos a despedir ni hoy, ni nunca. Además, si lo haces, Malaika no te dirigirá más la palabra.

—Tenía que dejar este punto aclarado. Si vuelve a lastimarla, se las verá conmigo.

Gira despacio su cuerpo y los ojos celestes, que comienzan a oscurecerse por el odio que siente, se fijan en unos marrones que le sostienen la mirada de manera burlona. Ahora sí, si no evita la discusión, dará comienzo a una lucha que tendrá solamente a ella como perdedora. No quiere tener que elegir entre su mejor amiga, quien ya le advirtió que se irá de la empresa ante la menor la provocación, y su pareja que la despedirá sin provocación alguna.

—Necesito hablar contigo. ¡¡Ahora!! —la saca del trance con firmeza y la mujer la sigue.

—Supongo que me sacaste del hall para que no se desatara la tercera guerra mundial. Te lo voy a disculpar porque recién estoy regresando a trabajar. Me gustaría ir a almorzar con las chicas, quisiera que vinieras —comenta ingresando a su lugar en el mundo—. ¡Wow! ¡Quedó hermoso! ¡Cuánta luz!

Comienza a caminar despacio, acariciando cada mueble o los lomos de sus libros o simplemente acercándose a la venta para absorber la vista que tantos años la acompañara. Las lágrimas contenidas comienzan a ser notorias y comprende que es el momento de abrazarla.

—Volviste —susurra, antes de darle un beso en la mejilla, uno sin barbijo. Desea sentir la suave piel sobre sus labios—. No tienes ni la menor idea de cuánto soñé con este momento.

—¿Querías que regresara? —pregunta con incredulidad, al momento que acomoda el

cuerpo contra el suyo.

—Estuve meses aterrada sin saber cuáles eran tus funciones en la empresa. Parecía que hacías miles de cosas, que estabas en todas partes y que te sobraba tiempo para tomar un café con los clientes —confiesa también llorando y sosteniéndola en sus brazos—. Por suerte, tuve la ayuda incondicional de Verónica y Vanesa, que me aconsejaron cómo no ser tú.

—Fue un buen consejo —admite orgullosa de ellas dos.

—El mejor, porque entendí que tenía que hacer tus funciones, pero a mi manera. Y, aunque no lo creas, Irina y Rocío me enseñaron cómo realizar las pequeñas tareas de una directora general. Mientras que Lu me apoyo incondicionalmente, cuando me quería ir y dejar todo en manos de tu padre.

—Cuando desperté me encontré con un vacío en mi interior que me resultaba difícil de sobrellevar. No entendía ni quién era. Con el correr de los días —confiesa por primera vez fuera del ámbito de la terapia psicológica—, fui adaptándome de a poco a mi entorno. Te juro que lo más complejo fue recordar nombres y unirlo a rostros. Me hablabas de la empresa y apenas si tenía idea qué era el servicio que ofrecíamos. Hoy comprendo muchas cosas, recuerdo casi todo, pero me falta mucho para poder regresar a ser quien era.

—Quizás no tengas que hacerlo —cada una sufrió a su manera las consecuencias del accidente—. Es tu oportunidad de ser quién siempre has querido ser.

—Hay cosas que no se pueden cambiar.

—Sin querer ser original, lo único que no podemos revertir es la muerte. Y tú le ganaste una dura batalla, ahora disfrútala teniendo la vida que deseas.

Se quedan en silencio abrazadas por varios minutos. Es la primera vez en meses que no necesitan nada más que el calor de la otra. Su pudieran lograr que este momento se extienda durante varios días más quizás y solo quizás, tengan un futuro juntas.

Anahí, que se encuentra con tacones y ha quedado un poquito más alta que Emma, baja su cabeza despacio y la besa. Se saborean sin prisa y comprendiendo que el momento es especial para ambas. Lástima que las interrumpe el sonido de un mensaje recibido en el celular de Emma. Lo saca del bolsillo de su pantalón, lo mira y una sonrisa se le dibuja.

—¿Quién es? —pregunta con suavidad alejándose de su cuerpo.

—Gabriela, para avisarme que Elizabeth llega en cinco minutos.

—Pensé que estaba.

—No, salió con Vanesa —guarda el celular en la cartera y mira a Anahí a los ojos—. Fueron a analizar una galería de exposiciones para ampliar la seguridad y ofrecerles personal activo en las noches que abran. Voy a comprarles un café.

—Te acompaño.

—Voy al café de abajo —aclara, como si la compañía no fuera necesaria.

—Entonces, solo viajaremos en ascensor.

Anahí deja su escritorio tal cual está y toma a Emma del brazo para acompañarla. Una duda la carcome desde hace más de un año y quiere quitársela del alma. Al salir de la oficina, Irina se pone de pie y baja la cabeza aún avergonzada por la reprimenda que recibiera de su jefa.

—Señora Knatwen, quiero decirle que...

—...no es necesario —la interrumpe. Esta vez con más tranquilidad y dulzura en su tono de voz—. El otro día estuve hablando con Malaika y me contó, en detalle, cómo y por qué fue la denuncia. Solo te pido que no la vuelvas a lastimar —murmura con tristeza, el gran cariño por su amiga sigue intacto.

—No lo haré, la amo demasiado.

—Por ahora, eso me basta. ¿Vamos? —Le toma la mano a su pareja y mira a Lucía de reojo, sin decirle ni una palabra. La asistente sonríe y regresa la vista a su computadora, ignorándola abiertamente.

—¿Me cuentas tus planes para hoy, por favor?

—Me gustaría almorzar con las directoras y codirectoras de McCorin —el sonido del ascensor la distrae y Anahí aprovecha para sacarla del piso. Van conversando hasta que ingresan al buffet— ¡¡Wow!! —Una expresión poco habitual en ella se le escapa, admirando las renovaciones del lugar, las cuales no había visto.

—¡¡¡Cariño!!! —Se escucha el grito feliz de la mujer quien, casi corriendo, se abalanza a los brazos de la empresaria. Esto generó dos situaciones, la primera, que Emma se desprendiera de la mano de Anahí y, la segunda, que también abrazara con fuerza a la gerente del lugar.

La joven se quedó mirándolas durante las horas que duró el saludo, bueno quizás fueron algunos minutos; ¿segundos? «¿Quién mierda mide el tiempo cuando te están siendo infiel en tu propia cara? ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!»

—Señora Knatwen —Catalina la saluda cuando se separan— ¡Qué alegría verte! —centra su atención otra vez en Emma— Incluso estás caminando por tus propios medios. ¡No lo puedo creer!

—La recuperación ha sido muy lenta, incluso, tengo para varias semanas más con el bastón.

—Eso no me importa —le acaricia el rostro—. Solo verte aquí, nuevamente de pie y hablando conmigo, me hace inmensamente feliz. Tengo tanto para contarte.

—Entonces, quedaremos una tarde, como muchas otras, y me confesarás qué novedades hay en tu vida. Los más oscuros secretos, no espero menos de ti.

«¡Wow! Hasta bromea con ella y todo. ¿Si me rasco la frente, se me notarán los cuernos?»

—Tengo una pastafrola recién sacada del horno, como les gustan a los mellizos.

—Me la llevo, junto a cuatro cafés.

—¿Para quiénes son? —la eficiente mujer conoce el gusto de todos los empleados de McCorin. Gira para sonreírle a Emma y escuchar atentamente la lista— Dame cinco minutos y te preparo el pedido. Puedes sentarte en el lugar de siempre.

—Demasiado cariñosa en la bienvenida —comenta Anahí cuando ambas se sientan en la mesa reservada para el personal jerárquico de la empresa.

—Somos amigas hace demasiados años —responde Emma luego de unos segundos en silencio—. Así como tú saludas a Lucía con tanto cariño, yo lo hago con Catalina.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Para empezar, no le digo “cariño”, ni ella a mí.

—Si tú lo dices —le resta importancia al tema, girando la cabeza y centrándose en los cambios del lugar—. A quedado muy hermoso, incluso con la apertura a la calle.

—Fue por necesidad —la gerente se había acercado a la mesa, entregándole un paquete que parecía ser la pastafrola—. El gobierno nos obligó durante la pandemia y tu excelente contadora tuvo la idea. Incluso me ayudó a ofrecer el servicio a empresas aledañas y no me cobró unos meses el alquiler, para que solventara los gastos.

—Verónica es la mejor, sin lugar a dudas. Gracias por esto, los mellizos estarán más que felices.

—En un minuto tienes los cafés.

—La primera vez que vine, ella sabía todo sobre mí —Anahí no se ha quedado conforme con la respuesta de su pareja y la duda lleva varios meses rondándole—. Recuerdo que la

primera impresión que tuve fue que me odiaba. En ese momento la ignoré porque mi mente estaba en la Carta documento de tu padre y en cómo podía salvaguardar el patrimonio de nuestros hijos —el relato no es interrumpido, más bien unos ojos celestes la están estudiando, como analizando hasta dónde ella sabe algo que, por desgracia, desconoce—. Con el correr del tiempo mis dudas no se esfumaron, así que te pregunto, ¿qué hay entre ustedes?

—Salimos por un tiempo, fue antes de que te conociera. Eso es todo —aclara luego de un profundo suspiro—. En ese entonces ya tenía la concesión del buffet y no me pareció justo que se la quitara tan solo porque dejamos de ser pareja.

—Y dejaste de ser su "pareja" porque me conociste a mí.

—No —la negativa es más determinante de lo esperado. Tiene la sensación de que Emma ha preparado el discurso desde hace mucho tiempo, como si esperara el planteo.

—Aquí tienen —Catalina les entrega el pedido, ajena totalmente a la atmosfera tensa entre las mujeres.

—¿Cuánto te debo?

—No te preocupes, los cafés los anoto a gerencia y la pastafrola va de regalo para los mellizos. Es que ellos y Rocío me ayudaron con un tema de marketing durante el aislamiento, les debo una —aclara ante la mirada sorprendida de Anahí—. Espero verte más seguido por aquí —le da un sonoro beso en la mejilla a Emma y las deja, una de las meseras la está llamando.

—Muchas gracias —le sonríe como respuesta cariñosa, luego se pone de pie con cierta dificultad—. ¿Vamos?

—Volveremos con el tema —le advierte con cara y tono de pocos amigos—. Y no me lo olvidaré fácilmente, ni te lo dejaré pasar, como tantas otras que me dejaste plantada por Malaika.

La mujer mayor no le responde y se dirige hacia el ascensor en silencio. Su pareja la acompaña llevando los cafés y ayudándola a caminar. Indudablemente en quedado varios puntos en el tintero y prefiere dejárselo pasar, por ahora.

Capítulo 18

Esta vez el viaje en ascensor es más silencioso y cargado de energía negativa. Anahí se reprocha por haberle hecho una escena que le amargó la visita a McCorin. Está a tiempo de disculparse, más allá que no lo desee.

—Lo siento, es que tenía mis sospechas sobre tu romance con ella y hoy lo confirmaste. No eres la única celosa.

—Algún día tendremos que sentarnos a hablar sin mentiras de por medio. Quizás nos haga muy bien. Hoy solo quiero disfrutar de regresar a una parte esencial de mi vida.

En cuanto llegan al séptimo piso, se detiene y toma la mano de su esposa.

—¿Qué sucede? —Se preocupa de que esté con dolor o que se le baje la presión— Estás haciendo demasiado esfuerzo, ¿quieres sentarte?

—No —los ojos celestes se posan en los suyos, hay un dejo de amor en ellos que aún la cautivan—. Por favor, cuéntame cómo se te ocurrió unir los pisos y poner dos departamentos en cada uno de ellos. Además, con codirectoras.

—La primera idea la tuve cuando sentí que tu oficina era inmensa para mí sola. No tenía forma ni de llenarla, ni de abrigarme en ella. Era demasiado espacio desperdiciado. Luego Matías me comentó que su hermana, que es Escribana, necesitaba un lugar seguro y Sala de Juntas era todo un piso que usábamos una vez al mes. Y, para rematarla, a fin de año teníamos que renovar el alquiler del local para el monitoreo. Esa fue la excusa perfecta, sumado a que me podría vengar de tu padre a través de su amigo —sintetiza para luego encogerse de hombros y restarle importancia al asunto.

—Te juro, que no sabía cómo quitármelo de encima sin que mi padre pusiera el grito en el cielo. Eres brillante, no lo dudes.

—Soy tu esposa, no podría ser de otra manera —bromea sintiéndose feliz que el mal momento en el buffet haya quedado en el pasado—. Lo de las codirectoras fue para convencer a Gabriela de que me dejará hacer los cambios.

Observan ambas divisiones de oficinas y se dirigen al Departamento de comercialización. Emma va sonriendo por el último comentario que le hizo. Se acomoda el barbijo e ingresan.

—Buenos días —Kevin las saluda en cuanto ingresan y Emma le hace un gesto con el dedo de que permanezca en silencio. El joven le da un beso y le regala una sonrisa de bienvenida. Ambas se dirigen a la oficina de la arquitecta, golpean suavemente e ingresan.

—Alguien me comentó que esto era un antro de perdición y que se escapaban por la mañana para tener sexo en un hotel alojamiento —comenta la empresaria sin levantar el tono de voz—. Estas son faltas muy graves en comportamientos de mis empleados.

—¡Dios mío! —Vanesa es la primera en reaccionar y correr a los brazos de Emma.

—Supongo que fue la morocha de arriba, que debe ser quien lo hace y me culpa a mí de su libidinoso accionar —replica Elizabeth con lágrimas en los ojos, esperando a que su pareja deje a su amiga para ocupar su lugar. Cuando lo hace, es tan fuerte el abrazo que no entra ni un alfiler entre ellas.

—¿Por qué no nos avisaron que vendría a McCorin? —Vanesa le pregunta a Anahí.

—Tampoco lo sabía —se defiende—. Fue una sorpresa para mí también.

—¿Quién te trajo? —Elizabeth está intrigada y ansiosa por saber los detalles. Al separarse

del abrazo de Emma la mira expectante, en busca de una respuesta.

—Casandra —explica e inmediatamente sonríe ante el gesto de desagrado de la arquitecta.

—Me hubieras avisado y te iba a buscar. También sé guardar un secreto.

—Entonces, no hubiera sido una sorpresa para ti.

Las cuatro se sientan alrededor del escritorio, aún con los ojos llorosos de la alegría de tenerla nuevamente con ellas.

—Fue una muy hermosa. Sabes, hasta el cansancio, que hemos pasado mucho en tu ausencia y ahora queremos que regreses lo más pronto posible.

—Gracias, Vanesa. Aún tengo unos meses más de rehabilitación y lo están haciendo muy bien sin mí. Especialmente Anahí —la mira y aprieta su mano—. Es increíble todas las remodelaciones y la operatividad tanto de la empresa, como del edificio.

—Ha tenido grandes ideas que beneficia económica en medio del caos —Elizabeth prueba su café sin dejar de mirarla a los ojos.

—Verónica me ha detallado la mayoría de ellas y doy fe de cómo bajó los costos, aumentando las ganancias en el proceso —admite con orgullo.

—Los logros no son solo míos —se siente tímida ante lo imponente de las mujeres—. Además, si no eran buenos, me los rechazarían y tuve mucha ayuda para mejorar los proyectos. Somos un gran equipo y la cabeza está de regreso. —La besa en los labios—. Ahora seremos imbatibles.

—Estoy de acuerdo —Elizabeth le suelta las manos y le acaricia el rostro a su amiga del alma—. ¿Por qué elegiste hoy?

—Estamos a pocos días del aniversario de apertura de McCorin y me gustaría invitar a todos los empleados que puedan concurrir a una pequeña celebración. Nada del otro mundo —aclara mirando también a su pareja para incluirla en la decisión—. Entiendo las restricciones, no muy bien, pero tengo la idea general. Así que pensé en un almuerzo en el buffet —explica con autoridad, sin esperar ser objetada en sus planes. Anahí tiene la sensación de estar a años luz de semejante seguridad dirigencial—. Ya hablé con Catalina y lo puede organizar para el sábado.

—Cuenta con nosotras para organizarlo —Vanesa se apura a ofrecerse y Emma no comprende a quiénes se refiere—. Hablaré con Candela, Mariana y Lucía, ellas están acostumbradas a organizar eventos en pocos días. Por cierto, ¿ya viste el resto de los pisos? —pregunta ansiosa por ayudarla y acostumbrada a ello durante años.

—Me faltan los pisos de monitoreo, nada más.

—Te acompaño, mientras te explico cómo están funcionando y los detalles más relevantes.

—Recuerda que no eres su asistente —Elizabeth le dice a Vanesa, quien sonríe ante la advertencia.

—Y tú, que soy yo quien decide los puestos en esta empresa. Así que nada de posesividades, ni de amenazas.

—Supongo que conversaste con McLeughlin antes de venir —la arquitecta deja de sonreír para mirarla con cara de pocos amigos.

—Siempre seré tu asistente. —Se pone de pie, le da un beso a su novia—. Vamos, así te explico las novedades en los servicios.

—Me parece genial. —La imita en el movimiento, un poco más lento y mira a Elizabeth—. En media hora vamos todas a almorzar, es una orden. Anahí, por favor —sus miradas se cruzan —, ¿me esperas en presidencia?

En cuanto se quedan a solas, Elizabeth cae sentada en su silla. Mira a Anahí y pregunta, nuevamente con lágrimas en los ojos.

—¿Lo sabías?

—No, te juro que también fue una sorpresa para mí. Cuando la vi parada en la oficina, tan solo sostenida por el bastón y una amplia sonrisa, casi me desmayo. El fisioterapeuta me comentó de sus mejoras, no imaginé cuánto fue su progreso en tan pocos meses.

—Es que la doctora Marigno nos explicó que llevaría casi un año para que se recuperara.

—Es Emma —se encoje de hombros—. Su fuerza de voluntad es tan grande como su tozudez y ya la conoces. Toma —le alcanza un pañuelo—. Tienes que estar fantástica y feliz para el almuerzo.

—Seguro que estaré en mejor estado emocional para ese momento, ahora apenas puedo contener las lágrimas. Lloré tanto por su ausencia y la posibilidad de perderla, que me enfermé.

—Lo recuerdo perfectamente. Tengo una idea, porque no llamas a Gabriela y le preguntas lo de “antro de perdición”.

—No te preocupes, pienso vengarme en el almuerzo. conozco varios de sus secretos —Anahí consigue lo deseado, que es robarle una pequeña sonrisa a Elizabeth.

Ese mediodía el almuerzo fue todo, menos aburrido. Incluso fue Lucía, quien desde hace un tiempo que se lleva muy bien con las demás codirectoras. Hay respeto por su trabajo y, luego de oficializar su relación con Érica, comenzó el cariño y amistad entre ellas.

Obvio que el centro de atención fue Emma, la llenaron de preguntas, donde la más recurrente fue cuando regresaba definitivamente a la Dirección de McCorin.

—No hay apuro, la empresa está en excelentes manos —era su contestación y sonreía o besaba a Anahí.

Ya por la noche, agotadas de tanto trajín y luego de cenar contándole a los mellizos la aventura de ese día, se van a la cama. Emma apenas tarda unos minutos en quedar profundamente dormida. Mientras que su esposa, más sobreexcitada por las emociones, la observa en silencio. Está sentada en el sillón de la habitación, con una cerveza en la mano y una amplia sonrisa.

Tan solo piensa que a veces la vida te vuelve a sorprender y la presencia de Emma Knatwen altera, en el último lugar que quedaba, a quienes se habían acostumbrado a estar sin ella.

* * * * *

Apenas pasaron dos semanas luego de su visita a McCorin, cuando Casandra las invitó a cenar. Aún guarda el secreto y le gustaría que Anahí ya lo supiera. Así que organizan la velada y los mellizos se quedarán en la casa de un amigo, que cumpleaños. Según las instrucciones que recibieron, hará una piyamada hasta el mediodía del domingo. Esto les deja la posibilidad de salir sin preocuparse por la hora.

Cuando regresan de dejarlos, cada una se ducha y se viste para la ocasión. Emma lleva unos pantalones sueltos, con botas, una camisa y una campera de lana. Mientras que Anahí, que le encanta lucir elegante, opta por un vestido con mangas, sin llegar a ser muy abrigado. Tacos altos, una cartera haciendo juego y un tapado de media estación complementan el atuendo. Está más hermosa de lo deseado.

Bajan juntas las escaleras, y aun es ayudada para que no tropiece. Emma se apresura para agarrar las llaves del auto y de la casa que se encuentran sobre la mesa de entrada. Se detiene en seco, observa el portarretrato con la foto de su amada y las imágenes se agolpan en su mente. No tienen sentido, van y vienen. Este momento ya lo vivió y el dolor que siente es tan real como lo fuera entonces. Está paralizada y su mano no responde, deja caer las llaves y busca oxígeno con

desesperación. Unos brazos cruzan su cintura.

—¿Qué sucede? —murmura con dulzura muy cerca de su oído, como temiendo asustarla.

—Nada —balbucea poco convencida.

—¿Deseas que nos quedemos? —insiste Anahí preocupada por la escena que le está brindando.

—¡Claro que no! Sólo necesito unos segundos para recuperarme.

—Estás pálida y apenas si puedes moverte —insiste manteniendo el tono de voz bajo y abrazándola más fuerte—. Lo noté en cuanto te vi parada aquí, incluso cuando las llaves cayeron de tu mano.

—Tengo la sensación de haber vivido esto en otra ocasión y, sin saber los verdaderos motivos, me asaltó un terrible temor a volver a perderme.

Los labios la besan en la mejilla, murmurando palabras de amor y consuelo. El tiempo se detiene en su calor hasta que su propio corazón calma esos latidos que se habían descontrolado.

—Te amo, nunca lo olvides —expresa las palabras con toda el alma puesta en ello. Le gira el cuerpo para mirarla a los ojos—. El lunes, después de trabajar, iremos a una hermosa casa de chucherías y compraremos un hermoso llavero, una gran maseta, sacaremos la mesa, los portarretratos que llevamos años repitiendo. ¿Qué te parece?

—Una gran idea —siente que se ha calmado—. Mejor nos vamos, no quiero llegar tarde o Casandra se irá sin esperarnos.

—Es raro que nos haya invitado a cenar.

—¿En serio? —se sorprende un poco, mientras observa como Anahí ha tomado el control de la situación. Con las llaves en la mano, salen de la casa, pone la alarma y está subiendo a la camioneta.

—Sí. En los años que la conozco, jamás hemos salido con ella, ni mucho menos con su esposo. Buenos, creo que ahora tiene una nueva pareja.

—Así es —no desea darle muchas explicaciones, espera que Anahí sea quien se las pida. Es que siente que es un secreto de ellas como pareja y que anunciarlo es un punto que no le corresponde.

Arrancan y salen de la casa, dirigiéndose al restaurante en donde se encontrarán con la empresaria. Al principio, optan por hablar del clima y no profundizar hasta que Anahí no puede con la incertidumbre.

—¿Lo conozco? —insiste la conductora, muy intrigada por la cena de cuatro.

—Sí —sentencia con firmeza—. ¡Qué linda que está la noche! Ni una sola nube en el cielo.

—Un poco fresca, pero se soporta muy bien. Aún falta menos de un mes para el invierno, así que disfruta de tu estación preferida.

—Somos muchos los que amamos el otoño.

La conversación se desvía hacia los recuerdos de pareja, el amor por las flores y, sin lugar a dudas, los hijos compartidos. Sin notarlo, llegan al lugar del encuentro, estacionan cerca de la entrada y caminan del brazo.

—Buenas noches —saluda la camarera en cuanto ingresan al lugar—. ¡Mauricio! —grita llamando al propietario del lugar.

—¡¡¡No lo puedo creer!!! —el joven sale de la cocina y corre hacia ella— Mi querida Emma, qué alegría verte.

—¡Hola! —Se siente un poco abrumada por el cariño recibido. Si bien se conocen desde hace años, rara vez pasaron de un cordial afecto y alguna que otra manifestación de cariño—. ¿Cómo estás? ¿Y tus padres?

—Están en casa. Desde que surgió la pandemia han decidido trabajar menos y dejarme con más responsabilidades.

—Tengo entendido, por Gabriela, que haces un gran trabajo.

—Ella es una de mis clientes favoritas. Hola, Anahí —también la saluda con un abrazo—. Ya tengo su mesa lista para cuatro, como me pidieron en la reserva. Vamos que las acompaño. Cuéntame cómo estás de salud.

—Bastante bien, por suerte.

—Se te ve espectacular —está corriendo la silla para que Emma se siente—. Incluso mejor que antes del accidente.

—Vaya, vaya. Estás aprendiendo a piropear como tu padre —bromea con el joven.

—Solo digo la verdad. Incluso Anahí está de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—Totalmente —confirma con una amplia sonrisa.

—Voy a traerles una copa de vino y unos pancitos con un preparado especial, mientras esperan.

—Mauricio —Anahí lo detiene—. Estoy manejando, así que prefiero un agua con gas.

El joven afirma con su cabeza mientras se aleja de la mesa. Emma recorre el lugar analizando los cambios y concluyendo, para sí, que muchos se debieron a la pandemia. Está aprendiendo las restricciones que hubo y cómo los negocios tuvieron que sortearlas para no fundirse.

—Tenemos que venir más seguido —anuncia de repente, asustando a una pensativa y distraída mujer—¿Qué sucede?

—Nada en particular, es que estás demasiado misteriosa respecto a la pareja de tu amiga.

—Si te cuento quién es, no me vas a creer. Y, antes de que te enojes, lo supe hace muy poco tiempo —se ataja por las posibles recriminaciones que recibirá de su esposa cuando se entere.

—¡¡Verónica!! —Anahí se pone de pie, haciéndole señas a la contadora para que se acerque a la mesa. La mujer está bellísima, con su vestido elegante, sus tacos altos, apenas maquillada. Una elegancia que no se adquiere si no es por alcurnia—. ¡Qué sorpresa! —La abraza muy fuerte y luego es el turno de Emma, quien permanece en silencio—. No tenía ni idea que también vienes a cenar aquí. ¿Y tus hijos? —mira hacia la puerta, como esperando encontrarlos.

—Buenas noches —murmura nerviosa—. Están con Santiago, le toca a él cuidarlos este fin de semana.

—Toma asiento —Emma la invita y la pelirroja no lo duda ni por un segundo.

—Gaby me lo recomendó varias veces, así que un día vine con mi familia y nos encantó.

—Buenas noches. —Una feliz y radiante morocha se acerca a la mesa, les da un beso y se sienta al lado de Verónica—. Podrías haber elegido un lugar más cerca de mi casa, esto está muy a contramano y tengo la sensación que es de dudosa categoría. ¿Se come bien? ¿Qué tal la carta de vinos?

—¡Cass! —Verónica la reprende por las preguntas inoportunas de la empresaria.

—Si me invitan a cenar, lo mínimo que espero es que el lugar sea excelente. Ni más, ni menos.

Anahí está con la boca abierta, mirando a una y otra mujer. Calculando y recalculando que Verónica esté saliendo con Casandra. Niega con la cabeza, enfatizando la imposibilidad de semejante locura. Emma la abraza, le cierra la boca con un beso y le susurra.

—¿Me hubieras creído?

—Ni en mil años —confiesa con sus grandes y hermosos ojos oscuros abiertos por la sorpresa.

—No le contaste, ¿verdad? —es Verónica quien rompe el asombro de Anahí.

—El secreto les pertenece, como la relación. Así que deben ser ustedes que lo cuenten a quienes desean.

—Lo siento —continúa la contadora compungida—, estuve tentada varias veces a contarte. Nunca tuve el valor.

—No te hubiera creído —Casandra le interrumpe de manera cariñosa y le acaricia la mano, un gesto que no pasa desapercibido.

—No, solo pensaría que era una mentira tuya o de Gabriela, para hacerme reír —Anahí sigue estupefacta ante la imagen de ambas juntas—. ¿Cómo sucedió?

—Recuerdas cuando me pediste que me disculpara en persona por cortar la comunicación.

—Por supuesto —exclama unos segundos después y mira a Emma—. Llevaba pocas semanas en la empresa, creo que ni un mes, cuando Casandra me llama toda ofendida porque la contadora Aynits le había faltado al respeto. Que ella no estaba acostumbrada a los malos tratos, que ella era una McLeughlin y que lo mínimo que esperaba de la empresa de su amiga era un trato cordial.

—¿No exageraste un poco? —Emma interviene con humor, porque Casandra está riéndose con ganas ante la escena que pintaba Anahí.

—¡Jamás! La que exageró fue ella —señalando a su pareja—, cuando simplemente la llamé colorada y me informó que rescindirían el contrato entre las empresas.

—¿Verónica?

—Puedo explicarlo, lo juro.

—Señora McLeughlin, es un placer tenerla en nuestro restaurante. No me avisaste que vendría —le recrimina a Emma.

—Ella es solo mi invitada, así que nada de trato especial. ¿Entendido?

—Sí, por supuesto. Le traeré nuestra carta de vinos, tenemos algunos de su bodega.

—Ya me está gustando un poquito más este lugar —comenta la morocha—. Aceptaré cualquiera de mi empresa, muchas gracias. Puedes continuar con las justificaciones, son muy interesantes —le señala a Verónica cuando el joven se aleja.

—Solo digo la verdad y tú eres una presumida, por decirte algo suave.

—Detrás de sus palabras, me ama con locura.

—¡Ja! ¡Ja! —Emma está feliz por sus amigas y por el momento que está pasando. Hasta Anahí ríe—. Dime tus razones, así puedo comprender cómo rescindimos el contrato con nuestra mejor cliente.

—Primero, la idea no fue mía.

—Fue de la rubita teñida, todos los sabemos o lo podemos deducir si tenemos dos dedos de frente.

—Segundo, odio que me llamen colorada y, tercero fuiste muy grosera en medio del caos que teníamos en McCorin. No podía con las presiones que me llovían desde los lugares más insólitos. ¿Qué querías que hiciera?

—Tiene un punto a su favor —Emma mantiene el buen humor—, y no ayudaste mucho a la calma de los empleados mi empresa. Principalmente, de mis directoras.

—Hice lo que pude —la morocha le da un beso en la mejilla a Verónica—. Te amo y nunca olvidaré que te debo un favor inmenso —le habla a Anahí.

—Fueron muchos los momentos difíciles que nos hiciste pasar. Ahora, que lo pienso y me caen las fichas del rompecabezas, las veces que te fuiste de McCorin no sólo tenían que ver con Vanesa, sino también con Verónica.

—Pues, mitad y mitad —admite la empresaria—. Todavía recuerdo la vez que obligaste a Vero a ir a MCL para proponerme un mejor acuerdo económico.

—Casi me muero de nervios, principalmente porque estábamos distanciadas.

—Entonces, cuando te pedí que la vigilaras cuando vinieron con Vanesa a realizar la presentación, aún seguían separadas.

—Sí —admite la contadora y Emma intenta seguir la conversación, son muchos datos nuevos y huecos que debe llenar en su memoria—. Casi me desmayo cuando la veo, luego tuve que intervenir para que no se mataran con Elizabeth y eso me distrajo de su presencia.

—Les dije, me quiere con locura —Casandra es feliz, como nunca la vio en la vida—. Y les confieso, que yo lo amo aún más.

—Esperen, por favor, quiero que me cuenten lo de la presentación de Vanesa. No comprendo a qué se refieren.

La noche se llena de risas, anécdotas y miles de nuevas vivencias que Emma se perdió. El cariño de las tres mujeres que la acompañan, hace que no sea tan terrible como en algún momento imaginó. Porque en cada uno de los relatos, ella era un personaje ausente, pero muy importante en sus vidas.

Capítulo 19

Una nueva mañana comienza y la alarma del celular la despierta, apresurándose a apagarla. Un hábito que perdió y que es feliz de recuperar. Observa, por unos segundos, a su pareja durmiendo a su lado. Le besa con suavidad en la mejilla, consciente de que el gesto no la despertará. Se despereza y se levanta dirigiéndose directamente a la cocina. Han transcurrido casi dos meses desde su visita a McCorin, la cual la animó a continuar con su rehabilitación. Tanto logró que, al borde de la escalera, observa que puede bajarla sin necesidad del bastón. Todavía no puede correr una maratón, piensa con cierto humor, pero camina sin apoyo y pronto logrará regresar a su amada empresa.

Conecta la cafetera, va al baño, luego regresa para preparar su desayuno y el de la familia. No han pasado ni diez minutos cuando alguien la abraza por la espalda y le da un beso en la mejilla.

—Buenos días, mamá.

—Hola, hijo —Gira para corresponder a la caricia y sentir el calor del niño—. ¿Qué haces tan temprano levantado? —le murmura acariciándole el cabello y sonriéndole con el amor de siempre.

—No tenía sueño.

—Siéntate, que te preparo el desayuno —le pido observándolo en detalle—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo haces para darte cuenta de que me pasa algo? —cuestiona unos segundos después.

—Mi querido Milo, desde el día que naciste estuve pendiente de todo cuanto te pasa, al igual que con Iván. Cada gesto, cada palabra, cada lágrima fue para mí lo más hermoso que la vida me podía regalar. ¿Cómo no voy a saber qué les pasa, si los amo con toda mi alma?

—También te adoramos —afirma con cierto pudor reflejado en la voz—. Te quería preguntar —comienza luego de un largo silencio que no fue interrumpido— si puedo hacer un curso de fotografía para niños, lo dicta Belu de forma virtual. Perdón, Belén.

—Aquí tienes la leche. —Se la entrega como al niño le gusta, con mucho chocolate y dos tostadas con mermelada. Se sienta frente de él y lo observa—. Estuve pensando que pueden abreviar los nombres que quieran, con la condición de que las personas mayores se lo permitan, ¿qué te parece?

—¡Genial! —una sonrisa se le dibuja —Es que con Iván nos acostumbramos a decirles así.

—Ya que llegamos a un acuerdo —apoya la taza con café sobre la mesa—, cuéntame lo de Belén.

—Ella está estudiando en la Universidad y decidió abrir este curso de fotografía para niños, especialmente con el celular, aunque también con la cámara.

—Tú tienes una muy hermosa.

—Regalo de Kira —aclara al pasar—. El problema es que un sábado al mes tendríamos que ir hasta su departamento, porque ellas nos sacarían a pasear por la zona para fotografiar estatuas, plazas, esas cosas. Siempre que los papás nos dejen.

—Eso lo tendrás que hablar con mami, porque yo aún no puedo manejar. Y, ¿qué pasaría con fútbol?

—Voy para acompañar a Iván. Quizás, si hablas con el entrenador, pueda faltar ese sábado.

Tampoco soy tan importante para el equipo.

—Primero, hablaremos con mami y si ella te puede llevar, hablarás tú con tu entrenador y lo solucionarás —afirma con su cabeza, comprendiendo las palabras de Emma—. Estaré a tu lado.

—Gracias. —Ahora come su tostada con ganas y feliz—. ¿Cuándo te dejarán manejar otra vez?

Sus hijos han crecido demasiado en el año que estuvo en coma, ahora son más inquisidores y se animan a preguntar todo cuanto les intriga. Por eso, con un amplio suspiro, se acomoda en la silla y comienza a explicarle que el problema que tiene para volver a manejar es psicológico y no físico. Milo la escucha atentamente hasta que Anahí ingresa a la cocina de la mano de Iván. Ambos reclaman sus desayunos y se unen a la conversación.

—¿Qué les parece si se apuran, que llegarán tarde a la escuela? —comenta Anahí, ya preocupada por la hora.

—Sí, mami.

—Por suerte, tienen listas las mochilas y tan solo les queda ponerse el uniforme. Y, tú ¿cómo te preparas para regresar a la empresa?

—Excelente. Tengo un montón de ideas que pienso exponer en la próxima Junta —está inmensamente feliz—. Ven, por favor —Ambas se ponen de pie y Emma la abraza muy fuerte—. Me gustaría que te quedaras trabajando a mi lado en McCorin, eres brillante y amas más que yo los sistemas de seguridad. Compartiremos la Dirección general y cada una tendrá sus propias funciones, ya iremos viendo cuáles nos gustan más o somos más aptas para desarrollar.

—¿En serio? —El rostro de su amada está lleno de lágrimas, tendría que habérselo dicho antes, por ahí la preocupó demasiado sin ser consciente de lastimarla.

—No te dejaría ir por ningún dinero del mundo. No vaya a ser que la competencia te robe y pierda la oportunidad de convertirnos en la mejor del país.

—Eres una tonta. —Se separa de ella para tomar un pañuelo y secarle las lágrimas.

—¿Qué sucede? —Milo se preocupa en cuanto ve a su mami llorando.

—Son lágrimas de alegría —le aclara y aprovecha para acariciarle el rostro—. Vamos, que ya es tarde para la escuela.

—Nos vemos a la noche —le da un beso a Emma, luego entra corriendo Iván, imitándole y ella se queda sola en la cocina limpieza el desorden del desayuno.

A los pocos minutos llega Federica y le deja varias instrucciones para cuando lleguen los niños de la escuela, como si la mujer no supiera qué hacer luego de años de trabajar en la casa. Sube las escaleras, cambiándose con un elegante traje que compró hace una semana. Se maquilla apenas y espera sentada en el living a que Anahí también esté lista.

De alguna manera, el viaje es diferente al anterior, ahora va a trabajar. Cuando lo hizo con Casandra era para visitar y sorprender a sus amigas. Está nerviosa como si fuera el primer día.

—Ya llegamos —anuncia Anahí luego de estacionar en la cochera y apagar el motor.

Suben por el ascensor y van en un extraño silencio. Cuando ingresan a Dirección general, sus amigas gritan al unísono.

—¡¡Sorpresa!!

Elizabeth es la primera en abrazarla y Gabriela se le suma unos segundos después. La sorprendieron, pero más lo está de cómo han divido el piso.

—Ven —su rubia a amiga la toma de la mano y la lleva a su oficina—. No tocamos nada, como puedes ver, tan solo adicionamos un cerramiento para que Anahí también tuviera privacidad. Esa puerta te conecta directamente con su oficina, sin necesidad de salir al hall.

—Amiga, adoras cambiar mi edificio.

—Por supuesto, soy arquitecta —bromea.

—Toma —Vanesa le alcanza un café—. Bienvenida y no dudes en llamarme si necesitas cualquier cosa.

—Seguramente te moleste cada diez minutos.

—Lo dudo, porque tienes una excelente asistente y, por supuesto, acompañada de una muy eficiente secretaria.

—Pero ellas no saben cómo me manejo en el día con día.

—Ya les explicó —interviene Gabriela—. No hagas escenas de pobre empresaria principiante. Por cierto, a las diez, en punto, tenemos una Junta para detallarte las principales novedades de este año y medio que no estuviste.

—Eso suena demasiado tiempo.

—Es el realmente pasó —Anahí se une a la conversación, intentando evitar que se deprima —. ¿Qué te parece si te muestro tu oficina?

—¿Tengo computadora nueva?

—Verónica la compró para ti, es la mejor del mercado y Rocío le cargó los programas que necesitas —Gabriela está orgullosa y feliz del regreso de Emma—. Debo irme, en una hora te espero. ¡Cande! —la rubia, que estaba conversando con Lucía, se acerca a su esposa— Tenemos que preparar las carpetas, ahora ya no podemos continuar vagueando en horas de trabajo — comenta con seriedad ante la mirada incrédula de los presentes.

—¿No puedes tomar algo en serio?

—Jamás, princesa. La vida es demasiado corta para no disfrutar que mi amiga esté nuevamente con nosotras.

La abraza con fuerza, la llena de besos y luego se va del piso, acompañada por Candela. Emma recorre el lugar y luego se acomoda en su oficina.

Ya ha quedado sola, prende la computadora y se encuentra con los programas e informes que Gabriela le adelantara. A los pocos minutos, escucha un suave golpe en la puerta y es Lucía quien ingresa con una taza de café y dos masas finas que le gustan.

—Supongo que serás mi asistente, me guste o no —comenta sin sacar la vista de la pantalla.

—Tú dime que deseas. Tienes dos soluciones, o me convierto en la secretaria de Anahí y te quedas con Irina; o pido mi traslado y te quedas con Irina.

—Tengo una tercera, que es despedirte en estos momentos.

—No puedes hacerlo—Lucía le sonríe victoriosa—. Tengo firmado un contrato donde se especifica que no seré despedida salvo, que cometa en terrible error.

—¿Cómo tener sexo con la esposa de la dueña de la empresa?

—Te será muy difícil demostrarlo, por los menos frente a un Juzgado. Sin embargo, si quieres mi renuncia me la pides; tengo otras opciones de trabajo.

—Por ahora, no ejecutaremos ninguna de las posibilidades. Prefiero que continúes siendo asistente de Dirección General. Así te tendré mejor vigilada.

—Estaré sentada en mi escritorio, para lo que necesites. Ahí arriba —le señala una carpeta que está acomodada en un borde del escritorio—, tienes la información completa que necesitaras para la Junta de esta mañana.

—¿Todo en orden? —Anahí interrumpe la conversación con tono de duda, como esperando una pelea entre las mujeres.

—Excelente. Le estaba indicando a la directora general los cambios más importantes. Con permiso.

Lucía se retira, dejándolas solas. La morocha se acerca colocándose detrás de su silla y

observando la pantalla.

—Mucho no puedo enseñarte de los nuevos sistemas, me familiaricé con los contratos y la atención a los clientes. Complemente a Elizabeth, que atravesaba malos momentos.

—Hay adelantos que apenas comprendo —abre varios programas e intenta seguir la información que le muestra la pantalla—. El análisis global es el que se me dificulta.

—Gabriela o Rocío son la únicas que pueden ayudarte.

Emma le toma la mano izquierda que Anahí apoyó sobre su hombro. La lleva a sus labios y la besa. Es que está intentando que se sienta bien de regresar, sin que sea del todo consciente de las dificultades que se le presenta.

—Iremos día con día —gira para mirarla a los ojos, olvidándose de la computadora—. Tú continúa con los clientes, que yo prefiere estar tras bastidores. Volveré al control de Recursos Humanos, me empaparé de las innovaciones y, en poco tiempo, seré otra vez la que fui.

—Te amo.

—Y yo a ti, más de lo que te imaginas.

Unos días después de retomar, tuvo que ir a la fiesta de Gabriela. Después de lo vivido en febrero con Lucía, optó por asistir a todos los cumpleaños que la invitaban. Por ello, fue al de Candela, al de Vanesa y ahora toca el de su amiga. Obvio que en cada oportunidad está presente Érica, sin embargo han convenido tácitamente en no cruzarse en ellos para no tener que hablarse. De alguna manera está recuperando cierto control de su vida, consiguiendo el equilibrio que necesitaba entre el trabajo y la familia.

Las sesiones con la psicóloga continúan cada semana. Y, por su cuenta, habla con su psiquiatra que la ayuda un poco más con sus consejos. Asumiendo errores y aciertos que va ejecutando en el difícil regreso a la vida.

Las semanas siguientes fueron complicadas de sobrellevar. Terminaba la jornada agotada, dejándola sin posibilidad de disfrutar de estar con sus hijos o de cocinarle por las noches. De lo poco que estaba contenta es que continuaba durmiendo con Anahí, haciendo el amor y sintiendo que, después de mucho tiempo, estaban siendo una pareja.

Pronto será su cumpleaños y tiene la intención de festejárselo a lo grande.

* * * * *

Otra vez se queda dormida. La noche anterior los mellizos quisieron ver un partido de fútbol en la televisión de la habitación y Emma se los permitió. Terminaron tarde y ahora están pagando las consecuencias. Tendrá que ponerse firme y negarse a ciertos caprichos de los tres.

—Buenos días, amor —La mujer ya tiene el desayuno listo, acercándose a ella para besarle.

—Tenemos que hablar —larga la frase sin preámbulo.

—Yo también tengo algo para decirte, pero comienza tú.

—Los días de semana, no me importa que haya, los mellizos se acuestan a las nueve de la noche. Necesito que comprendas la importancia de los horarios de descanso. Ahora me costó despertarlos e irán medios dormidos a la escuela. ¡Basta de malcrío! —La idea la trasmite con claridad y sin interrupción.

—Tienes razón. Es que he querido darles todo y no me daba cuenta de que no es lo mejor para ellos. Estamos juntas en esto y hoy, cuando lleguemos del trabajo, se los plantearemos. ¿Te parece?

—Sí —afirma con cierta desconfianza de haberla convencido tan rápidamente—. ¿Qué me querías decir?

—Se acerca tu cumpleaños y me encantaría prepararte una gran fiesta. Puede venir tu familia y hasta Lucía —comenta sonriendo—, si bien es un martes lo preparamos para el siguiente fin de semana. Ya te compré el regalo y pienso sorprenderte.

—Después hablaremos de ello, ahora tengo que ir a despertar a los melli.

Sube corriendo la escalera e inicia con la rutina que termina a media mañana en las oficinas de McCorin, cuando un ruido la sobresalta del balance positivo del primer semestre del año. Las voces se escuchan más fuerte y opta por ir a investigar. La escena que ve no deja de ser bizarra. Irina y Lucía de pie, impidiéndole el paso a un hombre canoso que está muy enfadado y prepotente por entrar.

—Ya le dijimos que su hija no está —insiste Lucía en su negativa.

—¿Qué sucede, señor Knatwen? —Anahí no tiene intenciones de atenderlo educadamente.

—Tengo que hablar con Emma, es un problema personal —la mira de arriba abajo, con el desprecio habitual en él. Esto a Anahí no le afecta en lo más mínimo. Ya no más después de aquel enero.

—Acá estoy —la aludida ingresa imponiendo su presencia, se la nota agitada por subir—. Tus gritos se escuchan desde el piso se abajo y me sorprende verte, considerando que no eres bienvenido en mi empresa.

—Vaya, estás muy linda. El accidente te ha sentado muy bien —comenta de manera desagradable, probablemente haciendo alusión al sobrepeso que Emma tiene antes de que el mismo sucediera.

—Sin embargo, a ti los años te sientan fatal —se acerca a él, mirándolo con desprecio—. Tienes cinco minutos y luego te vas. Chicas —alterna su mirada hacia Lucía e Irina, que permanecieron protegiendo a Anahí con sus propios cuerpos—, cuando el señor Knatwen se retire le avisan a seguridad que no es bienvenido a McCorin.

—¿Me vas a prohibir la entrada a la empresa que fundó mi padre?

—Y que no te heredó —se dirige a su oficina, siendo seguida por el hombre y escoltada por Anahí. Se sienta con aplomo detrás de su escritorio—. Te escucho.

—Es personal —observa a la mujer acomodado a la espalda de Emma.

—Es mi esposa y codirectora general de la empresa. —Le toma la toma apoyada sobre su hombro—. Por lo tanto, digas lo que digas, ella no se me mueve de mi lado porque tiene el derecho de permanecer aquí.

—¿Dónde está Lucrecia? —la pregunta toma a ambas por sorpresa, tanto que se produce un incómodo silencio—. Se fue hace unos meses de casa y no puedo encontrarla. Hasta cambió el número de celular.

—No sé cuál es su dirección actual.

—Y, si la supieras, no me lo dirías.

—Parece que me conoces muy bien, como si fueras mi padre.

—Déjate de sarcasmo, que no te queda. Te hace vulgar, como la mujer que tienes detrás tuyo —gesticula con su cabeza, señalándola.

—He aprendido, con el correr de los años y habiendo crecido a tu lado, que responderle a un borracho como tú, es darle más razones para beber. No pienso darte ninguna información de Lucrecia, ni hoy, ni nunca.

—¿Me amenazas? Te recuerdo que eres una insignificante mujer.

La empresaria suspira, un gesto que no pasa desapercibido para su pareja que permanece en silencio. La guerra es entre ellos, y saldrá a defenderla cuando sea necesario.

—En más de una ocasión me pregunté cómo pudiste ser el hijo de mis amados abuelos. Eres

un hombre agresivo, soberbio, estafador, sin palabra, inútil y capaz de vender a su propia madre por un poco de dinero. Pienso que el insignificante eres tú.

—Aún puedo destruirte, si lo deseo.

—Querido Lisandro, lo has intentado por años y, como puedes apreciar, McCorin cada día se convierte en una empresa más poderosa. Mejoramos el servicio, las utilidades y el prestigio; mientras tú te hundes en el anonimato —pocas veces la ha visto tan tranquila hablando con su padre—. Te doy seis meses, y porque eres el hijo de mi abuelo, para que dejes de usar el nombre de nuestra empresa. Luego iremos a Tribunales, si no te fundes antes.

—¿Te estás vengando por que dije la verdad respecto a esa, que llamas tu esposa? —La altanería es su perdición.

—No te confundas, Lisandro, no es una venganza.

—Entonces, ¿qué es?

—La devolución de tu Carta Documento, una que enviaste queriendo despojar a mi familia de todo nuestro patrimonio. Que fuiste tan bajo, que esperaste a estar seguro que mi estado de coma podía ser irreversible y atacaste al que consideraste el punto más débil. Te equivocaste, porque gracias a ello, “mi esposa” se hizo cargo de lo que le corresponde por derecho. Te doy seis meses, ni un día más.

—No te tengo miedo, eres una pobre empresaria que ni siquiera sabe cómo son los negocios de verdad.

—Si te refieres a tu método de mafioso estafador, opto por el que aprendí, en donde el cliente es el alma de cualquier negocio —argumenta tranquila—. El tiempo se acortará si insistes en buscar a mamá, que también es mi familia, y te destruiré si le lastimas tan solo un cabello. Ahora —le señala la puerta—, vete.

Lisandro Knatwen, intenta pensar cómo rebatir las amenazas de su hija quien tan solo le sostiene la mirada. Sin temor, sin odio, con la paz de una persona que hace tiempo busca hacer lo correcto y lo ha conseguido.

El de la oficina, abriendo la puerta con demasiada brusquedad e insultando a las secretarias. Ellas, por su parte, lo siguen asegurándose que se vaya del edificio sin más escándalos. Llama al ascensor y regresa, parándose en medio del hall.

—Esto no quedara así —le advierte a Emma—, tengo grandes amigos que me darán una mano.

—Buenos días, Lisandro —el cuerpo del hombre se pone rígido al escuchar la voz suave de la arquitecta—. La última vez que hablé con papá respecto a ti —se acomoda al lado de su amiga —, me dijo que le avisara si volvías a amenazarme. Parece que te quedaste con dinero de uno de las grandes inversionistas y amigo de la familia.

—No sé de qué me hablas —el tono beligerante se suaviza ante la presencia imponente de la rubia.

—Desconozco las razones de la discusión del momento con mi amiga —le aprieta la mano a Emma, poniendo más énfasis en sus palabras—, casi hermana. Pero mi memoria está intacta por la que tuvimos hace casi diecinueve meses en la oficina de la nuestra contadora —en ningún momento levanta el tono de voz, no lo necesita porque sabe su valía—. Aquí somos una familia y si amenazas a una, lo haces con todas.

—Los Girado Iraola apenas son una de las tantas familias en esta vasta ciudad.

—Podemos sumarle los McLeughlin —agrega Anahí, hablando por primera vez desde que Emma apareciera y centrara la discusión en ella misma—. Los Aynits tampoco lo quieren mucho, creo que fue por maltratar a su hija mayor.

—O los jueces y fiscales amigos de mi esposa, Malaika Trilton —Irina nunca se amedrenta.

—Ni los Dürror. Mi padre te la tiene jurada y no sé por qué. Algún día le preguntaré —comenta la morocha, quien ingresó unos segundos antes sin ser percatada.

—Yo sumaría a los Kleibnash.

—Y tú, ¿quién carajos eres?

—La novia y futura esposa de Érica Kleibnash.

—A ella la desterraron de la familia —busca encontrar una fisura en el bloque que le acaban de armar.

—Lamento contradecirlo, pero los padres de Érica están buscando el perdón por ello. Creo que harían cualquier cosa por conseguirlo —Lucía mira a Elizabeth, quien lo confirma con su cabeza—. Le juro que es una familia de temer. Son todos abogados, jueces, fiscales.

Una vez más, el hombre se siente derrotado y comprende que debe dejar de insistir en las amenazas, para siempre. El ascensor lo espera y se dirige allí.

—No te olvides lo que te dije, deja en paz a mamá —le advierte Emma, antes de cerrarse la puerta.

Capítulo 20

Tiene la certeza que Lisandro Knatwen no volverá a molestarlas. Esa mañana quedó en claro que lleva las de perder si intenta enfrentarse a Emma o lastimar a Lucrecia. El día fue un poco caótico, principalmente porque las amigas no la dejaron ni un minuto a solas. El clan es cada vez más numeroso y han conformado un bloque contra quien ose enfrentar a una de ellas.

Camino de regreso a la casa, conversan respecto a uno de los contratos que firmarán la semana entrante, especulando sobre los inconvenientes que pueden surgirle.

—Esperemos al momento, quizás no nos hagan preguntas y estén conformes con nuestros servicios. Por algo nos eligieron —Anahí le acaricia la mano—. ¿Cómo te sientes luego de la visita de esta mañana?

—Muy bien, aunque no me lo creas. —Apaga la Tablet y le acomoda el cabello detrás de la oreja—. Hace años que la relación con mi padre me exigía un cierre y hoy tuve la oportunidad perfecta.

—¿Crees que fue a verte solo por Lucrecia?

—Sí. Él, a su retorcida manera, la ama con todo su corazón. Y cuando observó que llevaba las de perder me atacó con los reclamos de la empresa que supuestamente no heredó, por mi culpa.

—Supongo que no esperaba tantos apellidos en su contra.

—No, en eso todas estuvieron genial. Incluso Lucía e Irina, pusieron su granito de arena. Te amo y no te agradecí el que estuvieras a mi lado. Fuiste mi fuerza para sacarlo de mi vida en paz —le besa la mejilla con suavidad, porque está manejando—. Tenemos una conversación inconclusa de esta mañana.

—¿Cuál?

—La fiesta de cumpleaños.

—Emma, ¿me amas? —le mira de soslayo. La otra mujer afirma con su cabeza— ¿Puedo pedirte el regalo que más deseo para mi cumpleaños?

—Por supuesto. Te bajaré la Luna, si eso te hace feliz.

—No quiero nada material, ni extraordinario. Me gustaría que el sábado me llevaras a cenar, al cine o adonde tú quieras. Sorpréndeme con el plan.

—¿No quieres una fiesta?

—Le pediremos a las chicas que cuiden a los mellizos y haremos el amor toda la noche. Mi regalo es tenerte varias horas solo para mí —los ojos celestes la observan con intensidad—. Lo único que te permito es que, el mismo martes, hagamos una cena nosotros cuatro siendo Iván y Milo quienes la preparen.

—Haré exactamente lo que me pidas —el rostro serio la preocupa.

—Emma, prométemelo.

—Me sorprendiste, nada más. Nunca hubiera esperado que quisieras estar a solas conmigo.

—La fiestera de la pareja, eres tú —bromea.

Ya están llegando a la casa e ingresan a la misma. Apaga el motor, se quita el cinturón de seguridad y retiene a su mujer. Su propia respuesta, antes de saludar a los niños, es besarla con intensidad. Sus labios, abiertos por el deseo y guiados por el amor, se posan sobre los amados. Emma introduce su lengua en la boca que la espera con ansias. Su sabor la invade y se pierde

también en los brazos que la tienen aprisionada con el cuerpo amada. Ella apoya las dos manos en cada mejilla de Emma, evitando que se le escape. Comenzando a ser quien juega sobre la otra boca. Un suspiro se pierde entre ambas al separarse unos segundos después.

—¡Mamá! —Escucha que Iván las llama.

—Comprendo tu solicitud del regalo de una noche para nosotras solas. —Emma la besa rápidamente en los labios y baja de la camioneta para ser abrazada por sus hijos.

Y cumplió con su palabra. El martes almorzó con las amigas, recibió varios obsequios y quejas por no festejarlo juntas. Por la noche, prepararon unas pizzas con los mellizos y se sumaron a la cena los padres de Anahí, fuera de todo programa.

Una Azucena irreconocible conversó y hasta bromeó con su nuera. Se ve que la discusión que tuvieron llegó a oídos de su padre, quien adora a su hija y a sus nietos, y debe haberle dicho que si no lo acompañaba vendría solo al cumpleaños.

El sábado llegó, los mellizos se fueron a la casa de sus primos. Anahí se había comprado un vestido negro que le queda pegado al cuerpo. También estrenaba zapatos de tacón alto, cartera haciendo juego y ropa interior roja, que no se notaba a simple vista. Quería contrastar el color para provocar el deseo de su mujer.

—Estás preciosa —Emma la abraza por la cintura y le besa la punta de la nariz.

—No te quedas atrás. ¿Llamaste al Uber?

—Sí. Llega en diez minutos.

Ambas terminan de abrigarse, ya que es pleno invierno en CABA, cierran la casa con todos los cuidados de siempre y salen del brazo.

La sorprendió con la elección del restaurante. Es muy exclusivo y seguramente costoso. La mesa está en un rincón, dándole esa sensación de privacidad. Una orquesta en vivo ambienta con suavidad el lugar.

—¿Cómo conseguiste mesa con tan poca anticipación?

—Soy una Knatwen —afirma con seriedad—, amiga íntima de una tal Casandra McLeughlin —sonríe haciendo que Anahí ría por la ocurrencia.

La velada fue impecable. Hasta le trajeron una pequeña torta, con una velita para que soplara. El regalo fue un anillo de oro con un pequeño diamante, demasiado ostentoso para ella, pero precioso. Al salir del restaurante, Emma llama a un taxi y le da una dirección que desconoce.

—¿Adónde vamos? —No puede evitar la curiosidad, ya que el trayecto le es desconocido.

—Aún no termina la noche —le susurra al oído y besa el lóbulo cercano a sus labios. Cuando llegan, nota un imponente hotel. Bajan y se registran en la recepción—. Recordé que me pediste, en varias oportunidades, que te gustaría pasar una noche salvaje en un hotel cualquiera —comenta ya a solas en la habitación y ayudándola a quitarse el abrigo.

—Este no es un hotel cualquiera —el lujo se ve hasta en los adornos de la pared.

—Pero sí nos espera una noche salvaje.

Emma la toma entre sus brazos, acariciándole la espalda y ella la besa con desesperación, como si estuvieran años sin hacerlo. Le muerde con suavidad el labio inferior, quiere ser quien esta noche lleva el control del deseo. Ingresa su lengua en la boca de su mujer hasta que la escucha proferir un largo y profundo suspiro de placer.

—Es mi cumpleaños y tú me perteneces hasta el final de la noche.

La empuja hacia la inmensa cama con suavidad y fuerza, a la vez. Emma se tira en ella, se acomoda y levanta los brazos, como si los tuviera atados a los postes de la misma.

—No me opongo a nada de lo que quieras hacerme y, si te quedas sin idea, puedo darte

algunas.

—Me sobra imaginación, cuando de amarte se trata —Se coloca sobre ella en horcajadas y comienza a desabrocharle los botones de la camisa—. Estoy pensando en comprar unas esposas para estrenarlas este fin de semana.

—Conozco el lugar perfecto.

—Hablas demasiado —la calla con otro beso, aún más profundo que excitante que el primero.

La exploración del cuerpo se complementa con las manos que ya han liberado los pechos del corpiño opresor. La respuesta inmediata son los pezones duros, que esperan más caricias y, sin dejarla otra opción, los lame con suavidad para luego introducirlos en su boca. El juego de la seducción es maravilloso, el deseo las puede. Sin esperar, ni hacerla sufrir a ella, desprende el pantalón, bajándoselo hasta media pierna e introduciendo en ella tres de sus dedos a lo más profundo de su humedad. Acaricia la suavidad del interior, observando cómo el cuerpo de Emma acompasa el movimiento de la mano. Abre los ojos y el celeste se ha convertido en negro. No puede evitar besarla, acomodándose mejor arremete con fuerza. Una, dos, tres...

—¡¡¡Oh, Dios mío!!! —grita antes de alcanzar el clímax, para luego quedarse quieta buscando encontrar su propia respiración— Mejoras cada día y el rojo me está volviendo la loca.

—Tengo a la más enseñándome a seducir y es toda mía.

La besa, sin esperar que Emma lograse levantarle el vestido y meterle la mano en su entrepierna. Y, en un solo movimiento, llega a su clítoris ya hinchado por el deseo. Al instante se refriega sobre la palma dura y caliente que busca también llenarla de placer. Le besa el cuello y es tan intenso su propio orgasmo que termina mordiéndoselo. Esto, en lugar de aplacar el deseo de Emma, lo intensifica. Obliga a Anahí a rodar en la cama y dejarla acostada sobre su espalda. Tarda pocos segundos en quitarle la bombacha y arremeter dentro de ella.

El tiempo se esfuma, el lugar deja de existir, solo e consciente de los cuerpos que se reconocen en medio de la oscuridad. El instante fue maravilloso. Es que cada vez que hacen el amor siente que vive una experiencia mejor que la anterior. La noche recién comienza y Emma le tiene más sorpresas preparadas.

* * * * *

La experiencia vivida durante el cumpleaños de Anahí le trajo una gran felicidad y demasiadas dudas. Han continuado amándose, ya con menos intensidad, porque el lugar en donde lo hacen es la casa y los mellizos duermen cerca de ellas. No logra, a pesar del gran esfuerzo que pone, dejar de sentir esos celos que la superan cuando la ve cerca de Lucía u otra mujer. La psicóloga le explicó que son varias las causas que los provocan, que debe continuar luchando hasta comprender cuál es la realidad. Es decir, comprobar si Anahí es o le fue infiel en alguna oportunidad. Le dará tiempo al tiempo.

Esa fantástica noche no hubo fiesta de cumpleaños para el grupo de amigos, pero el siguiente mes se celebró el de Elizabeth con todas las pompas de las cuáles son capaces las leoninas. La rubia le pidió de regalo unas vacaciones para que pudiera disfrutarlas con Vanesa, no importaba el lugar, solo que no debían ser menores a dos semanas. La familia Knatwen, en pleno, le obsequió los pasajes a México y los Dürror, la estadía en las mejores ciudades históricas y con playas del país. También los Kleibnash aportaron dinero en efectivo para que llevara y les pagaron diferentes excursiones.

Los días de agosto transcurren entre el trabajo y el hogar, una rutina que se asemeja a la anterior del accidente. Lo único novedoso, es la presencia de su codirectora. Ella prefiere llamarse así, Emma la considera la directora principal.

Ha bajado a beber un café, prefiere estar sola y aprovechó que Anahí tenía un compromiso con el señor Díaz. Ya lleva unas semanas que, por alguna extraña razón que no logra dilucidar, no tiene la más mínima ganas de estar en su oficina atendiendo a los clientes de siempre con problemas que solo en apariencia son nuevos. Ella siempre amó el mundo de los sistemas de seguridad, las empresas. Hoy ya no la satisfacen.

—Aquí tienes el café de media mañana como tanto te gusta.

—Gracias, Catalina —agradece concentrada en el pocillo, luego mira a la mujer a los ojos —. Es extraño como algunos hábitos me han quedado intactos a pesar del coma y otros ya no los recuerdo o ni siquiera me interesan.

—¿Cómo cuáles? —murmura con genuino interés.

—Como todo lo que sucede en McCorin —la frase se le escapa, no por el temor de haberla dicho, más bien porque no la esperaba.

—Tú amas esta empresa —asegura sin dudarlo, poniendo su mano el hombro de Emma, dándole calor y apoyo—, supongo que es por el sentimiento que te genera el agobio de regresar a un lugar que ha cambiado tanto.

—Buenos días. —La sonriente asistente saluda, poniendo en el tono de su voz un dejo de sarcasmo.

—¡Maldición! —Catalina exclama intentando alejarse de Emma— Espero que Anahí no te tire la bronca por estar conmigo.

—¿Sabes que ella nos vio aquel día en el shopping?

—Sí. Me lo dijo al poco tiempo de comenzar a trabajar en McCorin, aunque me comentó que no le diría nada a tu esposa. No sé cuánto sabe que éramos pareja antes de estar con su amiga.

—Ella conoce muchas cosas de mí, demasiadas para una sola vida. —Le acaricia la mano a Catalina comprendiendo sus sentimientos y compartiendo el temor.

—Es mejor que te deje y continúe atendiendo a los clientes.

Unos segundos de quedar sola y la joven se acerca a ella. Se para y espera a que la empresaria levante la cabeza para mirarla. Nota que lleva una pequeña bolsa de papel, seguramente ha comprado algo dulce para desayunar.

—¿Retomando viejos hábitos?

—¡Vete al carajo! —le sale del alma responderle a la impertinencia de la joven, inmediatamente toma consciencia de dónde está y observa a su alrededor para comprobar que ningún comensal la haya escuchado. Vuelve a concentrarse en su café cuando escucha que la silla frente a ella es movida con suavidad. No puede evitar mirar hacia el lugar—. ¿Se te olvidó alguna cosa?

—¡Ja! ¡Ja! —ríe con ganas, ignorando por completo la pulla de Emma— Creo que este el momento oportuno para cumplir una promesa, por eso me senté contigo.

—No recuerdo que me hayas hecho una, ni mucho menos, que fuera yo quien la formulara.

Observa a la joven a los ojos, le mantiene la mirada como estudiándola y buscando una respuesta en ella misma. Debe admitir que es una linda mujer, amigable, que invita a conversar con ella y sincerarse en el trayecto. Claro, todo eso sería posible en el único caso de que no la odiara como Emma lo hace. Un simple detalle a tener en cuenta.

—El día de tu accidente, todas tus amigas ingresaron a verte —comienza a relatar sin ser

invitada a ello— y Anhi me puso en un verdadero aprieto cuando me comentó que era mi turno de entrar en la habitación.

—No te tardaste nada en consolarla.

—En cuento Azucena me avisó al celular, dejé la boutique y corrí para estar a su lado. Lo mismo que harías tú por alguna de tus amigas. Al fin estamos de acuerdo —agrega ante su silencio—. Lo cierto es que no tenía ni la más remota idea qué hacer, ni que decir. Por lo que recuerdo, te tomé de la mano y prometí que si despertabas te invitaría un café para zanjar todas nuestras disputas, especialmente por el cariño de Anahí.

—¿Y estuve de acuerdo? —la pregunta es sincera, ya que no recuerda los sucesos posteriores al accidente, hasta que despertó casi trece meses después.

—Dadas las circunstancias, determiné que tu silencio sería una perfecta aceptación —sonríe al decirlo y una mueca, parecida a la suya, se dibuja en Emma.

—¿Y qué me contarías de novedoso? —no tiene ni la más mínima intensión de ser agradable con ella— Han sido amantes durante años, engañando a todos a su alrededor.

—Eso me hace recordar a una frase que me dijo Érica en una discusión —la piensa unos segundos—. “Todo McCorin sabe que son amantes”, me pareció que eran demasiadas personas, considerando a quiénes tú podrías haberle contado.

—Supongo que te reíste, una vez más, de mis acusaciones.

—No, en ese instante me dolió porque la acusación, como la llamas, venía de la persona que amo. El problema es que nunca hemos sido amantes, solo amigas.

—No habrá sido porque tú no querías.

—Sí, si quería. Fue mi primer enamoramiento, uno adolescente que terminó poco tiempo después de que ella comenzara a salir contigo —no le cree ni una de las palabras. No obstante, la escucha atentamente—. Sus ojos brillaban cuando hablaba de ti, de lo maravillosa que eras, de lo fantástico que le resultaba estar en tus brazos. Ahí me di cuenta de las pocas posibilidades que tenía que se fijara en mí.

—Y comenzaste a odiarme por habértela quitado —concluye aún escéptica.

—No. Mi madre me educó en el amor y no en el odio —hay un dejo de broma en su tono de voz—. Ese sentimiento surgió porque desde que te vi con Catalina, tú fuiste quien me trató como una basura —la imputación es bien clara y, por extraño que sonara en su mente, no puede discutirla—. En casa ocasión en que nos encontrábamos, no perdías la oportunidad para alejarme de mi amiga y yo, que apenas tenía dieciocho años, no supe cómo defenderme.

—¿Y cuál se supone qué es el propósito de confesarme ahora tu no romance con mi esposa?

—Eso es un punto que nunca comprendí, ¿por qué no le pediste matrimonio?

—No se me dio la oportunidad y estás evitando el tema.

—Ni tú te lo crees. Pienso que siempre has tenido terror de que Anhi estuviera a tu lado porque tienes dinero.

La tensión que siempre existe entre ella es palpable, tanto que Catalina se acerca para colocar dos cafés en la mesa. No pronuncia palabra, solo busca que no se líen a trompadas en su bar.

—Imaginemos por un segundo que acepto que no fueron amantes, pero si grandes amigas —cambia el tema del matrimonio y especula con uno nuevo, después de un prolongado silencio. Espera que Lucía afirme para continuar—. ¿Por qué no le contaste lo de Catalina o lo del préstamo que me hizo Érica? Estoy segura que lo sabes —Ahora llega el gesto de la joven—. O, ¿por qué callaste lo de Múnedez?

—Los tres momentos que mencionas no fueron por las mismas razones. —La desgraciada

tiene estudiado cada circunstancia en la cual Emma se equivocó con Anahí—. Cuando te vi en el shopping aquella tarde, pensé que tenía el mejor chisme para que Anhi te dejara. No pude lastimarla tanto, porque igual no sería mía. Y te di el beneficioso de la duda, esperando que la hicieras inmensamente feliz.

—Nunca la engañé —siente la necesidad de confesarle lo sucedido—. Después que nos viste, la llevé a un bar para terminar nuestra relación y contarle que me había enamorado por primera vez en la vida.

—Yo sí te creo —aseguro—. Lástima que no pudiste o no supiste como hacer feliz a mi amiga —la respuesta que recibe es un profundo silencio—. Con respecto a Rho, estabas en coma, ¿qué sentido tenía lastimarla más exponiendo lo paranoica que eres? —otra vez se le escapa esa sonrisa pícara que da cuenta que bromea.

—¿Y lo de Érica?

—Ahí lastimaría a la mujer que adoro con toda mi alma. Realmente Kira es una persona sin maldad, ni odio y que, para mi desgracia, te quiere como a una hermana.

—¿Tú desgracia?

—Por supuesto. ¿No pensarás que he dejado de odiarte porque me sinceré contigo? Nos conocemos lo suficiente para saber que nunca nos querremos. —El celular le suena, mira el mensaje y responde al segundo—. Debo irme, Irina me está buscando.

—Lucía, ¿para qué me lo contaste? —la cuestiona antes de que la deje sola en el bar carcomiéndose por la duda.

—Para ver si renuncias a lastimar a dos de las personas que más amo en el mundo —esta vez no sonríe, habla pausado y en un sentido murmullo—, y para cumplir una promesa. Lo segundo lo hice, lo otro queda por tu cuenta.

Capítulo 21

Hacía más de seis meses que no tenía una cita médica en la propia clínica. Los estudios se los realizó en laboratorios externos y las consultas fueron en la virtualidad. En cuanto ingresa un cierto temor la embarga, como si pisar ese lugar significara que no volvería a salir por mucho tiempo. Siente el calor de una mano que le aprieta con suavidad, comprendiéndola por lo que está pasando. Gira su cabeza y observa a su amiga quien acerca su rostro para susurrarle.

—Estoy aquí y no voy a dejarte abandonada.

—Gracias —no vale la pena negar su miedo, mucho menos a su amiga. Un guardia se acerca a ambas en cuanto ingresan.

—Buenos días —saluda con formalidad, observándolas en detalles—. Señora Knatwen, ¡qué alegría verla!

—Hola, Alberto —chocan los puños, aunque aún no se acostumbra a esta forma de saludo —. ¿Cómo estás? ¿Y la familia?

—Todos estamos bien, por suerte —mira a la otra mujer—. arquitecta, ¿cómo está usted?

—Muy bien —murmura.

—¿Las puedo ayudar en algo?

—Sí —le entrega un papel—. Vengo para hacerme una resonancia magnética y tengo cita con la doctora Aylin Riskley.

—Y traemos unas masas para las enfermeras de la UCI —agrega Elizabeth, quien carga con el paquete.

—Tomen, con este papel podrán circular sin inconvenientes por la clínica. Aún estamos en fase 2 y no queremos que haya más contagios.

—Gracias —Emma agarra el pase y se dirigen hacia el ascensor. Elizabeth marco el piso correspondiente manejándose por el lugar como si fuera su casa.

—¡Emma! —Se escucha que una enfermera sale a su encuentro, reconociéndola al instante y sorprendida por verla— ¡Chicas! —llama a sus compañeras que se ponen en fila para apretarle la mano con suavidad.

—Hola —se siente un poco cohibida por la demostración de cariño—. Disculpen si no recuerdo sus nombres.

—Es lo más natural, no se preocupe —una enfermera mayor es quien habla, parece ser la jefa del sector—. Cuéntenos cómo está usted.

—Ha sido larga la recuperación, pero ya no tengo dolores, ni lagunas de memoria.

—Y está trabajando —agrega Elizabeth entregándoles el paquete con facturas y masas de la panadería de la familia de Anahí—. Esto es para ustedes.

—Gracias —una enfermera joven lo agarra—. Debe de ser de Anahí, quien siempre nos mima. ¿Cómo está ella? Supongo que muy feliz de tenerla a su lado.

—Les mandó miles de besos y promete venir a visitarlas cuando se levanten las últimas restricciones.

—La esperamos.

—Nos tenemos que ir —anuncia Elizabeth.

—¿Por qué está aquí? ¿Está todo bien? —la enfermera mayor es quien se preocupa.

—Estudios de rutina que me pidió la doctora Marigno y una breve consulta con la

psiquiatra. Eso es todo.

—Nos alegramos mucho.

Otra vez la ronda de saludos, incluyendo a Elizabeth, y la última enfermera les da alcohol para que se froten en las manos. Ninguna se había quitado el barbijo, sorprendiendo aún más a Emma que la hayan reconocido tan rápido y cuánto cariño le profesaron. Indudablemente Anahí y sus amigas han tenido que ver con este trato.

Otra vez en el ascensor se aferra a la mano de su amiga, está emocionada por el recibimiento no esperado. En cuanto salen del mismo, otro guardia se acerca a ellas reconociéndolas para luego guiarla a dónde deben realizarse los estudios. Se sientan a esperar ser llamada.

—¿No te molesta quedarte sola? —le pregunta conociendo que su amiga no suele perder tiempo en un pasillo sentada— Será casi una hora.

—Aquí estaré. Como me prometiste, luego me invitarás a almorzar y a comprar ropa en el shopping. —Cuando le comentó que tenía que venir a la clínica, su amiga se ofreció primera a acompañarla, incluso no aceptó las razones que Anahí le dio para ser ella quien estuviera con su pareja—. Además, me traje el IPad para diseñar unas ideas que tengo para remodelar el cuarto vacío del departamento. Tengo pensado convertirlo en un lugar para leer, practicar yoga, relajarnos. De esta manera podremos estar juntas, pero no amontonadas —bromea.

—Yo tengo una mejor idea para esa habitación —comenta Emma pensando en las posibilidades—. Y no creo que tu intensión sea estar alejada de Vanesa durante horas.

—Trabajamos juntas, vivimos juntas. Es compartir demasiado tiempo. No nos gustaría que la relación de pareja se vuelva tan rutinaria que la desgastemos irremediablemente.

—Ni tú te lo crees —le golpea con suavidad la mano—. En cuanto la pierdes de vista, sales a su encuentro, especialmente si determinada empresaria está por los pasillos de McCorin.

—Te recuerdo que eres mi amiga y no la de ella.

—Soy de ambas.

—Noto en tus palabras que deseas volver en taxi a la empresa.

—¿Señora Knatwen? —Una enfermera se había acercado a ellas— Estamos listo para realizarle el FIRM.

—Ya regreso.

Se demoró más de lo esperado y aún le queda el control con la psiquiatra.

«Recién salgo del estudio
Todavía tengo la psiquiatra.
¿me esperas?
11:03»

«Elizabeth
Sí, a pesar de tu vil traición
Sigo siendo tu amiga. Besos
11:03»

En cuanto ingresa al consultorio de la doctora Riskley, recuerda el comentario que Lucía le hiciera hace tan solo unos días respecto a que hacer feliz a Érica y a Anahí era una de las razones que le dio para contar todo cuanto sabía de la propia Emma. Es una idea que le ha rondado en la cabeza y molestado desde entonces. Por eso, cuando la psiquiatra la citó para este miércoles ella aceptó sin dudarlo. Necesita resolverlo y la psicóloga no le agrada tanto, la considera más vueltera y vaga en sus respuestas.

—Permiso. —Ingresa luego de golpear la puerta con suavidad— Buenos días —la doctora

se pone de pie para recibirla. En un acto reflejo se rocía alcohol en las manos y se acerca a su paciente para tomar las suyas.

—Emma, al fin nos conocemos personalmente.

Se sorprendió por lo hermosa y elegante que es Aylin. La tez trigueña, la alta figura y la perfección de su rostro siempre serio enmarcado en unos preciosos anteojos da cuenta de una mujer exquisita.

—Estuve tentada a venir en varias oportunidades, pero temía que no me dejaran pasar por la pandemia.

—Hace apenas unas semanas que la clínica ha permitido algunas consultas que no son de gravedad. Ven, toma asiento.

—¿Cómo están llevando los últimos brotes de la pandemia? —se sorprende por la sencillez del consultorio, donde tan sólo está su título universitario, algunas plantas y muchos libros.

—No pensamos que sean los últimos, por desgracia. Lo bueno es que en nuestro subgrupo de médicos ninguna se ha contagiado. Supongo que las vacunas están ayudando en la gravedad de los síntomas y bajando el número de contagios.

—A mí me dieron ya dos dosis y en la empresa van recién por la primera —le cuenta con ciertas dudas en su voz. Ha comprendido la teoría de la pandemia, más no por lo que pasó la humanidad durante todo el año 2020—. Hace unos días que quiero saber cómo te enteraste que hoy vendría —cambia el tema ante la mirada fija de la psiquiatra en la pantalla de la computadora, como si el silencio fuera índice que el anterior tema estuviera ya finalizado para ella.

—Me alegra muchísimo que hayas podido vacunarte, faltan demasiadas dosis para todos. Con respecto a tu última pregunta, fue la doctora Margino quien me lo comentó la semana pasada —responde con formalidad, al tiempo que abre un archivo en su computadora—. Y, dada las circunstancias de nuestras sesiones, consideré pertinente darte el alta personalmente.

—¿Vas a abandonarme? —La pregunta no oculta el terror que siente y la mano llevada al pecho le agrega mayor dramatismo a la situación.

—¡Ja! ¡Ja! —Es la primera vez que la escucha reír y se encuentra con una suave carcajada, genuina y que inunda el pequeño consultorio. «Esta mujer debería reír más a menudo, sus ojos brillan de encanto cuando lo hace».

—Lo digo en serio —afirma a pesar que debajo del barbijo está sonriendo—. No puedes darme el alta.

—Sí puedo y lo haré. El problema es que anulaste las dos últimas consultas con la psicóloga, sabiendo que te hace falta hablar con ella de los sentimientos que te embargan, como consecuencia de tantos meses en estado de coma.

—Ella no me agrada —admite ante la determinación de las palabras que escuchó.

—Dale una oportunidad más, y si al cabo de dos meses sigues pensando igual, te recomendaré otro profesional.

—Supongo que estás decidida —la respuesta es un leve gesto de afirmación de cabeza. No ha podido manipularla ni un milímetro para que ceda en algún deseo de Emma, por lo cual se le escapa un suspiro de resignación.

—Hay peores cosas, créeme. Y te prometo que, si me necesitas, estaré acompañándote.

—¿Te puedo pedir un último consejo?

—Si.

Luego de la afirmación, se acomoda en la silla, cruza las manos y se dispone a escucharla; un gesto que conoce por haberlo visto varias veces a través de la pantalla de su computadora.

Comienza a relatarle el encuentro fortuito que tuvo con Lucía, las palabras que le dijo, los reproches y, por supuesto, el malestar que aún le ocasiona la situación.

—Incluso se atrevió a juzgarme por como actúo con mi esposa —con el dedo se señala su pecho, enfatizando a quién pertenece Anahí— y con mi amiga, a quien conozco desde hace años.

—Como ya tienes el alta voy a responderte como amiga, ¿qué fue lo que más te molestó de sus palabras?

—No comprendo.

—¿Qué te lo dijera ella o que fueran verdad? —Emma la observa pensativa— Quizás, tan sólo metió el dedo en la llaga respecto a cómo tratas a tu amiga y a su amiga —resalta el juego de palabras.

—¿Crees que soy injusta en ignorar a Érica o exagerada en mis escenas de celos hacia Anahí?

Aylin la observa en silencio, algo que a la empresaria le molesta enormemente, pero soporta a sabiendas que sus palabras a continuación darán en el maldito clavo.

—Es lo que tú consideras, porque las palabras son tuyas desde la primera a la última. Lo único a comentar es que ya es hora de comprender que la vida continuó sin ti —en ningún momento levanta el tono de voz o acelera el ritmo del habla—. Debes subirte a los cambios que las personas que amas, y que te aman, han logrado en estos casi dos años o te perderás en odios, broncas y sinsentidos. Así que es tú decisión —Se pone de pie, dando por terminada la sesión—. Tengo más pacientes esperándome, así que cuando encuentres la respuesta me invitas un café y seré todo oídos.

—Te odio —murmura al abrazarla, un gesto poco habitual en Emma, pero que le sale del alma.

—Es preferible eso a serte indiferente —diserta acompañándola a la puerta.

—No me borres de tus contactos que tendrás noticias mías.

Advierte con tono gracioso y siente dejar a una persona que la acompañó durante meses en su recuperación mental. Sin su apoyo, sin su comprensión y sin sus palabras de ayuda, no cree que hubiera logrado sobreponerse a tanto dolor del alma. En cuanto sale del consultorio observa a su amiga mandando un mensaje por el celular. Nunca deja de sorprenderle cómo aún las acciones más cotidianas las hace con tanta elegancia.

—¿Ya terminaste con los exámenes médicos? —pregunta Elizabeth cuando nota su presencia.

—Sí. Vamos a almorzar así puedo agradecerte la espera y la compañía.

Ambas mujeres salen de la clínica, caminan hacia el auto van conversando de la resonancia y la conversación con la psiquiatra, especialmente que le dio el alta, sin entrar en otros detalles.

—¿Cuándo podrás volver a manejar? —comenta y luego de cinco minutos de viaje.

—Me estoy acostumbrando a ser copiloto, supongo que aún tengo que sobreponerme al terror que me genera estar detrás del volante —admite ante una de sus mejores amigas—. Este es el mismo auto que tenías cuando tuve el accidente, ¿no es hora de cambiarlo?

—Esa es una de las tantas discusiones que tengo con Vanesa —admite en tono cansino.

—¿Por qué discutes con mi asistente? —odia que deje abierta la idea que la joven pueda regresar a su lado y perderla, por lo menos en la empresa.

—Me quiero comprar uno nuevo y obsequiarle este a ella que, por cierto, lo adora. Pero no, mi codirectora, insiste en que no quiere ningún regalo mío, mucho menos uno tan costoso. —Un semáforo detiene su andar y mira a Emma—. Ser su pareja es más complicado de lo que parece.

—Quizás porque te ha sacado de tu zona de confort y tienes que imaginar nuevas formas de

conquistar a una mujer. Es decir...

—...puedo leer entre líneas —responde fastidiada al tiempo que arranca y se dirige al shopping que ambas adoran.

—¿Qué otras cosas discutes con ella o, mejor expresado, en qué no te hace caso?

—¿La defiendes por sobre mí? —Elizabeth está realmente ofendida y esto la divierte. Los papeles se han equiparado en cuanto a cómo tratar a sus parejas, ya la rubita teñida no está en un pedestal mirando con desdén a los demás mortales enamorados.

—Aún no te perdono que me dejaras sin ella —admite sin perder el humor—. No tienes ni el mínimo derecho a hacerte la ofendida cuando mi asistente es Lucía Subironde y no Vanesa. ¡Mi Vanesa!

—Tienes un buen punto a tu favor —murmura, ingresando al estacionamiento—. ¿Sabes qué es lo que más me molesta?

—¿De Vanesa? —Elizabeth ha detenido el auto y gira para mirarla a los ojos.

—Sí, de ella —confirma unos segundos después—. No me manda ni un mensaje cuando estamos separadas. Hay semanas que lo único que recibo es "me quedo a comer en casa de mamá o de Pamela"; "estoy en la Facultad, no sé a qué hora llego" —Emma contiene la risa que se oculta detrás del barbijo. No es feliz porque su amiga sufra, más bien lo es porque ahora puede comprender lo que ella siente cuando Anahí le hace exactamente lo mismo. Tiene la impresión de que Vanesa la conoce tanto que actúa con temor a perderla, por eso no la asfixia como hacían sus antiguas parejas, especialmente "cabeza hueca"—. La estoy esperando en el departamento con la comida preparada y me da tanta bronca que me voy a dormir sin cenar.

—¿Bajamos? —Le acaricia el hermoso rostro, dándole fuerza y comprensión con el gesto— Es que me ha dado hambre hablar de comida.

Las mujeres van a su lugar preferido, una mesa aislada de los pasillos que por la hora comenzaron a ser muy concurridos y ruidosos. Transcurre casi media hora antes de que pudieran sentarse y, por mutuo acuerdo, hablan del lugar, de los cambios, de los platos que ofrecen.

—Lamento haberte quitado a Vanesa, las cosas se dieron así —admite derrotada unos minutos después.

—¿Cómo terminó siendo tu secretaria? —teme que se lo hayan contado y no lo recuerde.

—Verónica decidió reestructurar la empresa en cuanto tuviste el accidente, haciéndola más funcional y Vane terminó en Comercialización. El resto de la historia la conoces.

—Incluso tengo la versión de Casandra.

—Por favor, evitemos que la comida me caiga mal.

—En algún momento deberás admitir que, gracias a ella, Vanesa no se alejó definitivamente de McCorin.

—Es un razonamiento que hace agua por varios lados.

—¡Ja! ¡Ja! Soy muy feliz porque veo que el amor entre ustedes dos es genuino, lo único es que estás siendo demasiado posesiva. Tendrás que darle más libertad y confiar en tu pareja.

—Lo intento cada día y me resulta difícil. Emma —nota que cambiará el tema de conversación—, me comentaste que tenías una idea genial para la habitación libre que tengo en mi departamento. Es que hice varios diseños y no me gustan.

—Antes de terminar con el tema Vanesa, te pido que la cuides mucho. Sabes que la quiero y que siempre será mi asistente estrella —recuerda las bromas que le solían hacer al respecto—, pero no la tratas bien.

—¡¿De qué demonios hablas?! —Es extraño escucharla maldecir, Elizabeth jamás pierde la compostura y menos en público.

—Te voy a dar un ejemplo, para que comprendas y no te enojes —intenta recordar cuando están juntas—. Gabriela está todo el tiempo pendiente de Candela, le alcanza una cerveza cuando se le termina la que tiene; comparte la mitad del chocolate que le convido, considerando lo golosa que es... debe ser un gran sacrificio para ella; levanta la mesa; sirve la comida. En fin, son muchos detalles pequeños, pero significativos —al contrario de lo esperado, la rubia la escucha atentamente—. Si no la tiene cerca o le manda un mensaje con un emoticón o, simplemente, un audio con pocas palabras dulces. Hay que ver cómo sonríe cuando su esposa le responde.

—Yo hago lo mismo por Vane —se defiende.

—No. Vanesa es quien lo hace por ti —Elizabeth baja la mirada hacia su plato tan solo piensa en las palabras de Emma—. Si no quieres perderla, no la controles, más bien está atenta a sus necesidades y no solamente a las tuyas.

—Como si fuera la reina de Saba que llega e imparte órdenes.

—Algo por el estilo —confirma sin entender del todo el ejemplo que utilizó—. Y, respondiendo a tu pregunta, me parece que ese cuarto estaría genial como habitación para un o una bebé de ambas.

La palidez del rostro de Elizabeth da cuenta de que ni siquiera se le había cruzado la idea por la cabeza. Para Emma, las dos mujeres serían excelentes madres y compartirían el amor que ambas tienen para dar. También le encantaría malcriar a un hijo o hija de su amiga, como ella hizo y hace con los mellizos desde que nacieron. Esto último nunca se lo admitirá.

—Hasta ahora es la mejor idea que tengo para llenar esa habitación —asegura unos segundos después, ya más recuperada.

Salen del shopping varias horas después, cada una llevando al menos cinco bolsas con ropa y zapatos. Ninguno de los artículos es para ellas y la felicidad en el rostro no es disimulado. Una tarde grandiosa que ha recuperado junto a su mejor amiga. Y los regalos, tal vez, le permitan hacer sonreír a su propia pareja.

* * * * *

El BMW arranca de frente de su casa, dejándola sola para ingresar con las bolsas, luego de asegurarle que puede con ellas. Elizabeth debe regresar a McCorin y seguro que querrá pensar cómo hacerle la propuesta a Vanesa.

Sin necesidad de sacar las llaves de su cartera, la puerta se abre y los mellizos salen corriendo para recibirla. Cada uno toma la mitad de las bolsas.

—¿Te trajo la tía Eli?

—Sí, hijo —Iván era quien había preguntado—. Tenía que ir a buscar a Vanesa para llevarla a la Facultad. Por cierto, les dejó un gran beso y, si ustedes quieren, este fin de semana los pasa a buscar para salir.

—¡Genial! Hace como un mes que no pasamos un día con ella y Vane —Milo se suma a la alegría.

En un punto Anahí tiene razón, sus hijos están siempre de casa en casa. Al parecer son tan sociables y amigueros como su mamá, el corazón se le inunda de amor por unos segundos.

—¿Qué les parece si me ayudan a llevar las bolsas a mi habitación y después preparamos la leche?

—¿No nos trajiste ni un regalo? —Iván mira dentro de las bolsas.

—¡No seas tan curioso! Y ustedes dos están demasiado malcriados por todas sus tías que

reciben regalos todas las semanas.

—Estás exagerando, mamá.

El comentario de Milo genera más bromas y risas entre ellos. La siguiente hora la pasan haciendo los deberes y preparando los útiles que deberán llevar a la escuela al día siguiente. Anahí llega alrededor de las 19 horas y Emma la acompaña a la habitación. Suben despacio, si bien le cuesta menos hacerlo, prefiere tomarse las escaleras con tranquilidad.

—¿Cómo estuvo McCorin?

—Muy bien, aunque te eché mucho de menos —le acaricia la mano, antes de soltarla para ingresar al cuarto—. Vinieron varios clientes que querían verte o que les explicarás cómo funcionarían las innovaciones. Nada que no pudiéramos manejar. ¿Cómo lo pasaron con Elizabeth?

—Excelente.

—¿Qué te dijeron en la clínica? —Se quita el saco y lo deja sobre la silla al descuido, abrazándola y dándole un beso en la boca.

—Me hicieron la resonancia y la doctora Riskley me dio el alta.

—¿Y eso? —frunce el ceño sin comprender la decisión tomada por la psiquiatra—. ¿Por qué Aylin tomó una decisión tan determinante?

—No lo sé —se encoje de hombros—. Supongo que lo habrá conversado con la doctora Marigno —mira a Anahí a los ojos, para ver si reacciona cuando la menciona. Nada se le nota, al parecer sigue preocupada por la salud de Emma—. De todas maneras, no me abandonó —sonríe recordando el episodio de esa mañana— y si la necesito, puedo llamarla. Obviamente que debo continuar las sesiones con la psicóloga, todas las semanas y sin faltar a una.

—Ella sabrá lo que hace —gira para sentarse en la cama y quitarse la ropa, cuando nota las bolsas desparramadas—. ¿Y todo esto? No me digas nada, estuvieron de compras con Elizabeth y decidieron dejar las tarjetas en rojo —bromea—. ¿Son para los melli? —Abre una, sacando una prenda— ¡Que belleza!

—Son para ti. No hay ni una para ellos, ni para mí.

—Es demasiado —se apresura a abrirlas.

—Ahora eres una empresaria exitosa, debes de estar siempre elegante y evitar repetir la ropa.

En el tono de su voz se dibuja un cierto orgullo por la joven mujer que afrontó su ausencia con la mayor de las enterezas. La felicidad de la morocha es contagiosa, llenándola de diferentes caricias después de cada prenda que se prueba.

Ese día unas cuantas fichas se acomodaron en el rompecabezas de su mente. Unas gracias a la psiquiatra, otras a Elizabeth y, quizás en un uno por ciento, a Lucía. «Estoy exagerando en el porcentaje».

Capítulo 22

Mira la pantalla de su computadora con bastante fastidio, es que no le gusta estar sentada en su escritorio leyendo contratos o resolviendo detalles de los mismos. Este trabajo solía hacerlo Vanesa, hasta que Anahí se hiciera cargo de él. Lástima que a su pareja la segunda dosis de la vacuna le haya sentado mal, levantando un poco de fiebre y con fuertes dolores musculares.

—Permiso —la joven asistente ingresa a la oficina sin esperar la respuesta—. Aquí tienes.

Le acomoda una taza con café sobre el escritorio. Lo prueba, notando que está tal cual le gusta a ella.

—¿Cómo supiste que moría por un café y cómo prefiero tomarlo?

—Soy tu asistente personal, debe de saber los detalles más importantes de los gustos de mi jefa —acota con cierto aire de autosuficiencia, ese que tanto odia.

—No me respondiste y, ¿por qué no me lo trajo Irina si tanto te molesta a ti?

—Cuando te reincorporaste a la empresa tu antigua asistente se acercó a nosotras para explicarnos y dejar unas diez notas con todas tus... manías como jefa. Esa mujer te adora —abre los brazos en señal de no entender el porqué del cariño de Vanesa—. Con respecto a tu segunda pregunta, jugamos piedra, papel o tijera y, obviamente, perdí. Te aconsejo que nunca juegues con la rusa —murmura como si le estuviera contado un secreto, la seriedad en las palabras le pone dramatismo—, es demoledora en ese juego. Para mí que viene en los genes.

Emma baja la cabeza, no desea que la sonrisa la delate. Indudablemente puede notar qué enamoró a Érica de Lucía. Desde que trabaja con ella no hubo un solo día que la viera de mal humor. Hace reír a Irina y a Anahí casi todo el tiempo, es tan inquieta que busca pretextos para escaparse de su escritorio, más allá que jamás tiene atrasado su trabajo. Lleva el uniforme de la empresa con orgullo e, increíblemente, ni una sola vez la escuchó quejarse de ser su asistente. Si no fuera quién es...

—Lo tendré en cuenta —responde con solemnidad y un cierto tono de «a mí que me importa tu consejo».

—Por cierto, ¿llamaste a tu esposa para saber cómo se siente?

—No —mira la hora en su reloj de pulsera—. Apenas son las 10:18 minutos.

—Yo la llamé unas cinco veces en tu nombre, suponiendo que no lo harías. Me respondió que se está muriendo y que unos bombones la revivirían.

—¿Ya saliste a comprarlos?

—¿Estás insinuando que me escapo sin tu permiso? —la negativa suena a ofendida—¡Qué fea la actitud, jefa!

—Pasaré por la bombonería y la florería antes de ir a casa —lo de “jefa” seguro que lo copió de Mariana—. ¿Algo más?

—¡No! —Está saliendo cuando se detiene y, sin girar, agrega—. Mi novia cumple años el próximo miércoles y tiene planeado hacer una cena para las amigas. Lo terrible es que comprará chinchulines, molleja y esas cosas espantosas que tanto te gusta comer; llenando la casa de un olor espantoso. Quizás puedas ir y comerlas, así no las veo en la heladera durante varios días.

—¿Me estás invitando a tu casa? —susurra pronunciando cada palabra con mucho cuidado. Anahí ya le informó que el sábado Érica hace la fiesta de cumpleaños para toda la familia, esta reunión debe de ser una para el pequeño grupo de amigas.

—Ella te espera, siempre. —Ha girado para mirarla a los ojos, unos que están llenos de lágrimas no derramadas y de amor no disimulado hacia una de sus mejores amigas—. Si quieres odiarme el resto de tu vida, hazlo, no habría ningún cambio de actitud hacia mi persona. Pero Érica te adora, te considera su hermana y su felicidad no será nunca completa si estás ausente en su vida.

—Tampoco te agrado, ¿lo recuerdas?

—Piénsalo —ignora su pulla—. Su único pecado es amarme. Si necesitas algo más, sabes dónde encontrarme. ¡Ah! Y el miércoles estaré en tu casa, con Rocío. Ya lo planeé todo.

Se acomoda en la silla y termina de beber su café, ya no puede intentar concentrarse en los papeles. Hace dos semanas que en ronda en su cabeza las palabras de la psiquiatra. No logró ponerlo en palabras para contárselo a la psicóloga, aunque lo masculló en varias oportunidades. Concluyendo que lo que más le duele es perderse el cariño genuino de Érica. Aylin tiene razón en que se ha perdido en odios y broncas, buscando la aceptación de los demás imponiéndose. Es tan fácil dar consejos y tan difícil tener la respuesta para uno mismo.

—Disculpe, Señora Knatwen —Irina ingresa a la oficina, luego de golpear la puerta—. La señora McLeughlin desea verla.

—Hazla pasar y, por favor, nos traes dos cafés.

—Sí, en seguida.

La empresaria ingresa sin esperar ser invitada, escapándosele una mirada hacia el cuerpo de la secretaria.

—Debes admitir que Malaika tiene un excelente gusto —comenta abrazándola con fuerza.

—Hola, y te recuerdo que estás casi casada con mi contadora.

—Esa mujer nunca me dará el sí —admite con resignación, sentándose frente a Emma—. Ahora me sale que nuestros hijos son pequeños o que dónde viviríamos o qué dirá la gente si lo sabe.

—Escúchala y ofrécele algo conciso, real, tangible. Verónica necesita esa seguridad para dar el último paso y vivir contigo.

—Mi vida es un caos desde que papá regresó a MCL —se la nota agotada y abatida. Su rostro siempre vivaz y fuerte, hoy tiene una cierta melancolía—. Considera que es el único que puede negociar con el gobierno y los políticos no hacen otra cosa que estafarlo.

—Aparentar que es un gran empresario es lo que tu padre ama hacer, al igual que el mío.

—Mandaría todo al demonio para poder tener una vida más sencilla.

—Hazlo. Tienes el suficiente dinero para no trabajar en al menos cinco vidas, ¿qué te detiene?

—El orgullo de no perder, en manos de mi padre, todos mis logros.

—Desde niñas nos adiestraron muy bien para ser empresarias a sus imágenes —mira su oficina y siente, una vez, esa opresión en el pecho que no la deja ser libre de decidir su futuro.

—Estamos más filósofas de lo normal —el sarcasmo quita la presión del alma y la tristeza del momento.

—Tú empezaste —se defiende jugando con su amiga—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Vine a buscar a Verónica para almorzar y quería invitarte a que nos acompañes.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Anahí está enferma y no vino a trabajar.

—Estuvieron meses sin directora general, McCorin no se fundirá por unas horas sin ti. Les paso a buscar a la 1, en punto.

La imponente mujer se va de la misma manera que llego: intempestivamente. Es obvio que almorzará con ellas y que pasará en rato agradable viéndolas interactuar. Aún no puede creer que Verónica la quiera tanto y que Casandra sea tan feliz con su pelirroja.

El día resultó más agradable y feliz de como comenzara. A las 17:50 horas, se aparece Gabriela en su oficina.

—¿Nos vamos? —ella la trajo en su camioneta y la dejará en la puerta de la casa, sin importar cuántas calles se desvíe.

—¿Ya no haces horas extras? —le gusta molestarla con eso de "la incansable trabajadora".

—¿Bromeas? No me pierdo la cena con mi familia por ningún dinero del mundo.

—Especialmente si te espera Candela.

—Debilidades de la carne. Por cierto, estoy un poco cansada de viajar para supervisar todas las instalaciones de seguridad. Llevo años haciéndolo y es hora que busquemos un reemplazo.

—Supongo que ya pensaste en uno —la conoce lo suficiente como para tener la certeza que tenía el discurso ya preparado cuando entró a buscarla y que no deja su trabajo librado al azar o a la inoperancia de otro Ingeniero.

—Nunca lo haría sin tu permiso y tu valioso asesoramiento —ambas mujeres salen de la oficina, deteniéndose frente a las secretarias—. Lu, ¿llevamos algo el miércoles?

—Te dejo que traigas la torta y el postre, eres experta en las cosas dulces.

—Cuenta con ello —le guiña el ojo en señal de complicidad, seguro que no llegan todos los dulces que compre—. Nos vemos, Irina y saludos a Malaika.

—No respondiste a mi pregunta —insiste Emma cuando ambas están solas en el ascensor.

—Lo hice, solo que no me escuchas —el silencio de la empresaria y la vista fija en la ingeniera, hace que esta última ría ante la escena—. Okey, tengo a la candidata para dividirnos los viajes.

En cuanto escuchó el género del suplente propuesto, comprende a quién se refiere. Necesita unos segundos para pensar en una negativa que no suene tan ilógica.

—Buenas noches —el guardia de seguridad de la cochera saluda a las mujeres que se dirigen a la camioneta. Ambas responden al saludo y se acomodan para partir.

—Gabriela, necesito pasar por la florería y la bombonería. Quiero mimar a Anahí que no se siente del todo bien después de la vacuna.

—Claro —sale del edificio y se dirige directamente a la florería de Belén—. ¿Qué piensas de que sea Rho quien viaje por mí?

—Ella está enfocada a las innovaciones, no a las instalaciones o reparaciones de los sistemas de seguridad —no le salió tan mal la idea, pensó una negativa a la altura de las circunstancias.

—Es cierto, pero... —«¡Mierda! Ya había previsto mi respuesta»— ...nuestros departamentos están trabajando codo a codo y ella está siendo una estudiante brillante. Sin embargo, no pretendo que realice las inspecciones del terreno, ni las instalaciones, más bien que se centre en las reparaciones. Esto le permitirá saber con precisión dónde se producen los errores y cuáles sistemas no son apropiados para determinados rubros. A mí me reducirá un treinta o cuarenta por ciento los viajes a las provincias y ella está dispuesta a sacrificarse para mejorar nuestros servicios de vigilancia. —Emma se ha mantenido en silencio, intentando procesar la información y comprendiendo la admiración de Gabriela por Múnedez. Cada vez se le hace más difícil despedirla de McCorin—. Llegamos a la florería, bajo contigo para comprarle unas rosas a Candy.

Al ingresar se encuentran con la madre de Belén que las atiende, preparando dos hermosos

ramos de flores. También les muestra los cambios que hicieron con su cuñada y lo bien que les va en el emprendimiento.

—Muchas gracias, Elena. Te prometo que vendremos con Anahí a tomar el té una tarde después de McCorin.

—Las esperamos.

En la bombonería tardan menos, y su amiga aprovecha para comprarse unos para ella y dice que son para Candela.

—Quizás le dejes uno o dos de la caja. —La abraza fuerte antes de bajar de la camioneta que está estacionada frente a la casa—. Gracias por traerme.

—Mañana paso por ti a las 8:20, estate lista.

—¿No prefieres que tome un taxi? —escuchan la puerta abrirse y los mellizos esperándola. Ya es de noche y prefiere que no salgan sin supervisión. Hay demasiada delincuencia al asecho.

—Y perderme la oportunidad de charlar contigo, ni loca. Te perdí por más de un año, pienso disfrutar de tu compañía todo el tiempo que me sea posible. —El abrazo fuerte de Gabriela la reconforta, ya no tiene miedo de quedarse sola, ya puede dejar ir—. Nos vemos mañana.

Al entrar a la casa, los mellizos le cuentan que están cuidando a su mami y que ya han cortado todas las verduras para la cena. Les pide unos minutos para subir a cambiarse de ropa y ya se pone a cocinar. Iván aprendió varias recetas nuevas, acompañándola durante los meses que estuvo sin trabajar.

Sube la escalera con el ramo de flores, el florero y los bombones. Se acerca a la cama y le besa la frente, en cuanto apoya los labios sobre su piel siente que todavía está afiebrada.

—Hola, mi amor —susurra.

—¿Emma? —Abre los ojos e intenta focalizar el rostro— Ya regresaste de la empresa, ¿cómo estuvo tu día?

—Excelente, aunque te eché mucho de menos.

—Mañana voy contigo —susurra apenas con fueras— ¿Qué me trajiste?

—Un hermoso ramo de flores y los bombones que querías —se pone de pie para ponerlas en el florero y dejarlas en la mesa de luz de Anahí—. Es mejor que mañana te quedes en la cama, no te veo bien.

—Gracias, mi amor —se acurra debajo de las mantas—. Amo las flores y no recuerdo haberte pedido bombones.

—Tú siempre quieres de estos, son tus preferidos —asegura tras un breve silencio—. Ya verás que, si pruebas dos o tres, te bajará la fiebre.

—Quizás cuatro —bromea con ella.

—Voy a preparar la cena, ya los mellizos tienen todo listo —vuelve a besarla—. En un ratito regreso con la comida, duerme un poco más.

Mientras se cambia de ropa, comprende que Lucía había mentido respecto a los bombones. Quizás haya sido para que quedara bien con su esposa o que, simplemente, la mimara.

«Apuesto mi sueldo del mes que nunca ha jugado piedra, papel o tijera». Esta noche está feliz después de un día cargado de emociones y aprendizajes.

* * * * *

El día del cumpleaños llega. Ya lo tiene decidido y, sin ponerse en difícil o darle vueltas al asunto, le pide a Anahí que la lleve al cumpleaños de Érica. Llevará unos vinos exclusivos de la

bodega McLeughlin y varias cervezas, para quienes no tienen paladar fino.

—¿Vas a comprarle un regalo? —Es la respuesta que recibe de su pareja, quien intenta evitar la emoción en su voz. Lástima que se delata.

—Ni por casualidad. Esta noche es para las amigas, los regalos formales son para el sábado, cuando nos mezclamos con las familias.

Le besa la punta de la nariz y se va a su habitación. Opta por un vaquero, botas, una camisa de media estación y llevará una campera de lana.

—¡Wow! —Anahí la abraza por la cintura y la mira a través del espejo—. Estás muy hermosa y esos vaqueros son demasiado ajustados. Quizás tengas que probar con otros pantalones.

—No lo haré, pero me dejaré quitarlos por ti cuando regrese esta noche —gira para besarla —. ¿Te parece?

—Te estaré esperando.

—¿No viene a cenar Lucía? Es poco probable que se quede en la casa estando todas nosotras.

—Por supuesto que sí. Te dejo y la traigo conmigo, supongo que luego haré el camino inverso.

—¿Sabe que esta noche iré?

—Ella sí, el resto no. Salvo que tú les hayas contado —le acaricia el cabello—. Es muy discreta.

—Me consta —murmura.

—Me encanta el corte que te hizo esta vez la peluquera. Te da un toque de rebeldía, incluso con los mechones rubios que te hizo. Ya estaba un poco cansada de esa melena perfecta que siempre llevabas.

—Dice que me hace lucir más joven y no quiere parecer vieja a tu lado —bromea con cariño, acomodándose el cabello que Anahí le había despeinado con la caricia—. ¿Vamos?

El trayecto es demasiado corto y los nervios se intensifican al acercarse a la casa de su amiga. Ha ensayado algunas disculpas, pero ahora no recuerda ninguna de ellas. Tendrá que improvisar. Cuando Anahí estaciona, la puerta se abre y Lucía sale corriendo.

—Hola, Anhi —asoma su cabeza por la ventanilla que Emma ha bajado del lado del acompañante—. Qué te parece si bajas, que ese es mi lugar.

—¿Ya están todas? —dirige su mirada hacia la puerta cerrada.

—Solo falta Malaika que llega en diez minutos. Se retrasó por un caso con la Defensoría, o algo así. ¿Bajas?

—Sí, por supuesto —antes de hacerlo le da un beso en los labios a Anahí.

Saca las bebidas que había acomodado en el baúl de la camioneta y se dirige a la casa. Camina despacio, temerosa de la posible reacción de su amiga. Bien merecido lo tiene y es consciente de ello. Toca el timbre, apenas si suena.

—¿Te olvidaste las llaves? —Escucha a Érica como si fuera Lucía quien estuviera en la puerta. En cuanto la abre se sorprende por la figura seria que encuentra— Emma —susurra y se lanza hacia ella para abrazarla.

—Cierren que entra frío —se la escucha a Gabriela quejarse, mientras se acerca a las mujeres que han permanecido en silencio y en ese fuerte abrazo—. Al fin llegas, ¿trajiste cerveza? —le pregunta a Emma, quien tiene las manos ocupadas con las bebidas.

—Vamos —se coloca de costado para que la mujer ingrese a la casa y le entregue a la morocha lo pedido— ¿Sabías que vendría? —Érica le pregunta a su amiga.

—Por supuesto que no. Pero ya era hora que dejara esa actitud pedante, que hoy es tu cumpleaños —le da un beso a Emma, quien permanece en silencio aún emocionada y divertida por las ocurrencias de Gabriela.

—¿Trajiste vino? —Elizabeth, quien se había acercado ante el escandaloso ruido en entrada a la casa—. ¿No tenías algo bueno para beber en tu casa? Todos son de la bodega McLeughlin.

—Son buenos vinos —comenta Verónica.

Se quita el abrigo y observa los cambios de la casa. Érica le toma de la mano y sonríe, notando el gesto de incredulidad en el rostro de Emma.

—Lucía tiene la idea que una casa minimalista no es un hogar. Así que compró varios juguetes para los gatos, trajo sus propios muebles y no me permite tener todo perfectamente ordenado. Así le gusta a ella y yo soy feliz.

—Lo lamento, no pude separar mi odio de tu amor hacia la misma persona.

—Olvídalo —le da otro beso—. Voy a controlar el asado, acompáñame así pongo las verduras para la rubita teñida.

—Te escuché, perfectamente.

A los pocos minutos llega Malaika, quien se suma a la reunión. El grupo ya está completo y las seis mujeres disfrutan de una velada entre bromas, quejas, deseos, vino y sí, también de cervezas.

Capítulo 23

Belén ingresa a la oficina con un hermoso ramo de flores. En cuanto la nota, Emma se pone de pie y se apura a abrazarla con mucho cariño. La conoce desde niña y siempre mantuvo una relación cordial con los Arhuel, mucho con Tobías. Tras su muerte, intentó estar al lado de las mujeres por el cariño hacia la familia y, un poco, por sentirse culpable de su muerte. Con el tiempo tuvo pruebas suficientes para conocer los detalles del crimen y el fiscal de la causa le explicó que los sistemas de seguridad funcionaban a la perfección, él dueño local fue quien cometió el error de confiar en la joven que le disparó a quemarropa, sin piedad. Esta información la guardó para sí, no tenía sentido echar sal a la herida abierta de Elena.

—¡Wow! Te luciste este año con las flores —comenta en cuanto se separan y observa en detenimiento encontrando dos orquídeas púrpuras separadas del ramo.

—Supuse que sería especial este aniversario de compromiso. —Le entrega ambos paquetes para luego sentarse frente a ella—. Por eso me esmeré en agregar flores que le gustan a Anahí y también a ti.

—Este año ha sido único desde demasiados aspectos —se sienta en su sillón y espera que la joven la imite—. Sigo intentando encontrarme en esta maraña de historias que no pude vivir, llenando los huecos con relatos muchas veces inconclusos y con momentos que no pude compartir.

—Eso nos pasó un poco a cada uno de nosotros. Es que el mundo tuvo que reajustarse a una pandemia tan inesperada como devastadora —murmura, reflejando esa sabiduría de Tobías—. Cuando me enteré del accidente y la gravedad de tus lesiones, se apoderó de mí esa angustia de la proximidad con la muerte —confiesa con la voz acongojada, indudablemente piensa en él—. La manera que encontré de lidiar con ella fue llevándote flores todas las semanas a la clínica.

—¿Y ahí conociste a Rocío? —concluye con cierto malestar en el alma. Si bien logró aceptar a la joven, hay demasiados secretos que perturban su paz.

—Se ve que el destino estaba un poco aburrido y decidió jugar un rato con nuestras vidas. Se divirtió a lo loco.

—Quizás lo hizo para sanar tanto dolor —recuerda las palabras que Rocío pronunció, ya que nunca logró quitárselas de la mente.

—Supongo —sonríe reconociéndolas—. No tengo mucho tiempo, como siempre. Así que debo irme, en una hora comienzo las clases en la Facultad. —Al pararse observa la oficina sin centrar su mirada en algún punto fijo—. Las remodelaciones han dejado hermoso el edificio, se nota en cada rincón el amor que le pusieron al hacerlo.

—Todos contribuyeron un poco para que la empresa funcionara sin mi presencia. —La joven se había acercado a la ventana y Emma imita el gesto—. No he tenido la oportunidad de agradecerte las flores que le diste a Anahí para su cumpleaños —susurra en busca de las palabras justas—. No estaba, sin embargo le llegó el más hermoso de los ramos.

—Solo cumplí mi palabra dada.

Un mes después de la muerte de Tobías, ella le había prometido que nunca le faltarían las flores a Anahí, en agradecimiento a tanta ayuda que la familia Arhuel recibió de parte de Emma.

—No lo minimices —la joven la observa—. Hoy en día muchas personas consideran que la

palabra dada vale casi nada. ¿Cuánto te debo por el ramo? —pregunta ante el silencio que se había vuelto incómodo.

—Papá me enseñó, entre muchas otras cosas, que los favores se pagan con favores.

—Tobías tenía demasiados valores morales, era un antiguo en esas cosas —bromea recordándolo con cariño y sintiendo aún el dolor de no haber podido salvarlo—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Me gustaría que dejes en paz a Rho —pronuncia la frase en milésimas de segundo. La tenía pensada desde hace tiempo y esta fue su oportunidad, Emma no tiene dudas de ello—. Si yo pude perdonarlas, a ambas —recalca la última palabra—, por todo el daño que le hicieron a mi familia, ¿por qué tú no puedes hacerlo?

—Es complicado y considero que el planteo no te corresponde —murmura.

—Pienso que sí, ya que es mi pareja y el amor de mi vida —retruca con calma y mirándola fijamente—. Te admiro tanto como papá lo hacía, así que no te juzgo. Sin embargo, me llevó meses de dolor y soledad aceptar las acciones de Rho, tanto como las tuyas. Quizás sea hora que terminemos con tantos odios. ¿No te parece?

—No es tan fácil.

—Me conformo con que no intentes despedirla de la empresa cada vez que puedes. Es que ella ama trabajar en McCorin y adora a tu familia, así que cuando se encuentra contigo llega a casa con lágrimas en los ojos. No se queja, ni te lo reprocha, pero tiene esa espina clavada en el alma y no la deja ser feliz...

Emma la observaba mientras pronunciaba cada reclamo, cómo lo fundamentaba y en dónde estaba su propio error de razonamiento. En ningún momento se percataron que la puerta de la oficina se había abierto.

—...¡¡Belu!! ¡Qué alegría verte! —el nombre pronunciado con cierta fuerza interrumpe la conversación y asusta a ambas en el proceso. Ninguna notó la presencia a sus espaldas.

—¡Anhi! —La joven se acerca a ella y la abraza con fuerza, dándole varios besos en la mejilla— Hace meses que no nos vemos y te echo mucho de menos.

—Todas las semanas le pregunto a Rho cómo estás tú y tu madre.

—Me lo cuenta y también que nos manda tus saludos. Mamá y mi tía la adoran a Rocío, increíble que esto suceda —mira a Emma de reojo, el mensaje fue para ella, no para Anahí—. ¿Cómo están Milo e Iván?

—Creciendo demasiado malcriados. Y ahora, que tienen a su mamá, su vida es perfecta.

—Todas las personas que hemos tenido el placer de conocerla —la florista gira para mirar a los ojos, mientras habla—, somos muy felices con su regreso.

—¿Cómo está tu mami?

—¡Excelente! Desde que pusieron con mi tía el bar junto al vivero y la florería, sus vidas han dado un vuelco increíble —les comenta el proyecto que las mujeres emprendieron para darle vida al lugar—. Por cierto, me pidió que llevara a los mellizos a la quinta. Pueden pasar un domingo con nosotras.

—Les encantará, aunque se pasan todos los fines de semana fuera de casa. Ya ni recuerdos sus rostros —bromea con la joven, escena que Emma observa en silencio, recostada sobre el marco de la ventana y rezando para que Anahí no haya escuchado la conversación que tuvo con Belén.

—Es que son buenos chicos, además de cariñosos. Espero que nunca pierdan eso. Debo terminar el reparto o llegaré tarde a la Facultad. —Agarra la mochila que despreocupadamente quedó tirada sobre la silla y luego se acerca a la empresaria para saludarla—. Decidas lo que

decidas, estaré a tu lado. Nos vemos y no te preocupes que me pondré de acuerdo con ellos.

Un beso a cada una de las mujeres y Belén sale con una amplia sonrisa.

—Seguro que irá a ver a Rho, se aman mucho.

—Una extraña pareja —comenta Emma, acercándose a su escritorio para disfrutar del aroma de las flores—, que poco tienen en común.

—Como nosotras —sentencia Anahí—. Supongo que las flores son por nuestro aniversario de compromiso.

—Así es —se sienta nuevamente para contemplar a su mujer, esa que adora con toda el alma y que no sabe cómo hacerla feliz. La misma que ha dicho una verdad tan cruda como dolorosa.

—Los primeros años, después del nacimiento de nuestros hijos, esperé ilusionada a que me pidieras que nos casáramos —observa el ramo de flores como hipnotizada, sin tocarlo, ni olerlo —. Luego busqué excusas de por qué no lo hacías hasta que, un día, simplemente me resigné, convencida de que no era el amor de tu vida —unos ojos oscuros, pensativos y hasta con tristeza, se posan en los suyos.

—Lo eres —siente su dolor, como si fuera propio—, no pongas eso en dudas. —Anahí estaba sentada en ese lugar que compartieron durante meses. En donde trabajaron juntas y fueron felices de a ratos. Desea abrazarla fuerte para compensarle tanto dolor reflejado en un rostro vencido por el amor que siempre le dio a cuenta gotas—. ¿Cuánto escuchaste de la conversación?

—Desde que comentaste los valores morales del papá de Belén —su silencio y postura corporal era muestra de que estaba furiosa—. ¿Por qué maltratas a Rocío si tú fuiste quien la contrató?

—Obligada por tus suplicas —recuerda cuánto le insistió para que le hiciera una prueba. Para Anahí la joven ingeniera era un prodigio y, para su desgracia, no se equivocó.

—Estás esquivando mi pregunta —lo sabe, solo que es difícil responderla. La vida a su lado, la imagen que siempre quiso proyectarle y sus propios valores están en juego.

—Es una historia larga, complica y que ya quedó en el pasado. —Se pone de pie en busca de su abrigo y de dar por olvidada la conversación con Belén—. ¿Qué te parece si vamos a almorzar para celebrar nuestro compromiso?

—Siéntate. ¡¡Siéntate!! —grita ante una Emma que paralizada. Espera que lo haga para continuar— Cuando entraste en coma mi vida fue un verdadero caos, tanto que apenas noté la presencia de los mellizos. Si pudiera resumirlo en una sola frase, te diría que mi vida se terminó ante tu propia inconsciencia. Con el correr de los días tú no despertabas y yo necesitaba hacerme cargo, por primera vez, de mi vida y de la de ellos. Así que no quedó otra que madurar de golpe —las lágrimas de Emma comienzan a surcar su rostro, se sabe perdida—, algo que nunca había logrado porque pasé de vivir con mis padres a tus brazos. De una protección a otra, tanto que ninguno de ustedes se les ocurrió dejarme ser.

—De la sartén al fuego, diría Azucena —aprovecha para tomar un pañuelo descartable y secarse el rostro.

—Sí —murmura—. Ya han pasado casi dos años desde aquel día que tu accidente estremeció mi destino. He madurado, quizás no lo notes o no quieras hacerlo, pero odio que me tomes por esa niña que se enamoró perdidamente de ti —suspira, espera unos segundos, interminables—. Vuelvo a preguntarte ¿por qué la maltratas tanto, que Belén te pidió que la dejaras en paz? —pronuncia cada palabra lentamente— Si salgo por esa puerta —la señala con la mano—, le preguntaré lo mismo a Lucía y a Rocío. Ellas me lo contarán y consideraré que no te

importo ni siquiera para merecer tu verdad.

Gira su cabeza para mirar hacia la ventana, la luz del sol ingresa plenamente. ¡Cómo desearía que lloviera! Así su estado de ánimo concordaría con el día, pero ni una nube se avisa, aunque la tormenta ya se desató.

Regresa al escritorio y sus manos buscan el celular, lo prenden sin mirar y Anahí tan solo la observa en busca de una respuesta. Una que obtendrá de todas maneras y, quizás, sea más peligrosa que su propia versión.

—La noche del asesinato de Tobías Arhuel, el papá de Belén.

—Sé perfectamente quién era.

—Sí, obvio —le sonríe, sin obtener reciprocidad—. Esa noche Rocío estaba en la florería —el gesto de sorpresa no pasa desapercibido—. Afuera de ella, hablando con un joven que era el conductor del robo, mientras esperaba a la hermana —el silencio la invita a seguir.

—¿Rho tuvo que ver en el asesinato de Tobías?

—No. Ella había ido a salvar al joven que, según tengo entendido, es el hijo de una mujer que la ayudó a ella en la infancia. No sé si nombre.

—Dora —aclara—. Ahora entiendo por qué ellas se distanciaron durante varios meses. Lo que no comprendo es dónde entras tú en esta historia.

—Esa noche teníamos una reunión para mejorar el sistema de seguridad, por eso yo estaba allí.

—¿Y viste todo? ¿No pudiste salvarle la vida?

—No. Llegué tarde —aún siente el dolor de un asesinato que, muchas veces, ha considerado un error propio—. Los disparos ya habían sonado en el silencio de esa noche, mientras bajaba de mi camioneta. Fue cuando revisé las cámaras de seguridad cuando noté la presencia del auto y de los dos jóvenes. Porque la asesina estaba dentro y pude retenerla hasta que llegó la Policía.

—¿Por qué no los delataste? —Anahí pregunta conociendo cómo es el sistema de seguridad. Se siente tan orgullosa de ella y tiene tan pocas oportunidades para decírselo.

—Lo hice. Al otro día analicé los vídeos y noté que Rocío había dejado su moto a una cuadra, más o menos. Deduje que quería convencer al joven para que abandonara el lugar. Así que busqué sus datos a través de la patente y di con ella. La cité en un bar y... —un nudo en la garganta le impide seguir. A la distancia la historia resulta ser peor de lo que la recuerda.

—¿Qué le pediste a cambio de no...

* * * * *

—...denunciarla? —Siente una gran opresión en el pecho, esa que no te deja respirar y que vaticina una debacle, sin tener idea de cuál será—. ¿Emma? —Insiste tras varios segundos en silencio.

—La dueña de la boutique me debía algunos favores y pagos por mantenimientos de los sistemas de seguridad en su casa —el relato se ha ralentizado tanto que le cuesta seguir el hilo de la historia. Es eso o su corazón dejó de latir o su cerebro no reacciona, porque la escucha como si fuera otra quien lo cuenta—, así que le conseguí trabajo en la misma sucursal y la puse allí para que las vigilara.

—¿Qué? —se lleva la mano al pecho— No comprendo.

—Múnedez me tenía que informar cuándo y dónde se veían, averiguar qué decía Lucía del romance entre ustedes. No sé qué otra cosa más le pedí en ese momento, fueron varias y hace años. A cambio yo la mantendría lejos de la cárcel —parece que simplemente está informándole

de una transacción comercial—. Ella me creyó, ¿puedes creerlo? —sonríe con tristeza—. Te confieso que nunca me imaginé que Rocío se convertiría en su amiga y que los Subironde la tomarían bajo su ala, ayudándola tanto en sus estudios, que terminó recibiéndose de ingeniera. El resto tú lo sabes.

Esta vez los ojos celestes estaban posados en los suyos, manteniendo la mirada y buscando, de alguna manera, la redención. Mientras los suyos dan cuenta de una furia retenida por años, tanto que ni siquiera parpadean. Sin que se comparen con el ardor de su alma por semejante traición.

—Estás enferma —niega con la cabeza, no pudiendo creer la historia ni, mucho menos, encontrar una justificación plausible para tanto daño—. ¡Estás enferma! —levanta el tono de voz, ya harta de ser la idiota de la historia. Porque ahora su mente se llena de imágenes y está segura de que Lucía lo sabe. El dolor es tan profundo por la doble traición, que pierde la conciencia de sus palabras—. ¡¿Cuándo mierda te di razones para que pensaras que te engañaba?! ¡¿Cuándo carajo me viste del brazo de otra mujer o besando a Lucía, para que tus celos se volvieran enfermizos?! ¡¿Cuándo te volviste una obsesiva que utiliza a las personas sin medir el daño que causa en el proceso?! Dime, por favor, ¿cuándo? —las lágrimas nublan su vista y la congoja traba sus palabras— Me enamoré de ti en el instante en que te vi y una sola vez miré a otra mujer con deseo —confiesa en el cúmulo del dolor—, fue después que nacieran nuestros hijos y tú apenas te fijabas en mí. Duró tan solo unos días, porque mi alma y mi cuerpo estaban convencidos de que a la única persona que permitiría que lo acariciara, era a ti.

—Yo solo veía que tú preferías estar con Lucía, incluso que no querías tener un hijo conmigo. Esas eran señales de que no me amabas —susurra unos minutos después, cuando Anahí se había quedado en silencio en busca de aire para respirar y continuar destruyendo su propia existencia—. Como la mentira que estabas en la casa de tus padres, cuando pasaste el domingo con ella y Rocío.

—Y, según tú, esas “señales” fueron razón suficiente para destrozarle la vida a una joven inocente, chantajeándola y maltratándola, porque eres incapaz de hacerte cargo de tus propios demonios —recibe como respuesta un obstinado silencio—. Tengo la misma edad con Lu y la conozco desde salita de cuatro. Obvio que tengo más cosas que compartir con ella que con una gran empresaria, diez años mayor que yo y de clase social diferente. Pero, si la hubiera amado a ella o deseado, como me reclamas cada vez que puedes y quieres, estaría a su lado y no juntada contigo —sentencia ya sin ningún tapujo—. Y, para que te quede claro, no tenía ni veinte años cuando me propusiste ser madre —desea dejar aclarado un punto que le dolió durante años y que ya comprendió por qué se dio de esa manera—. Estaba aterrada ante la idea. Es que yo solo quería hacer el amor contigo, compartir viajes y amarte cada día. Fue tu decisión, una más que acaté sin darme cuenta que desde el primer encuentro, solo existí a tu sombra —el hartazgo de no saberse importante hoy la puede—. A la sombra de tus deseos, de tus verdades, de tus amigas, de tu empresa, de tu vida.

Necesita aire, poder respirar después de años de sofocación. Se pone de pie para irse de una oficina que no le pertenece y que, por esas cosas de la vida, también comparte con quien tanto daño le hace.

—Las mentiras son otra cosa, ¿verdad?

Escucha la frase y la pregunta pronunciada con odio, incluso en estos momentos los reproches están a flor de piel. Igual surten el efecto deseado y detiene su andar en seco, para girar y mirarla a los ojos. Comprende a qué se refiere y afirma con su cabeza, pausadamente, buscando qué decir primero.

—Te mentí para no lastimarte.

—Una pobre excusa, podrías inventarte algo mejor. —También se ha puesto de pie, no debe querer estar en inferioridad de condiciones.

—Ese sábado que me acusaste, por milésima vez, de estar engañándote con Lucía, en realidad no quería ni amargarme por tus palabras, ni dejarme llevar por tu odio —confiesa cansada de tantas mentiras—. Llevaba un mes preparando tu cumpleaños sorpresa, estaba feliz y quería demostrarte cuánto te amaba. Así que pensé que, si te decía la verdad, estarías amargada todo el domingo y esa no era mi intensión.

—Podrías haberte quedado.

—¿Después de todo cuánto me dijiste? Me lastimaste como nunca, me heriste adrede llamándome maldita infiel. Incluso pensé que querías separarte de mí, porque había otra mujer en tu vida que te haría más feliz. Por supuesto, el primer nombre que se me cruzó en la cabeza fue Malaika —sonríe ante la locura de la idea—. Tenía que irme para poder mantener mi felicidad y la de los mellizos, que estaban ilusionados ante la idea de la sorpresa. —Se acerca y le acaricia la mejilla, tomándose unos segundos para continuar—. Yo también he estado celosa de ti en incontables oportunidades, principalmente, porque sueles mantener esa distancia entre nosotras en donde tú debes tener el control de la situación. Tanto es así, que ni siquiera me dejas llamarte Emmy, como me gusta, por una teoría tan estúpida como sin sentido —los ojos celestes, a centímetros de ella, apenas si reflejan sentimiento—. Te mentí en varias ocasiones, quizás muchas, porque no sabía cómo enfrentarme a la gran mujer de mi vida. Porque me sentía amada en cada una de tus escenas de celos, quizás era en la única oportunidad que me sentía de esa manera. Y Lu, para que lo sepas, me consoló en cada una de ellas.

—Dudo que lo fuera desinteresadamente.

—¿Por qué la odias tanto? —se le escapa de los labios— Cuando puedas ponerlo en palabras, recién ene se momento, nos sentaremos hablar como dos mujeres adultas en busca de un futuro juntos que, por el momento, es difícil que lo tengamos.

—Lo único que te pido es que no te vayas de la casa, no quiero que nuestros hijos vuelvan a sufrir. Dame un poco de tiempo para solucionar lo nuestro.

—¿Tiempo? —le dolió escuchar que solo le preocupan sus hijos, aunque comparte la idea.

—Estoy intentando manejar mis “demonios”, como tú los llamaste. Es que llevo meses en terapia y avanzo con lentitud y, al parecer, son demasiados.

—Te lo he dado todo y sigo sin ser una prioridad en tu vida. —Le besa con suavidad los labios para dejarla sola en medio de su oficina, de su mundo, al cual ya no pertenece.

Capítulo 24

Sale de la oficina con el alma destrozada. Ni en sus peores pesadillas pudo pensar que Emma sería tan cruel como para utilizar a Rocío de la manera en que lo hizo. Desorientada en el rumbo a seguir, se detiene frente al escritorio de la asistente de Dirección General y la observa por unos segundos. Permanece en silencio, buscando armar una idea en su mente para gritarle la traición.

—Sé que soy muy hermosa, pero no tanto como para estar ahí parada mirándome sin decir una maldita palabra —bromea Lucía, quien se cruza de brazos, se recuesta contra el respaldo de su silla y la observa detenidamente—. ¿Qué te sucede?

—¡Vamos! —La furia que la consume vuelve a aflorar y le ordena seguirla, sin esperar respuesta de la otra mujer baja las escaleras. Escucha el taconeo y confirma que la siguen.

—Buenos días, señora Knatwen —saluda la secretaria de Diseño e Innovación.

—¿Rocío está ocupada? —su mente no para de pensar e imaginar locas situaciones en donde sus amigas le mintieron descaradamente— Perdón, Virginia. Buenos días.

—En estos momentos está trabajando —responde sorprendida ante la actitud fría de Anahí — ¿Puedo ayudarla en algo?

—Necesito hablar con ella. Así que no quiero que nos molesten hasta que salgamos de esa oficina. Por lo menos, hasta que yo lo haga. —Gira para ver si su amiga la siguió y encuentra a Lucía a pocos centímetros de ella, sonriendo despreocupadamente—. Tú, ven conmigo.

—Sí, jefa. Voy detrás de ti.

Le hace un gesto a Virginia de ignorar qué sucede y la sigue. Extrañamente bajar la escalera intensificó la furia que siente, en lugar de calmarla.

—Rho, deja todo lo que estás haciendo, quiero hablar con ambas —ingresa sin llamar a la puerta y se sienta frente a la ingeniera, mirando de soslayo a Lucía que la imita hasta resignada por una situación.

—Hola, Anahí —saluda al momento que se acomoda para escucharla—. Estoy terminando unas mejoras que Gabriela me recomendó para los sistemas de seguridad de las caballerizas. Si bien son buenos, estamos buscando que no haya errores de funcionamiento cuando los instalemos.

—Me importa muy poco McCorin. en este preciso momento quiero respuestas de ustedes dos de por qué me mintieron durante tantos años.

—¿De qué hablas? —Rocío ha pronunciado despacio cada palabra, como si intuyera a qué se refiere, pero teme preguntar.

—No se hagan las boludas —no suele decir malas palabras, pero las circunstancias lo ameritan. Las mujeres se miran y permanecen en silencio—. Muy bien, si esta será la actitud de mierda que tendrán, seré bien específica a lo que me refiero —advierte con ánimos belicosos—. Hace unos minutos, cuando ingreso a la oficina de mi esposa, resulta que estaban conversando con Belén. Y tu novia le pedía que te dejara en paz, que ya era tiempo de cambiar la actitud que tenía hacia ti. Al quedar a solas enfrenté a Emma y me contó la verdad de cómo tú —señala a Rocío quien acaba de palidecer, sus ojos se fijan en Lucía que, a su vez, agacha la cabeza—, entraste a nuestras vidas. Para decirlo de una manera amable o dulce, como tú quieras. Porque lo único que deseo en estos momentos es agarrarlas del cuello y zamarrearlas hasta que me digan la

absoluta verdad. Ustedes, que dicen ser mis amigas, me traicionaron vilmente.

—Anhi... —comienza Lucía.

—Yo lo haré —la interrumpe Rocío—, es mi culpa y mi responsabilidad. ¿Cuánto te contó Emma?

—Eso no debe importante si vas a confesarme toda la verdad.

—Tienes razón —admite derrotada—. Antes de conocerlas mi vida era un caos, intentaba hacer bien las cosas, pero recaía en terribles angustias y frustraciones por no poder escapar a apellidarme Múnedez. Esa noche fatal fui a la florería de Belén para salvarle la vida a un amigo, no lo conseguí y lo peor es que perdí un poco de la mía en el proceso. No fue mucho, créeme — el relato se extiende por casi diez minutos, ninguna interrumpe a Rocío. A Lucía se le caen las lágrimas y Anahí intenta mantenerse furiosa, a pesar del dolor que también le genera saber cómo su amiga fue utilizada por su propia familia—. Unos días después recibo la visita de Emma para invitarme a tomar un café y explicarme qué debía hacer, si no quería ir a la cárcel. Ante de que piensas mal de ella, estoy segura que sabía de mi inocencia. De lo contrario me hubiera entregado a la Policía, sin dudarlo —hace un breve silencio, como ordenando las ideas para continuar—. Es increíble, pero gracias a ese chantaje yo conseguí vivir la mejor etapa de mi maldita existencia. Conocí a Lu, a Soledad y a Pedro; una familia que el destino me regaló y que puedo asegurar, con orgullo, que es “mi familia”. Los meses pasaron e informé a tu esposa de la relación que ustedes tenían, jamás le gustó porque siempre hacía énfasis que eran tan solo amigas. Después me recibí, me recomendaste, ella me tomó a prueba y ambas estábamos seguras que me despediría al poco tiempo. Su accidente me despejó el camino y el resto es historia.

—¿Por qué no me lo contaste? —Entiende el proceder de Rocío, pero no el de Lucía. Por eso la mira a los ojos y reprocha aún con demasiada bronca en el alma— Somos amigas desde salita de cuatro, hemos compartido nuestros secretos, lo más terrible y los más maravillosos. Dime, ¿por qué guardaste silencio ante algo tan grave?

—Espera —Rocío vuelve a intervenir notando el llanto de la joven—, a ella se lo conté recién hace un año. Sé que parece mucho tiempo, pero créeme que no lo es, considerando cómo se dieron las cosas.

—No comprendo.

—Cuando Elena, la mamá de Belén, me pidió hablar para que intentara reconquistar a su hija, me encontré desesperada. Y Dora, mi vecina, me dio la clave para reencontrarme siendo una maldita Múnedez. En ese momento comprendí que tenía una segunda oportunidad y que debía aprovecharla. Ahí fue cuando les conté toda la verdad a Lucía y a Belén. En ese orden.

—Puedo suponer que la disculpaste a pesar de cómo te utilizó. Incluyendo a tu familia.

—Sí. Mamá tuvo mucho que ver en ello. Eso y el hecho que, a pesar de su traición, siempre estuvo a mi lado como una amiga incondicional —es la primera vez que habla, lo hace entrecortado por el llanto—. Rho estaba dispuesta a contarles a ti y a los niños, pero me opuse. Consideré que no valía la pena dañarte con una verdad que no podías cambiar y no te sumaba nada en la caótica vida que tenías.

—¿Por qué carajo todos deciden por mí, suponiendo qué es lo mejor o que me dañaría? Soy lo suficientemente capaz de afrontar mis problemas. A veces les encuentro soluciones, otras no. Pero es parte de madurar.

—No fue esa la razón —insiste Lucía—. Escúchame por un minuto, por favor. En ese momento tu esposa llevaba un año en coma, la mayoría de nosotras pensábamos que no despertaría y, si lo hacía, su condición cognitiva no sería la mejor. Tú, por primera vez desde el accidente, estaba encausando tu vida sin ella. Venías a trabajar, sonreías, te ocupabas más de los

mellizos y hasta planeabas darles una sorpresa para el cumpleaños —le había tomado las manos cosneguir su absoluta atención y que la comprendiera mejor, como si el contacto reforzara la amistad—. Emma ni siquiera podía defenderse si la acusaba, ¿de qué servía en ese momento generarte tanto dolor gratuito?

—Era mi decisión —se suelta y con ambas manos se señala hacia el pecho—, no la tuya.

—Rho pensó lo mismo y yo tomé la responsabilidad de que, si alguna vez te enterabas, me haría cargo de tu odio. Lo siento, no tengo cómo pedirte perdón.

—¿Es decir que nunca me lo hubieras contado por propia iniciativa?

—No.

Se debate entre levantarse mandado a todas a la mierda, alejándose de las personas que tanto quiere o pedir explicaciones que no la satisfarán.

—¿Qué otras cosas sabes de Emma? Y no me mientas porque te juro que no te dirijo más la palabra en toda la vida. A parte de lo de Catalina, porque eso lo sé.

—Su gran enojo conmigo data de un día que, a pocas semanas de que comenzaran a ser pareja, la vi del brazo de otra mujer.

—¿De Catalina? —Afirma con la cabeza sorprendida porque lo supuse al segundo que se lo contó— Tuvimos una pequeña conversación respecto a ella y que mi infiel esposa dejó por la mitad. Una doble moral que pienso discutirle en su momento. ¿Qué otra cosa?

Rocío mira a Lucía, Anahí la imita notando que la joven está pálida. No sabe qué más conoce de Emma, la mujer mayor es una maldita Caja de Pandora.

—Hace unos años, no recuerdo la fecha exacta, tan solo que era una fiesta en tu casa —aclara denotando sinceridad en su voz—, escuché sin querer una conversación entre Emma y Kira. Mi novia le prestó una suma importante de dinero para cancelar unas deudas de McCorin. A cambio le dio un porcentaje de acciones de la empresa, el cual Érica pensaba devolverle como regalo de cumpleaños el día del accidente. Aún las conserva y le queman en las manos, supongo que pronto se las entregará a cambio de nada.

Ya nada tiene sentido. Emma, quien durante años le reproche infidelidades inexistentes, resultó ser la infiel. La que se jactaba de mantener económicamente el hogar, tuvo que pedir dinero prestado. Quien se hartó de vociferar su moral intachable, extorsionó a Rocío, ¿qué más podrá sumarle este día?

—Anhi —Rocío llama su atención—. Todas las personas cometemos errores, principalmente cuando amamos como ella lo hace.

—¿La defiendes?

—La comprendo, que es bastante diferente.

—Necesito irme de acá —se pone de pie y gira dos o tres veces sobre su propio cuerpo, en busca de la salida—. Tengo que pensar qué haré y hasta dónde es tan grande mi amor, como para perdonarle tanto daño.

—Lo sentimos —Lucía también se puso de pie para abrazarla, pero no se deja, el consuelo ahora está fuera de lugar—. Lo hicimos para que no sufrieras. Perdón por equivocarnos. Perdón por no haberme dado cuenta de cuánto has madurado estos últimos dos años.

—Tú y yo tendremos una conversación muy seria cuando se me pase la bronca que estoy sintiendo. Aún deseo ahorcarte hasta dejarte sin aliento, para que no me vuelvas a mentir nunca más.

—No lo haremos, te damos nuestra palabra —interviene Rocío, sumándose al cariño de tres amigas que, con miles de errores, siempre han intentado ayudarse sin lastimar una a la otra.

—Me voy. Las paredes de esta empresa se me caen encima y me están ahogando.

Las dejas, ya no hay palabra que calme el dolor. Sube las escaleras, evitando el ascensor que la llevará demasiado aprisa a un lugar que no quiere llegar. Teme que Emma la esté esperando para darle explicaciones que, ahora, no quiere escuchar.

Escalón tras escalón, buscando consuelo en cada paso que da. En eso, se detiene en el descanso, antes de ingresar a su oficina y saca el celular de su bolsillo. Una loca idea acaba de surgirle. Llama para ver si puede ser posible. Él le responde sin dilación y le ofrece el lugar sin preguntar, ni pedir algo a cambio. Ya con el sí, busca el número de una amiga que le dé una mirada más objetiva respecto al caos en el que se ha convertido su subsistencia.

Espera casi un minuto, quizás debe dejarle un mensaje. Cuando está por cortar, responde. Anahí le cuenta el plan y obtiene un sí rotundo. Ya está todo tramado, falta ejecutarlo sin importar las objeciones que reciba al respecto.

Sigue su camino, apenas nota la presencia preocupada de Irina, quien se había puesto de pie en cuanto ingresa a la oficina. Se dirige a su propio cubículo, se detiene en busca de sus pertenencias y, en su propio silencio, escucha murmullos en la oficina principal. Tarda segundos en suponer que Emma estaría siendo consolada por alguna de sus amigas. Seguro que les contará una versión en donde ella es la víctima de las infidelidades de su cruel y ambiciosa esposa.

Necesita aire, mucho oxígeno para limpiar su corazón. Toma el bolso del perchero y sale de McCorin sin mirar hacia atrás. No importa ni el camino ni el destino, ya perdió el rumbo hace años.

* * * * *

Una mano se apoya suavemente sobre su hombro. Había mantenido su rostro aplastado contra sus manos desde que Anahí se fue de su oficina.

—Emma, por favor, responde —el susurro de Malaika hace que levante la cabeza para observarla.

Quiere hablar, sin embargo lo único que logra es lanzarse a los brazos de su amiga y llorar en ellos sin control. No tiene recuerdo de sentir tanto dolor, reconoce para sí sus errores y después de analizarlos en profundidad comprende la gravedad de los mismos. El abrigo del cariño recibido no le permite abandonarla. Malaika se acomoda en el piso, sobre la alfombra, tomándola con más fuera y acariciándole el cabello, simplemente la deja desahogarse. Espera en silencio, tan solo en leve movimiento entre ellas, imperceptible.

Los minutos pasan, su mente permanece en blanco. No quiere bucear buscando culpas cuando es la única responsablez de generar tanto dolor a la mujer que ama con desesperación y que acababa de perder.

—¿Qué...? —Siente otros brazos que la atrapan entre ellos con más fuerza que la propia Malaika— Estoy acá —Es la voz de Elizabeth quien murmura.

—¡Por Dios! —Gabriela exclama y se tira al piso junto a las otras dos mujeres. Como es más grande que ellas, en un abrazo, las abarca—. Malai, llama a Kira y a Vero. Que ambas vengan, urgente.

—Ya mismo.

No recuerda el tiempo transcurrido, tan solo escucha los pasos llegar de otra persona que se suma y murmura con Malaika. Ella permanece apoyando su cabeza en el cálido hombro de Elizabeth y, a su vez, siendo cobijada por Gabriela.

—Emmy —escucha a Elizabeth murmurar, notando que se ha quedado adormecida en sus brazos—. ¿Puedes contarnos qué te sucedió?

—Metí la pata y terminé perdiendo a Anahí para siempre —reconoce tras pensar cómo explicarles a las amigas su estado angustiante—. ¿Qué hacemos sentadas en el piso?

Apenas recuerda cómo llegó allí. Tenía la sensación de haber sido escuchada, abrazada y mimada por sus amigas. El resto está muy borroso en su mente.

—Cuando Anahí salió de tu oficina, no cerró la puerta y le exigió a Lucía que la siguiera, actitudes poco frecuentes en ella. Bajaron la escalera y pasaron unos minutos sin novedades de ella. Irina escuchó una especie de gemidos y miró hacia aquí. Estabas llorando con tu rostro entre las manos y me llamó desesperada para que viniera. Ella no sabía qué hacer.

—Después Malaika nos mandó un mensaje a nosotras y en segundos estuvimos aquí —Elizabeth completa el relato, manteniéndola aún en sus brazos.

—Ya me siento mejor —intenta ponerse en pie y vuelve a caer.

—No vamos a dejarte sola —Verónica le advierte—. Voy a pedirle a Irina que traiga café para todas y nos contarás qué sucedió. Es la única manera en que podremos ayudarte.

Gabriela la ayuda a levantarse y la sienta en el pequeño sofá que hay en la oficina. Las mujeres se acomodan a su alrededor, dándole espacio y tiempo para que sea la misma Emma quien hablara.

—Mi vida, los últimos trece años, han sido una mentira detrás de otra —pronuncia sus palabras con mucha cadencia, en busca de encontrarlas sabiendo de ante manos que será condenada en el Infierno por cuánto le hizo a su amada Anahí.

—Emmy —Elizabeth le acomoda el cabella detrás de la oreja—, tomaremos un café mientras te calmas y esperamos a Érica que ya está por llegar.

—¿La llamaron? —Una sorpresa genuina que genera aún mayor sentimiento de vergüenza.

—Es parte esencial del grupo. Si tú estás mal, estaremos todas para apoyarte y sin importar qué hiciste —Malaika, que rara vez habla en presencia de las otras mujeres, deja aclarada la posición que tomaran ante la posible confesión de Emma.

El silencio de la directora general que mantenía al tiempo que bebía su café, era cortado por algún que otro murmullo entre sus amigas. Diez minutos después llegó Érica, al ingresar se dirige a Gabriela para que le explicara qué sucede. La morocha le susurra unas pocas palabras, la alta mujer se acerca para abrazarla, darle un beso y acariciarle la mejilla.

—Aquí estoy, para lo que me necesites.

—Ya estamos todas, ¿te encuentras en condiciones para hablar? —Elizabeth toma la iniciativa, expectantes de saber cuáles fueron las razones para que Emma se encontrara en semejante estado físico y psicológico.

Afirma con su cabeza y el gesto da rienda suelta a una verborragia que ya no pudo detener. Les estaba contando lo mismo que a Anahí una hora antes, salvo que esta vez no se guardó ni un solo detalle, ni el más mínimo sentimiento que los acompañaba. Ninguna la interrumpió, tan solo escucharon el daño que su amiga era capaz de infringir.

—Hay un punto que no comprendo —al fin una la interrumpe y es Gabriela. Ya no tenía mucho más que contar—, ¿qué sucedió para que tuvieras que recurrir a ese chantaje?

—Hoy, a la distancia, no tiene ni siquiera sentido.

—Supongamos que en ese momento lo tuvo —Malaika interviene, está observando cada gesto de su admirada amiga.

—Unas semanas antes del asesinato de Tobías Arhuel regresé a casa con los mellizos —lo recuerda como si estuviera sucediendo en esos momentos— y Anahí bromeaba con Lucía. Ambas estaban en la piscina, con pequeños bikinis, se lanzaban agua como si fuera un juego sexual. Fue el instante en que se confirmaron todas las dudas que me acosaban desde hacía años:

era amantes y mi amor se casó conmigo tan solo por mi dinero. —Observa el rostro pálido de Érica y se apresura a completar la historia—. Nada de eso era cierto, una mala jugada de mi imaginación atestada de inseguridades. Ahora entiendo que ellas son amigas, como nosotras, que nos hemos bañado con bikinis más pequeños, incluso llevando tan solo toallas para taparnos y ninguna era la amante de la otra.

—Hablo por mí, y por las presentes, cuando opino que hemos cometido algún que otro acto indeseable por celos hacia la mujer que amamos con tanta pasión, como el que tú sientes por Anahí —comenta Elizabeth unos segundos después de un profundo silencio.

—Supongo princesita que eres capaz de llegar a delinquir por Vanesa, pero no es mi caso —Gabriela pinta de broma una escena tétrica de confesiones entre amigas.

—No, claro. Casi fundes McCorin por conseguir que Candela te preste un poquito de atención —interviene Verónica, comprendiendo la intensión de que Emma no vuelva a caer en depresión.

—Colorada, tú no eres la indicada para hablar de amores secretos. Nos ganas a todas.

—¿Qué les parece si no metemos a más indeseables en nuestra conversación? —La rubia observa la amplia sonrisa de su mejor amiga—. Vamos a comer, beber y olvidarnos de las locuras que hicimos por amor.

—¿Y la empresa? —susurra Emma emocionada porque sus amigas no la juzgaron, más bien comprendieron y aceptaron el dolor que ocasionó. Ya vendrán los consejos y los comentarios irónicos, pero no cambiarían el respeto entre ellas— Debemos trabajar y no podemos dejar los Departamentos solos.

—¿Para qué tenemos codirectoras si no es para que trabajen por nosotras? Irina, ocúpate de avisarles que no regresamos por el resto del día, incluyendo a Andrea —ordena Gabriela— Emma paga. —Salen una a una de la oficina y Elizabeth lleva de la mano a la dueña de la empresa. Lo primero que notan es a Lucía conversando con Irina, ambas se paran derecha cuando las magníficas mujeres se dirigen hacia ellas. Érica se acerca a su novia y le da un beso en los labios—. ¡Eh, vamos! No estamos para distraernos en el camino y esto va para ti también —le advierte a Malaika que le estaba agradeciendo a su esposa que la haya llamado para consolar a Emma.

El lugar elegido para pasar las siguientes horas fue el departamento de Elizabeth. Es el que más cerca está de McCorin, por si surgía una emergencia, y estaba sin niños que fueran parte de las conversaciones entre las amigas. Se pusieron al día con historias que Emma no conocía y que sucedieron durante su estado de coma. Hasta Verónica se animó a contar algunas anécdotas con Casandra que también involucraba a las dos empresas.

—Ya es casi las 6 de la tarde —comenta Malaika—, debemos partir para buscar a nuestras parejas e ir casa.

—¡Uh! ¡Cómo se voló la hora! —Gabriela exclama sorprendida— Emma te llevo hasta tu casa.

—Yo lo haré —interviene inmediatamente Elizabeth—. Voy a buscar a Vane y la llevamos.

—¿Segura? —Érica se sorprende— A mí me queda a pocas cuadras de mi casa, soy más lógica para alcanzarla.

—Sí, pero tú llevas a Lucía —le murmura, aunque Emma las escucha—. Así que, si todas estamos listas, podemos partir.

Mientras debatían quién la llevaría a la casa, Verónica junto a Malaika ordenaron el living, acomodando en el lavavajillas los platos y copas que utilizaron. Al llegar a la empresa Vanesa ya las esperaba en la vereda. Elizabeth baja del auto, la besa y le entrega las llaves para que la joven

maneja.

—Hola, Emma —le da un beso y la abraza por unos segundos— ¿Adónde vamos?

—A su casa y llevaremos a los mellizos a comprar los juegos para la *Play* que nos pidieron el fin de semana.

—¡Por supuesto que no! —exclama Emma sorprendida por la desfachatez de sus hijos— Tienen muchos de esos juegos y no creo que malcriarlos sea lo mejor. Ya lo hemos hablado en muchas oportunidades.

—¿Alguna vez, de esas "oportunidades" que mencionas, escuché tus exigencias?

—Rubita teñida...

—...por más que me insultes como lo hace la desagradable de McLeughlin, no puede ceder ni un milímetro —se acomoda en el asiento y da por terminada la discusión.

—Los dos reciben demasiados regalos y tú eres la peor.

—Tanto Iván como Milo son divinos —interviene Vanesa, intentando que no discutan—, educados, estudiosos y han sufrido por tu accidente. Déjanos comprarles unos juegos y, si notamos que se vuelven pretensiosos o malcriados, nos ocuparemos de mostrarles el camino correcto.

Se sabía perdida si ambas se ponían en su contra. Por ello, acomoda su cuerpo en el espectacular asiento del BMW, disfrutando del camino y la compañía. Vanesa realmente maneja espectacular el auto de su amiga. Emma les envía un mensaje a Milo para que esté atento a la bocina y les abra la puerta. Al llegar nota la camioneta de Anahí estacionada y los mellizos que salen corriendo para abrazar a Elizabeth.

—Tienes dos horas —le murmura su amiga antes de mimar a los niños—. Vayan por sus camperas que vamos a comprar los juegos que les prometimos.

—Toma —le da dinero a Milo—, inviten a las tías a tomar algo en el shopping —el niño afirma con su cabeza y guarda el dinero en su bolsillo—. ¿Y mami?

—Está en su habitación —comenta, luego la abraza, le da un beso y se sienta en el auto, imitando a su hermano que la había saludados unos segundos antes.

Los ve partir e ingresa a la casa. Deja su maletín, que Vanesa le alcanzó, como al descuido sobre el sofá. Suspira tomando fuerzas y sube las escaleras.

Al abrir la puerta se encuentra con su mujer acomodando ropa en una pequeña maleta y se le paraliza el corazón. Todos sus temores se hacen realidad en una escena de absoluta soledad.

—Lo único que te pedí es que no te fueras de la casa —reclama, conteniendo las lágrimas e intentando sonar calma—, que buscaríamos una solución juntas.

—He madurado en estos dos años, quizás no lo hayas notado, por ahí prefieres pensar que sigo siendo esa joven manipulable —no disimula el enfado que aún siente por la manipulación a la que la sometió—. Para que lo sepas, no tengo ninguna intención de irme de mi casa, al menos no sin antes discutir los términos de nuestro divorcio. Si es que llegamos a esa instancia.

—Entonces, ¿por qué preparas la maleta?

—Porque me voy unos días de vacaciones con una amiga y quería saber en qué condiciones se encontraba.

—¿Con Lucía?

—No —Cierra la maleta y se acerca a ella, Emma prefirió mantenerse en silencio, sin especular más respecto con quién se iría—. Me voy con Samy —su mirada es profunda y hasta belicosa—, una amiga que tuve la suerte de encontrar en la vida mientras te cuidaba día y noche durante meses. Porque no me moví de tu lado hasta que la pandemia me obligó a no poder entrar a verte. Si no hubieran decretado por tanto tiempo la prohibición de las visitas a las clínicas,

cuando despertaste estaría tomando tu mano. No pude y necesitaba estar cerca tuya, así fue como nos encontrábamos frente al bar de la clínica —aclara cada palabra para que Emma no tenga dudas—, para escuchar los partes de tu salud. ¿Fui clara?

—Sí —las dudas de infidelidad se agolpan en su mente y se disipan al instante, debe de dejar de pensar que Anahí le es infiel y analizar sus palabras—. ¿Puedo saber adónde van? Para hacerme una idea y es que me gusta tener el control de lo que me rodea, eso me deja tranquila. Ya me conoces.

—Matías nos presta el departamento de Pinamar, adonde fuimos con los mellizos el fin de semana que despertaste. Nosotras se lo limpiamos y dejamos en condiciones para la temporada, además de darle algunos recados al encargado del edificio —le explica con tranquilidad—. Puedes llamarme cuántas veces quieras que te responderé.

—No lo haré. Creo que necesitas tu propio espacio lejos de mi atracción tan tóxica —admite con dolor—. Te estaré esperando cuando regreses.

Como están cerca una de la otra, Emma le besa los labios con suavidad y mucho amor puesto en el gesto. Le acomoda el cabello y luego de unos segundos de silencio, gira y la deja sola en la habitación. Ya tendrán tiempo de solucionar los problemas de pareja y, si no lo consiguen, entonces simplemente se separarán sin odios, broncas y pendientes.

Capítulo 25

Ya sabe la soledad que le espera. No ha logrado ni siquiera que la escuche, mucho menos ser perdonada. Acepta los errores que cometió en su locura de celos descontrolados, aunque ahora está segura que cambió. Por ahí ya no es suficiente.

Las paredes de la oficina parecen quitarle el oxígeno, ahogándola en un mar de pensamientos intrusivos. La eminente partida de Anahí le genera esa angustia y ese deseo incontrolable de tirar todo por la borda, de volver a empezar de cero, lejos de todo y de todos. Toma el celular y observa que no le ha mandado ni un solo mensaje. Con bronca busca a un contacto específico.

«Hola, estás en la oficina.
10:16»

«Casandra
No, estoy en casa. Esta
noche parto hacia Mendoza
para controlar la producción
de la bodega.
10:19»

«Casandra
¿Qué necesitas?
10:19»

«Hablar. Solo te robaré
apenas una hora.
10:27»

Responde unos minutos después, esperando que su amiga no se haya enojado por hacerla esperar.

«Casandra
Mi avión parte a las 4 pm
qué te parece si vienes a mi
casa, almorzamos juntas y
luego me alcanzas al
aeroparque. Te presto
mi auto para regresar.
10:29»

«Aún no puedo manejar
10:29»

«Casandra

Lo hablaremos. Ya
pido que nos preparen
la comida.

10:30»

«Estaré en una media hora.
10:31»

«Casandra
Te espero.

10:31»

Apaga la computadora, organiza su escritorio y toma la cartera del perchero. Hoy no regresará a trabajar, quizás lo haga el lunes.

—Lucía —se acerca a su asistente esperando su atención—. Me voy porque no me siento muy bien, quedas a cargo y cualquier inconveniente habla con Gabriela. Anahí está ocupada con los preparativos del viaje.

—Lo haré —confirma sin dudarlo—. ¿Quieres que te acompañe al médico? Se lo puedo pedir a Irina o hablamos con Malaika.

—No. No es un dolor físico —admite ante su enemiga. Por suerte no está Irina y puede contestar con soltura—, pero gracias de todas maneras. Nos vemos.

—Hasta el lunes —el murmullo suena a intranquilo, quizás sea hora de analizar su odio a la joven.

Toma el taxi que le pidieron en recepción y se dirige a la casa de Casandra. Al llegar la mujer la abraza, sosteniéndola durante minutos en los cuales el silencio es el protagonista.

—Ya estoy bien —se seca las lágrimas con el pañuelo de papel que ya llevaba en las manos.

—Entremos, que ya tengo preparada la mesa para almorzar juntas.

—Disculpa la demora, vives demasiado lejos de McCorin.

—Ya se me han quejado por ese detalle —bromea para levantarle el ánimo—. Toma, tengo preparada una copa del vino que tanto te gusta. Solo una, porque tienes que manejar.

—Aún no estoy preparada para hacerlo, no me siento segura. Prefiero que vayamos en un taxi, yo lo pago.

La morocha ya tomó la decisión y sabe que no dará marcha atrás, solo lo dice para que no piense que hace lo que dice y sin discutirle.

—¡Ilusa! —Le entrega la copa y se sientan alrededor de la mesa. Es una pequeña que tiene en el jardín y que Casandra adora—. Supongo que vienes por tu pelea con Anahí.

—Me encanta porque ni te andas con rodeos, ni con sutilezas —ese suspiro que se escapa luego de llorar le impide continuar hablando.

—Nos conocemos desde siempre, ¿por qué habré de cambiar. —Se acerca la joven mucama y les sirve la comida—. Muchas gracias.

Se sorprende de lo atenta que es también con su empleada, indudablemente Verónica debe de influir en estos cambios.

—¿Cuánto sabes?

—No mucho. Vero me comentó que habían discutido la semana pasada y que Anahí se tomará unos días de vacaciones. Sin ti. —Bebe, deja la copa sobre la mesa y observa la reacción de Emma—. No me dio detalles, ni le pregunté. Me molesta enormemente su hermetismo cuando se trata de Xanadú.

—¿De qué?

—Una larga historia. Continúa que te escucho.

—La verdad es que arruiné nuestra relación por culpa de esos celos enfermizos que se apoderan de mi alma.

—La mayoría de los seres humanos nos sentimos así cuando nos enamoramos, no seas tan crueldad contigo.

Juega con el tenedor y la comida, apenas puede probar bocado. Y, ordenando sus ideas en la cabeza, le relata cómo usó a Rocío para espiarlas. No es interrumpida y la otra mujer tampoco come, tan solo bebe un poco más de vino.

—Y Anahí se enteró de los detalles de la "traición", como ella lo llama.

—¿Se lo contó Rocío o Lucía?

—Fui yo —admite derrotada—. Anahí entró a mi oficina cuando hablábamos con Belén de lo mal que trato a Rocío. Ella es la florista —agrega ante la cara de incomprensión de Casandra —. Escuchó la última parte y me pidió explicaciones.

—¿Y le dijiste la verdad?

—Me cansé un poco de tantas mentiras o verdades a medias. Igual se enteraría si enfrentaba a alguna de sus dos amigas.

—Hay veces que el destino solo nos deja un camino para decidir cuál tomar — extrañamente, Casandra la comprende y, de cierta forma, se sabe no juzgada—. Estuve tentada a llamarte para preguntar cómo estabas, sé que no tuviste una buena semana. —Retoma la comida y Emma la imita, no quiere que la regañe por no cuidar su salud—. ¿Qué resolviste? Porque estoy segura que estás aquí para contarme tu decisión.

—Voy a separarme. Esta idea ya estaba casi decidida cuando tuve el accidente.

—Pensé que no recordabas lo sucedido ese día.

—Algunos fragmentos y solamente los que sucedieron antes de salir de casa.

—Si viniste a pedir mi opinión, te diré que no lo hagas. Amas demasiado a Anahí, y comprendo ese sentimiento por primera vez. No puedes estar sin ella, como yo no puedo vivir sin Vero —sus ojos brillan de felicidad con solo nombrarla—. Insiste en recuperarla, has hasta lo imposible, lo más loco. Enamórala una y otra vez, hasta no dejarle otra opción que darte el sí o... gánale por cansancio.

—¿Esa es tu solución con ella? —bromea en medio de tanto dolor.

—Esa mujer no me dejó muchas opciones —dramatiza la respuesta.

—Sabe cómo llegar a tu corazón —Deja el tenedor apoyado sobre el plato, apenas probó bocado—. Con respecto a Anahí te juro que lo intento, pero es muy difícil.

—No estarías teniendo buenos resultados, esfuérzate un poquito más —sentencia ignorando lo derrotada que se siente—. Ahora, cuéntame por qué estás aquí —Emma la mira sorprendida —. Comprendo que la separación es, según tú, una solución ya tomada. Supongamos que lo acepto, sin embargo, hubieras esperado a mi regreso si lo que ronda tu mente no te molestara tanto, como para gastar dinero en un taxi o en dos.

Los ojos oscuros se vuelven aún más, su mente especula y la analiza. Lo malo de tener amigas desde la infancia es que te conocen demasiado y no le puedes engañar. Suspira, toma un poco de agua, se acomoda en la silla y, simplemente, habla.

—Escucha hasta que termine la idea —si la interrumpe nunca logrará convencerla de que es lo mejor para ambas, por ello espera la afirmación de Casandra, quien hace un leve gesto con su cabeza totalmente intrigada—. Me gustaría fundar una empresa de asesoramiento comercial, económico y estratégicos para otras empresas. Incluso podríamos pensar en comprar algunas que estén a punto de quebrar, hacerlas funcionales y venderlas. No quiero adelantarme, más bien

iremos viendo en qué ramas podemos incursionar.

—¿Es una broma? —Casandra tiene el vaso de agua a medio camino, realmente sorprendida por la propuesta. Ahora es el turno de Emma de negar con su cabeza— ¿Por qué dejaría MCL?

—Por varias razones —viene preparada para dárselas, puesta que las tiene pensadas y repensadas desde hace meses—. Primero, tu padre regresó y no se irá pronto. Ha odiado que seas mejor empresaria que él desde que asumiste la Presidencia de MCL. Segundo, ni tú ni yo pudimos decidir si realmente queríamos ser dueñas de las empresas que nos heredaron. Te juro que hay días que odio McCorin —confiesa sorprendida por haber logrado expresar en voz alta esa espina que lleva años en su corazón—. Y, me di cuenta que Anahí es mejor directora, que ama lo que hace y que es más pragmática que yo.

—Tú, y nadie más, es el alma de McCorin.

—No dejaré de serlo, solo renunciaré a la Dirección General. Prometiste no interrumpir. ¿Recuerdas cuándo éramos jóvenes y soñábamos tener nuestra propia empresa? Considero que somos capaces para ayudar a otros, investigar las posibilidades financieras de un negocio, dar consejos, invertir si fuera necesario. Amamos los números, el riesgo y ganar dinero. ¿Qué opinas?

—Que estás loca. La discusión con Anahí te aflojo el único tornillo que tenías fijo en tu cabeza —Emma emite una fuerte carcajada, luego de meses de dolor y desconcierto—. No voy a dejar MCL, pero puedo ayudarte, si lo deseas.

—Piénsalo. Abriré la empresa en Uruguay, fijando residencia en mi casa de Maldonado —quiere demostrarle que no es un simple antojo o que ha improvisado en la propuesta de negocio —. Lo más importante, es que podrás dormir con tu pelirroja todas las noches y compartir los fines de semana en familia. Sin que nadie, absolutamente nadie, maneja tu vida.

—¿Realmente dejarás McCorin?

—No. Más bien confío en que Anahí llevará la empresa de manera excelente, al menos hasta que Milo se haga cargo de ella —sonríe—. Y tú, mi querida amiga, seguirás recibiendo los dividendos de MCL y, si en algún momento te vienen a buscar, prometo que no te obligaré a quedarte en nuestra consultora.

—Señora, ¿retiro los platos? —pregunta la mucama en susurro, sin querer interrumpir.

—Sí, por favor. Tráenos dos cafés que en veinte minutos tenemos que partir —luego de la solicitud regresa a su amiga que permanece seria y expectante de la respuesta—. ¿Y si nos va mal?

—¿A nosotras? —No esperaba una respuesta temerosa de Casandra— Seremos aventureras, libres y brillantes. No tenemos ni una pizca de principiantes en materia de negocios, ni de empresas. Si es necesario haremos cursos de perfeccionamiento y actualización. No me digas que no, piénsalo.

—Lo haré, te lo prometo —susurra con firmeza, dando por terminada este tema de conversación—. Ahora necesito pedirte un gran favor y es personal. Quiero que me alcances al Aeroparque, debo estar a las 15 horas, y luego le lleves mi auto a Verónica. Ella se rehúsa a manejar el Mercedes porque es costoso y, si no le doy opción, amará hacerlo.

—¿Es una manera sutil de acostumbrarla a tu dinero?

—Lidio con ello todo el tiempo y necesito que se acostumbre a mi mundo, de manera completa.

—Aún me cuesta mucho sentarme detrás de un auto y manejarlo.

—Cualquier día es bueno para hacerlo y este nos regala un sol que brilla en todo el cielo. Vamos, termina el café que debemos partir.

La conversación se concentra en el viaje y los problemas de la bodega. Una nueva línea de vinos está por salir y la presentación tiene a Casandra con los nervios de punta. Ya con el maletín empresarial y la pequeña maleta, saludan al personal, saliendo de la casa.

—Casandra —la llama antes de cerrar la puerta de entrada—, me he dado cuenta de que no visualizo a Verónica viviendo en esta ostentosa casa —su amiga nota el gran living que tiene al ingresar a la misma—. Pero a ti te veo en la de ella. Compartiendo cada día su vida, vuestros hijos y siendo inmensamente felices. La suya es un verdadero hogar.

Una amplia sonrisa se le dibuja a la morocha, cierra la puerta con suavidad y le entrega las llaves del auto; sentándose en el lugar del copiloto y sacando el celular para mandar un mensaje.

El viaje de ida fue terrible. La sensación de temor y de que en cualquier momento la chocarán hacen que la respiración se le dificulte en varias ocasiones. Casandra, atenta en todo momento, le aprieta la mano cuando estos episodios le suceden. No permite que decaiga, ni que desista. Llegan al Aeroparque, la acompaña y espera a que aborde. Ambas se dan un fuerte abrazo, comprendiendo que la ayuda fue mutua y que la amistad es uno de los sentimiento más fuertes y gratificantes de la vida.

El regreso a su casa fue un martirio, tardó una hora más de lo esperado. Guarda el auto en su cochera, ingresa a la casa y los mellizos se lanzan a sus brazos. Buscan mimos y atención. Anahí apenas la saluda, aunque comparten la mesa y la conversación con sus hijos.

Después de cenar llama por teléfono a Verónica para comunicarle que mañana, sábado, debe venir a buscar el Mercedes Benz de Casandra. La contadora maldijo en varios idiomas, juró y perjuró que mataría a su pareja por la caprichosa y manipuladora que es. Emma intentó clamarla y explicarle que más bien lo hizo para que ella volviera a manejar. Esto la calmó un poquito, aunque no quedó muy convencida. Terminan la llamada prometiéndose ver al día siguiente.

—Hola —escucha con suavidad del otro lado del teléfono, apenas si ha sonado una vez—. Es muy extraño que me llames.

—Perdón por la hora —se disculpa por no haber pensado en que quizás estaba durmiendo.

—Duermo poco, así que estoy viendo una película en la cama. Tu tía también se acostó. Dime, querida hija, ¿qué puedo hacer por ti?

—La vida se me ha complicado un poco, supongo que el karma de los Knatwen me está pegando bastante fuerte.

—Eso no existe, tú eres la única artífice y responsable de tu destino. Lo aprendí a duras penas.

—La muerte de David fue terrible para las dos y ninguna, aun siguiendo diferentes caminos, pudimos superarlo.

—Perdí mucho tiempo al lado de tu padre y me alejó de ti. Eso, es de lo único que me arrepiento.

—Mamá —la llama así luego de décadas de utilizar su nombre—, tengo planeado algunos cambios importantes y me gustaría que formes parte de la vida de mis hijos. Los abuelos son esenciales y, por desgracia, la madre de Anahí me odia. Aunque ahora lo disimula un poco.

—¿Aún sigue creyendo que la volviste lesbiana?

—Sí.

—Hablaré con ella, quizás pueda suavizarla un poquito. Y, por supuesto, que me encantará ser la abuela de los mellizos.

—Ellos te adorarán rápido, tienen un gran corazón. Por favor, no los lastimes.

—Va mi vida en ello.

La intensidad del día se siente tanto en el cuerpo como en el alma. No obstante, la peor parte es cuando debe acostarse, una vez más, en una cama inmensa y vacía.

—Debo acostumbrarme a esto. Es lo que me deparará el futuro si tan solo quiero hacerla inmensamente feliz. El resto ya no importa, soy la única responsable.

Pronuncia con lágrimas cayendo sin control y tapándose con la manta para buscar ese calor que sabe que perdió, por no saberla amar.

* * * * *

Sorprendida por la actitud de Emma durante los siguientes días a la discusión, es decir poco. Iban juntas a la empresa, apenas si mencionaba el viaje y, cuando lo hacía era para preguntarle si necesitaba que la ayude en algo. El sábado llega y con él su partida a Pinamar. Ya tiene el bolso preparado y algunas cajas con alimento para llevar.

—¿Estás segura de manejar hasta Pinamar? —la preocupación de Emma es genuina, no recuerda una vez que le permitiera conducir en ruta—. Son muchos kilómetros y no estás acostumbrada.

—No estaré sola, Samanta maneja muy bien y si sucede cualquier cosa, ella tomará el volante. Te lo prometo. —Le acaricia el rostro, notando el celeste de sus ojos expectantes—. Ustedes dos cuiden bien de mamá y en enero nos iremos tres semanas de vacaciones adónde quieran —promete al tiempo que los abraza y llena de besos, el amor que siente por ellos ya ni siquiera se cuestiona. Les suelta y se acerca a Emma para besarla en los labios—. Aún sigo muy enfada contigo —murmura para no ser escuchada por los mellizos—, espero encontrar respuestas alejada de este caos en que se han convertido nuestras vidas.

—Lo siento tanto —Emma es sincera en sus palabras, desarmándola por las emociones que actualmente le generan su presencia.

Parte de la casa, sin más rodeos. Echará de menos a su familia, aunque en estos momentos debe encontrar su propia alma. Ya en la camioneta, toma el celular de su cartera y llama por teléfono.

—Hola —responde una voz que está midiendo cuán enojada está—. ¿Cómo anda la mejor amiga del mundo?

—¿No creerás que te voy a perdonar con tanta facilidad?

—No, pero pienso intentarlo hasta conseguirlo. Conozco tus debilidades para presionar. —Se la escucha reír.

—Fueron muchas las mentiras.

—Sólo tres, el problema es que fueron gordas. Te juro que intenté que no sufrieras.

—Por eso es que sigo hablándote —la bronca ya se le pasó—. Para ganarte unos puntos a favor necesito que la cuides, mientras no estoy.

—Ya nos hemos organizado, no te preocupes. Sus amigas trazaron un plan para que no estuviera sola ni un minuto y luego los mellizos la mantendrán ocupada, cuando estén solos en la casa.

—Gracias —¿Cómo no lo pensó? Esas mujeres organizaron la vida de la pareja desde el día cero—. Nos vemos a mi regreso.

—Descansa, que ya la tendrás complicada. Besos y cuídate. Te quiero.

—Besos.

Arranca y le da una última mirada a su hogar, examinando la verdad en las palabras de Lucía. A las pocas cuadras de viaje siente la soledad de la camioneta y enciende la radio en busca

de música. Tarde más de media hora en llegar al departamento de Samanta, quien la espera lista en el hall del edificio. Se saludan, acomoda su bolso en el baúl y se prepara para partir.

—Estuve mirando el pronóstico de Pinamar y nos van a tocar lindos días. ¿Trajiste la malla?

—La traje, así que nos tiraremos como lagartos a tomar sol.

—Creo que ya son como cuatro años que no voy a la playa. Tuviste una idea genial.

Se concentra por unos minutos para seguir las instrucciones del GPS del celular y no equivocarse en la salida sur de la autopista. Cuando ya está segura, mira a su copiloto que está preparando el mate y cantando una de las canciones que suenan en la radio.

—Me sorprende que en la clínica y en el hospital, te dieran una semana de descanso con tan poco tiempo de aviso.

—Me deben vacaciones, horas extras y un sin fin de premios por estar 24/7 en la pandemia. —Se encoje de hombros, restándole importancia—. Les avisé que me iría por una semana, no les pregunté qué opinaban.

—¿Se enojaron mucho?

—Solo los médicos que deben cubrirme en las guardias —bromea y le alcanza un mate.

—Hablando de doctores enfadados, ¿estuviste sola anoche?

—Obvio —es tan irónico el tono de su voz que Anahí ríe con ganas, después de días de tanta amargura.

—Y, entonces, ¿qué hacía el auto oscuro, de cierta psiquiatra innombrable, estacionado a mitad de cuadra de tu departamento?

—¿De qué demonios hablas?

—Lo vi antes de estacionar para que subieras.

—No era el de ella —asegura con tristeza—. Discutimos hace como diez días y preferimos dejar de vernos, aún como amigas.

—¿Qué pasó?

—Si gastamos todos los temas de conversación en el viaje de ida, nos tendremos de qué hablar los próximos cinco días.

—Seguro que se nos ocurrirá más de uno.

Y dándole una pequeña tregua a los problemas de sus vidas, deciden hablar del clima, la ruta y cómo se distribuirían los quehaceres de la casa en estas pequeñas vacaciones.

Llegan a tiempo para prepararse unas ensaladas y disfrutar de la playa. Se llevan las reposeras, sentándose frente al mar y contemplándolo en silencio. Esta es la paz que necesita Anahí para recargar energía y volver a luchar por el amor de Emma, sin perderse en el proceso.

Al regresar al departamento la primera en ducharse es Samanta, para luego preparar la cena. Por su parte, Anahí lo hace segunda, dejando lista la mesa pequeña frente al sofá y la televisión.

—¿Quién comienza? —pregunta Anahí dando a entender que se refiere a confesar qué le sucede a cada una.

—Hazlo tú, lo mío es breve y con final ya revelado.

—Bien, después discutiremos eso —sonríe y le relata, con detalles subjetivos, lo sucedido los últimos días—. Y así me enteré, después de años de que me engañaran, que Emma había extorsionado a Rocío para que nos vigilara a Lucía y a mí.

—Entiendo que, de alguna manera, el accidente benefició a Rocío.

—Supongo que de varias, aunque eso no le quitó el sentimiento de culpa que le generó su propio deseo. Por lo menos eso fue lo que me aclaró, al otro día de la pelea.

—¿Cómo actuó Emma después de que supieras la verdad?

—Hizo varias cosas, poco frecuente en ella —piensa por unos segundos en busca de esos

momentos—. Me pidió disculpas en más de una ocasión, también habló con Rho para prometerle que ya no intentaría despedirla de la empresa y le expresó cuán orgullosa estaba de su trabajo como directora de Diseño e Innovación.

—¿Cómo te enteraste de esto último?

—Emma lo comentó al pasar y las chicas me lo ampliaron con lujos de detalles.

—Llevamos meses hablando de los celos de tu pareja, sin embargo, no me imaginé que llegaría a tanto para confirmar las dudas infundadas que tenía.

—Ni yo —terminan el último de los bocados. Anahí levanta la mesa, lava los platos, prepara café y regresa al living llevando dos tazas y chocolate.

—Eres excelente preparando noches de chicas —bromea Samanta—. Yo no traería ni la mitad de la comida y postres que se te ocurrieron a ti.

—Estoy habituada con Emma y sus amigas. Incluso muchas veces también me reunía con Lu y con Rho al mismo tiempo, aunque en su departamento para no cruzarnos con el cuarteto.

—¡Ja! ¡Ja! —Bebe de su café y mira a los ojos oscuros expectante por un consejo de su amiga—. Supongo que Emma le contó a Aylin de cómo amenazó a Rocío por información.

—Puede que sí, aunque nunca te lo hubiera contado por eso del secreto médico-paciente.

—Eso y porque eres mi amiga.

—Tengo varias dudas de que no te lo contaría para hacerme quedar mal ante ti. Cuéntame.

—Hoy no, estoy muy cansada. ¿Qué te parece si nos vamos a dormir? Ya mañana tendremos tiempo para seguir la charla.

—Me gusta como piensas, pero no lo olvidaré.

Los siguientes días no tocaron ni el tema Emma, ni el de Aylin. Por mutuo acuerdo, ambas disfrutaron de caminar, tomar sol, comprar regalos y conversar o escuchar música, según pintaba la ocasión. Dos noches antes de partir, el ritual de la comida se repite.

—Hay un televisor en la habitación, ¿por qué no hacemos algo bien loco y comemos en la cama?

—Te sigo —Ya acomodados y mirando un programa de humor, le llega un mensaje.

—¿Es Emma?

—No. —Lo lee, analiza y manda un emoticón con el pulgar hacia arriba para dejar el celular donde se encontraba— Es Lucía, para avisarme que todo está bien y que me esperan el fin de semana para cenar con Érica.

—Anhi, ¿por qué me invitaste a mí y no a ella a tus vacaciones?

—Principalmente, porque eres mi amiga, sabes escuchar y respeto muchísimo tus consejos.

—Y, ¿qué más?

—Necesitaba de tu mirada objetiva. Lu está metida hasta el cuello, tanto en mi vida personal como laboral.

—No hubiera sido una buena consejera —bromea la médica.

—Al menos en esta ocasión.

—¿Ya tomaste una decisión respecto a qué harás con Emma? —Anahí la mira sorprendida, cómo si la pregunta no tuviera ni el más mínimo sentido al haber sido formulada— No me digas que piensas hacer cómo si nada.

—¡Mira quién se sorprende! Tú eres peor en el amor que yo. Por cierto, no me has dicho ni una palabra de ella.

—Está enamorada de otra persona, supongo que de un médico —se encoje de hombros.

—¿Por qué estás tan segura? —es el turno de escucharla.

—La conozco desde el primer año de la Facultad y la amo desde que la vi. Son demasiados

años a su lado, escuchando sus fracasos sentimentales —explica en un suave murmullo, transmitiendo el dolor que le genera saberse no amada—. Los suspiros al aire, las distracciones, el brillo de sus ojos, los silencios prolongados perdida en sus propios pensamientos. Y te puedo asegurar que esta vez le pegó muy fuerte.

—¿Y por qué tiene que ser un médico?

—Nuestra vida social, desde que se desató la pandemia, ha sido de cero a nula —bromea abriendo los brazos y fortaleciendo la obviedad de sus palabras.

—Tú eres neuróloga, podría estar enamorada de ti —la frase se le escapa de la boca, medio en serio, medio deseando que fuera cierta.

—Okey, si vamos a hablar boludeces, tengo varias opiniones respecto a por qué tu Emma no hizo una escena de celos cuando se enteró que venías de vacaciones con una lesbiana. Y algunas suenas a teorías *conspiranoicas*.

—Tienes razón, lo siento —comenta entre risas—. Igual no bajes los brazos. Por ahí, el doctor invisible no le da ni la hora y puedas consolarla.

—Eso no lo haré nunca más —sentencia—. Cada vez pierdo un poquito más de mi alma cuando ella me deja por otra persona. Son los peligros de amar a una mujer heterosexual. —Vuelve a su comida y el silencio las envuelve en sus propios pensamientos— Tú has tenido la suerte de enamorarte de quien te ama.

—Sí, lástima que sea tan dañina nuestra relación, que no podemos ver un futuro juntas. Respondiendo la pregunta que me hiciste hace un rato, no tengo ni la más remota idea de cómo perdonarla. Por ahora, le pediré un poco de espacio, dejaré de trabajar e intentaré rearmarme para poder amarla sanamente.

—¿Hablaste con tu psicóloga?

—Sí. Tengo varias cosas para sanar y voy a necesitar de Emma, si es que está dispuesta a recomenzar a mi lado.

—Y Anahí, ¿qué persigue? —Se sorprende por la pregunta, pero más por lo que desea responderle.

—Hace casi un año, en este mismo lugar, estaba feliz disfrutando de mis hijos. Los tenía para mí sola y pronto sería el cumpleaños, así que les compré unos celulares preciosos a cada. Obvio que adecuados para niños. —La comida queda olvidada, se acomoda en la cama con su porrón de cerveza—. Desde antes que nacieran tenía esa sensación de que los mellizos no eran míos, sino de Emma —admite con tristeza—. Así que estaba feliz, a pesar de que ella seguía en coma.

—Es una situación bastante difícil, porque uno no sabe si en un segundo despertará o morirá. —Samanta conoce del tema por los murmullos a gritos en los pasillos de la clínica—. Es como el limbo, pero en vida tanto del paciente, como de sus seres queridos.

—Sí, algo parecido. Voy a confesarte qué me viene sucediendo con Emma y espero que no te suene tan terrible —murmura avergonzada, pero con esa necesidad de liberarse—. Cuando ella entró en coma mi mundo, mi universo completo, se derrumbó. Los primeros meses no podía salir de su lado, culpándome día tras día por el accidente. Habíamos discutido ese fin de semana y pensé que ella manejaba distraída. —La otra mujer la observa, sin interrumpirla—. En enero, la carta documento de Lisandro Knatwen me hizo reaccionar y ver que podía perder la empresa en manos de un inoperante. Había demasiadas cosas en juego como para seguir llorando su ausencia. De a poco, comencé a trabajar en McCorin, luego sobrevino la pandemia. Me pasaron dos cosas, la primera, ya no podía ir a verla, eso me quitó esa angustia que me generaba estar en la clínica a su lado, durante horas y sin poder hacer nada para ayudarla. Lo segundo, amé ser la

directora general de la empresa. Cada día era muy estimulante, me encontraba con un reto, con aciertos y errores que me enseñaban para el siguiente. Y comencé a ser feliz, hasta...

—...que despertó —completa la idea ante el silencio de Anahí.

—Suena espantoso, lo sé —las lágrimas se desploman sobre su rostro.

—Son sentimientos humanos, más habitual de lo que piensas.

—Es que cuando llegó a casa, volvió a ser el centro de la atención. Ya no importaba lo que me pasaba, solo era ella. Incluso creo que nunca le comenté que trabajaba en McCorin.

—¿Cómo fue eso? —Mientras pregunta la abraza consolándola.

—Recuerdo que me planteó en enero, luego de una cena con sus amigas, que no sabía que cada mañana salía a trabajar a la empresa. Me hice la boluda y dejé que pensara que era culpa de su olvidadiza memoria. Después no estuvo en condiciones de trabajar y, cuando lo hizo, me pidió que me quedara. Ya nada era lo mismo, pero igual me adapté a ella. Supongo que por amor.

—Como dice Aylin: no me gusta dar consejos, pero... intenta descubrir el justo medio entre tus deseos y sueños, con lo que Emma te puede ofrecer. —Le acaricia el cabello, dándole ánimos —. Habla, pelea e imponte. Si hay una solución y se aman lo suficiente, la encontrarán.

—Y, para ti, ¿no hay consejos?

—Ni uno, pero ya me acostumbré.

—Tengo varios para ti, solo déjate ayudar.

La repuesta es una sobre risa y, esa noche, las amigas duermen en la misma cama, soñando de diferentes maneras con amores complejos e imposibles. Por suerte, el sol les trae un nuevo amanecer y la alegría contagiosa de ambas las lleva a disfrutar de las horas que aún tienen de vacaciones. Nuevamente acuerdan, tácitamente, que no hablaran ni de las obsesiones de Emma, ni del desamor de Aylin.

Epílogo

Ya no puede dilatar más la conversación. Anahí regresó hace pocos días de sus cortas vacaciones con la doctora Marigno y apenas si le dirige la palabra. Lo raro de la situación es que no siente celos porque haya estado compartiendo con otra mujer, más bien comprende que debe sucederle lo mismo que a ella con cada una de sus amigas. Y ya se esfumó ese odio enfermizo que la atormentaba cada vez que estaba con Lucía. En más de una ocasión recuerda las palabras de la psiquiatra que, sumada a las de la psicóloga, han ido taladrado su mente, enseñándole a vivir consigo y dejándole una inmensa paz.

Golpea la puerta que intercomunica las oficinas e ingresa sin esperar respuesta. En cuanto la focaliza, observa la felicidad de su rostro y lo perfecta que está ocupando la Dirección general de su empresa.

—Permiso, ¿puedo pasar?

—Por supuesto —deja la lapicera sobre el escritorio y le presta atención—. ¿Sucede algo? —el rostro de Emma está muy serio y diría que hasta más triste de lo habitual.

—Necesito... ¡No! Me gustaría hablar contigo —Se siente nerviosa, la decisión la tiene tomada, nunca calculó que sería tan difícil ejecutarla—. Te robaré unos minutos, nada más.

La mente de la morocha es un torbellino de ideas, está convencida de que no desea hablarle de la empresa y aún no está preparada para encarar los problemas personales que la alejan día con día. Si bien le quedaron varios consejos de Samanta, está lejos de poder ejecutarlos.

—¿Te parece que bajemos a tomar un café? —logra murmurar entrecortadamente.

—Cualquier lugar es bueno para hablar, así que prefiero sentarme frente a ti —acción que realiza al tiempo que la dice—. Supongo que tienes una leve sospecha de porqué estoy aquí.

—No creo que algún problema de McCorin sea tan grave como para verte tan preocupada.

—La empresa funciona a la perfección gracias a ti y las demás directoras. Estoy muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Esta afirmación generó una gran sonrisa en Emma y terror en Anahí.

—Comienzas a sonar como una despedida —la mujer castaña se sorprende porque acertó a la primera, a pesar que la halagó —. Nos conocemos hace trece años y suelo estar muy atenta a tus estados de ánimo, puedo aventurarme que no estás aquí para proponerme salir a desayunar.

—No, mi amor, estoy para hablar contigo por primera vez desde que estamos juntas. —Unos ojos celestes, brillantes, refuerzan la negativa—. El día que entré a la panadería y te vi, fue como si el tiempo se hubiera detenido y mi corazón se escapara de mi cuerpo. Me gustaban las mujeres desde muy joven y ni siquiera se acercaba lo que había sentido por todas ellas juntas a lo que me generaste en un segundo. Eso solo lo superó el instante en que te besé, que fue tan intensó que nada lo pudo equiparar. Ni siquiera cuando hicimos el amor o cuando nuestros cuerpos se reconocían como uno o en cada oportunidad que juntábamos nuestras pieles.

Anahí siente que sus propias palabras no saldrán y las lágrimas sin control intentan calmar la sequedad de su boca.

—Si es por Samy, puedo explicarlo.

Estaba terriblemente furiosa cuando se enteró lo de Rocío, no obstante no había calculado que los celos de su mujer terminarían con la relación para siempre.

—Samanta nada tiene que ver en esto. Ya no voy a responsabilizar a otras personas de

aquello que no he sido capaz de darte. Incluso creo que no me alcanzará la vida para pedirle disculpas a Lucía por todo el odio que le prodigué estos años —hay tantas personas con las que debe disculparse, pero será en otro momento—. No solo arruiné su tiempo a tu lado, también atrasé la felicidad de Kira. Fue imperdonable hacerle algo tan terrible a una amiga.

—Ninguna sabía que la amaba, era su secreto mejor guardado —tiene esa imperiosa necesidad de defenderla, de que no se autodestruya, que no exagere en sus propias culpas—. Además, también soy responsable de fomentar tus celos. Un día Lu estaba furiosa y me gritó que jamás me había sincerado contigo y explicado que no la amaba como mujer. Que éramos y somos grandes amigas, nada más. Que el resto corría por cuenta de tu imaginación, una que yo no calmé porque me sentía amada en cada escena que me hacías. Sin comprender que lastimaba a demasiadas personas a nuestro alrededor, incluyendo a los mellizos. Así que, mi querida Emma, la culpa es compartida.

De repente ese peso angustiante se esfuma de su alma. Porque se sentía responsable de su silencio y que la verdad la corroía internamente. Emma tan sola la observa, aceptando que la relación de pareja en algún momento se desvirtuó o, quizás, fue tóxica desde el mismo comienzo, por la inmadurez de las dos. Anahí tenía la excusa de su edad, ella ninguna.

—Hemos cometido demasiados errores, pero yo era la mayor en la relación —insiste en busca de su propia redención y sin querer arrastrar a Anahí consigo en la caída—. Era quien debía razonar y no dejarme llevar por esos sentimientos tan dañinos. Me ha costado muchos meses y horas de terapia comprender el daño que nos hacía cuando te reprochaba tus inexistentes infidelidades.

—Emmy —intenta que no continúe por ese camino, no hay retorno—. Perdón, Emma ya no sigas. Si quieres que hablemos, hagámoslo esta noche. Cuando estemos más tranquilas.

—Estoy en paz —una mueca que simula a una sonrisa refuerza la idea—. Me encanta que me digas Emmy —la confesión sorprende a ambas mujeres, por razones tan distintas que se juntan en algún punto—. Mi abuelo me llamaba así y mi padre, el día que él murió y supo que no iba a heredar ni un caramelo, me dijo: “mucho Emmy, mucho Emmy, pero resulta que Emmy es una maldita hija de p%$* que en lo único que piensa es en cagar a su padre y a toda su familia”. Fue la última vez que hablamos y comencé a odiar, sinsentido, los nombres abreviados o sus diminutivos —es la primera vez que lo analiza—. Como si tan sólo eso fuera lo que me recordara que mi amado abuelo fue tan sabio, que lo desheredó sin pestañar. Lástima que no pudo prever el daño que su propio hijo era capaz de infligir a su ya diezmada familia.

—Emmy.

Necesita abrazarla tan fuerte que sus cuerpos se fundan en una solo y jamás dejarla ir. Es una niña dañada que se ha convertido en una mujer rota.

—Te juro que estoy bien —la detiene con un gesto de la mano. Si Anahí la acaricia, no la dejará ir nunca más y seguirán dañándose—. Mi amor, eres lo mejor que me ha sucedido en la vida, incluso que nuestros propios hijos que te obligué a tener.

—Los adoro y no me obligaste. Tan solo me apuraste a quedar embarazada. Nada más que eso. —No ha dejado de llorar en silencio desde hace varios minutos. No las puede detener, apenas si es capaz de secárselas con un pañuelo.

—Mira si he sido tan maldita que te reproché, en infinidad de ocasiones, que no los querías —debe sacarse todos y cada uno de los demonios de su alma. Es la única manera de comenzar desde cero y construyendo una buena vida—. Sé que los amas con todo el corazón. Eres una gran madre, por favor, no lo dudes. Anahí —pronuncia su nombre con suavidad y un dejo de tristeza tan grande como doloroso—, cometí miles de errores en nuestra relación. Lo único que ahora se

me ocurre, como una pobre y débil excusa, es que en cada uno de esos momentos siempre estuve convencida que me guiaba el amor que sentía por ti. ¡¡Dios!! ¿Cómo pude manipular a una persona joven, temerosa y frágil para que te vigilara, rayando la delincuencia? Espero que Rocío pueda perdonarme.

—Ella ya lo hizo y yo también. —Las horas conversando con Samanta le dejaron algunas ideas claras y le permitió quitarse el odio de su piel—. Ahora queda que lo hagas tú.

—Somos nuestros peores jueces y verdugos —bromea en medio del dolor—. Tengo tantas cosas en mi cabeza para decirte, miles de disculpas que darte y tan poco tiempo para hacerlo.

—Emmy —teme preguntar, porque la respuesta la matará—, ¿estás aquí para separarte de mí?

—Sí —afirma después de un silencio que duró más que una eternidad—. Te acostumbré a una vida de dolor, de pocos momentos felices, de discusiones por tonterías. Te culpé por todo y me senté en un pedestal donde yo era la víctima. Incluso antes del fin de semana de mi cumpleaños, de ese accidente que nos cambió, aun antes, ya tenía decidido pedirte la separación.

—Rocío exponía la verdad —admite que se había enojado con ella, cuando Emma le confesó que la dejaría ese lunes de cumpleaños.

—La joven Múnedez no te ha mentido, mientras que pocas veces te he totalmente sincera. Recuerdo que hace poco me gritaste que has vivido a mi sombra. ¡Cuánta razón que tenías! Lástima que yo también he subsistido a la sombra de la gran empresaria Emma Knatwen, sin poder ser simplemente Emmy.

Se para, tomándose del escritorio. Anahí la imita y extiende su mano para sostenerla, es rechazada con otro gesto. Le falta el aire, apenas si puede ordenarles a sus piernas que necesita alejarse de esa oficina para siempre. Ha podido poner en palabras el sentimiento que la carcomía.

—No me dejes, por favor —gira sobre el escritorio y se pega al cuerpo de su mujer, sosteniendo y apoyándose a la vez.

—Quiero que seas libre. Que disfrutes de la vida, aunque más no sea un par de años lejos de mi dominio. Que conozcas otras personas, que compartas otros momentos alejados de mí. Búscate pasatiempos, como Milo con la fotografía. Camina, corre, lo que más placer te dé. —Recuerda cuando salen de compras o van al cine o a cenar—. Te dejo la empresa, la casa y los niños. Por supuesto, tendrás que compartir conmigo su custodia y permitirme llevármelos en vacaciones o momentos especiales. Por favor, sé feliz y siempre, siempre, te estaré esperando.

La besa con la misma intensidad que puso cuando lo hizo por primera vez. Anahí se deja, se siente tan perdida que apenas logra oponerse a la decisión que el amor de su vida acaba de tomar.

Cuando se separan, la mujer mayor se retira caminando despacio hacia su propia oficina. Anahí apenas puede focalizar su espalda, esa que acarició tantas veces, que besó con pasión y sobre la que descansó incontables noches, hasta quedarse profundamente dormida.

Está de pie, sin reaccionar en medio de una oficina que ahora le pesa llevar, al igual que su vida. Nunca imaginó que su corazón se partiría en dos, que ella simplemente se iría sin preguntarle cuál era su propio deseo. El cuerpo rígido se afloja de repente y cae sentada en el mismo lugar en el que estaba. Su rostro escondido entre las manos y el silencio que, por primera vez desde que la conoció, se escucha ensordecedor.

A pocos metros, Emma ya tiene su escritorio desocupado. Había dejado el retrato de sus hijos y el del amor de su vida, para que no sospechara que se marcharía de la empresa. Guarda los pequeños objetos que quedaban, acaricia los muebles que eran de su abuelo y le agradece tanto amor recibido.

—Lástima, mi querido James Knatwen, que tu herencia me produjera tanto dolor. Estés

donde estés, quiero que sepas que los amo a ti y la abuela.

En su alma queda el dolor de su padre, ya tendrá tiempo para sanar. La nueva vida le espera lejos de todas estas paredes que tanto amó. En un instante recuerda a sus amigas, a quienes tendrá que contarles que se fue, que dejó su vida para comenzar una nueva sin ellas. Espera que lo comprendan. Por ahí una buena comida en su casa en Uruguay las predisponga de mejor humor para aceptar a su nuevo yo. Tendrá que comprar varios dulces, el escollo Gaby será difícil de convencer.

Al salir se encuentra con Lucía y se detiene frente a su escritorio. La joven adora a Érica, se nota en su mirada y es feliz porque ellas lo son.

—¿Te preparo un café? —pregunta inocente de conocer el torbellino de emociones que acaba de vivir.

—No, gracias —murmura. No ha derramado ni una lágrima, en su mente el discurso estaba perfectamente preparado, por eso el dolor es inmenso pero controlable—. Por favor, ve a la oficina de Anahí.

—No escuché que me llamara.

—Te necesita —le acaricia la mano, por primera vez desde que la conoce— y cuídala mucho. Nos vemos.

Sale en silencio, llama al ascensor y gira para mirar cómo está dividido el piso.

«Hará un gran trabajo sin mí y será inmensamente feliz»

Sale de McCorin convencida que el accidente cambió las reglas del juego y, simplemente, Emma había quedado fuera de él.

Epílogo de la saga

Anahí abre la puerta de su casa y escucha el ruido que proviene de “todas partes”. Milo la llamó para pedirle que trajese helado de un lugar especial y que a él le encanta. Lástima que tuvo que desviarse para ir a comprarlo. Sin embargo, los tres están deprimidos luego de la huida cobarde de Emma, así que decidió darle el gusto a su hijo e incluyó medio kilo del sabor que le gusta solo a ella. Al entrar al living, ve que están todas sus amigas organizando… algo. No comprende muy bien.

—Al fin llegas —le reclama Gabriela—. ¿Dónde estabas?

—Fui a comprar helado —muestra las bolsas para que no duden de su palabra—. ¿Qué sucede?

—Toma asiento —señala el sofá—, que ya te lo explicamos. ¡¡Llegó!!

El grito tuvo el resultado esperado y las mujeres salieron de varios lugares de su casa. Incluso ve como Rocío baja con Lucía de las habitaciones, llevando una mochila y una valija de cabina.

—Hola, Anahí. —Casandra se acerca a ella y le entrega un sobre—. Aquí tienes el pasaje, no tiene fecha, pero si nos apuramos podremos llegar a horario —el gesto queda en el aire.

—¿Adónde? —se siente abrumada, hasta que comprende la intención de las mujeres— Disculpen, pero es una decisión que debo tomar yo y no ustedes.

—Okey, me parece justo —Gabriela mira el reloj pulsera, sonríe—. Tienes cinco segundos, ni uno más.

—¡Gaby! —Candela la abraza— Anhi, queremos ayudarte y pensamos que ahora es el momento oportuno. Y no, no tienes cinco segundos para decidir.

—Bueno —Gabriela levanta las manos, en acción de defenderse—, tienes diez segundos y ya pasaron nueve.

—En realidad tienes hasta el jueves por la mañana, ni un minuto más —interviene Casandra entregándole el sobre y poniéndoselo en la mano.

—¿Quién te puso a cargo? —pregunta Elizabeth, mirándola muy seria y hasta fastidiada por la situación.

—Soy la que paga por todo. Y tú, ¿qué aportas en esta reunión?

—Mi belleza —le responde bebiendo un sorbo de vino blanco. Al parecer se apropiaron con descaro de la casa, como suelen hacerlo las familias.

Casandra la observa por un segundo, se acerca a ella y mirándola a los ojos, larga una tremenda carcajada. Elizabeth la imita, aunque la suya es más delicada. El espectáculo no pasa desapercibido para los presentes, Vanesa mira sorprendida a Verónica. Esta última hace un gesto con la mano entre incrédula y dejándolas que se maten entre ellas.

—Hasta el jueves por la mañana es demasiado tiempo para sufrir —Lucía se había acercado a ella, aprovechando el espectáculo de las dos magníficas mujeres—. Acá está el equipaje que vas a necesitar y, si falta algo, lo compras. Para eso tienes dinero. ¿Qué te sucede?

—Emma me dejó, me abandonó —insiste en pronunciar cada palabra en tono bajo, para que solo su amiga la escuche—. Simplemente me dijo que se iba a Uruguay y que me libera de su control manipulador —Lucía debe comprenderla, su mundo acaba de derrumbarse.

—¿Y no piensas hacer algo para recuperarla?

El silencio en el living la pone incómoda. Varias de las mujeres la observan, por suerte los mellizos fueron sacados del lugar.

—¿Qué quieres que haga? ¡¡¿Qué quieren que haga?!! —grita mirándolas durante un segundo a cada una de ellas.

—No sé... algo. Cualquier cosa que te salga del alma.

—¿Sabes exactamente por qué me abandonó?

—No, pero tampoco me importa. Lo único que tengo claro es que estuviste dos años esperando por ella. Primero, porque despertara. Luego, porque cambiara y te hiciera feliz. Y, ahora, simplemente la dejas partir.

—Sabes perfectamente porque lo hice.

—¿Por boluda?

—¿Vamos? —Érica intenta que no discutan y le pregunta en un ruego susurrado. Anahí tiene un segundo para decidir su futuro y afirma sin dudarlo. La rubia la toma del brazo y la saca de su casa, antes de que las mujeres comiencen, nuevamente, con los consejos.

Ya no importa, ellas cuidarán de todo en su ausencia. Luego les dará las buenas noches a sus hijos por video-llamada.

Haber viajado a esa hora de la noche fue la peor de las ideas. Cuando llegó destino era plena madrugada. Paga el costoso vehículo que alquiló y recorre los metros que separan la entrada a la propiedad de la casa.

Tiene las llaves, con las cuales abre el portón y apenas realizar unos pasos, las luces del living se enciende. El sistema de alarma debe funcionar de manera espectacular, tendrá que felicitar a Rocío.

Suspira, calmando su temor. Un paso tras otra la llevan a la puerta de madera, antes de que toque el timbre, la misma se abre. Una hermosa mujer, las más preciosa que ha visto en toda su vida, está parada frente a ella con los brazos y una leve mueca que, a lejos, parecería una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—Te eché mucho de menos —se ha quedado parada en el porche con el bolso y maleta.

—Me fui hace apenas cuatro días.

—Entonces, llevo cuatro días sin comer, sin dormir, sin sonreír. Es mucho tiempo para una joven mujer de treinta años. ¿Puedo pasar? —se aventura a preguntar— Llevo horas viajando y estoy agotada de recorrer tanto camino —Emma no puedo dilucidar si lo último se refiere a la travesía desde CABA hasta la casa o de los años que llevan juntas y separadas, al mismo tiempo.

—Sí, por supuesto —se hace a un lado para que Anahí ingresa a la casa—. Te preparo un café, ponte cómoda. Si quieres ir al baño ya conoces la casa.

Cinco minutos después, como si lo cronometrado, ambas regresan al living y se sientan en sofás enfrentados.

—Está muy rico, muchas gracias —se refiere al café, dilatando la verdadera conversación, la que importa.

—Pensé que ya habíamos dejado aclarada nuestra separación.

—¿Lo hicimos? —Se pregunta a sí misma y una pequeña idea le surge—. Mi amada Emmy, la que hablaste fuiste tú. Tus inseguridades, tus miedos, tus errores y todo aquello que consideras que nos separa. En todo el hermoso monólogo del viernes en mi oficina, jamás, ni sola vez —insiste—, me preguntaste qué deseaba yo. Fue precioso cómo me liberaste de tu prisión tóxica, cómo me dejaste que me encontrara en otros lugares, quizás hasta en otros cuerpos. El problema en tu razonamiento es que nunca me interesó estar en otras pieles, en otros labios o perderme en otros en ojos.

—No comprendiste a qué apuntaba. Yo soy el problema.

—Somos las dos, de diferentes maneras, pero ambas hemos llegado hasta este punto. Te escuché y, a la larga, no me convenciste —recuerda el "por boluda" que Lucía resumió magistralmente—. En el viaje hasta aquí busqué miles de palabras para decir, millones de formas de convencerte de que soy tu mejor oportunidad para ser feliz en la vida. Y todas terminaban en la misma pregunta que voy hacerte. Si me dices que, me iré por dónde vine y aceptaré el acuerdo que me propusiste en McCorin.

—¿Y si te digo que sí?

—Tengo la solución en mi bolsillo, junto a un pasaje en *Buquebus* que compré ayer por la mañana y que no usé —Emma la mira sin comprender que utilizó el que Casandra le compró—. ¿Serás absolutamente sincera?

—Sí, te lo prometo. He creado mentiras para mis próximas diez vidas, ya estoy cansada de ellas.

—¿Me amas tanto como yo a ti?

—¿Esa es tu pregunta? —Anahí no responde, aunque su mirada le da la respuesta— Muchas más que el primer día que te conocí. Ahí amé una joven, ahora adoro a una mujer.

—Entonces, mi amada Emmy, ¿te quieres casar conmigo? —Se arrodilla frente a ella, mostrándole el anillo que le regaló para el cumpleaños y viéndola sonreír con timidez —. Solo tengo uno, pero sirve la ocasión.

Los ojos celestes están tan emocionados que se llenan de lágrimas, no puede hablar. Y la boca traviesa de su mujer tampoco deja que lo haga. El beso es profundo, pero no por el deseo, más bien por el amor puesto en la caricia que las dos esperaron todos estos años.

—Aún tenemos mucho que hablar y solucionar —insiste Emma, minutos después.

—Tenemos toda una vida para hacerlo. Y, volveremos a cometer errores, aciertos, discusiones, celos; así somos, así nos amamos. Sin embargo, ya no habrá silencios, ni odios, ni mentiras.

—¿Estás segura?

—Puedo estar en otros cuerpos, pero solo quiero perderme en el tuyo. Dame la oportunidad y no te defraudaré.

—Jamás lo hiciste —Emma se pone de pie, la toma de la mano y la lleva hacia la habitación —. Te amo y sí, me encantaría casarme contigo.

—Al fin —ya se tira sobre su cuerpo y comienza a hacerle el amor. El cansancio se le había esfumado al igual que a Emma la tristeza que llevaba nublando su corazón durante años.

Habían pasado gran parte del día amándose, durmiendo y comiendo en pequeños intervalos inconexos. Totalmente despreocupadas por el mundo que las rodeaba.

La noche del miércoles hacia el jueves, habían logrado dormir varias horas continuadas y, a pesar de ello, el despertar llega más tarde de lo habitual.

—Aquí tienes —le murmura Anahí acomodando las tazas del desayuno sobre la mesa.

—Gracias, mi amor. Mañana preparo yo el desayuno.

—Eso no importa, lo único que quiero es amanecer a tu lado el resto de mi vida.

—Esa, mi amada Anhi, es una promesa —Emma no pierde la oportunidad para besarla una vez más—. Mientras preparabas el desayuno estuve pensando que podríamos ir hasta Montevideo y pasar el día allá.

—Tenemos otros planes para hoy, no te olvides que cumples cuarenta y uno y, los últimos dos años, no pudimos festejarlos.

—Hoy volví a nacer, en muchos sentidos —las imágenes malas y buenas se agolpan en su

mente, sacando un balance positivo a pesar de tanto dolor—. Y, como es mi cumpleaños, yo decido.

—Lo siento amor, pero…

El ruido del motor de un auto interrumpe la respuesta y sorprende a Emma, quien gira su cabeza hacia el frente de la casa.

—¿Quién puede ser? —mira a su esposa quien le responde con una amplia sonrisa.

—Vamos —al pararse le toma la mano y recuesta su cuerpo contra el calor del de su amada.

—Parece que tiene apuro —comenta al escuchar el derrape del auto sobre la grava de la entrada de la casa.

El Mercedes Benz ya se había detenido y dos mujeres bajan del mismo.

—¿Era necesario que viniéramos a tal velocidad para llegar primera? —la pelirroja le pregunta en tono belicoso a la morocha, que se detiene para observarla.

—Mi amor, yo no tengo la culpa que el resto venga a veinte —Casandra está bajando unas cajas de bebidas de la cajuela—. En ningún momento me excedí de velocidad.

—Cass, venías a más de cien y traemos niños.

—Detalles —ahora la mujer mira hacia Emma quien no puede creer que tengan visitas—. Ayúdame, que pesan y son bastantes.

—Nosotros lo hacemos —los hijos de Verónica acaban de bajar del auto, junto a Milo.

—Hola, mamá —se acerca corriendo, la abraza y le da un beso—. ¡Feliz cumple! —regresa al auto sin esperar respuesta, para ayudar con las cajas y bolsas.

—Hola, chicas —saluda Verónica pasando junto a una estupefacta Emma y una feliz Anahí —. Nos tocó traer la bebida y algunas cosas dulces. ¡Feliz cumpleaños!

—¿En dónde está Iván? —pregunta Emma preocupada de no ver a su hijo.

—Supongo que en alguno de los autos, no sé en cuál —mira hacia la puerta de entrada y se encoje de hombre mientras ingresa a la casa, acompañada por Anahí.

—Tú no hagas esfuerzo —ordena Casandra cuando pasa a su lado— y tenemos que hablar de negocios, porque tu idea me gusta mucho.

—¿En serio? —conoce a su amiga desde hace años y conoce del amor que tiene por MCL.

—Me tienen harta y quiero disfrutar de todas las noches en brazos de mi pelirroja.

—¿Se van a casar?

—Tengo cuatro días para convencerla de que soy su mejor opción —un beso en la mejilla y pasa con dos cajas de vino en los brazos.

Al quedarse sola decide darle una mano a los niños con las bolsas, espera que haya comida para todos.

—¿En qué los ayudo? —pregunta animada y feliz de que haya gente para festejar su cumpleaños. Ama el ruido, el bullicio y el cariño de sus amigas. Tienen razón, Iván se parece mucho a ella.

—En nada, mamá. Recuerda que no debes de hacer esfuerzos físicos.

—Y yo, que soy tu mamá y no recibo tus órdenes —le sonríe y luego le acaricia la punta de la nariz con la yema de su dedo.

—Te quiero —responde un niño feliz.

—Hola, Emma —saluda uno de los hijos de Verónica, que pasa al lado suyo con otra caja.

—Hola, Mateo. —En eso una camioneta último modelo, ingresa a la casa y hace el mismo movimiento que el Mercedes Benz. Se cruza de brazos y observa feliz, cómo bajan de la misma sus amadas amigas.

—Hola, hermosa —Gabriela se acerca y la abraza muy fuerte, durante unos segundos—.

¡Feliz cumple! —Se separa de ella unos centímetros y le mira atentamente— Se nota que llevas días de buen sexo, incluso casi te pisas las ojeras.

—¡Gaby! —Candela la reprenda— Hola, Emma —le da un beso y sigue su camino hacia la casa, con bolsas llenas de comida e imitada por Vanesa.

Cuando Gabriela se separa de ella, el lugar es tomado por Elizabeth quien, llorando, simplemente la abraza y se queda en sus brazos.

—Dijimos que nada de tristezas —el tono de voz de Gabriela denota su congoja.

—Tú lo decretaste en el auto y jamás te hago caso —le responde la arquitecta sonriéndole a Emma y dándole un sonoro beso.

—Gracias, por estar a mi lado —las lágrimas también caen sobre el rostro de la mujer—. Me falta uno de mis hijos —Cambia el tema para no caer en melancolía.

—Lo tuvimos que dejar en la casa, no podíamos venir todos —Gabriela responde segura e ingresa llamando a su pareja—. Cariño, ¿qué tengo que hacer?

—¡Eh! —la cara de sorpresa de Emma y su respuesta quedan en suspenso cuando otra camioneta ingresa. Esta lo hace más despacio y estaciona con cuidado entre unos árboles que adornan el camino.

Del lado del conductor baja Lucía y abre la puerta de atrás, siendo el primero en salir Iván, quien corre a los brazos de su madre y la da varios besos sin soltarla.

—Hola, mamá. Te extrañé un montón y no vuelvas a abandonarme, porque no te hablo más.

—No lo haré, lo prometo.

—Te creo. Vamos, Nahuel, que seguro los chicos están acomodándose en las diferentes habitaciones de la casa y nos van a dejar sin camas.

—Ya voy y para eso trajimos las carpas —se detiene frente a la empresaria—. Hola, Emma. ¡Feliz cumple! —le da un beso y sale corriendo luego de tanta formalidad que su madre adoptiva le inculca.

—Hola, Emmy —Érica pasa con dos cajas de las cuáles se vislumbran carne para un asado —. Dejo esto y te abrazo como te lo mereces.

—¿Te ayudo?

—Obvio, no pensarás que cocinaré sola para tantas personas. ¡Son un batallón! —La rubia se queja y Elizabeth la sigue, conversando respecto a sus verduras asadas.

—Hola —Lucía le saluda con gesto de su cabeza e intenta continuar su camino, cuando es detenida por la otra mujer.

—Lu —susurra y espera que la joven la mire a los ojos, sin esperar una palabra la abraza fuerte—. Gracias por cuidar de mi familia durante mis ausencias y por hacer tan feliz a mi amiga.

—Ella también me hace muy feliz, tanto que nunca imaginé que era así amar de verdad —se apura a responder ante no saber cómo actuar en esta nueva actitud de su enemiga.

—Sé que te hice la vida imposible —se separa de ella y le acaricia el rostro—, perdóname.

—Sí, bueno. Tu problema es que no sabes elegir a tus amistades y estás te orillaron a la locura transitoria. No sé si te perdono, pero igual, que no se vuelva a repetir —la sonrisa la delata.

—¡Ja! ¡Ja! —La risa, contagiosa, se le escapa luego de comprender que bromea.

—Está todo olvidado si mi amiga no vuelve a pasar una noche fuera de tu cama.

—Aprendí mucho, te lo juro —Lucía le da un beso y asiente con su cabeza—. Voy a ayudar a… ¿Kira?

—Quédate aquí, que aún falta un auto.

—Por cierto, ¿quién quedó a cargo de la empresa, si están todas acá?

—Rho y Mariana. Ellas organizaron los diferentes departamentos para que podemos festejar tu cumpleaños —agrega sabiendo de la conversación que ellas habían tenido respecto al pasado que compartieron—. Y, a mi novia, le encanta que le digan Kira. Trata de acostumbrarte.

Bromeando ingresa a la casa, llamando a Anahí. Seguro querrá saber qué pasó el día anterior entre ellas, con lujo de detalles.

—¿Un auto más? —el mismo no se hace esperar e ingresa el último, con su gran amiga y la familia.

Irina baja primero y Malaika la secunda abriéndole la puerta a las tres niñas que faltaban, incluyendo a la bebé. La joven le susurra que ella se encarga de todo y que vaya a saludarla.

—Hola —la abogada se acerca casi corriendo a su amiga—, ya estamos completos.

—No puedo creer que todas hayan venido.

—Por supuesto, es tu cumpleaños y Anahí no nos hubiera perdonado que faltáramos en este día tan especial. No te olvides que quedó una fiesta sorpresa sin llevarse a cabo por dos años.

La alegría de la empresaria no cabe en su pecho, ya no se siente sola, ni triste, ni siquiera se reprocha el pasado porque aprendió a ser feliz. La gran familia está en la casa organizando cómo compartirán los próximos días, Emma tiene abrazada a Anahí y observa como Casandra discute con Elizabeth.

—¡Vanesa! —escucha el grito de la mujer llamando a su prometida—. Te juro que no nos casamos si esa será la madrina de mi boda. ¿Entendiste?

—Entonces, mi amada Eli, nos quedaremos solteras.

—Vanesa, no terminé de hablar.

—Te lo dije, rubita teñida, tu esposa mi adora y tú también terminarás haciéndolo.

El movimiento del cuerpo de Anahí da cuenta de que está riéndose. Un trueno fuerte surca el cielo y las gotas se precipitan sobre la tierra, generando de a poco un aroma que penetra en la memoria de Emma. La mujer observa hacia donde están los autos estacionados al descuido. El aroma la distrae, inunda el lugar. Ahora todo el ambiente huele a *petricor*.

Fin de la saga.

Eternamente agradecidas a quienes llegaron hasta aquí. Un fuerte abrazo, Kytzia